

GALERÍA

DE

ARCOBRICENSES ILUSTRES

POR

D. MIGUEL MANCHEÑO Y OLIVARES

Precedida de una Carta-misiva

DE

EL DOCTOR THEBUSSEM.

A tous les cœurs bien nés que la patrie est chère!
Voltaire-(Tancrède)

1892.

IMPRENTA DE *EL ARCOBRICENSE.*
Corredera, 50
ARCOS DE LA FRONTERA.

AL DOCTOR THEBUSSEM

MEDINA SIDONIA.

Queridísimo amigo: cuando me exhortaba V. á la prosecucion de la obra comenzada solo como recréo del ánimo cansado de trabajos ingratos, sin duda no preveía su buena amistad el abuso que habría de hacer de ella, porque ni al favor que voy á pedirle alcanzan mis merecimientos, ni correrán bien unidos el correcto y castizo lenguaje de V., con el trivial y rastrero de mi pobre centon. No obstante, la consideracion de que, sino hijo de Arcos, de Arcos trae V. su orígen, y por ende todo cuanto á Arcos se refiera le interesa, y las mil pruebas que tengo recibidas de su bondadosa amistad, me hacen osado.—¿Querá V. escribir un prólogo para mi GALERIA DE ARCOBRICENSES ILUSTRES?—Bien se me alcanza, que si accede parecerá el libro uno de esos monarcas del Africa central que visten solamente una casaca de marino sobre las atezadas y súcias carnes, quedando lo demás del cuerpo desnudo: pero de seguro muchos le perdonarán su fealdad, merced á los brillantes colores y elegancia del uniforme.

En resolucion, Doctor amigo, que necesita el patronazgo de V. para sus primeras armas, no teniendo suficiente valor para lanzarse solo á la palestra sin la éjida de su nombre esclarecido en las españolas letras, su siempre agradecido amigo y deudo,

M. M.

Arcos de la Frontera; 12 de Marzo de 1892 años.

CARTA MISIVA

AL SR. D. MIGUEL MANCHEÑO:

EN ARCOS DE LA FRONTERA

Mi querido amigo y deudo:

A la honrosa y lisonjera demanda de Vm. pidiéndome un prólogo para su excelente GALERIA DE ARCOBRICENSES ILUSTRES le contesto con la mayor franqueza y descaro que no soy hábil para semejante clase de trabajos literarios; es decir que no sé redactar prólogos.

Vm. atestigua con Voltaire (socarrón famoso) para demostrar *que la gente bien nacida tiene amor á su pátria.* No niego que el patriotismo exista y que sea excelentísima virtud; pero recuerdo involuntariamente, cuando de tal punto se trata—*que no con quien naces, sino con quien paces.*

Presumo que por el solo hecho de venir al mundo en tal ó cual ciudad, no es posible enamorarse de ella. Si el sitio del nacimiento nos cautivara, quien vió la luz en un despoblado debia prenderse de aquel yermo; y el que nació en alta mar idolatraría el buque en que su madre lo parió, ó quizá el agua que se hallaba á los grados de longitud y latitud en que ocurrió el suceso.

Por el contrario, la continuada residencia en un pueblo, sea ó no el de la naturaleza, y el tener allí familia, amigos, relaciones y bienes de fortuna, claro es que nos hace amarlo de la misma manera que por elección, por costumbre ó por sentimiento artístico, preferimos tales calles, plazas, iglesias, paseos, cafés,

teatros ó casinos, á otros casinos, teatros, cafés, paseos, iglesias, plazas ó calles de una misma ciudad.

Así se explica de un modo claro el amor á la pátria, ó mejor dicho á la población. Me figuro que este afecto nace á posteriori: es decir que para la generalidad de las gentes no tiene importancia el lugar del nacimiento, puesto que nadie alega como un mérito ser hijo de Madrid, Granada ó Barcelona, ni como una desgracia ser natural de Rute, Porcuna ó Tembleque.

El personaje famoso, ya sea real ó ya fantástico, es quien da renombre al pueblo. Al heroe le tiene cuenta nacer en lugar humilde, para ennoblecerlo é ilustrarlo. Por esta causa al nombrar á Sevilla, Toledo ó Valencia, nadie recuerda los hombres ilustres que allí nacieron; y en cambio al decir *Trujillo, Medellin, Belchite* ó el *Toboso,* se vienen á la memoria Pizarro, Cortes, D. Frutos Calamocha y la sin par Dulcinea. Recuerde Vm. que Cide Hamete—"no escribió puntualmente la "cuna de Don Quijote, para dejar que todas las villas "y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por "ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las "siete ciudades de Grecia por Homero"—¡¡¡Buen sastre era y bien conocia la tela el gran Cervantes!!!

En resolución, amigo mio, que los pueblos, ó sean esas reuniones mayores ó menores de casas y el conjunto de gentes que las habitan, son los que se ufanan y vanaglorían de haber producido tantas ó cuantas celebridades, que el azar, y no el trabajo ni la industria humana, ha hecho nacer dentro de sus muros. Vanidad inofensiva, disculpable y hasta inocente, si se considera que las mismas poblaciones produjeron al

par de algunos hombres ilustres, multitud de facinerosos, ladrones y malvados. La pátria tiene verdadera y grandísima importancia cuando se trata de productos agrícolas ó industriales, por cuya razón se ven muchos encajes de Flandes, ó vinos de Xerez, ó jamones de Trevelez, ó tabacos habanos, que ni han soñado con nacer en Flandes, en Xerez, en Trevelez ó en la Habana. Bien es verdad que llevan sus lujosas marcas y letras de prohijamiento, algo semejantes á esos diplomas con que hoy es moda declarar *hijo adoptivo* de tal *ciudad invicta* ó de tal *aldea miserable*, al diputado, ministro, cacique ó farsante que en algo las favoreció ó aparentó que las favorecia.

Es vulgar el caso de tener poca ley á su pueblo, por aquello de que nadie es profeta en su tierra. El afamado dramaturgo andaluz Garcia Gutierrez, que no mostraba gran cariño á la antigua *villa* y moderna *ciudad* de Chiclana, referia con gracejo el caso de un paisano que se le presentó con deseo de conocerlo—*por ser usted*, le dijo, *la tercera cosa regular que ha salido de Chiclana.*

El poeta, ufano con el piropo, le dió las gracias, y lleno de curiosidad preguntó cuales eran las otras dos cosas.

¡Pues toma!—replicó su interlocutor, *es muy sencillo y Vm. mismo debia saberlo: las alcarrazas, Paquiro y usted, es todo lo que ha salido con algun mérito de nuestro pueblo.*

Tiempo es ya de que vengamos al asunto, ó sea á su libro de Vm. Lo hallo interesante, claro, correctamente escrito y muy bien impreso. Cierto que Vm. no pre-

senta documentos nuevos ó inéditos que ilustren las curiosas biografias que el volumen contiene; pero como Vm. lejos de hacer tal oferta, se ha contentado con escribir al pie de cada artículo los autores consultados, nadie podrá censurar á Vm. desde este punto de vista. Para los hijos de Arcos y para los que de sus hijos descendemos, es la obra agradabilísima; y no lo será menos á los ojos de aquellos á quienes siéndole indiferente la pátria del personaje, lo que desean es que el estudio biográfico resulte con la perfección que, segun he dicho y repito, hallo en su obra de Vm. Siento que Arcos de la Frontera no haya producido mayor número de hijos ilustres, para que el volumen que Vm. les dedica constara de dos volúmenes.

Reciban Vm. y los biografiados la sincera norabuena de su amigo y deudo de Vm., q. l. b. l. m.,

El Doctor Thebussem.

Medina Sidonia; 19 de marzo de 1892 años.



A tous les cœurs bien nés que la patrie est chère!
Voltaire.- Tancrède.

Cuatro palabras.

Desocupado lector, si por ventura fueres tan aficionado á libros que no se te caiga este de las manos desde los primeros momentos, ruégote que extremes tu paciencia y no le sueltes hasta el fin, aunque para hacértela perder concurran juntamente lo menguado del asunto que solo interesa á los hijos de Arcos, y la aridéz y pobreza de mi ingenio.

Dijo Cervantes que no hay libro tan extremadamente malo que no contenga algo de bueno, y este mio viene á confirmar la verdad de aquel axioma, porque con todas sus faltas, aun tiene de bueno el pensamiento que lo ha enjendrado y guió mi pluma, que no es otro que dar á conocer á mis paisanos, algunos esclarecidos hijos de esta ciudad, cuyos nombres dignos de recordación, yacen en el olvido. ¿Quién sabe

hoy quiénes fueron Andrés Velazquez, Diego Jiménez Aylion, Anton de Espinosa ó Francisco Romero? Y sin embargo, reputado médico fué el primero, fácil poeta el segundo, valeroso capitan el tercero, heróico soldado el último.

A que sepan, pues, los hijos de Arcos, quiénes fueron sus antepasados, y qué hicieron, vá encaminado mi propósito; en cuyo desempeño, si me ha faltado acierto cúlpese á mis débiles fuerzas que no alcanzan á donde llegó la voluntad.

Arcos de la Frontera 30 de Septiembre de 1891.



TEODORO.—OCÉANO.—AMIANO.—JULIAN.

150.

Dice el R. P. M. Fr. Pedro Mariscal, Prior del Convento de San Jerónimo de Bornos en su historia de esta última villa, que los Santos Teodoro, Océano Amiano y Julian, que en tiempos del Emperador Maximiano sufriéron el martirio siendo arrojados al fuego despues de haberles cortado los piés, fueron naturales de Arcos. Ignorámos la exactitud del aserto del Padre Mariscal. Solo sabemos que en el Martirologio romano consta efectivamente el nombre de esos Santos, que su fiesta se celebra el 4 de Setiembre, y que el Año Cristiano del Padre Croisset, no dá otras noticias de ellos, mas que las que dejámos apuntadas.

Mariscal.—Croisset.—Huertas.



AMADOR.
855.

Nacido en Arcos, segun afirma el Padre Mariscal, y no en Martos como creén otros, y originario de una familia cristiana, abrazó el sacerdocio, trasladándose á Córdoba con su padre y hermanos, con objeto de instruirse en las ciencias sagradas. Unido allí en íntima amistad con un monge llamado Pedro y con Luis, pariente de San Eulogio, llenos de santo celo, determinaron dar su vida por la fé, aprovechando la ocasión que les ofrecía la persecución que entonces soportaban los cristianos en Córdoba: animados con este pensamiento, presentáronse ante el Juez musulman declarando ser cristianos, y predicando las excelencias de su fé y las patrañas de la de Mahoma. Enfurecido el Juez, sin aguardar un instante, mandó degollar á los tres cristianos, arrojando despues los cuerpos al Guadalquivir. Celébrase la fiesta de los tres mártires, el día 30 de Abril, aniversario de su muerte.

Mariscal. Croisset. Huertas.

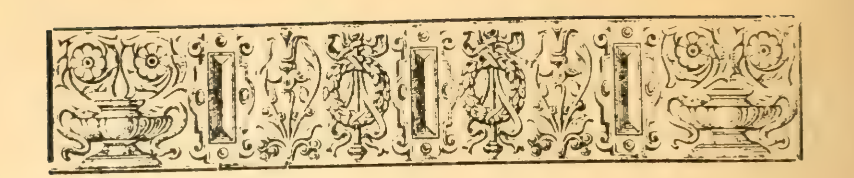


SALOMON.

859.

Hijo de Arcos segun el padre Mariscal y de padres cristianos, enviáronle á estudiar á Córdoba emporio entonces de la civilizacion y del saber. Perseguido allí por la intolerancia musulmana, fué encerrado en un calabozo, á donde lleváron poco despues á otro joven tambien cristiano, llamado Rodrigo, natural de Cabra, á quien un hermano suyo mahometano habia delatado. Ambos trabáron extrechísima amistad, y apremiados por su juez para que abjurasen la religion cristiana adoptando la de Mahoma, negáronse con heroismo: en su virtud fueron condenados á muerte que sufrieron siéndoles cortadas las cabezas mientras confesaban la fé de Jesucristo, el 13 de Marzo de 859. Arrojados al rio sus cuerpos, y recogidos despues por algunos compañeros admiradores de sus virtudes, fueron sepultados en la iglesia de San Cosme y San Damian de Córdoba. Hoy se ignora hasta el sitio que ocupó ese templo. Celébrase su fiesta el 13 de Marzo aniversario de su martirio.

Mariscal. Croisset.—Huertas



ANTON FERNANDEZ ESPINOSA.—PEDRO GUTIERREZ DE PALACIOS.—PEDRO GALLARDO. BARTOLOMÉ ALVAREZ BOHORQUEZ.

1340.

Reinaba en Castilla D. Alfonso XI el Justiciero cuando llenó de alarma á toda la España cristiana el rumor de los poderosos armamentos que Abul-Hassan Rey de Marruecos y de Féz aprestaba con el propósito de invadir nuevamente la Península, sujetándola otra vez al yugo mahometano. Favoreciale la posesión en que estaba de Gibraltar y Algeciras, que le permitia ir trasladando su hueste poco á poco, sin apresuramiento, á medida que la reunia y pertrechaba. Ante el comun peligro, depusiéron sus particulares odios, los Reyes de Castilla, Aragon y Portugal, conviniendo en enviar cada uno de los dos primeros una escuadra al estrecho para impedir el desembarco de los musulmanes, y dióse el mando de la Castellana que habia de tener doble número de naves que la de Aragon, al almirante Jofre Tenorio.

Convocando, pues, sus ricos hombres, salió de Sevilla el Rey Alfonso, acompañado de D. Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo, D. Juan Alfonso de Alburquerque, el Infante D. Juan Manuel, D. Juan Nuñez de Lara y otros muchos caballeros, con sus mesnadas y las de las diferentes ciudades y concejos de Andalucía, y de las órdenes militares, formando un ejército muy lucido aunque poco numeroso. Entre los diversos cuerpos que lo componian, contábase el contingente de Arcos, villa que suplia la escasez del número de sus vecinos, con lo escogido de éstos, que hidalgos todos y centinelas avanzados de la cristiandad en su cuotidiana lucha con la morisma, habian adquirido gran pericia militar y completo desprecio á la muerte.

Entró el ejército resueltamente por las tierras de los moros, talando las comarcas de Antequera, Ronda y Archidona, y despues de saquear y devastar pueblos y campos, retiróse á Sevilla rico de despojos. Fraccionó entonces el Rey sus tropas, quedando en Arcos con su gente y la de esta villa D. Fernando Perez Ponce de Leon, Señor de Marchena, y teniendo que ausentarse el Rey, dejó el mando general de la Frontera al Gran Maestre de Calatrava D. Gonzalo Martinez de Oviedo.

Ansioso de vengar aquella correría, el príncipe Abdel-melik, hijo de Abul-Hassan, que habia invernado en Algeciras, intentó apoderarse por sorpresa de los almacenes que los cristianos tenian en Lebrija. Al efecto, salió de Algeciras con numerosa hueste, y asentando sus reales cerca de Jerez, sobre el rio Guadale-

te, envió mil quinientos caballos berberiscos á correr os términos de Arcos y Lebrija para saquearlos. Ya tenia la gente de Arcos noticia de la vecindad de los moros, mediante aviso que les hizo llegar Fernando Portocarrero alcaide de Tarifa, y saliendo de Arcos y á su frente su alférez mayor Anton Fernandez Espinosa, halló á los mil quinientos moros, que cargados de botin, y conduciendo gran muchedumbre de ganados de que se habian apoderado, formaban para reunirse con Abdel-melik. Sin titubear un momento, como hombres acostumbrados á no contar el número de sus enemigos, arrojánse nuestros valientes sobre la morisma embarazada con el considerable despojo y de tal suerte y con tal brio la acometen, desbaratan y acuchillan, que apenas quedó ninguno que no fuese muerto ó preso, apoderándose los cristianos de toda la cabalgada que llevaban.

Antes de terminarse la peléa, reuniéronse á los de Arcos, los ginetes y peones de Jerez y Medina, tambien avisados por Portocarrero, y animados todos con el feliz resultado del anterior encuentro, á pesar de que su número era infinitamente menor que el de las tropas del príncipe, determinan atacarle; y partiendo en su busca, le hallan que ya próximo á Arcos á la orilla del rio venia caminando con toda su hueste, totalmente ageno al descalabro que acababa de sufrir. Marchaba al frente de los moros un cuerpo de quinientos ginetes berberiscos mandados por Aliatar, primo de Abdelmelik. Comenzaba el amanecer de uno de esos hermosos dias de invierno que son los mas agradables.

porque el sol no calienta aun demasiado, y el frio es poco sensible en este país. De repente una nube de certeras saetas despedidas por las ballestas de nuestros peones, llueve sobre los sorprendidos musulmanes, y trás ella con el fragor y la velocidad del rayo arrojáse la potente caballeria bardada de hierro. Cáe el primero Aliatar atravesado el pecho por cien lanzas, y con él la mayor parte de su escuadron que retrocede desordenado, introduciendo la confusión y el espanto en las filas agarenas. Persíguenlos vivamente los cristianos, que aprovechándose del desórden y de la sorpresa, acuchillan sin piedad á los africanos, y perdido ya el tino emprenden éstos vergonzosa fuga. Intenta Abdelmelik contenerlos. ¡Vano empeño! Arrojándo las inútiles armas, impedimento para la huida, sin volver la cara atrás, despavoridos, desaparecen los ginetes arábes ráudos como el viento, abandonando á su Príncipe, que contempla tristemente cuál se pierden á lo lejos los blancos alquiceles de los que momentos antes formaban en torno suyo fuerte ejército. Para salvar su vida Abdelmelik, tiéndese entre los cadáveres: mas al pasar junto á él un soldado cristiano, observa que respira, y sepulta dos veces la acerada lanza en el pecho del regio mancebo, que aun tiene el heroismo de no hacer movimiento alguno, ni dar señal de vida. Retiránse de allí á poco los cristianos, y levántase Abdelmelik, *con quexa de la muerte* dice la crónica: llégase á él un moro que escondido en una breña pudo salvar la vida, y commovido al ver á su príncipe en semejante estado, quiere llevarle en hombros: mas él no lo

consiente. pidiéndole solo que le conduzca hasta el rio, que mansamente allí próximo se deslizaba: hácelo así el moro, que parte enseguida en busca de socorros, y solo ya el hijo del poderoso Rey de Marruecos, desangrándose por sus heridas, muere miserablemente abandonado de todos los suyos.

Enfurecido Abul-Hassan, juró no dejar á su hijo sin venganza, y apresuró la traslación de su ejército desde Africa á Algeciras, donde al llegar el verano de 1340, tenia ya reunidos cuatrocientos mil hombres, de ellos setenta mil de caballería, ejército de los mas formidables que ha logrado reunir la soberbia humana. Aumentaba esas fuerzas una escuadra de doscientas cincuenta velas, á las que el almirante Tenorio solo podia oponer veinte y siete galeras y seis naos gruesas. No vaciló no obstante en atacar la poderosa armada mahometana: empero vencido por el número, y haciendo prodigios de heroismo, el valeroso D. Jofre Tenorio murió hecho pedazos, salvándose tan solo del combate cinco galeras.

Apenas desembarcado Abul-Hassan, envió dos mil caballos, que en su correría llegaron hasta los muros de Jerez: pero unidas las gentes de aquella ciudad con las de Arcos, que mandaba su valiente alférez, derrotaron completamente á la caballería mora, cerca de Medina, quitándoles todo el botin que de su espedición habian sacado.

Mientras tanto el Rey Alfonso XI, por su parte hacía esfuerzos inauditos por allegar tropas y recursos con que hacer frente á la invasión arábe que ame-

nazaba á toda España. Tomó á sueldo galeras genovesas, impetró auxilios del Papa y de los Reyes de Aragón y Portugal: mas aunque el último acudió solícito con su hueste, entre ésta y la de Castilla no componian más que un ejército, si temible por el valor de sus soldados curtidos todos en las fatigas de la guerra, cortísimo en número, para oponerlo á la inmensa turba del mahometano.

Parecia que no habia ya salvación posible para España, cuando una falta de cálculo del Rey de Marruecos, vino á proporcionar á los nuestros un momento de respiro, que aprovecharon en organizar sus fuerzas entre Arcos y Jerez. Unidos Abul-Hassan y el rey de Granada en Algeciras, en vez de avanzar desde luego sobre el interior arrollándolo todo con la imponderable masa de su ejército tan numeroso como las arenas del mar, haciendo imposible toda resistencia, entretuviéronse en cercar á Tarifa que defendida por el esforzado Juan Alfonso de Benavides, resistia heróicamente, recordando los gloriosos tiempos de Guzman el Bueno. Un més de asedio llevaba aquélla ciudad, rechazando noche y día los repetidos asaltos de la morisma que incesantemente se renovaba en el ataque, cuando reunidas ya las fuerzas de los dos reyes de Portugal y Castilla, determinaron éstos marchar en socorro de aquel puñado de héroes que encerrados tras los débiles muros de Tarifa, habían hecho el sacrificio de sus vidas. Salió, pues, de Arcos y Jerez el ejército cristiano, contándose entre las filas de los de D. Alfonso las tropas de Arcos que mandaba su Alférez mayor

Anton de Espinosa, llegando á dar vista á los musulmanes, en un lugar á dos leguas de Tarifa, llamado la Peña del Ciervo. Levantaron los moros el cerco al ver el ejercito cristiano, asentando su campo separadamente los de Africa y los de Granada, para esperarlo. De su parte estaba la ventaja de la innumerable muchedumbre; de la nuestra el fuego del amor pátrio que ardia en todos los pechos. Separaba ambos campos un pequeño riachuelo llamado *el Salado* que no á larga distancia va á esconderse en el mar.

Habido consejo entre los capitanes cristianos, decidióse que el rey de Portugal atacaria el campo del de Granada, en tanto que D. Alfonso combatiria á los africanos, y á la siguiente mañana, Lúnes 30 de Octubre de 1340, antes de romper el día, y despues de oir misa que dijo el Arzobispo de Toledo y de comulgar el Rey y las tropas, preparándose á la muerte como fervorosos cristianos, ordenó el Rey su ejército, y poniendo en primera fila á los Caballeros, dejando detrás, dice la Crónica "á los labradores y omes de poca valía" atravesó el rio resueltamente, siendo los primeros los dos hermanos Laso de Sevilla, Garcia y Fernando. Trás ellos siguió todo el ejército que cayendo sobre una avanzada de dos mil quinientos ginetes africanos, les hizo retroceder desbaratados. Generalizóse entonces el combate; y corriéndose sobre la derecha las tropas de los Concejos, dieron sobre la parte de campamento ocupado por las tiendas, los tesoros y las mugeres de Abul-Hassan, custodiado todo por un fuerte destacamento de Zenetes. Sorprendidos éstos re-

plegáronse un poco sobre Tarifa, cuya guarnición saliendo de la plaza arremetió briosamente contra los Zenetes, que desconcertados emprendieron la fuga, unos hacia el mar y otros del lado de Algeciras. Mientras tanto el rey Alfonso cargaba con su mesnada sobre el grueso de la morisma que con Abul-Hassan ocupaba todo el estenso valle; nublaban el sol las saetas disparadas por los africanos, clavándose alguna en el arzon de la silla del caballo del rey. Animaba Alfonso á los cristianos con la palabra y el ejemplo, haciendo llover sobre la morisma furibundos golpes, y el silbar de las saetas, el repetido é incesante martilleo de las espadas y mazas sobre el hierro de las armas, el relinchar de los caballos, el lamento é imprecación de los heridos, y el confuso y ensordecedor vocerío de los combatientes apellidando cada cual su grito de guerra, formaban el mas completo cuadro de sangre, horrores y esterminio. Prolongábase la lucha en el centro; cansados de matar, agoviaba á los cristianos la inmensa muchedumbre de los moros, cuando revolviendo sobre el campo las tropas de los Concejos, despues de derrotados los que guardaban el campamento del Emir, cargaron sobre el flanco de los marroquíes, mientras por su parte el Rey de Portugal, despues de desbaratar á los granadinos, arremetía igualmente por el otro flanco contra los moros. Convirtióse entonces la batalla en matanza: ya no se peleaba, todo era degüello y carnicería.

Corrian por el anchuroso valle rojos raudales hasta llegar al arroyo cuyo caudal parecia ser de sangre.

mientras que el campo veiase cubierto de cadáveres moros, que en algunos sitios formaban verdaderos montones, sin que quedase ningun espacio del suelo descubierto. Doscientos mil africanos perdieron la vida en aquel dia que los historiadores árabes llaman *infausto*, y que los cristianos celebran.

En él, como ya otra vez en las Navas de Tolosa, libraron decisiva lucha el Oriente y el Occidente, la cruz y la media luna: la civilización progresiva del cristianismo, y el mortal estancamiento del Islam.

Vióse siempre en lo mas récio del combate el pendon de Arcos, de la que el mismo Rey Alfonso XI llamaba la villa mas fuerte de sus estados, llevado por su alferez al frente de su mesnada, señalándose tanto por su esfuerzo, que sobre el mismo campo de batalla, rotas y abolladas las armas, llenos de sudor y polvo, y ensangrentados, hizo el Rey Caballeros de la Banda, órden que él mismo habia fundado en 1330 al alferez mayor Anton Fernandez Espinosa, á Pedro Gutierrez de Palacios, Pedro Gallardo y Bartolomé Alvarez Bohorquez, los cuatro hijos de Arcos de la Frontera, autorizándoles para poner en su escudos de armas la insignia de la órden, honrando de este modo el heróico brío de aquellos valientes, y el pueblo que les vió nacer.

Tal fué la batalla del Salado que puso término definitivo á las invasiones árabes en España.

Crónica del Rey D. Alfonso XI. Mariana. Conde. - Lafuente.- Gamaza. Camacho. Biron Salgado. -Huertas. Tratado de los Montes de España por Alfonso XI.

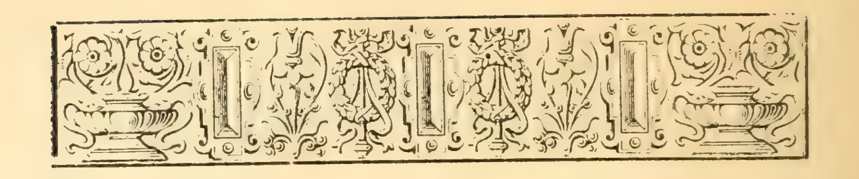


GONZALO DE ANDINO.
1.407

Ignórase la fecha del nacimiento y muerte de este hijo de Arcos. Sábese solo que fué ilustre capitán y alcaide de la villa de Medellin, citándole con encomio los historiadores Rodrigo Caro y Gerónimo de Zurita en los anales de Aragon.

Otro caballero del mismo nombre y apellido, tambien natural de Arcos, se hizo notable en el siglo XV por su extraordinaria intrepidéz. Tomó parte en la toma de Melilla en 1467, quedando allí de guarnición despues de la conquista. Mereció por sus hazañas que los moros le llamasen el *Capitán valiente.*

Gamaza. Huertas.



MARTIN ROMERO.—PEDRO GOMEZ BARROSO. —PEDRO GONZALEZ ANDINO.—JUAN LOPEZ DE SORIA.—PEDRO CARRILLO.—ALONSO GONZALEZ AYLLON.—PEDRO MATEOS DE PALACIOS.

1410.

Cuando la prematura muerte de Enrique III de Castilla, llamado el Doliente, ciñó la corona á las sienes de su hijo Juan II niño de veinte y un meses, inclinábanse los ánimos de muchos á entregar la Gobernacion del reyno y aun el trono, al Infante don Fernando hermano del difunto monarca, en vista de los sérios peligros que ofrecia una tan larga minoridad, sobre todo cuando acababa de estallar formidable guerra con los moros de Granada. No lo consintió el noble desinterés del Infante, que fué el primero que ante los prelados, ricos-hombres, caballeros y procuradores de las Ciudades, reunidos en Córtes en Toledo, proclamó rey de Castilla al Príncipe D. Juan su sobrino, de cuya tutela se encargó juntamente con la reina viuda.

Sosegada de esta manera la inquietud de unos y la

ambicion de los demás, dedicó el Infante todo su empeño á llevar las operaciones de la guerra al centro del reino de Granada, sorprendiendo á los mahometanos con una inesperada invasión. Y convocados en Sevilla los ricos hombres del Reino, presentóse cada cual con su mesnada, señalándose entre otros el Condestable Ruy Lopez Dávalos, señor á la sazón de la villa de Arcos, que por sus servicios le habia sido donada por el difunto Rey D. Enrique. Acompañaban al buen Condestable las lanzas y peones de su villa mandados por el alcaide é hijo de ella Martin Romero. Reunida por todos lucida hueste, el Infante, llevando la espada de San Fernando que solemnemente le fué entregada, abrió la campaña por la Frontera de Arcos, encaminándose primero á Zahara villa casi inexpugnable, que tomó á partido, despues que las lombardas abriéron brecha en sus muros por tres diferentes puntos. Siguió de allí á Grazalema, castillo de Andita y otras fortalezas, y sitiando luego á Setenil, halló tal resistencia en los moros que la defendian, que vióse precisado á levantar el cerco, tornando á Sevilla, lleno de ira sin haber podido conseguir su principal propósito. No obstante para premiar el heróico esfuerzo de algunos de sus soldados, antes de apartarse de Setenil, hizo varias mercedes á los que mas se habian distinguido en el cerco, y entre otros armó caballeros de espuela dorada á cuatro hijos de Arcos, que fueron Pedro Gomez Barroso, Pedro Gonzalez Andino, Juan Lopez de Soria y Pedro Carrillo, que se habian señalado entre los de-

más por sus hazañas portentosas.

No desanimó al Infante el mal éxito de su empresa, antes bien, con mayor resolución de conseguirla, reuniendo otra vez las tropas en 1410, dirigióse sobre Antequera, al frente de dos mil quinientas lanzas, mil caballos ligeros ó ginetes y diez mil peones, emprendiéndo resueltamente el cerco de la Ciudad. Dirigia las operaciones el Condestable Ruy López Dávalos, á quien acompañaba la lucida mesnada de su villa de Arcos, guiada por el mismo alcaide Martin Romero.

No estaban en tanto ociosos los moros de Granada, que predicando la guerra santa, habian reunido en Archidona cinco mil ginetes y ochenta mil soldados de á pié, con los que embistieron á las tropas del Infante el seis de Mayo. Larga y encarnizada fué la lucha: puestos á la cabeza de los moros dos hermanos del rey de Granada, fué preciso todo el esfuerzo de los caudillos cristianos para resistir su acometida, y el ejemplo del mismo Infante que con la espada de San Fernando en la mano, descargando tajos y reveses se metió por lo mas empeñado de la peléa. Mas al fin vencidas las turbas agarenas, diéronse á la fuga por las escabrosidades de aquella áspera tierra, perseguidos por los nuestros que hiciéron en ellos gran mortandad. Más de quince mil moros pereciéron en la jornada que valió además á los cristianos inmenso botin.

No por eso se rindió Antequera, que defendida por el valeroso Alkarmen, continuó haciendo heróica resistencia. Ni las bastidas, castillos portátiles y otras varias máquinas é ingenios de guerra con que el Con

destable batía los muros, lográron intimidar á los valientes defensores, que con mejor y mas inteligente artillería que la de los cristianos, causábanles increible daño. Necesario era cegar el foso, mas nadie se arrojaba á intentarlo. Preciso fué que el mismo Infante, tomando un cesto de tierra, y marchando á través de una lluvia de balas, piedras y flechas envenenadas, la vaciase en el foso, para que todos los caballeros y soldados siguiesen su ejemplo, logrando cegar la cava á costa de grandes pérdidas. Dábanse todos los dias varios asaltos, rechazados siempre por Alkarmen, que incansable hacía tambien diarias salidas en que inutilizaba los trabajos de los cristianos. Al fin, despues de mil actos de heroismo, ondeáron victoriosos sobre los muros de Antequera los estandartes de Castilla y el 16 de Septiembre precipitáronse los soldados dentro de la ciudad, pasando á cuchillo á cuantos encontraron. Retiróse Alkarmen al castillo con el resto de la guarnición, y continuó aun algunos dias la lucha hasta el 24 de Setiembre en que se rindió el fuerte, del que salieron escuálidos y casi moribundos los pocos moros que sobrevivian, y como consecuencia se entregaron igualmente las inmediatas fortalezas de Teba y Aznalmora. Nombró el Infante alcaide de Antequera al valeroso Rodrigo de Narvaez y de los castillos de Teba y Aznalmora á Alonso Gonzalez Ayllon y Pedro Matéos de Palacios, caballeros ambos, hijos de Arcos, personas de gran cuenta en el ejército y capitanes experimentados, en quienes tenia la mas absoluta confianza, y satisfecho con la nueva conquista que le proporcio-

nó el glorioso sobrenombre de D. Fernando el de Antequera con que es conocido en la historia, tornó á Sevilla y licenció su ejército. A su imitación despidió el Condestable Ruy López Dávalos la hueste de su villa de Arcos, y queriendo premiar los extraordinarios servicios que en aquella y otras campañas, le habia prestado su alcaide Martin Romero, le hizo donación de todas las vegas del donadío de Tablellina en el término de esta ciudad, cuya finca vinculada despues, aun paraba en poder de sus herederos en el año de 1640.

Lafuente.—Mariana.—Conde.—Gamaza.—Espinosa.—Camacho.



PEDRO GONZALEZ DE GAMAZA.
1435.

Terminados los disturbios promovidos en Castilla por los turbulentos Grandes á quienes servía de maniquí el Infante D. Enrique que cuando despues subió al trono fué el cuarto de su nombre, y ajustadas treguas con Aragon, determinó el Condestable D. Álvaro de Luna, que como favorito de D. Juan Segundo gobernaba el reino, dirigir sus armas contra su enemigo tradicional, el rey moro de Granada, Mahomed el Izquierdo. Y mientras se recaudaban los subsidios que para la ayuda de la guerra concedieron las Córtes reunidas en Salamanca, entraron por tierra de moros Don Gonzalo Obispo de Jaen y Diego de Rivera Adelantado de Andalucia, que con ochocientos caballos y tres mil Infantes, llegaron hasta la Vega de Granada á fines del año de 1524. Llevaba en su hueste el Adelantado, la mesnada de Arcos, villa realenga á la sazon, habiendo

vuelto á la corona á la caida del *buen Condestable* Ruiz Lopez Dávalos y la mandaba su alcaide Álvaro de Castillejo, llevando su bandera el alferez mayor Pedro Gonzalez de Gamaza. Desprevenidos los granadinos que salieron á su encuentro, fueron derrotados con pérdida de doscientos muertos y mas de cien cautivos, retirándose á la frontera los nuestros victoriosos y cargodos de botin.

No tardó en reunirseles el Condestable D. Álvaro de Luna, á quien sus mismos enemigos reconocian como prudente y esforzado capitan, y con ellos y alguna mas gente que allegó, taló la campiña de Yllora, y asoló la vega de Granada, sin perdonar una magnífica casa de recréo del rey moro.

Reuníase en tanto á toda prisa el ejército cristiano en Córdoba adonde estaba ya D. Juan Segundo, y emprendiendo la marcha á su frente, dirigióse sobre Granada incorporándosele el Condestable en Alhendin. Unídas ya las tropas castellanas, en número de ochenta mil hombres, y guiándo la vanguardia el Condestable, asentaron sus reales en la sierra Elvira, cerca de Granada. Nunca habia amenazado esta capital ejército tan poderoso, ni jamás estuvo tan próximo á perderse el último resto del poder mahometano en España. La imminencia del peligro escitó el ánimo de los moros, que por todas partes acudieron á la defensa de la comprometida ciudad. Rebosaba esta de gente que tenia que dormir en las afueras, porque no bastaba el recinto murado á contenerla. Tribus enteras guiadas por sus alfakies habían descendido de la

agreste Alpujarra á la voz de guerra santa, y el populacho de Granada y los pueblos de la feracísima Vega abandonando sus casas y campos, acudia contra el cristiano armado con lo primero que el furor y el encono le deparaban, mientras que la diestra y elegante caballería granadina preparábase á la peléa. Jamás desde la batalla del Salado habíase movido tanta muchedumbre de morisma, que los historiadores árabes hacen subir á cinco mil ginetes y doscientos mil peones, y jamás tampoco los cristianos habian hecho esfuerzo tan considerable. No estaban empero, cumplidos los dias del Reino de Granada, que aun habia de subsistir durante mas de medio siglo.

Ordenado el ejército frente á la innumerable multitud de los mahometanos que llenaba toda la vega que desde la falda de Sierra Elvira se estiende hasta Granada y dada la señal de acometer, embistió el primero Diego de Rivera con su mesnada y la de Arcos, arrollando con su incontrastable empuje la allegadiza muchedumbre de los moros. Entró en batalla trás de él el Condestable con dos mil quinientas lanzas, y siguió el rey D. Juan con el resto del ejército. Sostenia la embestida la caballeria granadina defendiéndose con ardimiento, siendo tal el denuedo de la acometida, y la tenacidad de la resistencia, que llegando los caballos de ambas partes á juntarse no podian avanzar ni retroceder, cada vez mas embarazados en la multitud de cadáveres, cuyo número aumentaba por instantes. No cejaba ninguno de ambos campos, cuando adelántandose el Condestable puesto al frente de la

mesnada de Arcos y la de Diego de Rivera, invocando con tremendas voces "¡Santiago! ¡Santiago!" dió sobre los granadinos con tal brio, que comenzando á flaquear sin poder resistir el empuje de aquella bardada caballeria, se desordenaron primero y dispersos despues huyeron desbandados, perseguidos hasta las mismas puertas de Granada por el Condestable y los nuestros, quedando en el campo del combate más de treinta mil cadáveres mahometanos.

Esta batalla llamada de Sierra Elvira ó de la Higueruela, hecho de armas el mas notable del reinado de D. Juan Segundo, habría sido tan decisiva como las de las Navas y del Salado, si hubiera podido aprovecharse su fruto, emprendiendo en seguida el cerco de la atemorizada Granada. Pero la negligencia del rey, las envidias que despertaba el favor siempre creciente del Condestable, y la conspiración que en el mismo campo fraguaron contra él los nobles, hiciéron que dispusiera la vuelta á Córdoba, malográndose de esta suerte victoria tan señalada.

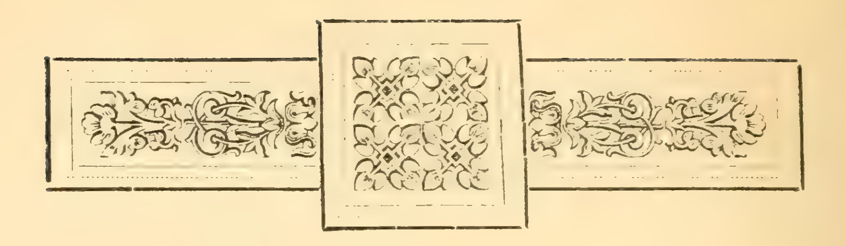
Quedó solamente con sus tropas el adelantado Diego de Rivera, que imposibilitado de acometer con tan poca gente empresas de grande importancia, retiróse hacia la frontera de Arcos, devastando al paso las comarcas que atravesaba.

Llegado á Álora asaltó su castillo; pero cuando desde el pié de la fortaleza animaba á sus soldados, una saeta disparada con certera mano por el mismo alcáide moro le dejó sin vida, mientras que plantaba el primero de todos el pendon de Arcos sobre los mu-

ros del castillo nuestro valeroso alférez mayor Pedro Gonzalez de Gamaza, que espiró tambien momentos despues atravesado de mil heridas. Ganado el fuerte, dióse sepultura á los dos esforzados caballeros, y tomando Álvaro de Castillejo el mando de toda la hueste la condujo á Arcos.

Premió D. Juan el Segundo el valor de los servicios de Diego de Rivera, haciendo que le sucediese en su cargo de adelantado de Andalucia su hijo Per Afan de Rivera de solos quince años á la sazón, y para premiar tambien el esfuerzo de Pedro Gonzalez de Gamaza, concedió á los hijos de este, un donadío de doce caballerias de tierra en el sitio de Canillas, término de Arcos, que vinculó despues el vicario Juan Gonzalez de Gamaza, hijo del valiente alférez mayor, siendo el primer llamado, su sobrino Anton de Gamaza Puerto, alcáide de Casares.

Mariana.—Lafuente.—Gamaza.—Camacho.



BARTOLOMÉ GONZALEZ ESPINOSA.
1452.

Desde que en el año 1255 el rey D. Alonso el Sábio despues de conquistar á Jerez, puso cerco á Arcos, Medina y Lebrija, de las que al fin se apoderó su hermano el Infante D. Enrique, á quien dejára el mando de las tropas, hasta el último día del reino granadino, no abandonáron los habitantes de Arcos las armas un solo momento, siendo durante doscientos treinta y siete años centinelas avanzados del cristiano, siempre vestido el arnés y empuñada la lanza, velando por la seguridad de la frontera.

Innumerables son los hechos de armas que en tan largo periodo llevaron á cabo los invictos hijos de esta ciudad, cuyas heróicas hazañas compiladas formarian un voluminoso libro de caballerias verdaderas.

Mas puesto que de Bartolomé Gonzalez Espinosa tratámos, referirémos solo lo siguiente, único dato referente á aquel esforzado caballero que hémos podido averiguar.

Corria el año de 1452, y reinaba en Castilla D. Juan Segundo, ó mas bien imperaba en su nombre el Condestable D. Álvaro de Luna, cuando invadiéron de repente los términos de Arcos ochocientos moros de á pié y seiscientos de á caballo mandados por el alcáide de Ronda, temible guerrero, famoso por su valor y ferocidad. Hallábase por acaso en Arcos, villa entonces, su señor D. Juan Ponce de Leon segundo Conde de Arcos y Señor de Marchena, quien reuniendo apresuradamente los Caballeros y gente de á pié, en número de cien ginetes y doscientos infantes, salió al encuentro de los moros dándoles vista á media legua de Arcos en el sitio llamado la Torrecilla.

Esperaba la hueste granadina el encuentro en medio de la estensa llanura, formados en media luna cuyo centro ocupaba la caballería, llenando la infantería las dos alas. Llegados á corta distancia los cristianos, ordenaron sus escasas fuerzas en igual forma, y sin reparar que iban á medirse con otras cinco veces superiores, dada la señal de acometer, al son de sus trompetas, á que respondian los roncos atabales de la morisma, cargaron sobre ésta con tan sobrehumano esfuerzo, que trás larga y encarnizada pelea, comenzando primero á retraerse y despues á tornar las espaldas, concluyeron los moros por ponerse en precipitada y vergonzosa fuga, abandonando á los nuestros

todo el considerable botin que en su estensa correría habian robado, dejando el campo sembrado de muertos y despojos. Trescientos cincuenta infieles perdieron allí las vidas, y doscientos la libertad. Sangrienta fué tambien para los cristianos aquella señalada victoria, pues quedáron muertos cincuenta esclarecidos hijos de Arcos. Pero de todas estas pérdidas la mas sentida del Conde D. Juan y de todos los vecinos, fué la del alférez mayor Bartolomé Gonzalez Espinosa, que llevando el pendon de Arcos se vió siempre en lo mas recio de la peléa, dando á los suyos memorable ejemplo de heroismo, hasta que abrazado á su bandera, cayó atravesado por mil saetas y venablos, sirviéndole de lecho los cuerpos de los moros que su potente diestra había derribado.

Vuelto á Arcos despues de esta victoria, que sucedió el 9 de Febrero de 1452, el Conde D. Juan, queriendo premiar los hechos y gloriosa muerte de su alférez mayor, concedió á los hijos del valiente Bartolomé Gonzalez Espinosa, cuatro caballerias de tierra en el mismo sitio de la Torrecilla en que se dió la batalla, donde en memoria de la honrosa muerte de su padre, levántaron ellos una Torrecilla ó Castillejo, que dió nombre andando el tiempo á aquel sitio, de cuya construcción aun se conservan algunos vestigios.

Mariana.—Gamaza.—Camacho.



ALONSO DE AYLLON MANCHEÑO.
1454.

RECORRIAN en 1454 de orden del rey moro de Granada los alcaides de Alhama, Archidona y Ronda, los términos de Arcos, Jerez y Utrera, llevando entre todos dos mil ginetes y seis mil peones, y las intestinas guerras de Castilla, no dejaban al rey Enrique 4.º ni fuerzas ni recursos con que reprimir y castigar aquella invasión.

Debiendo pues resistirla los pueblos por sí mismos, reuniéronse cuatrocientos caballeros de Arcos, Marchena, Moron y Utrera, al mando de sus respectivos alcaides, que de Arcos lo era á la sazón Alonso de Ayllon Mancheño, y puesto al frente de ellos el valeroso Conde de Arcos y Señor de Marchena D. Juan Ponce, salió al encuentro de los moros, despues de haber dado aviso á Jerez para que los caballeros de aquella ciu-

dad acudieran en su auxilio. Dió vista á los enemigos en unas lomas entre Espera y Arcos y acometióles con furioso denuedo, deseoso de vengar los desmanes que en su larga correría por la vasta llanura que se estiende desde Utrera, habian causado.

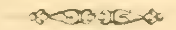
En poco estuvo que tan temerario arrojo no esperimentase terrible escarmiento. Veinte veces más numerosos los infieles que los cristianos, cercáronles por todas partes, y comenzó una terrible y desigual peléa. Allí pereció despues de vender cara su vida el valiente alcaide de Arcos, y con él ciento cincuenta de los principales caballeros. Ni uno solo habria conseguido salvarse, si no hubiese de repente llegado la gente de Jerez mandada por su alcaide Pedro Nuñez de Villavicencio, á quien pudo dar aviso un escudero del Conde, que escapando mal herido le halló cuando á no muy larga distancia se encontraba, dando descanso por un rato á los caballos á los que hizo dar á comer pan y vino para que se repusieran de la fatiga.

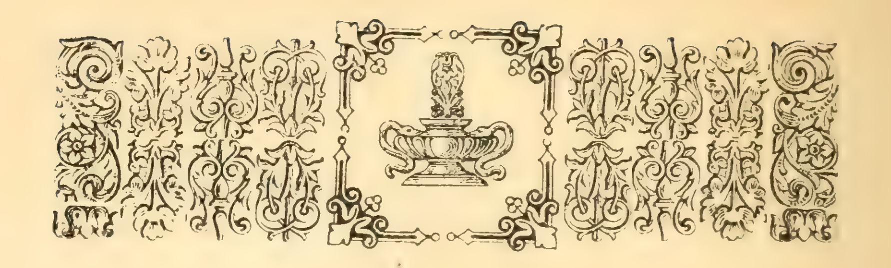
Acometiéron los jerezanos con ímpetu irresistible á los moros, con lo que cobrando los nuestros nuevo brío, entre ambas huestes derrotáron completamente á los infieles, que emprendieron al fin la huida dejando el campo sembrado de cadáveres y despojos.

No pudieron los cristianos seguir el alcance por la extraordinaria fatiga del largo y mortífero combate que no les permitió volver aquella noche á Arcos; durmiéron pues, sobre el campo de batalla, que recibió el

nombre que aun conserva de "Cerro del Campamento. y Haza de los Muertos," á causa sin duda de la muchedumbre de moros que en ella perdiéron la vida.

Gamaza.—Biron.—Camacho.





ALONSO DE ARCOS.—BERNAL YAÑEZ.—ALONSO RUIZ MANCHEÑO.
1462.

SEGUN refiere el cronista Alfonso de Palencia, en el año de 1462, octavo del reinado de D. Enrique 4.º el Impotente, huyóse de Gibraltar un moro, que pasando á Tarifa y convertido al cristianismo, dió cuenta al alcaide de la última ciudad, de que Gibraltar hallábase á la sazón casi desguarnecida por haber pasado á Málaga el considerable presidio de moros granadinos que de continuo la custodiaban, siendo por tanto aquella ocasión la mas propicia para apoderarse de tan importante plaza. Comprendió Alonso de Arcos, que así se llamaba aquel alcaide, natural de Arcos de la Frontera, la gravedad de la noticia, y co-

mo amante hijo de esta ciudad. la dió aviso al punto, con ánimo de proporcionar á su pátria nuevas glorias. queriendo que no dejasen perder los de Arcos conquista de tanta valía. Sabida la nueva, acordó el Concejo ponerla en conocimiento del Conde de Arcos, don Juan Ponce, que en la villa de Marchena descansaba de sus recientes espediciones contra los moros de Granada. y sin mas tardar. puesto al frente de los Caballeros y peones de Arcos. salió su alcáide Alonso Ruiz Mancheño y reunido con los de Tarifa y Alonso de Arcos, fueron sobre Gibraltar, y comenzaron á combatirla.

Llenos de temor los moradores. decidiéron rendir la plaza á pleitesía. para evitar la cólera del vencedor, y propusiéron varios honrosos capítulos de partido: más cuando deliberaban los Caballeros de Arcos y Tarifa, sobre los términos de la capitulación. llegó al campo D. Rodrigo Ponce de Leon, hijo del Conde don Juan. el mismo que mas adelante con el nombre de Marqués de Cádiz, había de mostrarse el mas ilustre capitán de la guerra de Granada. Recibiéronle con alborozo los cristianos. todos por ver en él caballero de tantas esperanzas. y además los de Arcos como á hijo y heredero de su natural Señor. y sometiéronle en seguida las capitulaciones propuestas. "*No quiera Dios.* - dijo entonces D. Rodrigo.- *que por ganar honras, me anticipe y las quite á otros mas dignos de ellas. Mi padre y señor llegará aquí esta noche, ó mañana á comer. y así mismo el Sr. D. Juan. Duque de Medina Sidonia, y son amigos y parientes, y es razon que ambos reciban la honra*

de la toma de esta Ciudad, que yo les pediré por merced que quieran conceder los capítulos propuestos. Retirábanse los enviados de Gibraltar con esta respuesta á tiempo que llegaba al campo cristiano la gente de Jerez con sn Corregidor Gonzalo de Avila, quien enterado de lo que pasaba, aconsejó á los moros le entregasen una puerta de la Ciudad, para evitar la muerte ó el cautiverio, "*porque*, les dijo, *D. Rodrigo es mozo, y amigo de ganar honra en las batallas, y en llegando su padre le aconsejará rechazar la capitulación y tomar la plaza a viva fuerza, con lo que seréis todos pasados á cuchillo, y cautivos vuestros hijos y mujeres; pero si me entregáis una puerta, entraré con los dos mil hombres que traigo, evitando así vuestra total ruina*" Concertado de esta manera con los moros, comenzó la gente de Jerez a marchar hacia la ciudad, para entrar por su puerta. Mas apercibido don Rodrigo del caso, arremetió con la caballeria de Arcos con tal prisa, que antes que llegasen los Jerezanos se apoderó de Gibraltar, plantando su bandera sobre la puerta, que mandó cerrar cuando llegaba á ella la gente de Jerez. Demandóle ésta licencia para entrar, concediéndola de buen grado D. Rodrigo, que envió al punto aviso al Duque de Medina que venia caminando, y congratulándose el Duque con la buena nueva mandó se adelantase un caballero de los suyos, para pedir á D. Rodrigo suspendiese la toma de posesión de la fortaleza hasta que él llegase, deseando participar de la gloria adquirida. Condescendió gustoso D. Rodrigo que salió á recibirle con cincuenta lanzas y despues de los saludos naturales entre cercanos parientes.

pidió al Duque, que pues se habia dilatado la toma de posesión por darle gusto, seria bien para efectuarla aguardar la venida que no podia tardar, de su padre el Conde de Arcos, lo cual le suplicaba como especial merced. Conviniéronlo asi ambos caballeros, más á pesar de lo estipulado, aquella noche envió el Duque á decir secretamente á los moros que si no le entregaban al punto la fortaleza, serian todos muertos; mas que entregándosela, les dejaria en libertad para que saliesen todos con sus haciendas. Aceptáron los moros la oferta, y enviáron á pedir seguro á D. Rodrigo, diciéndole que por respetos al Duque y en razon á haber sido muerto en la Ciudad el Conde de Niebla su padre, les placia entregar la plaza al Duque y no á otra persona. Sorprendido en estremo D. Rodrigo respondió con enojo que aquello no podia ser, porque éra bien cierto que desde que se tomó la Ciudad, y aun antes estaba rendida la fortaleza, y á él se la habrian entregado si la hubiese querido recibir; que volvia á pedir por merced al Duque no contradijese lo ya convenido, y que se aguardase al Conde su padre que aquella misma noche llegaria. No quiso acceder el Duque, y en evitación de un conflicto, se convino en que cien escuderos de cada uno de ambos grandes con las banderas de los dos, entrasen y las plantasen juntas en la fortaleza. Seguian á caballo ambos Capitanes, y al entrar en el Castillo, un moro tomó de la mano al alférez que llevaba la bandera del Duque, y le hizo entrar, dejando atrás la de D. Rodrigo. Enfurecido éste dió al alférez del Duque un golpe en el brazo, que hi-

zo caer al suelo la bandera. Aunque enojado el Duque disimuló y subieron á la torre juntas ambas banderas: poco á poco de órden del de Medina, fueron entrando sus soldados, en tanto número que ocuparon toda la fortaleza. En medio de ellos estaba casi solo D. Diego Ponce, hermano de D. Rodrigo, con la bandera de los Condes de Arcos, y apercibido de lo que pasaba, dió inmediato aviso á su hermano, quien le ordenó salirse con la bandera y los pocos de Arcos que le acompañaban, retirándose con su hueste fuera de la Ciudad. Intentó el Duque atraerle, mas contestó don Rodrigo no quería que cuando llegase su padre hallase su gente y su bandera en poder de agena mano. Resolvió entonces el Conde D. Juan prender ó matar al Duque por no haber guardado el concierto y buena amistad que entre parientes debiera esperarse, y reunida la gente de Marchena y Arcos, partiéronse de Gibraltar asentando su campo sobre el rio Guadiaro, desde donde enviáron un cartel al Duque desafiándole. Esperáronle allí tres dias sin que acudiése: pasados los cuales, volviéronse á Arcos el Conde y su hijo, con las tropas de esta Ciudad.

Hemos referído con tanto detenimiento este suceso, porque fué el origen de una larga enemistad de más de veinte años entre las dos poderosas casas de Medina Sidonia y Arcos, enemistad que causó muchos centenares de víctimas, viéndose ensangrentadas de contínuo las calles de Sevilla, Jerez, Arcos y Medina y los campos de Andalucía en que se riñeron verdaderas batallas campales, levantando cada facción numero-

sas huestes como los Güelfos y Gibelinos de Florencia.

No es nuestro intento referir ahora los varios acontecimientos de esta verdadera guerra civil, sino solo aquellos en que más se señaláron algunos hijos de Arcos.

Diez años duraba la enemistad de ambas casas, cuando en 1472, D. Rodrigo Ponce de Leon Jefe ya de la suya por el fallecimiento de su padre, aprovechando un corto periodo de tregua con el Duque de Medina Sidonia, en véz de descansar de las fatigas de la guerra, dirigió con mejor acuerdo todo su empeño contra los moros, y al efecto sacando de Arcos todos los caballeros y peones con que esta población contaba y fueron mil ginetes y tres mil infantes, dirigióse sobre Garciago que tomó por asalto arrasándola despues, y luego sobre Cardela, fortísima plaza de los moros á solas cuatro leguas de Arcos, á la entrada de la Serranía de Ronda. Lo agreste del lugar, la numerosa guarnición y el valor de sus defensores, de nada sirviéron ante el esfuerzo de los vecinos de Arcos, que despues de encarnizada lucha, tomaron por asalto aquella plaza, guiados por el valeroso D. Manuel Ponce de Leon hermano del ilustre D. Rodrigo, á quien celebran todos los historiadores con singular encarecimiento, siendo el primero que puso el pié sobre los muros de la ciudad. Ganada ésta, dejando en ella fuerte presidio, y por su alcáide á Bernal Yañez, hijo de Arcos, tornóse á ésta última el marqués de Cádiz, quien para premiar el esfuerzo del alcáide Alonso

Ruiz Mancheño que habia mandado las gentes de Arcos, le concedió un juro de tres mil maravedis, sobre las rentas del Almojarifazgo, espresando en el privilegio que le hacia aquella merced atendiendo al gran servicio que le habia prestado buscando ardid y forma para tomar la villa de Cardela.

No dejó el rey sin recompensa el valor de estos vecinos: pues por privilegio dado en Madrid en 5 de Setiembre del mismo año, concedió á Arcos el título de ciudad, espresando lo hacia en remuneración de haber sus hijos conquistado á Cardela.

Como aquella población era plaza tan importante de la frontera de los moros, intentáron éstos recuperarla, y en Agosto de 1473, vino sobre ella el rey de Granada con numerosa hueste: defendióse heróicamente la guarnición que dió aviso de todo al marqués de Cádiz. Acudía este al socorro con las fuerzas de Arcos y de Marchena, cuando en el camino supo que el Duque de Medina Sidonia habia salido de Sevilla con un ejército de sus parciales, encaminándose al parecer sobre Jerez, donde dominaba entonces el Marqués, que temiendo por la seguridad de Jerez y Arcos, retrocedió al punto para evitar que el duque se apoderase de ambas ciudades, y abandonada entonces la heróica guarnición de Cardela, tuvo que rendirse á partido, despues de sacar en ventaja poder retirarse libres á Arcos, los soldados y Bernal Yañez su alcáide, quedando aquella villa otra vez en poder de los moros.

Culparon el Marqués y los de Arcos de tan sensible

pérdida al Duque de Medina Sidonia, que con su movimiento sobre Jerez dió ocasión al abandono en que quedó aquella plaza.

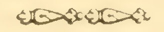
Bien pronto cumpliéron su propósito. Una de las primeras noches de Enero de 1474, salió el alcáide desposeido de Cardela, Bernal Yañez, que como ofendido tomó á su cargo la empresa, con Pedro de Vera, alcáide de Arcos, despues conquistador insigne de Canarias, y toda la caballería é infantería de esta ciudad. Caminando toda la noche, llegó de madrugada á Medina Sidonia, y sorprendiendo las guardas y centinelas del castillo, se apoderó de él y de la ciudad, después de una corta aunque encarnizada peléa en que muriéron bastantes caballeros de ambas partes, entre ellos el alcáide de Medina Bartolomé Basurto, que cayó atravesada la garganta por el hierro de una lanza. Avisado luego el marqués del buen éxito de la empresa, marchó á Medina de la que tomó posesión, nombrando alcáide de ella á Alonso de Vera, hermano del de Arcos, haciendo grandes regalos y donaciones á los de esta última ciudad que tan bien le habian servido. Colmado por él de honores Bernal Yañez, continuó prestándole grandes servicios en la guerra contra los moros hasta que murió algunos años despues en la infausta batalla de las Ajerquias, cerca de Málaga.

En cuanto á los dos magnates, continuaron en su enemistad otros diez años, durante los cuales se causáron mútuamente males sin cuento, hasta que las exhortaciones de la reina Católica, por una parte, y la caballerosidad con que el Duque de Medina Sidonia

olvidando sus ódios acudió en socorro de D.ª Beatriz Pacheco esposa del Marqués de Cádiz, sitiada en Arcos por los moros de Ronda, mientras su marido estaba en la toma de Alhama, produjéron la paz de ambos señores, que no volvió á interrumpirse jamás.

¡Tan poderosos é independientes fueron aquellos Ricos Hombres, que mantenían ejércitos, guerreaban entre sí, gozaban de mero mixto imperio sobre los pueblos de sus Señoríos, y eran en fin absolutos dueños de vidas y haciendas! ¡Cuántas humillaciones hubo de sufrir el trono hasta que logró imponerse á aquellos reyezuelos, obra comenzada por Fernando é Isabel, continuada con teson infatigable por el Gran Cisneros y terminada por Cárlos V y Felipe II!

Gamaza.—Mariana.—Palencia.—Prescot.—Guichot. Genealogia de Ponce de Leon.





JUAN GARCIA LOZANO.
1481.

HABIAN entrado en 1481 las moros de Ronda á hacer cabalgada por los campos de Arcos y Jerez ordinario teatro de sus correrias y despues de recojer cuantioso botin de ganados cautivando á algunos desgraciados labradores que halláron descuidados é indefensos, retirábanse con su presa á ocultarse entre los espesos riscos de la Serranía. A la primer noticia de su entrada el valeroso alcáide de Arcos, Juan Garcia Lozano, descendiente de los primeros pobladores que á esta ciudad vinieron de Sevilla y Toledo, reuniendo apresuradamente los hombres de armas y peones de que pudo disponer, salió en persecución de los moros, despues de enviar á toda prisa á Jerez aviso de lo que ocurría, para que de allí saliesen tambien fuerzas en

su ayuda. Pasadas las vegas de Elvira, en el camino que conduce á Tempul, alcanzó al enemigo. Mas éste al que se habian ya reunido otras partidas que merodeaban por los términos de Alcálá y Medina, era tan extraordinariamente superior en número á los cristianos, que el valiente alcaide á pesar de su denuedo, resolvió no acometer á los moros, sino continuar á su vista hasta que llegase el esperado socorro de Jerez. No pudo tener efecto su propósito, porque el enemigo, visto el corto número de los nuestros y considerando cosa fácil hacerles prisioneros, dejando un destacamento proseguir su camino con la presa, volvióse atrás y arremetió con los de Arcos. Eran los moros diez veces más que los cristianos que juzgaron segura su muerte: pero aquellos valientes no sabian huir, y haciendo el sacrificio de sus vidas, esperaron impávidos al enemigo. Trabada la desigual peléa, rodeó á nuestro pequeño escuadron la feroz morisma. En ambos campos habia el mismo empeño por vencer, igual desprecio á la muerte. Mas los cristianos en cuyas filas ondeaba el pendon de Arcos, tenian que salvar su bandera y evitar que cayese en poder de los infieles: antes moririan todos, que consentir tanta ignominia: de las desfallecidas manos de un moribundo, recogia otro cristiano la enseña victoriosa, y al espirar su nuevo defensor atravesado por mil saetas, alzábalo otra véz, siempre invencible, otro adalid.

De esta manera recibieron allí muerte gloriosa Rodrigo Lozano Camacho, hijo del valiente alcáide, dos primos suyos, del apellido Ayllon y otros muchos. No

pudo la feroz muchedumbre de los moros vencer la constancia y heróico esfuerzo de los nuestros, y llegada la noche, temerosos sin duda de que llegasen fuerzas de Jerez en auxilio de los cristianos, dejando el campo cubierto de cadáveres musulmanes, retiróse á toda prisa el enemigo, sin que los nuestros, todos heridos y maltrechos, pudieran perseguirles.

Dueños del campo de batalla los de Arcos, pasáron en él aquella noche, durante la cual murió de sus heridas el invicto alcáide Juan Garcia Lozano, último defensor de su bandera. En memoria de tan brillante hecho de armas, llamóse desde entonces el sitio en que tuvo lugar, la "Vega de Juan Lozano."

Caro Gamaza. Camacho.



MATÉO SANCHEZ ROMO.
1482.

Empezado habia la guerra de Granada. La mesnada de Arcos y las de los pueblos comarcanos, siguiendo las banderas victoriosas del ilustre Marqués de Cádiz, hallábanse en la conquista de Alhama, y desguarnecida la frontera quedaba abierta á las depredaciones y rapiñas de los moros de la Serranía. Saliendo éstos de Ronda y su comarca, doscientos setenta de á caballo, y doble número de peones, corriéron los campos de Utrera, Espera y Bornos, apoderándose de cuanto ganado halláron y reduciendo á cautiverio á los ganaderos y labradores. Retirábanse ya con un considerable botin de once mil cabezas de ganado y mas de cien cautivos cristianos, cuando reunidos apresuradamente en el castillo de Bornos cuarenta y ocho

ginetes de Utrera, mandados por su alcáide Gomez Mendez de Sotomayor, ocho de Espera con su alcáide Anton Sanchez del Ojo, diez de Bornos, y solo seis de Arcos, pues las fuerzas de esta ciudad estaban todas en la espedición de Alhama, á pesar de su corto número y ser muchos de ellos ancianos, por cuya causa no habian acompañado al Marqués de Cádiz, resolviéron salir en demanda de los moros para acometerles y arrebatarles el botin. Y nombrando su capitan al alcáide de Bornos Matéo Sanchez Romo hijo de Arcos, veterano curtido en las guerras de la frontera, montando todos á caballo y empuñando sus lanzas, saliéron en persecución de los infieles. Alcanzáronles en el camino de Zahara, dos leguas de Bornos, en el sitio que llaman Loma del Judio. *Allí los de Ronda,*—dice el cronista—*cuando vieron tan poca gente, habido consejo, diciendo que tambien los podrian llevar, volviéron sobre ellos pensando que les fuirian, e los cristianos, desque les vieron venir, hiciéronse un cuño e apretéronse esforzándose unos con otros diciéndose que todos se portasen como buenos, que Dios e la Virgen Santa Maria y el Apostol Santiago les serian de ayuda; e los alcáides que eran hombres esforzados, alentaban mucho la gente, e pusiéronla en órden, y apretándose todos mucho, puestas sus lanzas de encuentro á los moros viniéronse para ellos, e arremetiéron los unos á los otros, los cristianos, diciendo "Santiago," horadáron la batalla de los moros andando muy apretados e acuchillados, e diéron vuelta otra vez sobre ellos, derribando y matando muchos. E los cristianos que quedaron á pié por les haber muerto los caballos, cuando vieron derribados muchos moros,*

comenzaron de matar e aguardar á los suyos. E los moros como vieron tantos caidos de ellos, y los cristianos en su rigor, comenzaron á fuir vencidos, y muertos y desbaratados. Los cristianos siguieron el alcance grande rato e fueron muertos mas de cient moros y captivos mas de doscientos: y murieron solamente cuatro cristianos, tres de Utrera y uno de Arcos del apellido de Lozano: e volvieron todo el ganado que llevaban los moros, e cojieron en el campo noventa caballos e muchas armas: e tornaron con mucha honra á sus casas, y repartieron la presa con todos los que allí se hallaron y peleáron.

Rodrigo Caro.—Gamaza.—Biron Salgado.—Camacho.





LAS MUGERES DE ARCOS.
1481.

En la noche del 26 de Diciembre de 1481, en medio de una horrorosa tempestad que sobreponiéndose á todos los ruidos, impidió á los habitantes de Zahara apercibirse de la proximidad de los moros, el rey de Granada Muley Abul Hacem asaltó con su ejército los fortísimos y elevados muros de aquella villa, de la que se apoderó pasando á cuchillo á todos los cristianos que intentaron defenderse, y se llevó cautivos á Granada á los demás moradores, hombres, mujeres y niños.

Dolor y sentimiento profundísimos causó la pérdida de Zahara á los Reyes Católicos, señaladamente á D. Fernando, cuyo abuelo el Infante de Antequera ha-

bía sido el conquistador de aquella villa, y aunque una buena parte del pueblo de Granada celebró el infausto suceso de los cristianos, otra, la más sensata deploró la espedicion, temerosa de las represalias que sin duda no dejarian de tomar los castellanos, razonable temor que confirmó el tiempo poco despues.

Hallábase en su castillo de Arcos el Conde de esta ciudad D. Rodrigo Ponce de Leon cuando recibió la fatal noticia de la pérdida de Zahara, y en el acto resolvió tomar cruda venganza. Convocando á son de trompeta á los vecinos, dióles cuenta de la agresión del rey moro, y propúsoles apoderarse de Alhama, ciudad fortísima enclavada dentro del reino granadino, que sabia se hallaba con menos guarnición que de ordinario, cuyo aviso habia tenido del asistente de Sevilla Juan de Merlo.

Adoptado con entusiasmo el proyecto por aquellos valientes, armáronse á toda prisa los caballeros y peones de Arcos, y bajo las banderas de D. Rodrigo encamináronse á Marchena, de donde por Antequera, reunidos al contingente de Marchena, cayéron sobre Alhama que tomáron por asalto, en la madrugada del 28 de Febrero de 1482.

Desguarnecida quedaba Arcos mientras tanto, pues habíase llevado el Conde D. Rodrigo á la espedición de Alhama todos los hombres válidos, quedando custodiada nuestra ciudad solo por los ancianos y aquellos á quienes enfermedades ó antiguas heridas

vedaban el fatigoso ejercicio de las armas. Mandaba en la ciudad la Condesa D.ª Beatriz Pacheco, esposa de D. Rodrigo, é hija del famoso marqués de Villena turbulento ministro de Enrique IV, señora de altas prendas y varonil entereza, á cuya discreción y esfuerzo confiaba su marido la administración de sus estados mientras él estaba en la guerra.

Sabida por los moros de la Serranía de Ronda la ausencia del Conde y de sus tropas, y considerando aquella la ocasión mas favorable para dar un rudo golpe á los cristianos, resolviéron apoderarse de Arcos, empresa que juzgáron entonces fácil y de poco riesgo, y en número de cuatro mil hombres de á pié y á caballo, pusiéron cerco á la ciudad, en los primeros días de Marzo, intimando la rendición á sus escasos defensores, que resueltos á morir todos antes que rendir la plaza, desecháron con desprecio las proposiciones del sitiador.

Confiado éste en sus fuerzas é irritado con la negativa, emprendió animoso el asalto que rechazáron con brioso denuedo nuestros valientes; pero la escaséz de su número no les permitía cubrir el estenso recinto, ni tampoco las incesantes acometidas del enemigo daban á los defensores treguas para el descanso necesario.

Agoviaba la fatiga á los vecinos mientras que se preparaban los moros á un asalto decisivo, y acercábase el momento en que iba á perderse la ciudad, cuando de repente vénse coronados sus adarves por una multitud armada que con piedras, picas, aceite hirviendo

y cuantas armas puede sugerir la desesperación rechaza á los asaltantes, derribándoles de las escalas que subían ufanos de su segura victoria, causándoles gran número de muertos y heridos.

Eran las mugeres de Arcos, las hijas, las hermanas, las esposas de los valientes defensores y de los no menos bravos que en aquellos días se cubrían de laureles en Alhama. Enardecidas con las palabras de su Condesa D.ª Beatriz Pacheco, y queriendo morir todas antes que convertirse en esclavas de los musulmanes, desechando el temor y la debilidad propios de su sexo, vistiendo las aceradas cotas y empuñando las armas de sus parientes, salváron con su heroismo á la ciudad de una total ruina.

Escarmentado el enemigo, pero sin renunciar á su propósito, ni repetir los asaltos, limitóse á estrechar el cerco, remitiendo al hambre el logro de la empresa que no habia sabido conseguir su esfuerzo: mas tambien vió desbaratados sus planes por el noble Duque de Medina Sidonia D. Enrique de Guzman, que olvidando antiguas rencillas acudió desde Medina con cuatrocientos caballeros y obligó á los musulmanes á levantar el cerco de Arcos, persiguiéndoles hasta la Serranía á donde huyeron á ocultar la vergüenza de su derrota.

Gamaza.—Caro.—Biron.—Camacho.



JUAN DE ARMARIO.—ANTON ROMERO.—FERNANDO TARDÍO.—GARCIA DE HARO.—BARTOLOMÉ DE CUENCA.—BARTOLOMÉ SANCHEZ GREGORIO.—JUAN CAMACHO.—MARTIN DE MORON.

1483.

Cuando se leen las *Guerras Civiles de Granada* por Ginés Perez de Hita, figúrase el curioso que aquel hacinamiento de aventuras caballerescas y amorosas, es pura fábula, sin mas vida ni existencia que la que le prestó la poderosa fantasía del autor: que aquel es un libro de caballerías al ejemplo de los Amadises y Esplandianes, ficcion de costumbres jamás practicadas, destinado á recrear los ócios de algun desocupado, sin contener en sus páginas una sola enseñanza. Y sin embargo no es así: el libro de Perez de Hita, podrá ser una novela; ficciones sus aventuras y personajes: pero tiene un verdadero mérito aparte del literario que nadie le niega: su valor histórico como fiel y verídica pintura de las costumbres del tiempo

en que supone ocurrían las escenas que relata. Sirva como prueba la romancesca aventura que vámos á referir en que intervinieron como principales actores algunos valientes hijos de Arcos, atestiguada por autores dignos de crédito, y que podría figurar dignamente entre las fantásticas empresas de los Muzas, Zegries y Alabezes.

En una de las frecuentes escaramuzas sostenidas casi diariamente por los vecinos de Arcos, contra los moros de la Frontera de Granada, fué muerto por Almadan famoso alcaide de Ronda, Pedro de Armario, hidalgo estimado, descendiente de los primeros Caballeros que de órden de D, Alonso el Sábio, vinieron de Sevilla á poblar esta Ciudad. Ausente de ella á la sazon Juan de Armario, hijo del mismo, que á las órdenes del Marqués de Cádiz y Conde de Arcos, servía en la guerra de Granada, á su vuelta de la espedicion en 1483, determinó vengar la muerte de su padre, ó perecer en la demanda: y aprovechando la trégua de tres meses pactada con los moros de la Serranía, envió un escudero á Ronda para entregar á Almadan un cartél en que le retaba á mortal combate. Recibió el caudillo moro al mensajero con la mayor cortesanía, y enterado del objeto de su mision dióle esta respuesta. "*Di á tu señor, que los deberes de mí cargo no me permiten responder como quisiera á su cartel, porque la nieve de mis canas no ha apagado mi valor, ni debilitado mi brazo: mas díle tambien que no podrá jactarse nunca de haber provocado al viejo Almadan: tres hijos tengo, mozos y valientes: que elija entre ellos, que todos están dispuestos á salir al*

desafío por su padre."

Tornó el escudero con esta respuesta á Juan de Armario, que gozoso viendo próxima su venganza, participó lo ocurrido á dos amigos suyos, mozos como él, y como él resueltos y esforzados, pidiéndoles su asistencia y ayuda para la empresa. Eran éstos, Anton Romero, apellidado el valiente, y Fernando Tardío, tambien hijos de Arcos, y descendientes de los conquistadores, que al recibir la confidencia de su amigo Armario, aceptáron sin vacilar, ofreciéndole ser sus segundos en el lance: y puestos de acuerdo, enviáron nuevo mensaje al alcáide de Ronda dando cita á sus tres hijos para día y paraje señalado, que habría de ser el campo del castillo de Hortales. Y vuelto el mensajero despues de aceptadas las condiciones del combate, en el dia convenido, que se mantuvo secreto á causa de la trégua, saliéron de Arcos nuestros tres campeones, armados de todas armas, y empuñando en las manos sendas lanzas, cabalgando sin detenerse hasta dar vista á Hortales, donde casi al mismo tiempo llegaban los tres hijos de Almadan, luciendo bajo sus marlotas y alquiceles brillantes cotas, y blandiendo pesadas lanzas. Saludáronse cortésmente departiéndo breve rato para dar algun descanso á los caballos, y elejido el terreno en la llanura, separáronse despues, poniéndose de un lado los cristianos, y del otro los moros á distancia de media carrera. Y á la señal convenida, cubiertos los unos con los blasonádos escudos, con sus fuertes adargas los otros, puestas las lanzas de encuentro, á todo el correr de sus briosos corce-

les, arrojóse cada cual contra el enemigo que en suerte le tocaba. No parecia aquel un duelo á muerte, sino mas bien caballeresco tornéo en que solo se tratára de lucir cada uno su habilidad en el arte de justar y su destreza en la equitación. Mas no eran armas de mera cortesía las que manejaban los seis paladinos, sino de acero finísimo y cortante, ni era emulacion de efímera gloria la que ardía en sus pechos, sino el odio tradicional de raza y religion, y el deséo de venganza.

Recíbiendo Anton Romero en su escudo la lanza del moro, asestó á éste un bote en el almete con tal fuerza, que sin ser poderoso á evitarlo, ni valerle el temple de las armas, traspasada de parte á parte la cabeza, cayó el moro por las ancas del caballo, quedando muerto sin dar lugar á un grito, ni á hacer el mas leve movimiento: con lo que el buen caballero cristiano, libre de su enemigo, quedó pacífico espectador de la peléa.

Fernando Tardío y su contrario, rotas las lanzas al primer encuentro, desnudáron al punto los aceros. Cruzóse la fuerte cimitarra del moro con la ancha espada del cristiano que cual si fuera ligero junco la manejaba, y revolvian ambos combatientes sus caballos mil y mil veces, mientras se asestaban mútuamente furibundos golpes, que no siempre lograban parar. Corría yá por entre las abolladas armas la sangre de los dos, cuando cada vez mas embravecido el moro, á quien enardecía la vista del difunto cuerpo de su hermano que á corta distancia sobre la desnuda tierra yacía ensangrentado, resolvió aventurar la vida á un solo golpe: y arrojándo lejos de sí la adarga, sueltas

las riendas del bien amaestrado caballo, alzado sobre los estribos y tomando á dos manos la tajante cimitarra, cayó sobre Tardío cuidando dividirle con el furibundo tajo: mas ligero como el rayo el cristiano, salió á su encuentro y recibiendo sobre el escudo el terrible golpe, que le hizo humillar la cerviz hasta tocar el cuello del caballo, asestó al mismo tiempo al moro certera estocada, que entrándole por el hueco que quedó descubierto de la cota al levantar los brazos, causóle mortal herida por la que brotó en el acto raudal de sangre negra é hirviente. Abrió el moro los brazos, y de espaldas cayó desplomado como la encina bajo el hacha del leñador.

No parecía presentarse tan próspera la fortuna á Juan de Armario. Mas artero el moro con quien peleaba, dirijió su lanza contra el caballo del cristiano, matándolo en el primer encuentro. Desmontado Armario, luchaba con notable desventaja, y mientras su contrario hacía llover sobre él furibundos golpes, ayudándose con el empuje de su cabalgadura, solo podía el animoso hijo de Arcos atender á parar los fendientes de su adversario, que revolviendo el caballo con singular destreza, le traia acosado y sin aliento. Prolongábase la lucha, y vencidos yá los otros moros, hizo Armario un esfuerzo supremo, y en una de las revueltas de su enemigo, saltó con sobrehumano esfuerzo no obstante el grave peso de la armadura, á la grupa del caballo del granadino, y cogiendo á éste entre sus nervudos brazos, lo arrojó sin vida al suelo, despues de haberle introducido hasta el pomo su puñal

en la garganta.

Tal fué el victorioso resultado del encuentro entre los tres hijos de Arcos y los tres moros rondeños.

Recojidas armas y caballos de los vencidos, cuyos cuerpos fueron entregados á sus sirvientes, que desde no muy larga distancia presenciaron la peléa, tornáronse á Arcos nuestros triunfantes campeones, siendo públicamente aclamados á su llegada, pues aunque el desafío tuvo lugar secretamente, algo hubo de traslucirse por la indiscreción de los escuderos.

¿Y quién podría pintar ahora la desesperación y el furor del alcáide de Ronda al tener noticia de la desastrosa muerte de sus hijos? Poseido de rabioso encono, mesábase las barbas, jurando por su parte de paraíso vengar tan sangrienta injuria, y reuniendo á toda prisa sus ginetes, sedientos como él de esterminio, lánzase con ellos sobre las haciendas y alquerías de la comarca cristiana, talando y devastando cuanto á su paso halló; llega á una hacienda en el Matite, asiento en otro tiempo de aldéa considerable, á una legua de Arcos, lugar amenisimo por la abundancia de las esquisitas aguas que fertilizando aquellos campos, habian hecho crecer frondosos árboles, donde el dueño de la hacienda llamado Anton Alvarez de Medina, alcalde ordinario á la sazon, y su familia, acostumbraban venir á recrearse, y hallando á dos jóvenes, hijos del propietario, sácia en ellos Almadan su furia vengativa, arrojándoles vivos en la inmensa hoguera en que se consumia la hacienda, víctimas inocentes de tan despiadada ferocidad Terminado aquel acto de barbarie

retiróse Almadan con sus ginetes, sin que la caballería de Arcos, que al saber la noticia del desastre salió en su persecución, lograra darle alcance.

Llanto y general desconsuelo causó en Arcos el lastimoso fin de los desdichados hijos del Alcalde Anton de Medina, quien á los pocos dias, dando oidos á mal intencionados consejeros, con estrañeza de todos, entabló querella criminal contra los tres valientes vencedores del desafío, culpándoles de la muerte de sus hijos, por haber roto la trégua pactada con los moros.

Sabida de todos es la deficiencia del antiguo sistema de enjuiciar. La venalidad casi general de los Tribunales, la mala fé de los depositarios de la fé pública, la ignorancia general en materia de derecho, y el interés de los funcionarios en hacer interminables las cuestiones, para obtener en todos los casos mayor suma de honorarios más ó menos legítimos, fueron causas bastantes á hacer que á los tres años de entablada la querella, estuviese el pleito casi á los principios.

Hallábase el pueblo dividido en dos bandos opuestos de los que el uno favorecia al Alcalde, mientras el otro se inclinaba á sus contrarios, siendo tal el empeño con que cada cual abrazaba los intereses de su partido, que llegáron á las manos varias veces, muriendo muchos víctimas de su mútua intolerancia. Movidos al fin por las piadosas exhortaciones de personas de valer y respeto, entre otros el Marqués de Cádiz D. Rodrigo, que lamentaban la desunion de los vecinos de Arcos, transijieron por último sus diferencias, y se ajustáron las paces cimentadas en el matrimonio

de Fernando Tardío, uno de los campeones, con Leonor de Ayllon Medina, hermana de los jóvenes asesinados por Almadán. De este matrimonio procedieron los Medina Tardío, famosos en la historia de Arcos, así como de Anton Romero, que era hijo del alcáide de la fortaleza de Matrera, fueron nietos Francisco Romero el qne socorrió á Pavía sitiada por los Franceses, y el célebre maestre de campo Julian Romero.

Tal fué la aventura que mencionan las antiguas crónicas de Arcos bajo el nombre del encuentro de Hortales.

Mas no fueron estas las únicas hazañas de los vencedores de aquel lance. En la famosa batalla del castillo de Lopera, de que hacen mencion Rodrigo Caro y algunos otros autores, fuéron los naturales de esta Ciudad los que primero se arrojaron al asalto de sus múros; y siete de ellos, que fueron Anton Romero, Garcia de Haro, Juan de Armario, Bartolomé de Cuenca, Bartolomé Sanchez Gregorio, Juan Camacho y Martin de Moron, en la pasada del rio Guadalete, detuvieron por si solos un formidable escuadron de moros que desde Ronda acudía en socorro de Lopera, y lo desbarataron y vencieron con muerte de muchos y cautiverio de otros, entre ellos su gefe, caudillo principal de Ronda, llamado Mahomad Cotofre, que conducido á Arcos, comprólo Pedro Lozano Camacho, hijo del alcáide Juan Garcia Lozano, para darlo en trueco á los moros de Ronda, por Fernando Camacho su hijo, que en la funesta rota de la Ajarquía de Málaga, que-

dó prisionero, en 1483. Dió Pedro Lozano en pago del moro treinta mil maravedis, que se repartieron seis de los siete Caballeros que le cautivaron; en cuanto al sétimo, que era Anton Romero, no quiso recibir nada por su parte del rescate, en razon á ser el Fernando Camacho que se trataba de libertar, su propio cuñado hermano de su muger Leonor Lozano Camacho.

No fueron estas las solas empresas en que tomaron parte los bravos hidalgos de quienes nos vámos ocupando. Cuando en Octubre de 1483 el ilustre Marqués de Cádiz tomó con sólo las gentes de sus estados la casi inespugnable fortaleza de Zahara, asaltándola á escala vista en medio del dia, los dos primeros que subieron sobre los muros á pesar de la empeñada resistencia de los moros, fueron Martin Fernandez de Auñon, natural de Moron, y su cuñado el Anton Romero de quien antes se ha hablado, estando el Auñon casado con Leonor hermana de Romero.

En premio de este arrojo concedió el Marqués á Anton Romero seis caballerías de tierra al pié de la sierra de Guillena. Hoy es ese prédio el cortijo del Higueral.

Al año siguiente cuando atacada Ronda por el Rey Católico tuvo que rendirse despues de empeñada lucha, perdió en ella la vida Juan de Armario, el principal héroe del caballeresco encuentro que hemos narrado, y sus hijos recibiéron del Marqués de Cádiz como premio del heroismo de su padre, cinco caballerias de tierra al pié de la sierra de Santiscar, cuya finca poseen hoy sus descendientes los Valdespino.

Continuó la guerra que no cesó ya hasta terminar con la existencia del reino moro de Granada, y cuando en 1485, puso D. Fernando el Católico sitio á Loja, dió el Marqués de Cádiz á los dos campeones que aun quedaban del desafio de Hortales la arriesgada mision de reconocer la plaza; así lo hicieron, pasando una noche entera al pié de sus muros, cautivando al primer moro que al amanecer salió por sus puertas para traerlo á presencia del Rey, que supo de su boca todas las circunstancias del estado de la ciudad que sirvieron para asegurar el éxito de la empresa, á cuyo hecho se debió la toma inmediata de la plaza.

Rodrigo Caro.—Spínola.—Biron Salgado,—Camacho.—Rivas.





PEDRO ROMERO.—JUAN DE AYLLON.—RODRIGO DE AYLLON.
1483.

Corría el mes de Setiembre de 1483. Para vengar la derrota y prision que el rey Boabdil acababa de sufrir en Lucena, el Gobernador de Málaga Bexir, acompañado de los alcáides de Ronda y Marbella y numerosas bandas de los feroces moros de la Serrania en número de mil quinientos ginetes y cuatro mil infantes, rompiéron por la campiña de Utrera, mientras Almondari y Aben Sidre alcáides de Coin y del Burgo, con quinientos caballos y mil peones se dirigian por la parte de Zahara. A la nueva de la invasion, acudió D. Luis Fernandez Portocarrero con la caballeria de Ecija, Figueredo alcáide de Moron con los suyos, y Martin Fernandez de Bohorquez capitan de los de Utrera, y hallando á los moros junto al Cas-

tillo de Espera, poco antes ganado por el marqués de Cádiz, embistiéronles con denuedo á pesar de la desventaja del número. Duraba ya luengo rato indecisa la empeñada lucha, cuando saliendo de repente la corta guarnición del castillo compuesta toda de hijos de Arcos y á su frente su esforzado alcáide Pedro Romero, hizo inclinarse la suerte en favor de los cristianos, que obtuvieron completa y señalada victoria, quedando muertos más de cuatrocientos moros, y cautivos doscientos entre estos el alcáide de Marbella. Fugitivos los demás corrieron á ponerse en seguridad en la Serranía.

Mientras tanto avisado el Marqués de Cádiz que en Jerez se hallaba, por el alcáide de Arcos Pedro de Vera, de la proximidad de los otros moros que por Zahara se dirigian á esta comarca, salió apresuradamente de Jerez con los caballeros de aquella ciudad, y uniéndosele al llegar á Arcos los caballeros é infantes de esta última, que ya apercibidos le aguardaban, trás un corto descanso, emprendió la marcha hacia Zahara. No lejos de aquella villa, en las márgenes del Guadalete, rio que llevaria copioso raudal de sangre en vez de agua, si se juntase en su cáuce toda la que cristianos y moros han vertido en sus orillas, encontró á la hueste agarena, y no dando oidos mas que á su valor arrojóse sobre ella el ilustre marqués de Cádiz, seguido de los suyos. Trabada la peléa, los moros mas numerosos que los nuestros, batianse con el denuedo que siempre demostraron los habitantes de la Serra-

nía, y tras dos horas de encarnizado combate, viéronse con asombro los cristianos acometidos por la espalda por innumerables mahometanos que sin saberse de dónde caían sobre ellos. Eran tres mil moros, resto de la espedición derrotada en Lopera, mandados por Béxir en persona. Sorprendidos pero no amedrentados los cristianos, de comun acuerdo resolvieron vender caras sus vidas, haciendo frente á todas partes, defendiéndose con heroísmo: pero agoviados por la muchedumbre de los enemigos, parecia imposible la salvación, cuando dos esclarecidos caballeros de Arcos, padre é hijo, Juan y Rodrigo de Ayllon, ganosos de conquistar lauros inmarcesibles, lánzanse juntos con todo el poder de sus caballos sobre la apretada morisma; descargando rudos golpes, ábrense camino como el segador á través de las maduras mieses; llegan hasta Béxir, á cuyo lado se hallan dos banderas, y con muerte de todos los que intentan oponérseles, las arrancan de las manos de los que las llevaban. Por el sangriento camino que abrieron los Ayllones, precipítanse llenos de ardimiento los demás cristianos. Trábase la lucha mas encarnizada con los Gomeres aguerridos que rodean á Béxir. Cae prisionero este, y atemorizados los musulmanes, huyen despavoridos. De esta suerte cuatrocientos cristianos, triunfaron de más de seis mil moros el dia 19 de Setiembre.

Cuatro dias enteros siguieron el alcance los nuestros, que además de Béxir, hicieron prisionero al alcái-

de del Burgo y de Coin y mas de otros cuatrocientos moros. De estos murieron quinientos ginetes y setecientos peones. Murió de sus heridas el valiente Rodrigo, y su padre Juan de Ayllon, que fundó una capilla en la iglesia de San Pedro de Arcos, puso en ella las banderas que con tanta gloria arrebatáron á los moros él y su hijo. Hasta há muy poco tiempo se han conservado en aquel sitio, mudos blasones del esfuerzo de sus conquistadores.

Dió el marqués á Juan de Ayllon en premio á sus servicios cinco oaballerías de tierra en el Matite y Paredón, y á su véz recibió aquel magnate, el insigne privilegio para sí y su casa, de que se les entregase el vestido que llevasen los reyes de Castilla el dia de Nuestra Señora de Sstiembre de cada año.

Gamaza.—Mariana.—Prescot.—Biron.





BARTOLOMÉ GONZALEZ ESPINOSA.—MARTIN DE ESPINOSA.—FERNANDO DE PADILLA.—DIEGO MATÉOS DE BASTIDA.—JUAN DE ARMARIO.—DIEGO DE PALACIOS.—ALONSO SANCHEZ MONJE.

1500.

Conquistada Granada, estableciéron en ella su corte durante algunos años los Reyes Católicos, para desde mas cerca poder dedicarse á la organización del Gobierno de aquel nuevo reino con que acababan de ensanchar la entonces tan floreciente monarquía, permaneciendo allí hasta 1499 que se trasladaron á Sevilla.

Aprovecháronse al punto de su ausencia los granadinos, mal avenidos con sus nuevos señores, y alzándose en el Albaicin con las armas que de antiguo, en esperanza de una ocasión oportuna, tenian ocultas, barreáron las calles y se declararon en abierta rebelión.

Culpado aparece el Arzobispo de Toledo Cardenal Cisneros de haber provocado aquella revuelta por su

intransigente empeño de querer bautizar á la fuerza algunos moros, contra el espreso texto de las capitulaciones hechas cuando se ganó Granada.

Ello es lo cierto que los moriscos mostraban respeto y reverencia al bondadoso D. Fernando de Talavera Arzobispo de Granada, que les trataba como amantísimo padre, mientras que temian y odiaban juntamente al austero é inflexible Primado de Toledo.

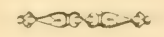
Temeroso el rey D. Fernando de que las fuerzas del Capitan General de Granada, Conde de Teudilla, no fueran bastantes á contener y castigar á los alterados moriscos, salió de Sevilla con grande ejército, para cuya reunión hizo llamamiento general á los pueblos y caballeros de Andalucia, asentando sus reales en la Alpujarra, en cuyos agrestes riscos sehabian hecho fuertes los sublevados. Entre las ciudades que más presto acudieron á la voz del soberano, fué Arcos que envió sus lanzas é infantes, las primeras regidas por el alférez mayor Bartolomé Gonzalez Espinosa, hijo de otro del mismo nombre, y los segundos por su hermano el capitan Martín de Espinosa, bajo la conducta todos del alcáide Fernando de Padilla que tambien mandaba los contingentes de Bornos y Espera con sus respectivos alcáides Diego Matéos de Bastida y Juan de Armario, asímismo hijos de Arcos.

Habian los insurrectos abierto trincheras y cortaduras fortificando lo mejor que supieron aquel terreno ya de suyo difícil y escabroso, y en el centro, en la inaccesible altura de Lanjaron, reuniéronse mas de tres mil moros bien armados.

General esperimentado el Rey Católico y conocedor del país, flanqueó las posiciones de los granadinos, cuando éstos menos lo esperaban y acometióles asaltando denodadamente los muros de Lanjaron forzando á los rebeldes á rendirse todos, escepto un capitan negro que los acaudillaba, y que por no entregarse se arrojó de cabeza de lo alto de una peña, haciéndose pedazos. Encargadas de dar el asalto fueron las tropas de Arcos y lo realizaron con tanto arrojo y ardimiento, que para premiar el Rey su valor, armó sobre el campo de batalla caballeros de espuela dorada, á Diego de Palacios y Alonso Sanchez Monje, hidalgos hijos de Arcos que fueron los primeros que escalaron aquellos fortísimos muros.

Poco tiempo gozaron de su nueva dignidad aquellos valientes. Cuando en el siguiente año de 1501 se rebelaron los moros de la serranía de Ronda, marchó al punto á reprimirlos la mesnada de Arcos con toda la demás gente que pudo recojerse, al mando del conde de Ureña y del esforzado alcáide de los donceles D. Alonso de Aguilar, y con este último hallaron gloriosa muerte en Sierra Bermeja, Diego Palacios, Alonso Sanchez Monje, Martin de Espinosa y Juan de Armario, con otros muchos valerosos hijos de esta ciudad, que quedó llena de luto y desconsuelo.

Gamaza.—Caro.—Prescot.—Camacho.





PEDRO DE AYLLON.
1500.

ILUSTRE caballero natural de Arcos, alcáide de la fortaleza de Zahara por nombramiento de la Duquesa viuda D.ª Beatriz Pacheco, en 1500. Era hijo de Juan de Ayllon, el que en la batalla del Guadalete ganó á los moros dos banderas que hasta nuestros dias se han conservado en la capilla de su familia en San Pedro de Arcos.





PEDRO NAVARRO.
1528.

¿Sábese con certeza cual fué la verdadera pátria del insigne conquistador de Orán, del primer ingeniero de su tiempo?

Gran número de autores, con Mariana y Lafuente, la callan por desconocida. Otros como Sandoval, Oviedo, y singularmente los estranjeros como Prescott, y Larousse, le hacen, aquellos Riojano, vizcaino el último. Los escritores que de la historia de Arcos se han ocupado, tales como D. Pedro de Gamaza, Pedro José Biron Salgado, Camacho del Real, Huertas Galan, Rivas y Espinosa, le hacen natural de Arcos de la Frontera. Los que le dan por pátria el valle del Roncal ó Vizcaya, no citan ninguna prueba como fundamento de su aserto, mientras que los que le creen originario

de Arcos, se apoyan en la tradición fielmente conservada, no siendo la época de su existencia tan remota respecto á la de Gamaza, (ménos de cien años), que diese lugar á desfigurar por completo los hechos. No parece fácil adquirir una completa certidumbre, siendo los más antiguos libros parroquiales que en las Iglesias de Arcos se conservan, coetáneos de la muerte de Pedro Navarro. Mas como de todas suertes, fuente segura de la historia es la tradición, en tanto que otra cosa no se pruebe, seguirémos teniendo por cuna de nuestro héroe á la Ciudad de Arcos de la Frontera.

Igual oscuridad reina respecto á la época de su nacimiento, que debió verificarse hácia el año de 1460. Nada se sabe tampoco acerca de sus padres que debieron ser de baja estracción y escasa fortuna, asegurando sus biógrafos que en su primera juventud fué marinero, y despues lacayo de un cardenal. Por primera vez aparece su nombre en la historia siendo ya capitan de infanteria en el año de 1487. Dedúcese con evidencia, que sintiéndose Navarro llamado á más altos fines, á los primeros albores de la guerra que acabó con el poder mahometano en España, abandonó el doméstico servicio, corriendo á alistarse en el ejérelto de los Reyes Católicos, probablemente bajo las banderas de su señor feudal D. Rodrigo Ponce de Leon, conde de Arcos, general el más insigne de aquella campaña.

Comenzó esta el 26 de Diciembre de 1481, en que Muley Abul-Hacem, rey de Granada, rompiendo la trégua pactada con los reyes de Aragon y Castilla. sorprendió la villa de Zahara desguarnecida y casi

indefensa confiada en la paz, y escalando las murallas se apoderó de aquella fortaleza con muerte de su alcáide Hernando de Saavedra y de todos los que tomaron las armas, llevándose á Granada entre cadenas á los demas habitantes, sin distinción de sexos ni edades.

Sintiéron los Reyes Católicos profundamente esta ofensa cuyo efecto fué afirmarles mas en su propósito, de antiguo concebido, de lanzar á los moros de España, y para evitar otro atentado ordenaron á los alcáides de las fortalezas y adelantados de las fronteras, que á toda prisa se pusieran en estado de defenderse de las agresiones del Rey de Granada. Mas sin esperar las ordenes de los Reyes, puestos de acuerdo Diego de Merlo asistente de Sevilla con el conde de Arcos, y reunidas sus fuerzas en número de tres mil gínetes y cuatro mil peones, salieron de Marchena caminando por entre riscos y abruptas sierras, llegando al tercero dia á un valle próximo á Alhama. Era elpropósito del ilustre D. Rodrigo apoderarse de aquella plaza, una de las mas fuertes del reino de Granada: y poniéndolo en ejecución, acto continuo dirigiéronse trescientos soldados escogidos al castillo: favorecidos por las sombras de la noche, llegan sin ser sentidos hasta el pié de sus murallas: arriman á ellas las escalas de que iban provistos, y subiendo los primeros Juan de Ortega, Juan de Toledo, y Martin Galindo, matan á los centinelas y á la primera guardia, dando lugar mientras acudian los demás soldados moros, á que subiesen á los adarves los trescientos escaladores, que abriendo una puerta dieron entrada al conde de Ar-

cos, con el resto de los cristianos. Faltaba no obstante ganar la ciudad cuyos numerosos moradores apercibidos del suceso, provistos de ballestas y arcabuces, habian atajado las calles y aspillerado las casas, decididos á hacer pagar caro su atrevimiento á los cristianos. Dudaban algunos de estos si convendria mejor desmantelar la ciudad y abandonarla, pero alentados por el marqués y los demás jefes decidiéron acometer la población. Y saliendo en escuadron cerrado los soldados de Arcos y de Carmona que formaban la vanguardia, seguidos por el resto de las fuerzas, trabáron con el enemigo recio y cruel combate cuyas primeras víctimas fueron Martin de Rojas alcáide de Arcos y Sancho de Avila alcáide de Carmona que mandaba la columna de ataque: defendiéronse los moros palmo á palmo con desesperado valor, mientras que desde las ventanas y tejados las mugeres y hasta los niños hacian llover sobre los nuestros torrentes de pez y aceite hirviendo y nubes de piedras, durando la lucha hasta que ya oscurecido, declaróse el triunfo por los cristianos.

Acudió bien pronto Abul-Hacem, á recuperar la plaza sitiándola con todas sus fuerzas; mas socorrida á tiempo por un numeroso ejército de cinco mil ginetes y cuarenta mil peones, á toda prisa reunidos por los nobles señores de Andalucia, vióse aquel precisado á retirarse yendo á ocultar en Granada los furores de su impotente rabia.

Emprendióse despues por el Rey D. Fernando la conquista de Loja, que tuvo que abandonar ante la

heróica defensa de su alcáide Ali-Atar. Mas una sublevación que surgió de repente en la misma capital de Granada introdujo la division entre los enemigos, facilitando el logro de la empresa de los Reyes Católicos. Rebelados los granadinos contra Abul-Hacem, le arrojaron de la ciudad colocando en el trono á su hijo Boabdil, mientras el desposeido rey se refugiaba en Málaga, cuya ciudad así como Baza Guadix y algunas otras le guardáron fidelidad: pero Granada y todo el resto del reino reconocieron por soberano á Boabdil.

Aprovechándose D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago de aquellas instestinas discordias, proyectó devastar los campos y pueblos de Málaga, y al efecto con lucida hueste salió de Antequera, y entrando por las tierras de la Ajarquia, fué derrotado por las tropas de Abul-Hacem, mandadas por Reduan Venegas, perdiéndose en aquel combate lo mejor de la nobleza de Andalucia.

Envidioso Boabdil de la ventajas adquiridas por su padre y ganoso de lauros, que encubriesen la fealdad de su rebelión, salió de Granada con nueve mil infantes y mil caballos, con intento de sorprender y apoderarse de Lucena: mas velaba allí el alcáide de los Donceles D. Diego Fernandez de Córdoba, que unido con el conde de Cabra le desbarató y deshizo haciendo prisionero al mismo Boabdil, con muerte del famoso alcáide de Loja Ali-Atar, y de la mayor parte del ejército. Pusieron en libertad los Reyes Católicos al de Granada, luego que éste se reconoció su vasallo, y

aquellos continuaron la guerra contra el rey de Málaga.

Este habia ordenado á los alcáides de Málaga y Ronda, que devastaran toda la comarca andaluza: mas saliendo á su encuentro el Marqués de Cádiz con la gente de Arcos y Jerez, causóles una completa derrota, en la que inmortalizaron sus nombres siete esclarecidos hijos de Arcos, Anton Romero, García de Haro, Juan de Armario, Bartolomé de Cuenca, Bartolomé Sanchez, Juan Camacho y Martin de Moron que contuvieron ellos solos todo el esfuerzo de la morisma, hasta la llegada del Marqués de Cádiz con los suyos. Dejaron los enemigos en su azorada fuga más de seiscientos muertos y cautivos, contándose entre los primeros el alcáide de Velez-Málaga, y entre los segundos los de Alora, Marbella, Comares y Coin.

Continuó la guerra en los siguientes años, pero reducida á las proporciones de constantes correrías y algaradas en que los nuestros devastaban las ricas comarcas granadinas, apoderándose de pueblos, aldeas y fortalezas que desmantelaban abandonándolas despues, hasta que llegado el año de ochenta y seis, emprendiéronse las operaciones en mayor escala.

Al efecto un cuerpo de cinco mil ginetes y doce mil infantes, mandados por el mismo Rey D. Fernando, marchó sobre Loja. Acompañábanle los grandes señores andaluces, entre ellos el Marqués de Cádiz con la gente de Arcos, y en la batalla que trabó con Boabdil que al socorro de Loja acudió desde Granada, hirió peligrosamente al monarca mahometano. Rindióse la

ciudad, y trás ella las de Illora, Ronda, Moclin, Coin y otras. Y llegado el año de mil cuatrocientos ochenta y siete, despues de reforzado el ejército, dirigióse sobre Vélez-Málaga, cuyo largo y empeñado sitio costó torrentes de sangre á entrambos campos. Pero reducida la plaza al último estremo, rindióla su alcáide Abul-Cacim Venegas, tomando posesión de ella los Reyes Católicos, que nombraron por su Gobernador y alcáide á el capitan *Pedro Navarro.*

Por primera véz aparece este nombre en la historia, y como se vé ya desempeñaba un puesto importante en la milicia. Acostumbrábase entonces confiar el Gobierno de las plazas conquistadas á guerreros de renombre: así Gonzalo de Córdoba, fué alcáide de Illora, Martin de Alarcon de Moclin, Portocarrero de Alhama. El oscuro pechero de Arcos, habia sabido distinguirse entre todos, allí donde todos rivalizaban en denuedo, alcanzando grados y honores que en aquellos tiempos eran exclusivo patrimonio de la nobleza.

Siguióse el sitio de Málaga, y despues el de Baeza que trajeron como consecuencia la rendicion de Almeria y Guadix. Y reducida ya la corona de Granada á sola la capital, su vega y la cordillera hasta la costa, con los fuertes de Salobreña, Motril, Almuñecar y algunos otros, resolvieron al fin los reyes Católicos no levantar mano, ni descansar un punto hasta conseguir la completa conquista.

Comenzaron por apoderarse de todos estos puntos, asentando en seguida sus reales ante la misma Granada, y para hacer comprender á los moros que el cam-

po sitiador no se levantaria nunca hasta conseguir la toma de la ciudad, en véz de un campamento de lonas y barracas edificaron en breve plazo una población fortificada que albergára á los sitiadores, y se llamó Santa Fé, en testimonio de la que animaba á los Reyes en su empresa. La tenacidad que este hecho demostraba, las constantes derrotas que los moros sufrian diariamente en la vega, la debilidad siempre creciente del imperio mahometano, incapáz de resistir al progresivo aumento del cristiano, y finalmente la ley ineludible de la historia que hace que desaparezcan civilizaciones é imperios, para dar lugar á otros nuevos, produjeron al cabo la rendición de Granada, en cuyas torres se enarboló el estandarte de los reyes católicos, el 2 de Enero de 1492, cerrando de esta suerte el homérico ciclo de ochocientos años de guerra sin cuartel.

Siguióse un periodo de paz durante el que se verificó el suceso mas trascendental que han visto los siglos; el descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Y en el entretanto envidioso el rey de Francia Cárlos VIII del engrandecimiento que bajo los Reyes Católicos había adquirido España, renovando las antiguas pretensiones de la casa de Anjou al Reino de Nápoles, resolvió invadir la Italia. Alarmado Alfonso II de Nápoles, pariente cercano del Rey Católico, solicitó el auxilio de este, quien no pudiendo consentir ni que se despojára á su familia de aquella corona, ni menos que la adquiriese un vecino ya tan poderoso, intentó hacer desistir de sus planes al francés: mas no habién-

dolo conseguido, y viendo que por el contrario en Agosto de 1494 invadía la Italia un ejército compuesto de tres mil seiscientos hombres de armas, veinte mil franceses de infantería y ocho mil suizos, alistó una escuadra en Alicante, para enviarla á las costas sicilianas, dando su mando á Garcerán de Requesens, y el de las tropas de desembarco á Gonzalo Fernández de Córdoba: entre estas, iba el capitan Pedro Navarro.

Llegado Gonzalo á Sicilia encontró allí al rey de Nápoles de cuyo reino acababa de apoderarse en quince dias el monarca de Francia. Marchó al punto á Calabria el general español y hallando al francés d'Aubigny en Seminara vióse contra su voluntad forzado por el rey de Nápoles, á librar una batalla en que fué derrotado. Salvó no obstante al ejército con su hábil retirada, siendo esta la única vez que en sus largas campañas sufrió un descalabro aquel hábil general.

Retiróse á Reggio y poco á poco comenzó á reducir y apoderarse de todo el Mediodia de Nápoles. Fiumar de Muro, Catana, Bagnara, Terranova y otras muchas plazas cayeron en su poder, y continuando su obra de reconquista, en la primavera de 1496 se habia apoderado yá de toda la Calabria. Marchando despues á la Pulla, derrotó á D'Aubigny en Atella, y á Montpensier en Ripa Cándida, y haciéndose dueño de las plazas, redujo á la impotencia á los franceses que se vieron obligados á salir del territorio napolitano. Estas victorias conseguidas en tan corto espacio de tiempo, con escasos dos mil infantes y quinientos hombres de armas, todos aguerridos españoles, produjéron tal da-

miracion, que desde aquella campaña fué conocido Gonzalo por el glorioso renombre de Gran Capitan que le ha confirmado la historia. Recuperada despues Ostia en los Estados Pontificios, que ocupaban tambien los franceses, saliéron éstos de toda la Italia, siendo recibido Gonzalo en Roma y Nápoles como triunfador, volviendo despues á España con sus vencedoras tropas.

Subleváronse á poco en 1499 los moriscos de Granada escitados por la intransigencia del cardenal Jiménez de Cisneros, sin que bastasen á aquietarlos, ni la mansedumbre del arzobispo Fr. Hernando de Talavera, ni la prudencía del Gobernador Conde de Tendilla, acudiendo á sujetarlos Gonzalo de Córdoba y los grandes de Andalucia.

No concurrió Pedro Navarro á esta espedicion, por hallarse ocupado en fortificar la plaza de Salsas en el Rosellon por mandado del Rey Católico, prueba evidente de que ya eran conocidas sus cualidades de sobresaliente ingeniero.

Y vencída la insurrección, tuvo Gonzalo de Córdoba que volver á Italia invadida por Luis XII sucesor de Cárlos VIII de Francia, con numeroso ejército.

Aparejada en Málaga gruesa escuadra de sesenta naves, embarcáronse en ellas cuatro mil infantes y seiscientos ginetes, toda gente escogida, cuyos caudillos bajo las órdenes del Gran Capitan, fueron Gonzalo Pizarro, padre del que despues fué conquistador del Perú, Diego de Mendoza, Pedro Zamudio, Diego

Garcia de Paredes el de las hercúleas fuerzas, y Pedro Navarro, dándose á la vela via de Sicilia en el mes de Mayo de 1500.

Apenas llegada la escuadra á Mesina, unióscle la veneciana mandada por Benito Pésaro, marchando juntas á Náuplia que sitiaban los turcos. Retiráronse éstos á Constantinopla, y entonces los cristianos se dirigieron á atacar el fuerte de San Jorge de Cefalonia, ciudad poco antes arrebatada á los Venecianos por los Turcos.

Defendian con teson éstos aquella fortaleza situada sobre una roca inaccesible, y habian aumentado sus medios de resistencia con toda clase de aparatos é ingenios militares. Una de estas máquinas llamada *lobos*, cojió un dia entre sus gárfios á Garcia de Paredes, y elevado hasta el muro, se defendió con tal esfuerzo de los innumerables turcos que le acometían, que llenos de respeto á tan heróico valor, contentáronse con desarmarle y gnardarle prisionero. Dos meses llevaban ya los sitiadores ante el fuerte, cuando inventando Pedro Navarro las minas practicó una escavacion por debajo de las murallas, y rellenándola de pólvora á que aplicó fuego, hizo volar una gran parte de los muros: dando entonces un asalto general los sitiadores, penetráron en la plaza á viva fuerza, siendo tan tenaz la resistencia que solo se hicieron dueños de ella, cuando no quedaban mas que ochenta turcos vivos de los ochocientos que la defendian.

Devuelta á los venecianos Cefalonia, tornáronse los españoles á Sicilia, de donde á poco, á virtud de un tratado secreto convenido entre Luis XII y Fernando, en que se repartian el reino de Nápoles, marchó Gonzalo á la Calabria que sometió en pocos dias, apoderándose despues de Tarento, con lo que quedó completamente sometida la parte de Nápoles que en la division habia cabido en suerte al monarca español.

Mas no tardó ese mismo tratado en dar orígen y motivo á nueva guerra. No contento Luis XII con la parte que se habia atribuido, intentó apoderarse de la Capitanata y de la Pulla, y aunque Gonzalo de Córdoba, lleno siempre de prudencia, procuró traer á la razon al Duque de Nemours general en jefe de los franceses celebrando al efecto con él varias entrevistas, no dieron otro resultado que remitir á la fortuna de las armas la decisión del litigio.

En la imposibilidad en que se veia Gonzalo de hacer frente en campo abierto con sus escasas aunque aguerridas fuerzas, al poderoso ejército frances, retiróse á Barletta, encomendando la defensa de algunas plazas á sus mejores capitanes. De ellos era Pedro Navarro, que quedó en Canosa con seiscientos hombres escogidos: mas aquel bizarro soldado, despues de rechazar dos asaltos dirigidos por Bayardo y los principales caballeros franceses, capituló por mandato del Gran Capitan que no queria sacrificar la vida de aquellos valientes. Y al frente de los pocos que quedaban, salió con banderas desplegadas y tambor batiente por enmedio del campo enemigo, gritando sus soldados !Viva

España! Todos los historiadores franceses reconocen y honran el heróico denuedo desplegado á la sazon por Pedro Navarro y su puñado de soldados.

Eran aquellos los tiempos mejores de la caballería. Ante los muros de Barletta, tuviéron lugar los célebres desafíos de tantos á tantos entre franceses é italianos, y franceses y españoles, sobre cuáles eran mejores caballeros, distinguiéndose entre los franceses Bayardo, el caballero sin miedo y sin mancilla, y entre los españoles el hazañoso Garcia de Paredes, cuyas empresas parecen propias solo de un Ayax ó de un Aquiles.

Asediado Gonzalo en Barletta más por la falta de recursos que por Nemours, no perdonaba medio de distraer la atención de éste. Aprovechando el descontento de los habitantes de Castellaneta, cerca de Tarento, contra los franceses, envió á Luis de Herrera y Pedro Navarro que se apoderáron de aquella ciudad. Indignado Nemours, marchó al punto sobre Castellaneta, y mientras tanto Gonzalo saliendo de Barletta cayó sobre Ruvo, que defendia el general francés Chabannes señor de la Palisse y despues de siete horas de sangriento combate, se apoderó de la plaza haciendo prisionero á Chabannes y al resto de sus fuerzas. Sabido ese acontecimiento por Nemours que peleaba con Navarro en Castellaneta, retiróse dirigiéndose á toda prisa á Ruvo para socorrerle; mas al llegar á sus puertas vió ondear la bandera española sobre los muros, de suerte que tuvo que retirarse á Canosa á devorar la rabia causada por la pérdida de ambas fortalezas.

Llegó en tanto á Gonzalo un refuerzo de dos mil mercenarios alemanes, con lo que considerándose ya con fuerzas suficientes para hacer frente al francés, llamó á sí á Pedro Navarro, y sin vacilar salió con todo su ejército de Barletta en Abril de 1503, pasando por el campo de Canas, célebre por la famosa batalla ganada por Anibal á los Romanos, y llegó á Ceriñola.

Inmensos fueron los sufrimientos del ejército en aquella larga marcha por un país árido y seco, bajo un sol abrasador, sin hallar en todo el camino una gota de agua para apagar la ardiente sed de todos. Caíanse en el camino los hombres axfixiados por la sed y el intolerable peso de las armas. Preciso fué que cada ginete, y aun el mismo Gonzalo llevase en la grupa de su caballo un peon, para darles algun alivio. Por fortuna los franceses que les seguian, no les alcanzaron en la llanura, consiguiendo Gonzalo llegar al pueblo de Ceriñola que le ofrecía favorables posiciones para recibir al enemigo. A pesar del cansancio todo el mundo se ocupó en abrir un foso, cuya tierra sirvió para elevar un regular parapeto que se guarneció con estacas puntiagudas, para detener la caballeria francesa, y detrás de él y en órden de batalla formó Gonzalo sus tropas, emplazando las trece piezas que contaba. Tenia el Gran Capitan solos siete mil hombres que dividió en tres cuerpos. Colocó en el centro los alemanes armados de largas picas: hizo dos alas de la infanteria española, mandada la derecha por Pizarro y Zamudio, y la izquierda por Pedro Navarro y Garcia de Paredes, con cargo de proteger la artille-

ria, encomendando la caballeria pesada á Diego de Mendoza y Fabricio Colona y la ligera á Pedro de Paz y Próspero Colona, jefe de los auxiliares italianos, y esperó sereno el ataque de los franceses.

Llegaban éstos á toda prisa. Conducía la vanguardia compuesta toda de hombres de armas, la mejor caballería del mundo, el mismo Duque de Nemours. Seguia la infantería suiza y gascona mandada por Chaudieu y formaban la retaguardia los caballos ligeros de Ivo de Alegre.

Comenzaba el crepúsculo de la tarde, cuando Nemours arremetió á galope con todo el peso de su caballería contra la izquierda española donde estaba Pedro Navarro. Hizo este disparar su artilleria; pero á la primera descarga, una chispa incendió el repuesto de la pólvora que voló con horrísono estruendo iluminando todo el campo. "Ánimo muchachos, esas son las luminarias de la victoria," esclamó Gonzalo á los suyos á quienes no aterró la esplosión. Al mismo tiempo llegaba Nemours con la caballería, viéndose detenido por el foso, y quedando clavados algunos caballos en las estacas al intentar vencer aquel obstáculo; recorría el general francés todo el frente en busca de un portillo que facilitase la entrada, cuando le alcanzáron las balas de nuestros arcabuces, derribándole muerto con otros muchos caballeros. Llegaban en esto los infantes franceses, y su jefe Chaudieu hizo prodigiosos esfuerzos para forzar el paso, pero sus soldados ó eran ensartados por las largas picas de los alemanes ó resbalaban en la tierra movediza. Cayó tam-

bien Chaudieu, y mandando Gonzalo á los suyos un ataque general, salen de sus líneas los españoles y precipitándose como una avalancha sobre el revuelto ejército francés, lo desbaratan y acuchillan poniendo en precipitada fuga á todos los que no quedaron tendidos en el campo ó fueron hechos prisioneros. Mientras tanto en Seminara en el mismo sitio en que ocho años antes habia sufrido Gonzalo de Córdoba la única derrota de su vida, vencía Fernando de Andrade al francés D'Aubigny.

No se hiciéron esperar los resultados de estas victorias. Canosa, Melfi, y multitud de otras poblaciones rindiéronse á Gonzalo, que se dirigió sin perder momento sobre Nápoles, en cuya ciudad entró triunfante en Mayo de 1503. Mas aunque se le entregaba la capital sin combatir, quedaban en poder de los franceses los dos castillos Nuovo y del Ovo, ambos muy fuertes y bien pertrechados de vituallas y municiones. En ellos volvió á emplear Pedro Navarro las minas que tan buenos resultados dieron en Cefalonia. A los cinco dias reventó con horrible estruendo la que se habia practicado debajo de Castel Nuovo, viniendo al suelo gran parte de la muralla, por cuya brecha penetráron delante de todos el Gran Capitan y Pedro Navarro embrazados los broqueles, sin dar tiempo á que la guarnición pudiese elevar el puente levadizo, seguidos por los soldados, trabándose en tan reducido espacio una empeñada lucha en que se defendian los franceses además de sus armas, con piedras, cal, aceite y pez hirviendo: muriéron abrasados cincuenta españoles, y

embravecidos los demás degollaron la guarnición sin perdonar mas que á unos pocos, cuya vida pudo salvar Gonzalo. Castel d'Ovo, minado igualmente por Navarro, cayó del mismo modo en nuestro poder. Sólo permanecian en el de los franceses, Venosa donde se mantenia Luis de Ars, y Gaeta refugio de Ivo de Alegre con los restos del ejército derrotado en Ceriñola. Á sitiar esta última plaza se dirigió Gonzalo de Córdoba, con Pedro Navarro y los demás capitanes españoles.

La fama de estos acontecimientos llenó de estupor à Luis XII que envió á toda prisa un numeroso ejército á Italia, á las órdenes del Mariscal de la Tremouille, el mejor general que á la sazon contaba Francia. Formábanlo treinta mil hombres, suizos y franceses con el más lucido tren de artilleria que hasta entonces se hubiese reunido, y atravesando la Lombardia sin hallar obstáculo, encamináronse al encuentro de Gonzalo. Este que habia hallado en Gaeta una resistencia á la que no estaba acostumbrado, retiróse á Castellamare donde reuniendo todas sus fuerzas no llegó á juntar doce mil hombres. Mas aunque tenia completa confianza en el valor y disciplina de sus aguerridos soldados no conceptuó prudente aventurar una batalla en campo raso, contra un ejército que unido á la guarnición de Gaeta era tres veces más numeroso que el suyo, y se retiró á orillas del rio Garellano, en un lugar llamado San German, defendido por las dos fortalezas de Montecasino y Rocaseca que confió á Pizarro y Zamudio. No tardáron los franceses en presentarse ante Rocaseca, combatiéndola furiosamente, pe-

ro fueron rechazados al otro lado del rio por el valeroso Zamudio. Siguióse una larga série de combates que ocupáron todo el mes de Octubre, en los que el ejército francés se estrelló siempre contra el esfuerzo de los españoles, á quienes no podian desalojar de sus posiciones, hasta que adoptando diferente táctica los franceses, echáron un puente de barcas cerca de la desembocadura del rio, y pasáron á este lado: pero acometidos en el acto por Gonzalo que con Navarro, Zamudio, Colona, Paredes y los demás capitanes se arrojó en persona sobre ellos espada en mano, seguidos por todo el ejército, fueron muertos muchos y precipitados al rio otros. Sin embargo era tanto el número de los franceses que los españoles tuviéron que abandonarles el puente, retirándose á su campo.

Quedáron observándose ambos ejércitos á la vista el uno del otro. El francés dueño del puente y al otro lado del rio, en sitio elevado, abrigándose y proveyéndose de vituallas en los lugares comarcanos. El español en terreno bajo y pantanoso que convirtiéron en charco las aguas del Garellano que con las contínuas lluvias llegó á salirse de madre, abrigado por miserables chozas que calaba la lluvia y derribaba el viento, sin víveres, sin pagas y atacado de enfermedades. En tan insoportable situación presentáronse á Gonzalo Mendoza y los Colonas, suplicándole que hasta que templasen los rigores de la estación levantase el campo, retirándose á Cápua. "Más quiero contestó Gonzalo, la muerte dando dos pasos adelante, que vivir cien años dando uno solo hácia atrás: permanecer aquí es

lo que conviene para el logro de la victoria." Con cuya enérgica respuesta convenció á todos de que no les quedaba otro recurso que callar.

Confiaba Gonzalo en la robustez y sobriedad del soldado español, endurecido ya en los sufrimientos y esperaba que aun soportando mucho ménos, no podría el francés resistir mas tiempo. En efecto el ejército francés que mandaba el marqués de Mántua, por haber muerto de enfermedad la Tremouille, bravo y resuelto en la batalla, carecia de sufrimiento para las privaciones é incomodidades de la vida de campamento en estación tan rigurosa. Tradújose el malestar en descontento contra el marqués de Mántua, que se vió precisado á dejar el mando, que recayó en el marqués Saluzzo, noble italiano que gozaba de mucha reputacion. En el interin el Embajador en Roma Francisco de Rojas, obedeciendo las instrucciones de Gonzalo, conseguía que las poderosas familias de Ursinos y Colonas, hiciesen las paces, cuyo fruto inmediato fué la presentacion en el campo español de Bartolomé Albiano jefe de los Ursinos con tres mil hombres. Determinó con este auxilio el Gran Capitan tomar la ofensiva, y al efecto comisionó á Albiano para que echase otro puente sobre el río, cuatro millas mas arriba del de los franceses: y efectuada la operacion con celeridad y silencio, en la madrugada del 28 de Diciembre pasó el puente la mayor parte del ejército español. Llevaban la vanguardia Albiano, Pizarro y Paredes: guiaba el centro el Gran Capitan con Pedro Navarro, y la retaguardia al mando de Andrade quedó al otro

lado del rio, para atravesarlo por el puente de los franceses, apoderándose antes del fuerte que lo defendia.

Ejecutóse el plan en todas sus partes. Sobrecogido Saluzzo al saber que los españoles habian pasado el rio y venian á su encuentro, reunió apresuradamente sus tropas y dispuso la retirada á Gaeta. Despachó Gonzalo delante á Próspero Colona con la caballeria ligera para que les embarazase en su marcha, y así lo hizo sosteniendo multitud de combates, con Bayardo y los mas bravos caballeros franceses, que como en puesto de mayor peligro íban en la retaguardia. Así llegaron hasta el puente de Mola di Gaeta. Detúvose allí Saluzzo, haciendo frente al español, que con sus repetidas cargas, dió lugar á la llegada de Gonzalo, trabándose entonces séria pelea: al mismo tiempo por distinto punto arribó Andrade con la retaguardia de los españoles, y envueltos y atropellados los franceses, abandonando artillería, banderas y bagajes, acosados por la caballería ligera y acuchillados por todas partes huyeron dispersos, salvándose únicamente los pocos que pudieron entrar en Gaeta. Tal fué la célebre derrota del Garellano, que dió fin á aquella guerra aniquilando todas las esperanzas del monarca francés.

Al siguiente dia rindióse Gaeta, y dejando por gobernador de ella á Luis de Herrera, marchó Gonzalo á Nápoles donde hizo una entrada triunfal. Dedicóse entonces á premiar el esfuerzo de sus compañeros concediéndoles multitud de gracias para las que estaba autorizado por el Rey. Dió á Diego de Mendoza el

condado de Mélito: á Pedro Navarro el de Oliveto, á Garcia de Paredes el Señorio de Caloreta, y así á los demás caudillos, ocupándose despues algunos años en asegurar la conquista y organizar la administracion del reino de Nápoles, rico florón agregado por su génio militar y el esfuerzo de sus soldados á la ya tan poderosa corona de España.

Fuéron las campañas del Gran Capitan campo de estudio que varió la táctica militar y la organizacion de los ejércitos.

En la edad média formaba la caballeria toda la fuerza de estos, siendo la infanteria un cuerpo meramente auxiliar, cuyo destino era combatir donde aquella no podia desenvolverse. Avezada la caballeria española á guerrear contra la árabe cuyo principal mérito estribaba en la rapidez de las evoluciones, imitó la lijereza de aquella: así es que solo teniamos ginetes ligeros y muy pocos hombres de armas que pudieran resistir el incontrastable empuje de la caballeria pesada que usaban las demás naciones, y en la que cubiertos caballo y caballero de impenetrable armadura, arrollaban solo con el choque de su compacta masa enteros escuadrones de infantes. Necesario fué suplir la falta de caballería pesada oponiéndola otra arma igualmente impenetrable. Tal fué el orígen del escuadron cerrado de infanteria que armado de rodelas, espadas, y picas cortas y mandado por capitanes como Navarro, Zamudio, Villalba, Ayora y Pescara, destrozó la infantería suiza en Ceriñola y la caballeria fran-

cesa en Garellano. De esa infanteria naciéron luego los invencibles tercios españoles, convirtióse la infanteria en el nervio de los ejércitos, y todas las naciones adoptáron nuevas armas y nueva táctica.

Falleció en 1504 la inolvidable Reyna D.ª Isabel, y llamada á sucederla su hija D.ª Juana casada con Felipe de Austria, quedáron al Rey Católico sus estados patrimoniales de Aragon, y las conquistas correspondientes á aquella corona, ó sean Nápoles y Sicilia; pero receloso y suspicaz Fernando temió, que no debiéra, que el gran Capitan anduviese en tratos con Felipe para asegurarle el reyno de Nápoles como si fuera conquista de Castilla: deseando, pues librarse de sus temores marchó á Nápoles siendo recibido por Gonzalo de la manera mas respetuosa. Mas sabida la muerte de su yerno, y el estado de las facultades mentales de D.ª Juana, tornóse á España en 1506, embarcandose en Nápoles en una armada cuyo mando confió á Pedro Navarro. Volvió pues, este á la corte, permaneciendo en ella hasta que pasado un año, reproducidos en el Rey sus antiguos recelos, le nombró Capitan general de la infanteria, ordenándole que con el Arzobispo de Zaragoza hijo natural de Fernando pasáse á Nápoles, con la secreta mision de prender al Gran Capitan.

Que á ninguna otra persona se atrevió á confiar aquel receloso é ingrato Rey, mision tan ardua y dificil como la prision de un General adorado de sus tropas, en medio de su ejército y en el seno de la Capital del Reyno

que le habia conquistado. No llegó por fortuna á ponerse por obra tan odiosa medida, habiéndose por el pronto algun tanto aquietado las sospechas del monarca, que de allí á poco, dejando la regencia del reino al Cardenal Cisneros, tornó á Nápoles, de donde volvió con Gonzalo, no teniendo la suficiente grandeza de alma para sobreponerse á sus injustificadas sospechas.

Antes que ellos habia salido de Nápoles una escuadra con parte de las tropas que alli habian guerreado con el gran Capitan, las cuales desembarcaron en el Grao de Valencia, viniendo á su frente el conde Pedro Navarro. Halló el rey muy revuelto el reino, negándose muchos próceres á reconocer su regencia durante la incapacidad de su hija D.ª Juana, mas al marchar contra ellos Navarro con las tropas que habia traido de Nápoles, aquietáronse al punto acatándose en todas partes la voluntad del Rey Católico. Siguióse un breve periodo de tranquilidad durante el cual Navarro, que conservaba su cargo de Capitan general de la infanteria, dedicó todo su esmero á la reorganizacion de las tropas con arreglo á lo que había visto y aprendido en Italia. Vióse entonces por primera véz un cuerpo de infantes ordenadamente formado, marchando al compás del tambor que le marcaba el paso, siendo Gonzalo de Ayora el capitan que mandaba apuella fuerza: introdujo grandes reformas en la artillería, y por último dirigió la fortificacion de muchas plazas.

Ya en esto hacia muchos años que insistia el carde-

nal Cisneros contínuamente con el Rey para que se hiciese una espedicion á Africa con objeto de apoderarse de sus puertos, guarida constante de terribles piratas, hasta que en 1508 accediendo el Rey, dispuso se formase en Málaga una escuadra al mando del Conde Pedro Navarro, de cuyo órden y aprovisionamiento cuidaba con eficacia el Cardenal Cisneros. Apenas estuvieron listas algunas naos y fustas, salió el conde con ellas, y persiguiendo á los piratas berberiscos, les ganó muchas fustas, mató y cautivó gran número de ellos, y por último les tomó el Peñon de la Gomera, única de sus conquistas que se conserva todavia.

Pasando despues á Arcila que desde 1461 poseian los portugueses en Africa, y se hallaba á la sazón cercada por el rey de Fez, con inmumerable morisma, causó tal estrago con la artilleria de sus naves en los sitiadores, que tuvieron que retirarse precipitadamente y dejaron libre la plaza.

Con estas victorias quedaron escarmentados los piratas y aseguradas las costas de España desde Málaga á Valencia.

Mas no bastaban á Cisneros esos triunfos, sino que comprendiendo en la alteza de sus miras que el porvenir de España estaba en Africa, persuadió al rey de la conveniencia de emprender la conquista de Orán, ciudad rica y populosa guarida de todos los piratas del reino de Tremecén, y muy inmediata á Mazarquivir, conquistado algunos años antes. Decidido el rey ca-

tólico á llevar á cabo la empresa, nombró general de la armada al Conde Pedro Navarro dándole por capitanes á Diego Vera, Gonzalo de Ayora, el Conde de Altamira, Villarroel y otros muchos caballeros de los que más se habían distinguido en Italia y en la primavera de 1509, zarpó del puerto de Cartagena una armada de diez galeras y ochenta naves menores, con catorce mil hombres de desembarco. En ella iba tambien Cisneros á quien su entusiasmo y fervor religioso, hacian olvidar los achaques de su edad septuagenaria, y que dejando á Navarro la direccion militar de la empresa se reservaba y ejercia el mando supremo. Llegados á Mazarquivir el diez y seis de Mayo, desembarcó el ejército, y despues de una fervorosa alocución del Cardenal, quedando este en aquella plaza, marchó Navarro sobre Orán. A la voz de las trompetas comenzáron los soldados á subir la asperísima pendiente que á la ciudad conduce, sufriéndo impávidos las nubes de flechas y de piedras que les lanzaban los moros desde lo alto. En el mar, las naves españolas ancladas frente á Orán, batían con sus cañones los muros de la plaza, mientras los soldados llegaban hasta el pié de los mismos. Aplicando entonces sus escalas á pesar de la desesperada resistencia de los moros, subieron los españoles sobre los adarves, viéndose casi simultáneamente ondear hasta seis banderas nuestras por encima de los muros. Apoderáronse los españoles de las puertas y por ellas se lanzó el resto del ejército. Imposible refe-

rir lo que entonces pasó dentro de la ciudad. Basta saber que al llegar la noche era tal el cansancio producido por la matanza y el saquéo, que los vencedores se durmieron por las calles, y solo velaron aquella noche Navarro, sus oficiales, y los aterrados musulmanes. Al dia siguiente tomó Cisneros posesión de la nueva conquista; mas cuando alhagaba su mente la idea de continuarlas, detuviéron sus pensamientos ciertas desavenencias surgidas entre él y Pedro Navarro. Áspero y brusco éste, y estimándose en lo que valía, no le cuadraba servir bajo las órdenes de un caudillo eclesiástico, mientras que el carácter dominante de Cisneros no se prestaba á dejar independencia alguna á Navarro. Llegó éste á decir al prelado, "Que nunca dos generales habian guiado bien á un ejército: que le dejára á él el mando de las tropas y de la armada, y se fuese á cuidar de sus ovejas, dejando la taréa de pelear á los que tenian oficio de soldados."

Solo ya é independiente Navarro, despues de curar sus heridas, y fortificar la plaza en que dejó una guarnición, embarcóse en Enero de 1510, y presentándose ante Bujía, puerto importante del reino de Argel, la tomó por asalto, y atemorizados los reyes de Tunez y Argel, se declaráron vasallos y tributarios del de España haciendo su sumisión en Bujía ante el Conde Pedro Navarro, siguiendo su ejemplo poco despues el de Tremecen.

Continuando el bizarro general español sus conquistas, dirigióse sobre Trípoli, ciudad marítima de las

mas fuertes de Berbería. Hicieron allí los moros empeñada resistencia y asaltada la ciudad, no quedó mezquita, ni casa, ni plaza, ni calle en que no se combatiera á muerte, hasta no quedar casi ningun moro con vida, bien que de nuestra parte hubiese que lamentar terribles pérdidas de gente principal. La fama de tan repetidas victorias, animó al Rey Católico, que tuvo proyecto de ir en persona á Africa para continuar aquella gloriosa série de conquistas. Mas detenido en Monzon por otras atenciones, envió en su lugar á don García de Toledo padre del que despues llegó á ser general insigne bajo el título de Duque de Alba, con nueva armada y ejército, para que continuase las conquistas por el interior de Berbería, mientras Pedro Navarro proseguia su taréa de ganar las ciudades del litoral. Por desdicha, este auxilio que tanto debia favorecer la invasion del Africa, acabó con las glorias de aquella campaña. Desembarcado D. Garcia de Toledo en la isla de los Gelbes, con toda su gente y parte de la de Navarro en Agosto de 1510, marchó sobre la fortaleza que defendia la isla. Desordenadas las tropas en busca de agua que el intolerable calor, el cansancio de la marcha, y la escaséz les hacía mas deseada, fuéron de repente acometidos por doce mil moros. Bisoños en su mayor parte los soldados de D. Garcia, desmayados y sin aliento, fueron acuchillados por los infieles, perdiéndose en aquella ocasion entre muertos y prisioneros hasta cuatro mil españoles, contándose entre los primeros el mismo General D. Garcia de Toledo, y otros muchos ilustres capitanes. Salvó Pedro

Navarro en los barcos el resto de las diseminadas fuerzas, y en su retirada hácia Trípoli perdió en una deshecha tormenta catorce naves con gran parte de la gente que conducía. Envió despues al italiano Bionelo con cuatrocientos hombres á las Querquenes á hacer aguada, mas por un descuido de su jefe, fueron todos degollados por los Árabes.

Disminuidas con semejante pérdida sus fuerzas, volvió á Oran con objeto de reponerlas y allí recibió mandato del Rey para que pasando á Italia, se incorporase con sus tropas á las del virey de Nápoles D. Ramon de Cardona. En esto acabó la conquista del Africa, bajo tan gloriosos auspicios comenzada.

Sostenía á la sazon en Italia el belicoso Papa Julio II encarnizada guerra con los franceses que se habían apoderado del Condado de Bolonia y algunos otros estados de la Iglesia. Contra ellos se formó una liga entre el Papa, los venecianos y el rey de España, quienes reunieron un ejército cuya dirección se confió á D. Ramon de Cardona Virey de Nápoles, é hijo natural del rey de España, á pesar de que su falta de energía y su ninguna experiencia militar le hacian incapáz del mando. Esta vez como otras muchas, perjudicó á Pedro Navarro la humildad de su cuna, por cuya causa no se le confió la dirección de la guerra.

Reunido el ejército dirigióse Cardona sobre Bolonia, y cuando tenía ya sitiada aquella ciudad, presentóse Gaston de Foix con los franceses, obligando á Cardona á levantar apresuradamente el cerco. Incapáz el general español de medirse con el francés que aunque

jóven en años tenia esperiencia y conocimientos militares poco comunes, desoyó los consejos de sus veteranos capitanes y las espresas órdenes del rey Católico que le prevenian evitase todo empeño formal con el francés. Lejos de eso, sabedor de que este habia bajado sobre Rávena, abandonó Cardona sus fuertes posiciones, y fué á su encuentro. Diéronse vista ambos ejércitos bajo los muros de Rávena el primer dia de Pascua de Resurreccion de 1512. Diezmada al principio la infanteria española por la poderosa artillería del francés, comenzaba á vacilar, cuando poniéndose á su frente Pedro Navarro arremetió contra los lansquenetes alemanes, armados de largas picas, por debajo de las cuales introduciéndose los españoles con sus rodelas y espadas cortas, los arrolláron y deshiciéron, acreditando una vez mas la superioridad de nuestra infanteria. Ganada estaba la batalla, si en aquel decisivo instante hubiese embestido Cardona con los hombres de armas; por desgracia, perdida la serenidad, ordenó la retirada, que efectuó con toda la caballeria. Cargó entonces sobre nuestros bravos infantes todo el campo francés: mas fué tal la defensa que aquellos hicieron, que llegó otra vez á estar dudosa la batalla. Decidióla empero á favor de los franceses la acometida de toda su gendarmeria con Gaston de Foix á su cabeza, bien que este comprára la victoria con su vida. Retiráronse á pesar de todo los pocos infantes que quedáron vivos, y banderas desplegadas, tambor batiente, y marchando al paso, atravesando orgullosamente por enmedio del ejército francés que los respetó

lleno de admiración, entráron en Rávena donde se incorporaron á la caballería que Cardona sacó del campo. Quedáron en este diez y ocho mil cadáveres de una y otra parte: de los franceses muriéron el general en jefe Gaston de Foix, Ivo de Alegre y otros caudillos principales. Muertos, heridos ó prisioneros quedáron casi todos los jefes de la infanteria española: prisionero y gravemente herido, Pedro Navarro, con el cardenal Médicis, Fabricio Colona, el marqués de Pescara, Hernando de Alarcon y otros muchos: muertos Zamudio, Pedro de Páz, Juan de Acuña, y finalmente casi todos los ilustres veteranos del Gran Capitan.

¡Ojalá hubiese sucumbido á sus heridas el Conde Pedro Navarro! Hecho prisionero por un capitan francés que le recogió de entre los muertos, pidiéronle veinte mil escudos por su rescate, suma muy superior á todos los recursos que el español podia allegar; acudió entonces al rey Católico en solicitud de que por premio á sus leales servicios pagase su rescate; mas el ingrato Fernando, siguiendo la misma conducta que observara con Colon y Gonzalo de Córdoba, sin siquiera dignarse contestarle, dejóle olvidado en el fondo de su prisión sufriendo todas las penalidades y miserias que la burlada codicia de su aprehensor quíso imponerle. En tan triste situación permaneció algunos años Navarro, hasta que enterado de ella el nuevo rey de Francia, Francisco I, pagó los veinte mil escudos de su rescate, y le llevó á su corte.

El agradecimiento al monarca francés y la ingratitud del español que en tal cruel abandono dejára al

ilustre conquistador de Orán, moviéron á éste á aceptar las brillantes ofertas de Francisco I, entrando á su servicio. Mas antes devolvió al rey Católico su título de conde de Olivetto y las de más mercedes que de él recibiera, pidiéndole su relevación del pleito homenaje que le tenia prestado. Sintió de veras D. Fernando la pérdida de tan valioso servidor, é intentó atraerle nuevamente; mas ya era tarde, y Navarro que se ocupaba en organizar y adiestrar un cuerpo de vascos y gascones por el modelo de la infanteria española, aceptó de Francisco I el encargo de hacer atravesar los Alpes al ejército francés mandado por el Mariscal Trivulcio, dirigiéndo los trabajos con tal maestria y acierto á través de espantosas montañas y desfiladeros infranqueables, que á los cuatro dias de esfuerzos sobrehumanos, empresa gigantesca sólo realizada por Anibal, Navarro y Bonaparte, se encontraba todo el ejército francés en las llanuras de Italia, sorprendiendo en Villafranca á Próspero Colona jefe de la caballería italiana, que fué hecho prisionero.

Consecuencia inmediata de este movimiento, fué la batalla de Marignan ganada por Francisco á los Suizos y Milaneses.

Continuó despues la guerra por algun teimpo y en las inmediaciones de Milán junto á un antiguo castillo llamado Bicoca, dióse una nueva batalla que ganaron los españoles mandados por Colona contra los franceses que mandaba Lautrec, por no haber aguardado este los preparativos que Navarro ordenó para facilitar el paso del foso, retirándose los franceses ha-

cia Génova, que acababa de ocupar el marqués de Pescara. No pudiendo ni aun embarcarse para salír de Italia, intentó Lautrec apoderarse de aquella plaza: al efecto puesto Navarro al frente de los Gascones, logró penetrar en ella, pero no habiéndole seguido mas que doscientos hombres, y retrocedido los restantes, quedó prisionero de Pescara, que dispuso su conduccíon al fuerte de Castel-Nuovo de Nápoles que el mismo Navarro ganara anteriormente á los franceses. Prolongóse su prisión hasta 1528 en que murió, segun unos, de órden de Cárlos V, segun otros de muerte natural, á impulso de su iras y por su propia mano, segun los más. Depositáronse sus restos en un oscuro rincon de la iglesia de Santa María de Nápoles, de donde el príncipe de Sessa, nieto del Gran Gonzalo los hizo trasladar á la capilla fundada por su abuelo, erigiendo sobre ellos un soberbio mausoleo.

Tal fué el fin indigno de sus méritos, de el famoso Pedro Navarro Conde de Olivetto.

Detractores de su fama casi todos los escritores españoles, le han juzgado con sobra de pasión. Nunca es disculpable el que toma sus armas contra la madre patria. Pero no se debe juzgar equella acción con el criterio de nuestros dias, sino con el que reinaba en la época en que florecia Pedro Navarro. Era la militar profesion libre á que se dedicaban cuantos se sentian impulsados por un espíritu animoso y aventurero. Paises enteros proporcionaban á las naciones belicosas, numerosos contingentes que iban á engrosar indiferentemente cualquiera de los dos ejércitos, segun que fuese la

paga más alta, ó mas segura la esperanza del botin. Alemania proveian de lansquenetes, Suiza de esguízaros de condottieri, Italia, Albaneses eran los caballos ligeros de Cárlos V. Escoceses, los arqueros de Luis XI y de Cárlos VIII. Todos vendian su espada al mas generoso ó mas rico, siendo muy frecuente que el que hoy se batía bajo una bandera, mañana combatiese contra ella. Así los Suizos despues de Novara abandonaron á Francisco I, así Bartolomé Albiano que tanto ayudó al Gran Capitan en el Garellano, estaba frente á los españoles, en la Mota y en Venecia. Así en Pavia ayudaba á Francisco I un numeroso cuerpo de alemanes, llamados de la Banda negra, súbditos naturales de Cárlos V.

Tales eran las costumbres de aquel tiempo. Con arreglo á ellas, Pedro Navarro no estuvo obligado á mas de lo que hizo: á renunciar sus títulos y honores y pedir al rey le alzase el pleito homenaje. ¿Tuvo razon para ello? ¡El defensor de Canosa, el espugnador de Castel-Novo y Cefalonia, el conquistador de Orán, Trípoli, Bujia y la Gomera, el brazo derecho de Gonzalo de Córdoba en Garellano y Ceriñola, el que mereció que los italianos batiesen medallas en su honor considerando su invención de las minas como propia solo del genio de la guerra, cuando triste prisionero en el Castillo de Loches en Francia, solicitaba del rey católico como una limosna su rescate, él tan íntegro, que en aquellos tiempos poco escrupulosos, despues fie mandar en jefe largo tiempo carecía de veinte mil escudos para rescatarse, ni aun logró recibir contesta-

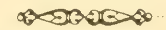
cion del Rey!

Para eso habia derramado su sangre por él en cien combates, para eso le habia conquistado un reino en Africa! Tál fué siempre la conducta de Fernando que solo tuvo ingratitud para los que mejor le sirviéron. Testigos, Colon. Gonzalo de Córdoba, Navarro, Cisneros, los hombres todos que mas brillo diéron á su reinado y de quienes mas beneficios recibió.

No fué Navarro, nó, desleal. Al aceptar de Francisco I su protección y altos puestos en el ejército, obedeció al justo resentimiento que la ingratitud de Fernando le causara. Conocía su propio inmenso valer, y fué á donde le llevó su dignidad herida.

De todas suertes, entre los hijos de Arcos se destacará siempre la figura del bravo general, del ilustre ingeniero, como una de las mas grandes de aquel periodo de transicion que marca el paso de la Edad Media á la moderna.

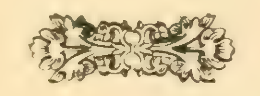
Lafuente.—Fernandez de Oviedo.—Mariana.—Zurita.—Prescott.—Quintana.—Sandoval,—Gamaza Romero.—Espinosa.—Camacho del Real.—Huertas.—Robertson.—Anquetil.—Mezeray.

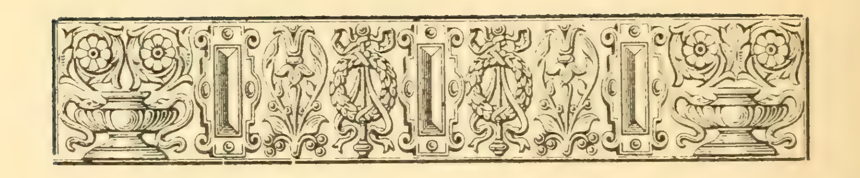




FERNANDO DE AYLLON.
1519

En premio á los distinguidos servicios que Fernando de Ayllon, ilustre Caballero hijo de Arcos prestó durante la guerra de Granada, fué agraciado por los Reyes Católicos con la Alcaidía de la fortaleza de Aznalmora, cerca de Loja, cuyo cargo ocupaba aun en 1519.





FR. TOMAS DE ARCOS.
1522.

La falta de datos nos impide dar noticias acerca de la vida de este sábio hijo de Arcos, de quien solo sabemos que era en 1522 monje del Convento de Gerónimos de la villa de Bornos, en cuya librería se conservaba una estensa obra de Astronomía, Física y Geografía, escrita por él con arreglo á las teorías de las Tablas de D. Alonso el Sábio y de los doctos árabes de la escuela cordobesa, y en ella se ocupaba con gran estension de la esfera y el astrolabio, con un tratado de Cronometría para la construcción de relojes de luz, de sol y de agua. Desaparecida hoy la librería, ignórase el paradero de aquel grueso infólio, perdido para siempre como tantas otras obras curiosas y estimables.



FRANCISCO ROMERO.
1525.

CORRÍA el año de 1523, y reinaba en España el Emperador Cárlos V. Las pretensiones que los monarcas franceses Cárlos VIII, Luis XII, y Francisco I tuvieron sobre Italia, particularmente sobre el ducado de Milán, y la rivalidad siempre creciente entre Francisco y Cárlos, encendieron nueva guerra, viendose una vez mas los campos de la hermosa Italia convertidos en palenque cerrado en que se jugaban á un bote de lanza los destinos del mundo. Siguiendo los consejos del almirante Bonnivet, confióle Francisco I, un ejército de cuarenta mil hombres que franqueando el Tasino penetró en Italia, dirigiéndose sobre Milán: mas aunque Próspero Colona no contaba con la mitad de las fuerzas de su contrario, supo con sus acer-

tadas disposiciones burlar las esperanzas del francés, que despues de un inútil bloquéo, tuvo que retirarse sobre el Tesino.

Suspendió las operaciones lo rigoroso del invierno, y entrado el año de 1524, los imperiales formaron en Milán un ejército que oponer al francés, tomando el mando por fallecimiento de Colona, el virey de Nápoles, Lannoy, bien que la dirección de las operaciones, estuviese principalmente confiada al Condestable de Borbon y al valiente marqués de Pescara, discípulo predilecto del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Hombre á quien habian elevado sus aventuras amorosas y caballerescas, mucho más que sus méritos, carecía Bonnivet de las condiciones de pericia militar suficientes para poder resistir á tan esperimentados Generales, é incapáz de hacerles frente, tuvo que abandonar las fuertes posiciones de Biagrassa en que se habia atrincherado, intentando retirarse á Francia despues. Pero no bien empezó á cruzar el Sessia, cuando se vió acometido por Borbon y Pescara al frente de los imperiales. Derrotáronle en Novara con muerte del célebre Bayardo, honra de la caballería francesa, persiguiéndole hasta qne pasados los Alpes, entró en Saboya por el valle de Aosta.

Dedicáronse entonces los españoles á recuperar las plazas ganadas por los franceses, marchando el Duque de Urbino á tomar á Lodi donde habian quedado dos mil soldados franceses, mientras el marqués de Pescara embestia á Alejandria, guarnecida por Mr. de Am-

bonis con tres mil infantes y algunos caballos. Ambos llevaron á cabo su empresa en breves dias, quedando limpio de franceses el estado de Milán y en poder de su Duque Francisco Sforzia.

Animados con el desastre de Bonnivet, y siguiendo las inspiraciones del Duque de Borbon que en su ódio contra Francisco I aspiraba nada menos que á derribarle del trono, invadiéron los españoles la Francia, llegando hasta Marsella de la que intentáren apoderarse en el verano de 1524; pero el mal éxito de la empresa les obligó á retirarse nuevamente á Lombardia. Tras ellos corrió presuroso Francisco I al frente de gruesas tropas, ansioso de recobrar á Milan y vengar las derrotas de sus capitanes.

La nueva de la llegada del ejército francés, hizo que el virey de Nápoles, Lannoy despachase á toda prisa á Antonio de Leyva, para que despues de arrasar el castillo de Novara, se encerrase en Pavía defendiéndola á toda costa contra el rey de Francia, comisiones que Leyva desempeñó con su acostumbrada diligencia, y mientras tanto las tropas españolas reconcentráronse para defender á Milan. Mas habiendo desamparado la ciudad el Duque Francisco Sforzia con sus parciales, dejándola totalmente desguarnecida, y haciendo nacer la sospecha de que se pasaba á los franceses que llegaban yá á las puertas, abandonáronla tambien los imperiales, cubriendo la retirada el marqués de Pescara, y asentando sus reales en Lodi y Cremona.

En el entretanto, entró en Milán el rey Francisco, que cometiendo la falta de no perseguir á los españo-

les, determinó apoderarse cuanto antes de Pavía, para no dar tiempo á que Antonio de Leyva la fortificase, no conviniéndole acaso proseguir su marcha por Italia, dejando tras sí en poder de los españoles plaza tan importante, y creyendo quizá que la fama de su nombre y de su poderoso ejército le abririan las puertas de aquella ciudad, como ya le habian abierto las de Milán. Mas no era Antonio de Leyva, hombre á quien amilanasen el temor á las armas de Francisco I, ni ninguna otra consideración: antes bien hallaba en las ocasiones críticas, recursos en su indomable entereza, oponiendo á todos los esfuerzos y asechanzas del enemigo su ánimo invencible y la pericia adquirida en sus largas campañas.

Cercada completamente la ciudad fortificó su campo Francisco primero con fosos y trincheras, colocando su cuartel general en un bosque llamado el Parque, cercado de fuertes muros: y estableciendo sus baterías comenzó á disparar sobre los débiles muros de la plaza. Mas cuando el estrago de la artillería derribaba un lienzo de muralla, tras él aparecia otro que Antonio de Leyva habia hecho levantar. Si el Rey variaba con estacadas el curso del Tesíno para que no entrando yá en la ciudad dejasen de funcionar los molinos que suministraban harina á la guarnicion, Leyva establecia molinos de mano, bastantes en número para atender á las necesidades de la plaza, y si los franceses intentaban el asalto, encontraban siempre sobre los muros al invicto Leyva que con sus españoles los rechazaba. Falto de numerario con que

pagar á los alemanes que tenia á sueldo, fundió la plata de las Iglesias, batiendo monedas con esta inscripcion.

" *Los Cesarianos, sitiados en Pavia, año 1524.*

Mientras tanto el ejército español permanecia en Lodí en la inaccion. Escaso de tuerzas, y mantenimientos, no era conveniente marchar de frente en busca del francés; sino por el contrario, ir poco á poco debilitándole con sucesivos choques y escaramuzas, en que siempre el enemigo llevaba la peor parte.

Mas esta actitud de nuestros generales, interpretábanla franceses é italianos por miedo ó debilidad, dando á los unos mayor osadía, y declarándose contra España las ciudades y principes Italianos que hasta entonces por temor ú otras causas, habian disimulado su mala voluntad. Burlábanse en todas partes de nuestras armas, y hasta en Roma apareció una mañana en la estatua de Pasquino un papel que decía.

" Quien supiese del ejército del Emperador, que se perdió ha pocos dias en tierras de Génova, manifiéstelo, y darle han buen haliazgo. Y donde nó, sepa que se lo pedirán por hurto, y se sacarán cédulas de escomunion sobre ello."

No tardó sin embargo en dar pruebas de su existencia. Una noche á fines de Noviembre, estando toda aquella tierra cubierta de nieve, sin que nadie supiese el objeto, dispuso el marqués de Pescara que hasta dos mil infantes españoles con camisas blancas puestas sobre las armas, saliesen de Lodi, y poniéndose á su frente con el marqués del Vasto su sobrino, dirigióse á Me-

bra, pueblo distante cinco leguas, donde sabia se encontraba el conde Trivulcio con un considerable destacamento francés: llegados al romper del alba sin ser advertidos, despues de haber vadeado un caudaloso rio con el agua helada hasta los pechos, escaláron la muralla con las picas, y entrando en la plaza á tiempo que ya se armaban los franceses, diéron muerte á muchos, entre otros al conde Trivulcio é hiciéron prisioneros á los demás, tomando despues la vuelta de Lodi, cargados de despojos.

Enfureóido Francisco I con este contratiempo, apretó aun mas el cerco de Pavia que se arrojó á asaltar á escala vista, siendo rechazado con muerte del General Mr. de Longueville.

Suspendió sus ataques en los primeros dias de Diciembre confiado en que el hambre obligaria al fin á los sitiadores á rendirse, queriendo así ahorrar sangre francesa, pero entonces comenzó la guarnicion sus salidas llevando la muerte y el estrago al seno mismo del campo enemigo. En la del 2 de Diciembre, tomáronle los sitiados dos banderas y tres cañones. Matáronle quinientos soldados italianos en la del 4, y otros tantos grisones en la del siguiente dia. De esta manera se las habia Antonio de Leyva con el ejército francés, que vivia lleno de sobresaltos y cuidados. Empero una sublevación de sus tropas, estuvo á punto de malograr tan heróica defensa.

Encerraba Pavia en sus muros cinco mil alemanes á sueldo del Emperador. y mil españoles. Ya habia

acallado Leyva el descontento de los primeros, pagándoles en la moneda que arriba se dijo hizo batir con la plata y oro de las Iglesias. Mas agotado este recurso despues de cuatro meses de asedio, cundió en las filas de los alemanes el propósito de amotinarse reclamando sus pagas, solicitados al mismo tiempo por los agentes secretos de Francisco primero, que por todas las vias, procuraba tomar la ciudad. Vióse entonces Leyva en el mayor de los apuros. Sitiado por un poderoso enemigo, y amenazado en el interior por sus mismos auxíliares, sín tener mas tropas fieles que sus escasos aunque valientes españoles.

Dominó no obstante el tumulto, con promesa formal qne á los tudescos hizo de pagarles en plazo breve, y mientras tanto avisó al Marqnés de Pescara en Lodí, dándole cuenta de la situacion.- No estaba Pescara ni aun el virey Lannoy mucho mas sobrado que los de Pavia. Mas aunque hubiesen dispuesto de millones, de nada habrian servido, no contando con medios de hacerlos llegar á manos de Antonio de Leyva, y habriase este perdido y la plaza. á no ser por el valor y patriotismo de un soldado.

Existía entonces en el ejército imperial un alférez de la compañía de Rodrigo de Ripalda, llamado Diego de Cisneros, soldado de reputación que por ciertas diferencias estaba enemistado con otro. Y queriendo sus amigos reconciliarlos, juntáronles un dia en la iglesia de Lodi, donde el otro se desmandó tanto, que

no pudiendo sufrirlo Cisneros, le dió de puñaladas allí mismo, de que quedó muerto. Ausentóse Cisneros, temeroso del castigo que el marqués de Pescara no dejaría de imponerle por el homicidío y más aun por el desacato: mas su capitan que mucho le estimaba y tenia gran privanza con el marqués, procuraba calmar á éste y conseguir el perdon. Tanto le importunó ponderándole al mismo tiempo los grandes méritos de Cisneros y la lástima que sería que un tan buen soldado se perdiese, que el marqués que mejor que otro alguno sabia de lo que eran capaces sus españoles, le ofreció completo perdon, si llegaba á meter socorro de dinero en Pavia. Comunicólo luego Rodrigo de Ripalda á Cisneros, quien aunque de ánimo esforzado, no se atrevió á tomar sobre sí tamaña empresa: mas teniendo en el ejército un amigo, tan prudente como alentado, fué á consultar con él el caso. Llamábase aquel valiente Francisco Romero, era natural de Arcos de la Frontera, hijo de Fernando Romero Bernal y de Inés Rodriguez de Haro y Riquelme. Estaba en lo más florido de su juventud, habiendo nacido en los primeros años del siglo. De dos hermanos que tenia, el uno llamado Anton, servia con él en Italia; el otro á la sazón muy niño, fué andando el tiempo el Maestre de Campo Julian Romero, que tanta gloria habia de alcanzar en San Quintin y en Flandes. Este, pues, oido Cisneros, no solo consideró posible el hecho, sino que ansioso de ganar nombre, determinó acompañarle en

la empresa: que si Cisneros se arrojabe á ella obligado por la necesidad de obtener el perdon de su delito, á Romero le impulsaban tan solo su valor á toda prueba, su acendrada amistad por Cisneros y su sed de gloria.

Tomando sobre sí la dirección de empeño tan arriesgado, y concedida licencia del marqués para comenzarlo, confiado en la facilidad con que hablaba las lenguas francesa é italiana, tanto que podia pasar por natural de aquellos paises, partióse Romero de Lodi disfrazado, y llegando á los reales franceses, solicitó y consiguió una audiencia de Francisco I; puesto en su presencia, le dijo que un alférez llamado Cisneros, del campo de los españoles, en riña con otro soldado, le habia dado muerte, por lo que su general el marqués de Pescara, queria hacerle matar, de que Cisneros se habia librado hasta entonces por la fuga; que él como su amigo, venia á suplicarle se sirviese admitirlos en su servicio sin sueldo alguno, hasta que sus hechos acreditasen de lo que eran capaces ambos. Agradó á Francisco I el despejo y la serenidad del jóven, de quien certificáron el valor y las prendas algunos italianos del campo francés, que de Milán y otras partes le conocian, y dijo á Romero que aceptaba de buen grado los servicios de ambos; y aquel, que habia ofrecido servir sin sueldo para que nadie pudiese imputarle á traición lo que pensaba hacer despues, tornóse á Lodi.

Reunido allí con el marqués de Pescara y con Cisneros que luego fué llamado, cosieron entre los forros de dos jubones hasta tres mil escudos de oro, que el

marqués habia pedido al Duque de Milán, y llamando dos labradores del país en quienes Pescara tenia completa confianza, diéronles los jubones para que debajo de sus camisas y ropas se los vistiesen y se fuesen al campo francés ante Pavia, y en cierta parte señalada, pusiesen una tienda donde venderian alguna vitualla, permaneciendo allí hasta que Romero y Cisneros encontrasen oportunidad de tomarles los jubones.

Híciéronlo así ambos labradores, cumpliendo en todas sus partes su misión.

Vistiéronse Romero y Cisneros sendos jubones iguales en un todo en telas y en hechura á los que los labradores llevaban con el oro, para que nadie pudiese conocer la mudanza cuando se los cambiasen, y esto hecho, colocadas en sus sombreros cruces blancas que eran el distintivo de las tropas francesas, partiéronse nuestros dos aventureros en demanda del cuartel del Rey Francisco, del que fueron bien recibidos, así como de algunos españoles que por diferencias con Lannoy y el de Borbon, servian á sueldo del francés.

Allí permaneciéron algunos dias, portándose como buenos en las diarias escaramuzas con los soldados de Pavia, en una de las que Romero recibió una grave herida en la cabeza. Mas si bien corrian nuevo peligro de morir á manos de sus mismos amigos, su heróico comportamiento desvanecia toda sospecha que pudiera abrigar el francés, que si los primeros dias estuvo sobre aviso, y siempre observándoles, desechó á poco todo recelo, pudiendo ellos ir y venir con entera libertad por todas partes, cuya facilidad aprovecharon pa-

ra reconocer el sitio donde habian dado cita á los labradores y cerciorarse de la permanencía de estos en él.

En tanto se curaba Romero de su herida, hízose Cisneros amigo del ingeniero francés que dirigia el trabajo de las minas, por cuya amistad llegó á conocer la entrada de una mina que desembocaba frente al muro de Pavia, cuya custodia estaba confiada á solos cuatro ó cinco hombres. Formando entonces su plan nuestros valientes, luego que Romero estuvo mejorado de su herida, saliendo ambos á pasear con un capitan francés cerca del sitio donde estaban los labradores, mandáronse cortar unos capotes para resguardarse del frio, quedando en que á la noche siguiente irian á recogerlos, sirviéndoles este pretesto para volver á aquel sitio sin que su presencia llamase la atención.

Llegada otra noche, metiéronse en la tienda de los labradores con quienes trocaron los jubones, vistiendo aquellos los que en sus forros encerraban el dinero, y les encargáron que á otro dia procurasen partir con las nuevas al marqués de Pescara, pero que esperasen hasta mediodia, porque si antes de esa hora oyesen tres cañonazos seguidos, disparados en el castillo de Pavia, podrían decir al marqués en Lodi que el dinero estaba en salvo: y si nó, que creyeran que ellos habian muerto. Trocados los jubones y tomados los capotes, volviéronse á su alojamiento, de donde al amanecer, ceñidas sus espadas y al hombro sendas alabardas, fuéronse disimuladamente para la boca de la mina, encubiertos algun tanto con la espesa niebla que del

rio salia y cubria toda la comarca. Detuviéronles los guardias, mas derribados dos de ellos de dos alabardazos, y puestos en fuga los demás, metiéronse ellos por la mina adentro, perseguidos por los franceses á quienes pusieron en armas los fugitivos guardas, saliendo á toda prisa junto al muro de la ciudad. Allí corrieron mayor peligro que en todo lo pasado, porque con el alboroto de los que les perseguian, creyendo los de la ciudad en la imminencia de un ataque, corrieron sobre las murallas, viéndose nuestros dos españoles cogidos entre dos fuegos. Mas á sus repetidas voces con que apellidaban "España" y viendo que solo venian dos, abriéronles los de dentro, llevándoles al punto á presencia de Antonio de Leyva, que los recibió con gran regocijo, é hizo enseguida disparar tres cañonazos en el castillo para que los labradores pudiesen llevar á Pescara la noticia del feliz suceso, Con la llegada del socorro, pudo Leyva pagar á los alemanes y se salvó la ciudad.

Ahora bien, ¿cuáles hubieran sido las consecuencias de la pérdida de Pavia si el heróico esfuerzo de Romero y de Cisneros no la hubiesen conservado? Apoderado de ella Francisco I, habriale servido de base de operaciones para continuar la guerra, y caso de que se hubiese dado la batalla de Pavia que despues se verificó, habríase aumentado el ejército francés con los doce ó catorce mil hombres que Francisco dejó frente á los muros de la ciudad y entonces ni habrian perdido la batalla los franceses, ni quedado su monarca prisionero de los españoles, ni se habria firmado despues el

tratado de paz de Madrid tan ventajoso para nosotros, ni llevado á cabo Borbon su espedicion sobre Roma, y adquirida por Francia la supremacía que desde entonces tuvo España, habria Francisco que algun tanto se inclinaba á la reforma, favorecido mas la confesión de Ausburgo, y no se habria reunido el Concilio de Trento, y acaso toda Europa habria sido protestante. ¿Quién puede calcular las consecuencias de aquella acción valerosa?

No se ocupa mas la historia de aquellos dos esforzados soldados: de Francisco Romero, sábese que más adelante murió en Italia. en alguna de las otras batallas que se dieron. habiendo vuelto de allí su hermano Anton, que casó despues en Arcos con Inés Garcia, viviendo por los años de 1554. En cuanto á su hermano Julian niño entonces, marchó á Italia á unirse á sus hermanos, pasando despues á Francia y Flandes á las ordenes del Duque de Alba.

Como complemento, pues de la vida de Francisco Romero, harémos un breve relato de la batalla de Pavía, cuyo éxito se debió principalmente al valor heróico de aquel esclarecido hijo de Arcos.

En tanto pasaban estas cosas, entró el año de 1525 y con él llegó al campo imperial un socorro de diez mil alemanes levantados por el Duque de Borbon, con lo que aunque todavia muy desiguales en número, porque Francisco I contaba mas de 60 mil soldados, ya el ejército español podia arrojarse á una empresa, y reunidos el virey de Nápoles, el marqués de Pescara y el duque de Borbon, resolvieron marchar sobre el ene-

migo: y llevándolo á cabo, en 24 de Enero salió de Lodi el ejército, mandando la vanguardia Jorge Castrioto, marqués de Civitá-Sant-Angelo, caballero albanés muy estimado por su valor, general de la caballeria ligera.

Seguíale el cuerpo de batalla compuesto de la gente de armas ó caballeria pesada con el virey Lanoy y Borbon, y en pós de ellos seis mil infantes españoles acaudillados por los marqueses de Pescara y del Vasto, y dos mil italianos mandados por los capitanes Capapoda y César de Nápoles. Venia detrás la artilleria tan escasa y antigua, que mas servía de vergüenza que de provecho, contando solo de cuatro piezas de bronce y dos lombardas de hierro sacadas del castillo de Lodi, tres carros de pólvora y dos de balas. Y cerraba la marcha micer Jorge de Austria con diez mil tudescos bien armados. Salido el ejército de Lodi con el orden referido, comenzó á marchar la via de Milán, alojando aquella noche en Marignan, y al amanecer del dia siguiente torciendo sobre la mano izquierda tomó el camino de Sant-Angel, lugar fuerte entre Lodi y Pavia, defendido por mil italianos al servicio de Francia: tomólo á escala franca Pescara con los españoles, y dejando en él corta guarnición, el 30 de Enero partió el ejército de aquel alojamiento camino de Pavia, hasta llegar á dar vista á la ciudad y al campo francés que la cercaba, presentándole la batalla. Recibiéronle los franceses con repetidas descargas de mas de cincuenta cañones, que habian colocado en bateria frente á los españoles, mientras que en

la ciudad las salvas y los repiques de campanas indicaban el regocijo de los sitiadores.

Mientras tanto los imperiales tomáron posicion en los bosques inmediatos fortificándose con fosos y trincheras tan cercanos al francés, que se hablaban los centinelas de ámbos. Esta vecindad hacía continuas las escaramuzas, especialmente entre la jente de á caballo.

Gastáronse siete ú ocho dias en estas fortificaciones y reparos, sin que en ese tiempo quisiera el frances aceptar la batalla, convencido de que la falta de mantenimientos haria al fin que se retirasen los Españoles, proporcionándole una victoria segura y poco costosa. En efecto, llegó á tanto la necesidad en el campo imperial, que solo se repartia á cada soldado un pequeño panecillo cada dos dias, estando la mayor parte del ejército diseminada por los lugares comarcanos en busca de vitualla.

Desde las primeras noches acostumbró Pescara sacar del campo treinta ó mas arcabuceros, llegando con ellos hasta el mas avanzado reducto de los franceses, y luego que le sentian los centinelas, hacia disparar todos los arcabuces á un tiempo, gritando "España," "España". Con esto los enemigos se alteraban, cundia la alarma, y dejándoles revueltos y confusos, tornaba con los arcabuceros á su campo. Estos sobresaltos contínuos, traían cansados á los franceses, que acostumbrados al cabo llegáron á despreciar el ardid, mandando á sus guardias que no volviesen á alarmar el ejército por tan pequeña causa.

Entendiéndolo asi el marques, luego que vió que al

hacer su acostumbrada salida y disparos, no tocaban al arma los franceses, sino que se burlaban de ellos, á la tercera noche, despues de hacer formar en escuadrones todo el ejército, tomó consigo hasta 1400 infantes españoles, y avisándoles que cuando oyesen sonar el clarin que consigo llevaban se recogiesen todos en buen orden á su campo, arremetió con gran silencio á una parte del campo francés, donde hacian guardia cinco banderas de italianos, y desbaratándolos y poniéndolos en fuga, entró tras ellos por las líneas enemigas, matando é hiriendo á cuantos le esperaron, clavó y arrojó en el foso mucha artilleria, y dando el clarin la señal de retirada, volvióse á su campo cargado de despojos y prisioneros, dejando tras sí mas de dos mil cadáveres de los contrarios. No bastó este ultraje á decidir á Francisco primero á entablar la batalla, esperando el triunfo mas del tiempo, y la miseria de los imperiales que de la fuerza de las armas.

En este conflicto, apurados ya todos los mantenimientos hasta el escaso pan que se repartia, juntáronse en consejo los jefes imperiales.

Opinaban unos por levantar de noche el campo retirándose á Cremona donde hallarian vituallas conque sostenerse hasta que el Emperador enviase socorros. Querian otros tomar por sorpresa á Milán, donde tenian almacenes los franceses. Proponían algunos la retirada á Nápoles, dejando abandonado á Antonio de Leyva á los partidos que pudiese ajustar con el monarca francés.

Opuesto á tan diversos pareceres fué el de Pescara

haciendo comprender á todos que con ninguno de los medios propuestos se evitaba la batalla que no dejaria de darles el francés al perseguirlos, opinó que era mejor hacer de grado lo que tendrian que aceptar por la fuerza, logrando decidirlos á acometer á Francisco primero.

Aprobado por todos este dictamen, y encargada la direccion al marqués de Pescara, reunió este á sus españoles, y les arengó usando de esa elocuencia militar que despojada de galas retóricas, enardece el ánimo del soldado haciéndole capáz de los hechos mas heróícos, en cuyo arte era el marqués profundo maestro, dando sus órdenes para el día siguiente señalado para la batalla por ser el aniversarío del nacimiento del Emperador, coincidencia que todos celebraron como feliz presagio de victoria.

Cumpliendo pues las intrucciones del marqués, en la noche del 23 al 24 de Febrero de 1525, fecha memorable para las glorias nacionales, armados todos los soldados, y puesta la camisa blanca por encima de las armas, dispuso Pescara que los capitanes Salcedo y Santa Cruz con sus compañías, fuesen á derribar una parte del muro del Parque, que separaba nuestro campo del francés, por cuya brecha habia de entrar el ejército, y formando este sus escuadrones, prendióse fuego á las tiendas y chozas del abandonado campamento, para hacer creer á Francisco I que los españoles se retiraban.

Pusiéronse en marcha los nuestros dirigiendose á la brecha del muro que no estuvo practicable hasta el

amanecer, á cuya hora Pescara tomando cinco banderas de españoles y otras tantas de tudescos, metióse por el portillo dentro del Parque, para reconocer las posiciones del enemigo. Halló al ejército francés formado en el llano, con intento acaso de perseguir á los que á su entender se retiraban, y volviendo atrás con diligencia, hizo entrar á todos los imperiales en el parque, ordenando se formasen dos escuadrones, uno de tudescos, y el otro de los españoles é italianos, pues siendo estos pocos, no creyó su número capaz de formar un destacamento importante: mas los italianos, llenos de honrosa emulacion, solicitaron no se les incorporáse à los soldados de ninguna otra nación, para que señalándose cada una por su parte, cada cual hiciese lo que pudiese para ganar honra, á cuya pundonorosa pretensión, accedió gustoso el marqués.

Púsose, pues en marcha la caballeria del ejército, llevando la vanguardia el virey de Nápoles Lannoy con los hombres de armas de Nápoles y Sicilia; seguíale el cuerpo de batalla al mando de Borbon, con las lanzas de Castilla y Alemania que rejia el marqués del Vasto, y tras él marchaba D Hernando de Alarcon, veterano de los tiempos del gran Capitan, con un lucido escuadron de hombres de armas españoles.

Como esploradores, iban delante de todos 400 caballos ligeros albaneses mandados por el marqués de Civitá- Sant- Angelo.

Llevaba Pescara la vanguardia de infanteria española con algo menos de seis mil infantes, los más armados de coselete y pica, y arcabuceros los menos.

A este escuadron seguia uno muy lucido de hasta doce mil alemanes mandados por micer Jorge de Fronsberg, que sobre su coselete y camisa llevaba por devoción una capilla de fraile francisco dando no poco que reir al ejército: y detrás venia la retaguardia de dos mil infantes italianos mandados por sus capitanes Papapeda y César de Nápoles, con la artillería compuesta de cuatro piezas viejas, trayendo la munición algunas yeguas á lomo en unos sacos.

Ordenadas las haces, y marchando hacia el enemigo, vióse desprenderse de este y venir al encuentro de los nuestros á un escuadron de quinientos hombres de armas, mandados por Mr. de Alenzon, apoyados por un cuerpo de cinco mil piqueros suizos, mientras que les seguian otras dos mil lanzas gruesas, con el rey Francisco I, Enrique de Labrit, que se titulaba rey de Navarra, el príncipe de Escocia, el almirante de Francia, el Duque de la Palisse y toda la flor de la nobleza de Francia y Borgoña. Seguian quince mil infantes alemanes de los llamados de la Banda negra, estendidos en ala por la llanura, tras ellos diez mil suizos, y por último dos grandes escuadrones de gente de á pié, uno de quince mil italianos, y otro de diez mil franceses, gascones y bearneses. Ante los muros de Pavia, habian quedado otros diez mil hombres infantes y caballos para sostener el cerco, y evitar que los de la plaza acometiesen la retaguardia del ejército francés.

Acercábanse una á otra ambas huestes, con gentil continente, aunque no dejaba de imponer á los imperiales la superioridad del número de los franceses, lo

que notado por el marqnés de Pescara, volviendose á sus infantes les dijo. "Mirad la soberbia de esos locos! Sabed que el rey de Francia há mandado echar pregon, que nadie tome español á vida. ¡ Si pensará que nos tiene con las manos atadas!„ Enardeció tanto aquel dicho á los españoles, que la mayor parte juráron morir antes que rendirse, produciendo en las tropas tanto coraje, que pedian á voces á Pescara les condujese al enemigo. Ya este habia puesto en bateria treinta piezas gruesas delante de sus escuadrones, y empezando á hacer fuego causaron algun estrago en nuestras filas. Tornó entonces Pescara sobre la dereeha hacia Mirabel con los españoles, emplazando nuestra pobre artilleria sobre un altillo para ofender desde allí el costado de los enemigos: mas espantadas las yeguas que conducian las municiones, dieronse á huir sin que se les pudiese dar alcance, de suerte que no se dispararon mas que dos piezas que venian cargadas, con que no siendo de provecho la artilleria, dejaronla allí.

A este tiempo Mr. de Alenzon con sus quinientos hombres de armas y cinco mil suizos, habia rebasado nuestra izquierda, y topando los dos mil italianos de la retaguardia, cayó sobre ellos.

Intentó su capitan Papapoda retroceder á guarecerse en una cercana arboleda, mas antes de que concluyese de dar la orden al efecto, el alferez que estaba formado detrás de el, le dijo. "Acordáos Capitan, que pa-

ra este dia os ha estado pagando el Emperador muchos años: por tanto no os mudeis de donde estais; sinó, tened por cierto que el primer picazo que diere será en vos."

Apenas hubo acabado de decir estas palabras, cuando la caballeria francesa por una parte y los suizos por otra les arremetieron con tanta fúria, que en breve tiempo rompieron y desbarataron aquel escuadron, matando é hiriendo á la mayor parte de él, aunque se defendieron tan bien los italianos, que la gente que los rompió, no quedó útil para el resto de la batalla. Quedaron pues en su poder nuestros cañones, que dispararon gritando, "Victoria, Francia, Victoria."

Vista por el virey de Nápoles la rota de los italianos y creyendo perdida la batalla, envió á toda prisa aviso al marqués de Pescara, para que recojiéndose con la infanteria española dentro de los fosos de Mirabel, se fortificase alli para recojer la gente que ya miraba desbandada y perdida. Mas Pescara, considerando que de hacer lo que el virey queria, tendrian ó que rendirse por hambre antes de dos dias ó ser muertos á su salvo por solo la artilleria francesa, de ninguna manera quiso aceder á ello, sino que encargó al virey que acometiese sin mas tardar.

Oido esto por el virey Lannoy, envió orden al duque de Borbon de embestir con la batalla, y Alarcon con la retaguardia, y tomando su lanza comenzó con un

escuadron á caminar en buen orden sobre el del rey de Francia que á buen paso hacia él venia. Y puestas las lanzas en los ristres, embrazados los escudos, arremetieron unos contra otros con tal furia, que el alarido de unos, las voces de los otros apellidando aquellos Francia y España estos, el quebrar de las lanzas, el relinchar de los caballos, y el ensordecedor estruendo de la peléa semejaba el caos más espantoso. Densas nubes de polvo ocultaban á los combatientes, cuando el marqués de Pescara envió en socorro de la caballeria al capitan Quesada con doscientos arcabuceros, que á la carrera, llevando cada uno dos ó tres mechas encendidas y seis ó siete balas en la boca para poder cargar mas pronto, entraron en el confuso remolino donde se batian revueltos los hombres de armas, y comenzáron á disparar sus arcabuces sobre todo aquel que no llevaba su camisa sobre el arnés, ó tenia cruces blancas en el casco que era el distintivo de los franceses. Tan oportuno socorro mejoró la situación de nuestra caballería agoviada por el número de los contrarios. Allí murió de un balazo el almirante de Francia Mr. de la Palisse, y otros muchos ilustres caballeros. Allí murió el marqués de Civitá-Sant-Angelo, jefe de la caballería albanesa, á manos del mismo Francisco I que demostró una vez más hasta donde llegaba su valor caballeresco y temerario.

Mientras tanto Pescara, encaminábase con la infanteria española hacia el cuerpo de alemanes de la banda

negra, que se dirigió á su encuentro. Como eran tres veces mas numerosos que los suyos, hizo creer á estos que aquel escuadron era de la gente de Pavía que con Antonio de Leyva salía á recibirlos; hasta que llegados á corta distancia, conocido su engaño, mandó que todos sus infantes hincasen en tierra la rodilla, sin levantarse hasta que él lo mandara. Eran quince mil los tudescos, y venian marchando en buen órden, caladas las picas, trayendo en la vanguardia cuatro mil coseletes, y delante de todos doscientos arcabuceros. Esperábanles los españoles, en el frente los arcabuceros, todos los demás en escuadron cerrado, rodilla en tierra, y delante á caballo el marqués de Pescara. Al llegar á diez pasos los arcabuceros alemanes, disparáron á un tiempo sobre los nuestros; mas como estos estaban de rodillas, y aquellos disparaban sin apuntar, teniendo con una mano el arcabuz mientras que con la otra arrimaban la mecha al fogon, hizo muy poco daño su descarga; y como al disparar volviesen todos la espalda para resguardarse trás de la infanteria mientras cargaban otra vez, el marqués comenzó á dar voces "Santiago y España, á ellos que huyen." Con lo que levantándose á un tiempo nuestros arcabuceros que eran seiscientos comenzáron á tirar sobre el monton. Fué tan espesa y nutrida la rociada, que veíanse inclinarse y caer las picas unas sobre otras como se doblan las espigas bajo la hoz del segador; y arremetiendo al mismo tiempo los españoles con Pescara á la cabeza, lleváronse por delante el

escuadron de tudescos, como una hoja seca arrebatada por el huracan. En solo medio cuarto de hora no quedaba en pié ningun coselote de los alemanes que habian perdido mas de cinco mil hombres. Perseguidos y arrollados, fueron en su ciega carrera á acogerse á la batalla de la caballería, siendo recibidos por los arcabuceros del capitan Quesada, que rota la gente de armas francesas, salió á su encuentro acabando de ponerlos en completa derrota, y hecho esto pasó á donde estaba la artillería enemiga de que se apoderó con muerte de la mayor parte de los artilleros.

Habia mientras tanto Francisco I, á todo el correr de su caballo, llegado á sus suizos, y unidos al resto de la infanteria francesa, dirigiólos contra el escuadron de los españoles. Pasaron sin acometerlos por las inmediaciones de los tudescos imperiales que al pasar les saludaron con los arcabuces de los que allí se habian recojido, y llegando hasta Pescara fueron de tal suerte recibidos, que abandonando la peléa retiráronse hacia el rio, dejando el campo de batalla.

Ya á esta sazón diseminadas por el terreno las tropas, sosteníanse por todas partes combates personales; la infanteria española que en el ataque á los alemanes de la banda negra había perdido de vista á Pescara, que lleno de ardor se habia arrojado en lo más récio del combate, creyó que aquel era muerto, y ciega de furor, ansiosa de vengarle acabó con el cuerpo de la gente de armas francesa, que era donde todavia estaba generalizada la lucha. Vieron entonces llegar al de Pescara, herido en el rostro y en la mano derecha,

contuso de un arcabuzazo que le pasó el coselete, si-bien la bala se aplastó sin entrar en la carne, y señaladas las armas con mil cuchilladas, alabardazos y golpes de pica. El caballo que estimaba en mucho, traia una grande herida en las quijadas y otra en el vientre por la que colgaban las entrañas. Al llegar el caballo á los españoles comenzó á relinchar, por lo que el marqués le dijo: "Ah Mantuano, (que así se llamaba), ese es el cantar del cisne ¡Pluguiera á Dios que con mil ducados pudiera yo salvarte la vida!" Recogiendo al punto la gente que pudo, dirigióse hacia el Tesino que era el camino que seguia el enemigo en su retirada.

En el entretanto Francisco I perdida la batalla, y viéndose solo, intentó ponerse en salvo, saliendo con dirección al rio: mas disparóle un arcabucero matándole el caballo, y al caer llegó á él un hombre de armas de la compañia de D. Diego de Mendoza, llamado Juan de Urbieta, natural de Hernani en Guipúzcoa, y poniendole la espada por la escotadura de las armas, le intimó que se rindiera. Viéndose el rey en peligro de muerte le dijo, "la vida que soy el rey." Entendióle el guipuzcoano, y volviéndole á intimar que se rindiese, él dijo "Me rindo al emperador." Alzó en esto los ojos el soldado, y vió al alférez de su compañia cercado de francéses que querian quitarle el estandarte, y diciendo al rey "pues por esta señal me conoceréis" alzó la visera del almete mostrándo le faltaban dos dientes, y dejando al rey tendido con una pierna debajo del caballo, fué á socorrer á su alférez á quien libró.

Entre tanto llegó adonde el rey estaba otro hombre de armas de Granada llamado Diego de Avila, que creyendo que aquel sería algun caballero principal, fué á él á que se le rindiera. Díjole el rey quien era y que ya estaba rendido al Emperador. Tomóle entonces Ávila como gaje la espada y una manopla, procurando sacarle de debajo del caballo, en cuya faena le ayudó otro hombre de armas llamado Pita, gallego, que acertó á pasar. Puesto ya el rey en pié, llegáron algunos arcabuceros que no dando crédito á lo que se les decia, le querian matar. Y acaso no hubiese salvado la vida, á no llegar á la sazón M. de la Motte francés y partidario y deudo de Borbon, que acudiendo al ruido de la disputa que ya sostenian gran copia de soldados, y entendiendo que toda la discordia estribaba en que su prisionero decia que era el rey de Francia, llegado hasta él, conocióle é hincadas las rodillas en tierra, besóle la mano. Aquiétaronse entonces los soldados, certificados de que aquel era verdaderamente el rey, y cada cual en memoria de acontecimiento tan fuera de lo comun, como la prisión de un monarca, quiso llevarse algo de sus ropas y armas, uno el penacho, otros un trozo del sayo que traia sobre el arnés, de suerte que en breve espacio, quedó solo con la armadura y hasta sin espuelas.

Mostró á todo esto gran serenidad y ánimo esforzado, riendo los desenfadados dichos de los soldados.

En el entretanto los franceses y suizos del Duque de Alenzon, que como se dijo habian desbaratado á los italianos, quedando ellos mismos muy mal trechos.

viendo el mal suceso de la batalla, retiráronse del campo ordenadamente, mientras todos los demás emprendieron la fuga decidida, dirigiéndose al rio en cuyas aguas, por ir muy crecido, se ahogaron mas de seis mil. Otros acudian á rendirse. Veíase llegar al campo ginetes españoles, arrastrando consigo hasta cien prisioneros uno asido al otro, y el primero al pié del español.

Divulgóse de unos en otros la nueva de la prisión de Francisco I, de manera que corto rato despues, ya la sabía Pescara, que ayudado por los españoles de dentro de la ciudad, había puesto en fuga á los diez mil italianos y franceses que ante ella habian quedado, con lo que tornó al campo de batalla, y presentándose al rey, pidióle las manos para besárselas. Lo mismo hicieron el marqués del Vasto, Alarcon y el virey Lannoy que llegáron poco despues. A todos acogió favorablemente Francisco I escepto al Duque de Borbon, que acercándose le dijo estas sentidas palabras. "Si mi parecer en algunas cosas hubiese tomado V. M., no se viera en la necesidad presente, ni la sangre de la nobleza francesa anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia." Turbado el rostro, y vueltos al cielo los ojos, dando un suspiro, respondió el rey, "Paciencia, pues ventura falta."

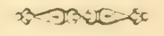
Determinóse entonces marchar á Pavía, y Francisco I con un sombrero del virey en la cabeza y armado como estaba cabalgó sin espuelas sobre un caballo que le dieron, encaminándose á la ciudad con los generales. Encontraban al paso á todos los soldados que

acudian presurosos con ánsia de contemplar tan nuevo espectáculo, y que con su animacion y oportunas frases, siempre respetuosas, consiguieron despejar el ceño del rey. Entre ellos, llegó un arcabucero sevillano llamado Roldan; traía en la mano dos pelotas de arcabuz, una de oro, y otra de plata, y llegado al rey le dijo. "Sepa V. A. que ayer cuando supe que se iba á dar la batalla, fundí seis balas de plata y una de oro, las seis para los Señores franceses y la de oro para vós. De las de plata creo que fueron cuatro bien empleadas, porque no las eché sino para sayo de brocado ó carmesí. Otras muchas de plomo he tirado por allí á gente común; no logré ver mas Monsieures, por eso me sobráron dos de las suyas. La de oro véisla aquí, y agradecedme la buena voluntad, que cierto deseaba daros la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Pero, pues, no quiso Dios que en la batalla os hubiese visto, tomádla para ayuda de vuestro rescate." Tendió el rey la mano, tomó la bala y le dijo le agradecia el buen deseo y la buena obra. Yendo de esta manera llegaron cerca de Pavía, y deteniéndose turbado el rey, rogó á Pescara no le hiciese entrar preso en una ciudad que no habia podido tomar despues de tenerla cercada con tan grande ejército. Pareció bien á todos hacer lo que el rey pedía, con lo que le aposentáron en un monasterio fuera de la ciudad, cometiendo su custodia al veterano D. Hernando de Alarcon. Aquella misma noche escribió el rey á su madre Luisa de Saboya la famose carta que contiene la frase "Todo se ha perdido, menos el honor y la vida, que está salva."

Quedáron prisioneros con su rey muchos otros señores franceses, entre ellos Enrique de Albret, que se decia rey de Navarra, el Sr. de Nevers, el de Saluces, el Príncipe de Tallemond, Mr. de Aubigny, el Mariscal de Montmorency, Mr. de Rieux, Mr. de Chartres, Galeas Visconti, Mr. de Bauges, el conde de Saint-Paul y otros muchos. Murieron en la batalla y tambien despues en el alcance, el Duque de Suffolck, aspirante al trono de Inglaterra, los duques de Lorena y Longueville, los mariscales de Tremouílle, Chabannes y Foix, el gran almirante Bonnivet y otros innumerables caballeros con mas de diez mil soldados.

Tal fué la batalla de Pavia que hemos relatado no porque en ella tomase parte el soldado español Francisco Romero á la sazon encerrado dentro de los muros de la plaza, sino porque tan decisivo hecho de armas no hubiese tenido lugar sin el concurso de aquel esclarecido hijo de Arcos, que al llevar á Antonio de Léyva el socorro que se le confiara, le proporcionó medios para resistir al monarca francés, dando lugar á la reunion de las tropas españolas, y proporcionando de esta suerte tan gloriosa victoria.

Sandoval.—Robertson.—Lafuente.—Mariana.—Gamaza Romero.—Espinosa.—Camacho.—Huertas.—Paulo Jovio.



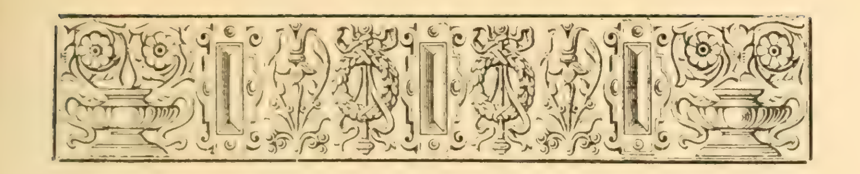


EL MAESTRO BERNAL, 1550.

Ignórase la fecha del nacimiento y de la muerte y hasta el nombre de este insigne hijo de Arcos, que florecia á mediados del siglo XVI.

Fué estremado músico y notable compositor de obras religiosas. Su extraordinario mérito llevóle á dirigir las capillas, primero de la catedral de Sevilla, y despues la de Toledo. Aun se conservan de él algunas composiciones que estiman mucho los maestros.





JUAN RUIZ AYLLON.
1550.

Se ignora la fecha del nacimiento de Juan Ruiz de Ayllon. Sábese únicamente que era natural de Arcos, é hijo de Lope Ruiz de Ayllon, alcaide del Castillo de Matrera, y nieto de Ayllon el alcaide de Zahara que en la batalla del Guadalete ganó á los moros dos banderas que todos hemos visto hasta hace poco en la capilla de los Ayllones de San Pedro de Arcos.

Fué esforzado Capitan en Flandes á las órdenes del Duque de Alba: debió por lo tanto florecer de 1520 á 1580. Escribió una coleccion de sonetos en alabanza de los varones ilustres de la milicia de Flandes, que en sus tiempos fué muy celebrada, Mas no ha llegado hasta nosotros, y hasta se ignora si llegó á imprimirse.





DIEGO JIMENEZ AYLLON.
1530.—1590.

Nacido en Arcos en 1530, y descendiente de la esclarecida familia de los Ayllones, partióse á Italia siendo muy jóven, asentando plaza de soldado del tercio de infanteria española que mandaba el valerosísimo D. Alvaro de Sande. Distinguióse á las órdenes de este en la campaña del Adriático, y le acompañó despues con plaza de alférez en la guerra de Alemania, siguiendo las victoriosas banderas del Emperador Carlos V. Ascendido luego á capitan, entró en Flandes con el Duque de Alba en el tercio de Milán que mandaba el famoso Sancho de Londoño, bajo cuyo inmediato mando sirvió durante toda aquella guerra de que no hablerémos, por ocuparnos de ella con alguna estensión en otro artículo. Vuelto á España en 1578 retiróse á Arcos donde murió en 1590.

Poeta y soldado que igualmente esgrimia la pluma que la espada, escribió un poema épico en treinta y dos cantos impreso en Alcalá de Henares en 1579, cuyo título es "Los famosos y heróicos hechos del Invencible y esforzado cauallero honra y flor de las Españas el Cid Ruy Diaz de Biuar, con los de otros varones illustres dellas, no menos dignos de fama y memorable recordación: en Octava Rima por Diego Ximenez Ayllon, de la ciudad de Arcos de la Frontera en Andalucia. Dirigidos al Illustrisimo y Excellentísimo señor D. Fernando Aluarez de Toledo, Duque de Alua, Marqués de Coria, Conde de Saluatierra, del Consejo de Estado de Su Majestad, su Mayordomo mayor. En Alcalá de Henares, en casa de Juan Iñiguez de Lequerica. Año de 1579."

La rareza de este libro, incluido por Gallardo en su "Biblioteca de libros raros y curiosos," hace que no hayámos podido haber á las manos ningun ejemplar, y solo por referencia á otros escritores como Gamaza, Camacho y Mariscal, sabémos que logró mucha aceptación y crédito. Mas el mal gusto de que dieron prueba esos autores nos hace suponer de escaso mérito el poema de Diego Jimenez Ayllon.



FR. GERÓNIMO DE ARCOS.
1560.

Fué monje del convento de San Gerónimo de la villa de Bornos, en el primer siglo de su fundación; es citado por el P. Fr. José de Sigüenza en su historia general de la órden (Parte 4.ª libro 3.º cap. 67), como observantísimo sacerdote, respetado y tenido por santo dentro y fuera del monasterio, por su vida ejemplar y sus virtudes.





DIEGO DE ARCOS.
1569.

Morisco converso, natural de Arcos, y descendiente de moros granadinos de los que salieron de Granada despues de la conquista, y fueron repartidos por las diversas provincias de España, tomó activa parte en la sublevacion de los moriscos en 1569, durante la cual fué Secretario de Aben Humeya. A la muerte de este desaparece su nombre de la historia, siendo de creer que pereciese de orden de Aben Abóo.

Marmol—Hurtado de Mendoza.





DIEGO NUÑEZ DE PRADO—FERNANDO DE ESPINOSA—BARTOLOMÉ DE GAMAZA ESPINOSA ALONSO DE CABEZAS--ALONSO GARCIA ASENSIO.— FRANCISCO DE CUENCA DE LOS MONTEROS.

1569

Cuando en el reinado de Felipe 2.º se subleváron los moriscos del reino de Granada la noche de Navidad de 1568, cometiendo incendios, asesinatos y violencias inauditas sobre los descuidados cristianos, y nombrando su Rey á Aben Humeya, uno de los primeros Grandes que acudiéron cumpliendo lo que le ordenaba la nobleza de su sangre y el favor de los Reyes, fué el segundo Duque de Arcos D Luis Cristobal Ponce de Leon, biznieto del Ilustre D. Rodrigo, más conocido con el título de marqués de Cádiz, que hizo famoso en la guerra de Granada.

Acompañábale la mesnada de Arcos cuyo pendon llevaba por designacion del Duque, Diego Nuñez de Prado Caballero principal, y no el joven Fernando

de Espinosa á quien tocaba por varonia el cargo de alférez mayor que habian gozado sus padres y abuelos, desde antes de la batalla del Salado. Mas disputábale á la sazon aquella honra su tio Bartolomé de Gamaza Espinosa, y para evitar un conflicto, con buen acuerdo el Duque resolvió que por aquella vez llevase la vencedora insignia Nuñez de Prado. Guiaba la infanteria el capitan Alonso de Cabezas que lo habia sido en Italia y Nápoles, debiendo advertir que todos los caballeros de aquella espedicion la hicieron á su propia costa.

Encomendada á nuestro Duque la pacificación de la Serrania de Ronda, juntó á los principales moriscos en su villa de Casares, deseoso de conseguir por la persuasión y los consejos la sumisión que estaba resuelto á obtener por la fuerza: mas en tanto que tenian lugar conferencias sobre la paz, llegó la orden del rey mandando empezar inmediatamente las operaciones de la campaña.

Obligado ya el duque á obedecer, envió á dos caballeros de Arcos, de donde tambien eran hijos todos los que antes se han nombrado, á practicar un reconocimiento en aquellas tierras. Llamábanse Alonso Garcia Asensio Arenillas y su sobrino Francisco de Cuenca de los Monteros, ambos dice el cronista, buenas personas, y atravesando todos los estrechos pasos, angosturas y desfiladeros de aquella tierra, recorriéron la Serrania de Ronda, librando en el camino cien combates con los moradores, tornando despues al Duque á quien dieron cabal noticia de la situación y fuerzas de

los rebeldes.

En su vista, pues, emprendió el Duque el camino de Sierra Bermeja apoderándose por asalto del castillo de Calabuc que los moros llamaban Gebel-hamar, cuya empresa realizaron los hijos de Arcos con arrojo extraordinario, ansiosos de vengar á D. Alonso de Aguilar, y á sus propios abuelos, cuyos desnudos huesos se veian blanquear no lejos del castillo, entre restos de armas rotas, jaeces y despojos. En aquel sitio cayeron en 1501. Diego de Palacios, Alonso Sanchez Monje, Juan de Armario y otros muchos esforzados hijos de esta ciudad, acribillados de dardos y flechas, que desde lejos les arrojaban los infieles, que temerosos de sus furibundos golpes no se atrevian ya á acercarse. Distinguiéronse sobremanera en aquella jornada y en las que sucesivamente tuvieron lugar hasta la completa pacificación, todos los caballeros de Arcos que hemos nombrado, á quienes terminada la guerra premió el Duque con crecidas mercedes.

Spínola—Gamaza—Biron—Hita—Mármol—Mendoza.





PEDRO DE PERÉA.

1574

Estábamos en 1569. El renegado Piali con una poderosa escuadra de trescientas naves y cincuenta mil turcos arrebataba á los venecianos las isla de Chipre, que poseian por cesión de la famosa Catalina Cornaro hija adoptiva de la República, y reducian á cenizas las desgraciadas Nicosia y Famagusta, sobre cuyas ruinas habia de llorar despues nuestro inmortal Cervantes. Acababa de escapar de igual suerte Malta, mercéd al valor del insigne Lavalette y al socorro de españoles que de Sicilia le llevára D. Garcia de Toledo; y el Papa, Génova, Venecia y todas las naciones mediterráneas, comprendian la necesidad de unir sus fuerzas para humillar el inmenso poderío marítimo del Imperio turco; que amenazaba invadirlo y sojuz-

garlo todo. Más interesado que ninguno Felipe II. á causa del inminente riesgo que corria todo el litoral de sus estensas posesiones de Africa, Italia y aun la misma España, y desembarazado de enemigos en su propio reino donde acababa de dominar la formidable sublevación de los moriscos, acogió gustoso las proposiciones de Luigi Torre enviado por el Pontifice Pio V, y despues de vencidas ciertas dificultades originadas por rivalidades antiguas entre Doria, dueño de las mejores galeras de Génova, y Colomna que mandaba las de Roma, concertóse y fué jurada una liga perpétua contra el turco, en que entráron el Papa y Felipe II, y las repúblicas de Génova y Venecia. Nombróse generalísimo de las fuerzas reunidas á D. Juan de Austria, vencedor de los moriscos, y el Ministro de España Cardenal Granvela pasó á Nápoles con cargo de virey, para organizar los recursos de Italia y preparar una escuadra capáz de medirse con el poderoso Selim II á la sazon dueño absoluto del imperio de los mares.

Ocupáron largo tiempo los aprestos necesarios, á que contribuyó mucho la inteligencia de D. Garcia de Toledo y por fin el 16 de Noviembre de 1871 salió de Mesina la escuadra de la Liga, compuesta de doscientas ocho galeras, seis galeazas de cuarenta cañones, y cincuenta fragatas, jabeques y bergantines, cuyas naves tripulaban veinte y seis mil soldados, y cincuenta mil marineros y remeros. El comendador Justiniani mandaba las galeras de Malta, pocas en número, pero bien pertrechadas y con dotación valiente y aguerrida.

Marco Antonio Colonna las del Papa, con gente bisoña y poco experimentada. Juan Andrés Doria, las genovesas, que llenaba tripulacion curtida en les fatigas, y las de Venecia, que mandaba el valeroso Basbarigo estaban arruinadas por la larga travesia y mal dotadas de soldados y marineros. Desiguales en calidad las de España, regíalas el esforzado D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, el mejor marino de su época, que compartía con el Comendador mayor de Castilla D. Luis de Requesens, la alta honra de ayudar con los consejos de su experiencia al jóven don Juan de Austria.

Era la empresa que se trataba de acometer asáz árdua y aventurada. Nadie habia jamás vencido á los turcos en el mar: contaban estos una soberbia escuadra de mas de trescientas naves, mandadas por hombres tan osados y entendidos como Uluch-Alí, Piali, Mustafá y Mahomed el Halcon, y tripuladas por ciento veinte mil marineros y soldados, contándose entre los últimos toda la milicia de los Genízaros, cuyo solo nombre hacia palidecer de terror á los cristianos. Una derrota de estos habria tenido incalculables consecuencias. Ventilábanse pues los destinos del mundo en aquella lucha decisiva, en que no se sabe que admirar más, si la grandeza de ánimo y las dotes de mando de D. Juan de Austria, ó el valor y la heróica resolución de sus soldados.

Reunida pues la armada cristiana, levó anclas el 3 de Octubre de la Gumenizza donde se encontraba, dando fondo en Cefalonia el 5, y allí recibió la noticia

de que la escuadra turca se encontraba en el Golfo de Lepanto, y dando las velas al viento antes del amanecer del 7, á las pocas horas hallábanse los cristianos sobre la costa de Albania, á la altura de las isletas llamadas entonces Esquinadas y hoy Curzolanas, cuando una galera de Juan Andrea Doria que iba á la descubierta, divisó en el fondo de la bahia las numerosas naves turcas que comenzaban á aparejar; dando aviso á D. Juan, sin aguardar á más ordenó este enarbolar el estandarte de la Liga, cuya vista afirmada con el estampido del cañon, dió á conocer á todos la resolución y proximidad de la batalla. Montó sin pérdida de tiempo D. Juan de Austria en una fragata ligera, y recorriendo de nave en nave la escuadra cristiana arengaba á sus soldados con enérgicas palabras inflamándo sus pechos en bélico entusiasmo, y tornando despues á su Real, comenzó á bogar la armada sobre la de los turcos, que cubriendo el inmenso mar contra ella se dirigia.

Formaban la vanguardia seis grandes galeazas venecianas, y trás ellas en ordenada media luna el resto de la escuadra dividido en tres secciones: la izquierda de sesenta galeras obedecia al proveedor veneciano Barbarigo: otras sesenta velas formaban la derecha, mandadas por Juan Andrea Doria, y en el centro, compuesto de sesenta y tres galeras, marchaba en su Real el generalisimo Don Juan, llevando á sus costados á los generales de Roma y de Venecia, Colonna y Veniero, y á la popa á su lugarteniente Don Luís de Reguesens. Como reserva á retaguardia, seguian treinta

y cinco galeras al mando de Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz.

Más numerosa la escuadra turca y formada tambien en media luna, estaba asi mismo dividida en tres cuerpos. En el de la derecha, mandaba á cincuenta y cinco galeras Mehemet Sirocco Virey de Alejandria: á la izquierda el de Argel, Ali, tenia noventa y tres, y llevaban en el centro noventa y seis los dos Bajáes Pertew y Alí, con una gruesa escuadra de socorro á retaguardia.

Jamás habianse visto frente á frente en tan reducido espacio dos armadas tan poderosas, ni aun cuando en aquellos mismos mares, quince siglos atrás en Actium, derrotó Augusto las fuerzas reunidas de Antonio y de Cleopatra.

Puro y sereno el cielo, reflejaban las azuladas ondas, apenas rizadas por leve brisa, la intensa luz del sol, que hacia brotar resplandecientes destellos de las pulimentadas armas, y la suave ondulación de las banderas, flámulas y gallardetes, de mil colores diferentes, prestaba animación á aquel cuadro que contemplaban silenciosos los tripulantes de ambas escuadras, poseidos de mútua admiración. De repente un cañonazo disparado por la galera de Alí á que contestó en el acto la Real de D. Juan, interrumpió el silencio, siguiéndose inmediatamente el ensordecedor clamoréo de los musulmanes, y el redoblar del tambor de los cristianos. Había comenzado la batalla.

Las naves de Venecia, cerraban la costa por la izquierda y las de Génova y Malta acercábanse por la

derecha á tierra todo lo posible, temeroso Andrea Doria de que rebasando los turcos á los cristianos, cayesen sobre ellos por la espalda, cojiéndoles entre dos fuegos. No pudo evitar sin embargo que Uluch Alí con siete galeras argelinas acometiese la capitana de Malta, tomándola al abordaje sin dejar hombre con vida en ella: mas acudiendo con presteza los genoveses y luego el Marqués de Santa Cruz, recobraron la galera de Malta ahuyentando á los argelinos.

Igual maniobra intentaban por la izquierda los egipcios que corriéndose á lo largo de la costa, por pasos entre las rocas, solo de ellos conocidos, cojen entre dos fuegos á los venecianos y les echan á pique ocho galeras, dando muerte de un flechazo en un ojo al valiente Barbarigo; mas atacados de súbito por Veniero con el resto de las naves de Venecia, pierden la capitana y acosados al último estremo, abandonan sus barcos, ganando á nado la costa.

No andaba ocioso el centro donde mientras tanto se decidia la suerte de batalla tan memorable. Como en un tornéo dos ginetes parten á toda brida el uno sobre el otro hasta encontrarse, así se buscáron y chocáron con horrísono estruendo la capitana de Alí y la Real de D. Juan de Austria, y así tropezáron y se aferraron unas á otras las naves de los turcos con las cristianas, haciéndose general la empeñada lucha. Truena el cañon por todas partes, confundiéndose su estruendo con el crujir de las hendidas naves, el vocerío de los combatientes, el clamor de los moribundos, el estridor de las armas y el incesante retumbar de la mosqueteria.

mientras que densa y oscura nube de humo envuelve ámbas escuadras, y comienza á estremecerse el mar agitado por millares de remos, que aherrojados. azotadas las desnudas espaldas por despiadados cómitres, mueven contra su voluntad los míseros forzados.

Sobre el puente de su galera, al que saltaba desde las inmediatas multitud de enemigos, batíase Don Juan de Austria con brioso coraje, dando ejemplo de heroismo á sus soldados. El marqués de Santa Cruz con la reserva hallábase en todas partes dende hacía falta su ayuda, y lo mismo acuchillaba musulmanes auxiliando la Real de D. Juan, que salvaba á Andrés Doria de las manos de Uluch Alí, arrebatando del poder de este la Capitana de Malta. Tinto el mar en sangre, é iluminado con el rojizo matiz de las llamas que consumian muchas naves, veianse luchar en él abrazados hasta hundirse y desaparecer turcos y cristianos, sin que el riesgo de perecer ahogados diése treguas á su comun ódio. Derribado Pertew Bajá y atravesada la frente de Alí por una bala, todo el esfuerzo de los leventes y genízaros, no bastó á impedir que fuese entrada por los cristianos la capitana turca, y enhiesta en una pica la cortada cabeza de Alí, sirvió de señal para la fuga de los musulmanes, siendo el primero de todos Uluch Alí con cuarenta naves que pudo salvar.

Perdieron los turcos en aquella memorable jornada doscientos veinte y cuatro bajeles: de ellos ciento treinta quedaron en poder de los cristianos, y noventa se abrasaron ó fueron echados á pique: veinte y cinco mil turcos quedaron muertos, y cinco mil prisioneros, re-

cibiendo su ansiada libertad mas de quince mil cautivos cristianos que remaban á bordo de las galeras enemigas. Harta sangre costó tambien á los nuestros, de los que murieron mas de ocho mil valientes soldados y marinos, los dos mil españoles, y los demás en su mayor parte Venecianos. Entre los heridos lo fué en el pecho y mano izquierda un pobre soldado español de la galera Marquesa, oscuro y desconocido entonces, cuyo nombre adquirió mas adelante universal y eterna fama; llamábase Miguel de Cervantes Saavedra.

Tan señalada victoria que llenó de júbilo á la cristiandad, hízo prorumpir al Papa al recibir la noticia, aplicando á Don Juan de Austria las palabras del Evanjelio." *Fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes*" Tan grande fué el desbordamiento de su alegria.

Entre los valientes que tomáron parte en tal victoria, estaba Pedro de Peréa, natural de Arcos, Capitan de arcabuceros de los tercios de Italia, embarcado en una de las galeras del marqués de Santa Cruz, bajo cuyas órdenes se batió con sin igual bizarría. Fué tercer abuelo de D. Melchor Bartolomé Yuste y Peréa, quien en sus apuntes para la historia de Arcos, no olvidó consignar la gloria que adquirió su ilustre progenitor *en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.*

Forneron—Lafuente—Mariana—Yuste y Peréa.



JULIAN ROMERO.
1515—1577

PATRIMONIO parece de los de este apellido, el valor heróico. Los padres y abuelos de Julian Romero, habíanse distinguido en las guerras de Granada, cuando bajo las banderas del ilustre D. Rodrigo Ponce de Leon Marqués de Cádiz y Duque de Arcos, uno de los mejores capitanes de su tiempo, conquistáron á Zahara, Setenil y Alhama, asistiendo á la toma de Granada. Su hermano mayor Francisco Romero, entró en Pavia sitiada por los franceses, llevando á Antonio de Leyva el socorro de dineros que necesitaba para sosegar á su rebelde guarnicion, permitiéndole así conservar la plaza á Carlos V, y dando lugar á que reunidas las fuerzas imperiales venciesen é hiciesen prisionero á Francisco I en la gloriosa jornada de Pavia.

Nació Julian Romero en Arcos por los años de 1510 á 1515. Sus padres Fernando Romero Bernal é Inés Rodriguez de Haro y Riquelme, siendo mancebo aun, le enviáron á Italia en 1532, á servir en las tropas del Emperador Carlos V, bajo los auspicios de sus dos hermanos Anton y Francisco, que hacia tiempo militaban en aquel ejército. Nada se sabe de los primeros años de su carrera militar; mas ateniendose á lo que despues hizo, es de presumir que desde el principio daria brillantes muestras de su ánimo esforzado.

No andaban por aquel tiempo jamás ociosas las armas españolas, que rara vez vencidas, triunfantes casi siempre, asombraban al mundo con sus hazañas. Para ocuparnos solamente de los tercios que guarnecian los estensos dominios de Italia, dirémos que se batieron en Lombardia, Nápoles y Sicilia; invadieron la Francia sitiando á Marsella; asistiéron á la toma de Tunez y la Goleta, y á la desgraciada espedición de Argel; peleáron con los dos Barbarojas, el judío Sinam, Dragut, y los demás corsarios berberiscos; se apoderaron de Zante, Corfú, Cefalonia, Rodas, Malta y todas las islas del archipiélago griego; lucháron con el turco en Hungría y los actuales principados Danubianos, con los protestantes mandados por el Landgrave y Mauricio de Sajonia en Baviera, Sajonia y la alta Alemania, y con los flamencos y franceses en Gante y Metz.

¿En cuáles de esas empresas tomó parte Julian Romero? Imposible averiguarlo. De seguro en muchas: acaso en la mayor parte, porque los tercios viejos de Italía en cuyas filas militaba, eran las tropas favori-

tas del Emperador y de sus generales mas nombrados, el marqués del Vasto, el Duque de Alba, D. Fernando de Gonzaga, D. Alvaro de Sande y otros, y adonde quiera que habia necesidad de soldados aguerridos y de confianza, allí mandaban al punto aquellos tercios, que peleáron en todos los paises que arriba hemos citado. Era en aquellos tiempos la milicia profesión, aunque sujeta á mil quiebras muy socorrida. Paises enteros dedicaban todos sus hombres válidos á servir bajo las banderas del que mejor les pagaba, y suizos, alemanes é italianos formaban de continuo gran parte del contingente de ambos ejércitos beligerantes, incitados todos, no con la esperanza de las mezquinas pagas que no siempre ni á su tiempo recibian, sino con el cebo del rescate de los prisioneros, y del pillaje y saquéo de los pueblos rendidos.

Hasta 1554, no aparece en la historia el nombre de Julian Romero. El ejército de Enrique II de Francia, mandado por el mismo rey, que heredó de su padre Francisco I el odio contra Carlos V, y compuesto de mas de cincuenta mil soldados, pasando el Mosa, entró en Flandes dirigiéndose sobre Dinant plaza fuerte cerca de Namur. Defendiala con algunos españoles el capitan Julian Romero, y no pudiendo rendirla, pidieron una conferencia los sitiadores. Cometió Romero la inprudencia de salir de la plaza á oir el parlamento, con lo que los franceses faltando á toda fé, le hiciéron prisionero, y la guarnición sin cabeza yá que la mandase, vióse precisada á rendirse.

Desprevenido el Emperador ante aquel ataque, reu-

nió fuerzas en Namur, nombrando su general al Duque de Saboya Filiberto Manuel, y le dió por consejero á Juan Bautista Gastaldo, veterano de las guerras de Italia y Alemania.

Contentóse el monarca francés despues de la toma de Dinant, con saquear á Bins y Marimont, sin atreverse á inquietar en Namur al ejército que allí se formaba, y en su retirada á Francia, devastó todo el Henao. Alcanzó su retaguardia en la Chesnaye el Duque de Saboya, derrotando al mariscal de Saint André que la mandaba, con pérdida de mucha gente y todo el bagaje, recuperando los prisioneros que llevaba el ejército francés. Es de suponer que entre ellos recobró su libertad Julían Romero. Continuáron su marcha los imperiales hasta dar vista á Cambray, de donde se retiró Enrique 2.º que siempre incendiando y talando llegó á Renti.

Siguióle Filiberto de Saboya, y hasta allí se hizo conducir el mismo Emperador no obstante hallarse aquejado de la gota qne le impedia montar á caballo. Diéronse vista los dos ejércitos, y trabada la pelea, perdiéronse tres mil hombres de cada parte, quedando por Cárlos 5.º el campo de batalla, mientras los franceses se retiráron en buen orden á Compiegne.

Licenció alli el rey francés los alemanes y suizos, y el Emperador se retiró á Bruselas para entregarse al cuidado de su salud, mientras que el Duque de Saboya que quedó al frente del ejército, se dedicó á recuperar las plazas que el francés habia tomado, hasta terminar la campaña de este año.

El siguiente de 1555, habia de ser fecundo en grandes acontecimientos. Cansado Carlos 5.° del peso de tantas coronas, renunció en su hijo Felipe 2.° todos sus reynos y señorios para retirarse al monasterio de Yuste en Estremadura, y acabar en él en paz, una vida siempre agitada y tormentosa.

Aun desmembrando de la herencia de Carlos 5.° el imperio de Alemania, única corona que no recayó en Felipe, quedaba este monarca el mas poderoso del mundo.

Poseia en Europa los reinos de Castilla, Aragon, Navarra, Nápoles. Sicilia, Milan, Cerdeña, el Rosellon, las Baleares, los Paises Bajos y el Franco Condado. En Africa las Islas Canarias y de cabo Verde, Orán, Túnez y Bujia. En Asia las Filipinas y las Molucas, y en América, las Antillas, Méjico y toda la América meridional escepto el Brasil, mientras que su matrimonio con la reina Maria de Inglaterra, hacia suyos todos los recursos y la fuerza de aquel pais.

No tardó en hacer ver á Europa que al heredar los dominios de Cárlos V, habia heredado tambien su energia, ya que no su incansable actividad. Llamados á Italia los franceses por el Papa, llegó el Duque de Guisa con un ejército sobre Turin, mientras desprevenidos los españoles se reconcentraban hacia Nápoles. Mas puesto á su frente el Duque de Alba, logró sin arriesgar batalla decisiva, sino solo con sus acertadas maniobras, arrojarle de Italia. Mientras tanto Felipe II decidió llevar la guerra á la misma Francia. Al efecto, enviando sus capitanes á Hungria, Alemania

y España, levantó en Flandes un poderoso ejército que reforzó con ocho mil auxiliares ingleses, que el mismo fué á buscar á la Gran Bretaña, para decidir á su esposa la reina Maria á que le ayudase, y nombró general en jefe al duque de Saboya Filiberto Manuel, que tanto se habia distinguido en las últimas campañas del Emperador.

Reunió el joven general en consejo á todos los jefes, entre los que se hallaba Julian Romero, recientemente ascendido á Maestre de Campo del tercio de Sicilia, y él y Alfonso de Navarrete tambien Maestre de campo, fueron de parecer que debia ponerse sitio á San Quintín, plaza muy fuerte y considerable, fronteriza entre Francia y los Paises Bajos, que en razon á ser tenida por casi inexpugnable, hallábase un tanto desguarnecida, pudiendo servir como base de operaciones para llevar la guerra hasta el corazon de la Francia. Juzgáron temeraria la proposición los demás jefes; pero apoyada por D. Fernando de Gonzaga Virey de Sicilia, con la autoridad de sus canas y su larga experiencia en las guerras con franceses, adoptóse al fin aquel partido: mas para encubrirlo y llamar la atencíon del enemigo hacia otra parte, dispuso el duque de Saboya que el ejército se dirigiese sobre Mariemburg, ciudad de Flandes, que poseian los franceses. Acudieron todas las fuerzas de Francia á defenderla, y cuando Filiberto Manuel hubo conseguido su objeto, levantó de repente el campo á los ocho dias de sitio, y á marchas forzadas se puso ante San Quintin, dajando á Enrique II sorprendido con evolución tan inesperada.

Encargó inmediatamente á los maestres de campo Romero y Navarrete, los mismos que aconsejaron la espedición, que se apoderasen del arrabal, que constaba de unas cien casas defendidas por fosos y bastiones, desempeñando aquellos su cometido en breve espacio, y habrian tambien tomado la plaza, á no haber entrado en ella con algunas fuerzas el almirante Gaspar de Coligny, el mejor general que á la sazon contaba Francia.

Su sola presencia infundió en el ánimo de los sitiados valor y decision á toda prueba, que se tradujeron en la tenáz y porfiada resistencia que hicieron á las tropas españolas.

Habia Coligny pedido pronto socorro á su tio el Condestable Montmorency para que viniese con su ejército á libertar á San Quintin. Acudió el condestable desde la Fére llevando diez y ocho mil hombres y diez cañones, con la mayor parte de la nobleza francesa. Envió delante á Andelot hermano de Coligny, quien consiguió penetrar en la plaza con quinientos de los suyos, sacrificando para ello el resto de su division que quedó en el campo, y aprovechando la confusion y el desorden que esta pérdida introdujo en el ejército francés, el Duque de Saboya destacó toda su caballeria á las órdenes del Conde de Egmont, mientras él seguia detrás con la infanteria, y tanto acosaron y persiguieron á los franceses en su retirada, que les mataron cuatro mil soldados é hicieronles cinco mil prisioneros entre ellos el Condestable, y su hijo, los Duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal

de Saint-André, el príncipe de Mántua, y hasta otros trescientos caballeros de la nobleza, con toda la artilleria y cincuenta banderas, perdiendo los españoles tan solo ochenta hombres. Fué esta victoria una de las mas completas y señaladas en los anales de la guerra. Verificóse el diez de Agosto de 1557, dia de San Lorenzo, y en conmemoración y acción de gracias edificó despues Felipe II el monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Lleno de júbilo Felipe II que se hallaba en Cambray, partió al dia siguiente para el ejército, cuyos generales le espusieron la conveniencia de levantar el sitio de San Quintin para encaminarse sobre Paris, que indefenso, ni opondria la resistencia de un largo asedio, ni se arriesgaría á las contingencias de un asalto, no quedándole otro partido que la rendición; mas el rey, considerando los inmensos recursos que aun quedaban á la Francia, no se atrevió á empresa tan aventurada, prefiriendo apoderarse de San Quintin, ventaja mas sólida aunque menos brillante.

No era esa la opinión del Emperador Carlos V, de quien cuentan las historias que al llegar á su noticia la de la batalla, preguntó si su hijo estaba ya en París, quedando mudo y silencioso, cuando supo que el rey no habia querido intentar aquella empresa. Adoptada pues su resolución, Felipe II intimó á Coligny para que se rindiese, y su enérgica negativa fué la señal de nuevos ataques á la plaza. Defendíase esta con constancia y valor inquebrantable, como era de esperar de la alta reputación del almirante de Francia.

Dióse por fin el asalto por los mismos tercios de Julian Romero y Navarrete, y despues de heroica lucha, subieron á la brecha ambos capitanes, entrando tras de ellos en la plaza todo el ejército sitiador y quedando prisioneros Coligny, su hermano Andelot y un hijo del Condestable de Francia. Murieron en el asalto cien hombres del tercio de Romero, con cincuenta del de Navarrete y algunos ingleses, siendo de sentir las crueldades y escesos á que en el saqueo se entregáron los vencedorer.

Amenazada Francia, llamó al Duque de Guisa que con su ejército hallábase en Italia, y este imitando las maniobras empleadas al principio de la campaña por Filiberto, amagó varios ataques sobre las ciudades de la frontera de Flandes, y torciendo repentinamente á la izquierda puso sitio á Calais, única plaza que conservaban los ingleses de cuantas habian poseido anteriormente en Francia, y tanto apretó el cerco, que sin dar lugar al socorro se apoderó de ella en Enero de 1558. Hiciéronse en seguida dueños de Guines y Ham, y dirigiéndose despues á los Paises Bajos, puso sitio á Thionville en el Luxemburgo. Defendiéronla con brio los españoles, tanto que los dos mil hombres de la guarnicion quedáron reducidos á mil en solas tres semanas. Muriéron tambien muchos de los sitiadores, entre ellos Pedro Strozzi, general el mas acreditado de Francia en aquel tiempo, despues del Duque de Guisa; pero al fin tuviéron que rendirse. Mientras tanto el mariscal de Termes, se apoderaba de Dunquerque y esta série de victorias venia á anular el efecto producido por la

de San Quintin.

A toda prisa el Duque de Saboya que por orden de Felipe II, habia licenciado las tropas, conservando solo los tercios españoles, reuniólos con las milicias de Flandes, formando un total de quince mil infantes y tres mil caballos, que confió al conde de Egmont, ordenándole buscar y combatir al mariscal de Termes. Encontróle con efecto cerca de Gravelines el dia 13 de Julio, derrotándole tan completamente, que de 15 mil franceses solo pudiéron salvarse trescientos quedando los demas muertos, heridos ó prisioneros, contándose entre los últimos el mismo mariscal de Termes. Hallóse en la batalla *Julian Romero* al frente de su tercio, portándose en ella con su probado denuedo.

Obligó el desastre de Gravelines al duque de Guisa á acudir con todas las fuerzas de que pudo disponer á las fronteras de Picardia, donde se hallaba el duque de Saboya tambien con todas las tropas que habia podido allegar. Diéronse vista ambos ejércitos, en número de más de cuarenta mil hombres de cada parte, en los campos de Dourlens. Encontrábanse en uno y otro lado los mas distinguidos generales de Felipe II y Enrique II, y parecia que iba á decidirse definitivamente la perpétua contienda entre Francia y España. Mas no tenian los generales deseo de combatir, sin duda obedeciendo las intrucciones de sus respectivos soberanos, y abiertas conferencias sobre la páz, permaneciéron en la inaccion ambos ejércitos que á muy corta distancia el uno del otro se encontraban: y aceptadas las bases del tratado, firmóse este en Chateau-Cambre-

sis. En su vista, licenciadas las tropas, retiráronse los tercios españoles á sus guarniciones de Flandes.

Gobernaba á la sazon aquellos estados Margarita de Austria hermana de Felipe II. y esposa de Octavio Farnesio, mujer dotada de esquisito tacto, á quien amaban los Flamencos entre los cuales habia nacido. Pidieron estos al rey que sacase de aquellas provincias los soldados estranjeros, y habiéndolo así ofrecido Felipe II. encargó á su hermana que dilatase con diversos pretestos el cumplimiento de la promesa: produjo esto un descontento general y para acallarlo, dispuso la gobernadora en 1561 la salida de los españoles al mando de sus maestres de campo, los unos para Nápoles, los otros con Julian Romero, para Sicilia. Allí permanecieron en sus presidios hasta que las repetidas sublevaciones de los flamencos, exigieron su vuelta á los Paises Bajos.

No estuviéron sin embargo ocicsos durante su permanencia en Sicilia. Hassem, hijo de Barbaroja ayudado por los corsarios Dragut y Piali, proyectó la conquista de Orán y Mazarquivir, para lo cual juntó un poderoso ejército. Alistó Felipe II para evitarlo una escuadra de veinte y cuatro galeras que confió á don Juan de Mendoza, dándole parte de los tercios de Nápoles y Sicilia que acababan de llegar de los Paises Bajos: mas deshecha esta armada por las tempestades cerca de Málaga, ahogáronse la mayor parte de sus tripulantes con el mismo general Mendoza, y animado con esta catástrofe el de Argel, llegó á ponerse ante Orán con treinta galeras, y un ejército de cien mil

hombres. Mandaba aquella plaza el conde de Alcaudete, y su hermano D. Martin de Córdoba la de Mazarquivir, y ambos rechazaron con heróico valor los repetidos asaltos de los sitiadores, que hasta once veces llegaron á colocar sus estandartes sobre las derruidas murallas de Orán, dando tiempo á que llegase nueva escuadra mandada por D. Francisco de Mendoza, llevando los restos de los tercios de Italia, con Julian Romero, y al dar vista á la flota argelina, la acometió y deshízo, apresándo nueve galeras y ahuyentándo las demás, mientras los sitiados alentados con este espectáculo, hacian una salida en la que ponian en derrota las huestes innumerables del sitiador que tomó vergonzosamente la fuga, corriéndo á ocultar en Argel su ira y su vergüenza.

Quizá despues tomaria parte Julian Romero en las otras empresas que acometiéron los tercios españoles de Italia, tales como la toma del Peñon de Velez de la Gomera, y el socorro de la isla de Malta, cuyo sitio hiciéron levantar á cincuenta mil turcos mandados por el Gran Visir Mustafá; pero de todas suertes no mencionan las historias si su tercio se halló en tan nombrados hechos de armas, aunque es de creer que sí, puesto que se sabe que entre las tropas españolas estaban las de Sicilia.

En el entretanto haciase cada vez mas desastrosa nuestra situación en Flandes. El establecimiento de la Inquisición en aquellos paises donde dominaba la religión reformada, provocaba continuos levantamientos y desórdenes, de los que el mas trascendental que se

llamó la rebelión de los Gueux ó Pobres, que á sí pro-pios se daban ese nombre los sublevados, costó r... s... sangre á España y á Flandes, viéndose precisad... pe II á levantar en Alemania diez mil infa... tres mil caballos, que con las escasas milicias fla... que permanecieron fieles, ayudáron á la Gober... á reprimir la sublevación. Mas haciéndose casi i... ble á aquélla señora continuar sosteniéndose, ... el rey que volviesen á Flandes los soldados espa... que de allí saliéron para Italia.

Pasóles revista en Asti el duque de Alba, ... nombrado para guiarlos, que llevaba plenos ... y secretas instrucciones de Felipe II. Mandaba ... cio de Nápoles Alonso de Ulloa, el de Milán San... Londoño: el de Cerdeña Gonzalo de Bracamo... y Julian Romero el de Sicilia. Constaba la infant... ocho mil quinientos soldados, todos veteranos ... rridos, y la caballería de mil quinientos la ... parto españoles, é italianos los demás, á cargo d... Fernando de Toledo, Prior de la órden de San ... hijo natural del duque de Alba. Era maestre de... po general Chiappino Viteli, veterano del Emp... ingeniero en jefe Francisco Paccioto conde de ... fabro, comisario general de la caballería Anto... de Olivera, y general de la artillería Gabriel Cer... señalado en ingenio y obras militares. Acompañ... al ejército otros jefes y oficiales distinguidos, ... Sancho de Avila, Francisco Verdugo, Cristob... Mondragon, y otros muchos que mas adelante de... peñáron elevados cargos de la milícia. Empren...

su marcha por el Ducado de Saboya, pasando el Mont-Cenis. Con el primer trozo ó sea la vanguardia iba el duque de Alba con el tercio de Nápoles, y cinco cornetas de ginetes italianos y españoles. Con el segundo que formaba la batalla, iba D. Fernando de Toledo con el tercio de Londoño y cuatro tropas de caballería española. La retaguardia al mando del marqués Vitelli, estaba formada por los tercios de Bracamonte y Julian Romero con dos tropas de caballos albaneses. Como novedad que introdujo en esta marcha el duque de Alba, cubrian el frente de cada compañia, fuera de órden, quince soldados con mosquetes y horquillas en que apoyaban los cañones, para hacer fuego, porque antes no se disparaba esa arma, por ser grande su calibre, sino desde los muros, sujeta por una especie de cureña ó afuste, asentada sobre tres piés, notándose que aquella innovación era de grande utilidad en las batallas, entremezclados los mosquetes con los arcabuces. Abria la marcha allanando los pasos el ingeniero Cervelloni, con copia de soldados y gastadores, y dispusiéronse las jornadas de manera, que en los cuarteles que dejaba el primer trozo de ejército hacia alto el segundo, y en los que este abandonaba se alojaba el tercero. De esta suerte, con moderadas marchas, en el mes de Agosto de 1567, despues de atravesar los Alpes y Saboya, por Borgoña y Lorena, entráron en Flandes los españoles, sin tener encuentro ni hostilidad en el camino, aunque á todo lo largo de él halláron siempre tropas francesas ocupando su frontera.

Llegados á Thionville, recibiéron al duque de Alba

los nobles flamencos á su encuentro enviados por l gobernadora, y aquel repartió los tercios en diferent guarniciones, llevándose á Bruselas el de Julian Romero.

Disgustóse Margarita de Austria al conocer la e tensión de las facultades de que el de Alba se hallab investido por el rey, y pidió á este la relevase de su cargo de gobernadora, ya porque se considerase desai rada, ya sobre todo porque comprendiese cuan impo lítico era enviar á un pais recien conquistado y tan sujeto á revueltas, persona como el duque de Alba, más capáz de producirlas con sus intemperancias y cruel dades, que de sosegarlas. Que bien comprendia aquella prudente señora, que cercenar á los pueblos la libertad á que están acostumbrados, suele ser ocasión de grandes movimientos, y tantos eran los fueros y franquicias de que siempre habian gozado los flamencos, señaladamente los de Brabante, que las mujeres de los pueblos vecinos solian ir á parir á los términos de aquel pais, para que naciendo en él sus hijos, participasen de sus inmunidades. La mision pues, del duque de Alba, reducida á imponer onerosos tributos, perseguir la libertad de conciencia, é implantar el Tribunal de la Inquisición, tenia que producir por fuerza el levantamiento del país, avezado á sus libertades, cuya mayoria componiase de calvinistas, que jamás habian soportado pacientemente el yugo de España.

Comenzó el duque de Alba por prender á Juan Casembrot secretario del conde de Egmont, á Antonio Stralen, cónsul de Amberes, íntimo amigo de Guiller-

Nassau, príncipe de Orange, y á los condes de
y de Horn, cometiendo hasta la felonia de
á los dos últimos en el propio palacio del du-
ado deferentes con él, habian acudido á su lla-
to al parecer afectuoso. Para imponerse y ame-
á la ciudad en tanto se ejecutaban aquellas
es, el maestre de campo Sancho de Ávila, te-
cercado el palacio y tomadas todas las avenidas
as españolas.
el pueblo triste y suspenso al tener noticia de
n de sus principales magnates. Libráronse
y el conde de Hogstrat que advertidos á tiem-
nos confiados, no concurriéron á la convoca-
l de Alba.
centa este á la gobernadora de las medidas ri-
que había adoptado, despues de realizadas,
ando su silencio con las órdenes del rey, que
o recayera sobre aquella la odiosidad que ha-
roducir. Mas no aplacó el resentimianto de
na, que renovó la peticion de su relevo, y con-
al fin el rey, en Octubre de 1567, despedida
los naturales que la vieron partir llorosos,
á Italia la hija de Carlos V, quedando el du-
lba por único gobernador de los Países Ba-

vó entonces á toda prisa los procesos de los
os presos, y recibidas instrucciones de Felipe
e nada resultaba contra muchos de ellos, fue-
camente degollados, Stralen cónsul de Am-
ecretario de Egmont, y los condes de Horn

y de Egmont, con otros muchos señores de la primera nobleza, y mas de otras ochocientas personas de todos estados y condiciones, mientras en España Felipe II hacia morir asesinado al señor de Montigny, hermano del de Horn, ambos de la ilustre casa de Montmorency.

Fué de todos el mas sentido el conde de Egmont, que á sus condiciones de nobleza reunia inmensa popularidad, y al que deberian haber hecho sagrado para Felipe, sus servicios en las batallas de San Quintin y de Gravelines.

Llevóse á cabo el suplicio de ambos condes con desusado aparato. Enlutado el caldalso levantado en la principal plaza de Bruselas que ocupaba el tercio de infanteria de Julian Romero, al mediodia de la vigilia de Pentecostés de 1568, salió Egmont del castillo acompañado de Julian Romero y del obispo de Iprés que le llevaban en medio; trás èl seguia el conde de Horn, entre otro sacerdote y un capitan. Llegados al pié del patíbulo, quitóse Egmont la ropa de damasco y el sombrero, y arrodillado en uno de dos almohadones que al pié de un crucifijo de plata estaban colocados, vendados los ojos con el mismo paño con que de noche se cubria la cabeza, sególe el cuello el verdugo, que en seguida hizo lo mismo con el de Horn, quien recibió la muerte con igual serenidad.. Clavadas en escarpias las dos cabezas permaneciéron algunas horas á la vista del pueblo, cuyas lágrimas y gemidos eran el único rumor que interrumpia el silencio de los inmóviles soldados.

¡Horrendo espectáculo que nos enajenó para siempre las voluntades de aquellos naturales, engendrando en sus ánimos tanto odio para con los españoles como compasión para las víctimas! ¡Obligado por la disciplina militar el maestre de campo Julian Romero á presidir el suplicio de su jefe, de su hermano de armas, de su amigo cuántas veces en el trascurso de los largos años de guerra que aquel asesinato purídico produjo, y que quizá previó en tan solemnes instantes, recordaría tan horrible cuadro! En el centro, el enlutado cadalso: sobre él dos cuerpos mutilados y sangrientos: en dos escarpias, dos cabezas cortadas, contraidas las lívidas facciones por el supremo terror de la agonía: al rededor la tropa silenciosa y triste, los infantes apoyados en sus picas, los arcabuceros con las mechas encendidas: en el fondo el aterrado pueblo; sobre la grada el mismo Julian Romero, ceñida al coselete roja banda, desnuda en la diestra reluciente espada, impasible ejecutor de las crueldades del monarca, y por encima de todos dominando y como protestando de aquel crímen, la efigie del crucificado, todo paz, mansedumbre y misericordia!

No tardó el duque de Alba en tocar las consecuencias de aquella inútil crueldad. Aun palpitaban los restos de Egmont, y ya el conde de Hogstrat con un grueso cuerpo de calvinistas franceses, flamencos y alemanes, entraba por Juliers, siendo rechazado á la otra parte del Mosa por Sancho de Avila que hizo prisioneros á Villers y Dugo principales cabos. Invadió el Artois con otras partidas Francis Coqueville que fué

deshecho en Saint-Vallier por Gossen, mientras por la Frisia entráron Luis y Adolfo de Nassau, hermanos del de Oránge, con grandes fuerzas, apoderándose de Dam y otros lugares. Salióles al encuentro el duque de Aremberg gobernador de Frisia con el tercio español de Gonzalo de Bracamonte, y un batallon de tudescos, á que se agregaron algunas banderas del Henao y de la nobleza de Artois. Tuviéron buen suceso las primeras escaramuzas, con que animados los españoles á la vista de Dam, recordando la victoria que en tiempo del Emperador se habia allí obtenido sobre el duque de Güeldres, del primer empuje se hicieron dueños de la plaza, poniendo en fuga á los de Nassau. Siguióles el alcance Aremberg, mas conocedor del terreno, dió órden de detenerse, sabiendo que muy próximos había habia unos pantanos de peligroso acceso, donde seguramente tendría toda la ventaja el enemigo: pero alterados los españoles, que juzgáron traicion la prudencia de Aremberg, y sobrado sensible este, dió a señal de avanzar. Aguardaban ya los sublevados, favorecidos por el terreno que solo dejaba entre los pantanos unos estrechos y peligrosísimos pasos. Para salvarse de la nota con que le afrentaban, acometió Aremberg en persona á Adolfo de Nassau, atravesándole con su acero, mientras aquel le recibia pasándole de parte á parte con su lanza, con lo que los dos generales de ambos campos enemigos, uno al lado del otro tendidos, rindiéron á un mismo tiempo las vidas, cada uno de ellos homicida de su contrario. ¡Caso estraño y quizá único en la historia! El ejército de Aremberg, desconociendo lo

lugares y falto ya de cabeza principal, dió en los pantanos que aquel recelaba, donde sin poder salir eran nuestros soldados diezmados por los enemigos, que á su sabor y á mansalva disparaban sobre ellos.

Quedó allí sepultada la flor del tercio español, y muertos siete alfereces y cinco capitanes. Perdiéronse seis cañones gruesos, llamados *Ut, re mi, fa, sol, la,* con la caja del ejército.

Esta infausta derrota, si levantó los ánimos de los rebeldes, estimuló al de Alba á acudir para vengarla, é impedir que Luis de Nassan se incorporase á su hermano el de Oránge. Al efecto, envió desde luego con parte de las tropas al maestre de campo general Chiappino Viteli, quien entrando en Groningen, la defendió con éxito de Luis de Nassau que la atacaba.

Llegado Junio, partió el duque de Alba de Bruselas á Amberes, donde dejó á Cervelloni con ocho compañias de tudescos para presidio del castillo, hizo despues alto en Bolduc esperando á Cressonnier que se le reunió con diez y siete piezas de artillería, vadeó el Mosa junto á Grave y despues de fortificar á Groningen cuyo mando confió al duque de Brunswick, marchó sobre el enemigo cuyo campo atrincherado estaba á tres leguas de la ciudad. Contaba el de Alba, diez mil infantes, los mas de ellos veteranos entre los que se hallaba Julian Romero con el tercio de Sicilia, y tres mil caballos. Luis de Nassau, aunque inferior en caballeria, superábale mucho en infanteria, sinó en la calidad, en el número de las fuerzas. Dispuso Alba que Romero con mil doscientos arcabuceros diese una arre-

metida por dos puntos diferentes, más bien con intento de reconocer al enemigo, que para emprender un ataque formal. Mas el ímpetu de los nuestros y la cobardía de los contrarios, hicieron que desamparando sus posiciones emprendiesen la fuga, con pérdida de más de trescientos muertos, siendo casi insignificante la nuestra.

De allí á pocos dias alcanzó el Duque de Alba nuevamente á Nassau sobre el Ems junto á Groningen. Elijieron los rebeldes su nuevo campo apoyada la espalda en Ems [illegible] de los Españoles: á uno y otro lado escondian el acceso [illegible] lagunas, y defendia el frente un dique levantado contra las inundaciones del rio, en cuyo centro habian colocado una bateria de diez cañones; de suerte que el arte y la naturaleza concurrieron juntas para hacer el campo enemigo inexpugnable. Mas no detuvo al de Alba esa consideracion, sino que hábil Capitan, querido á pesar de su severidad por los soldados, supo con su varonil elocuencia infundirles tales brios, despertando la emulacion de las diversas naciones que formaban su ejército, que todos los capitanes solicitaban la honra de asaltar la bateria, sitio el mas peligroso, y por donde únicamente podia ser atacado el campo de Nassau. Tocóle en suerte tan arriesgada empresa al tercio de Lope de Figueróa, compuesto en su mayor parte de mosqueteros, que como se dijo arriba, habia el Duque de Alba trasladado de las murallas á la campaña.

Estos pues, mientras el de Alba disponia unas trin-

cheras de cestones, luego que rodilla en tierra se en comendarón á Dios y cuando el ejército entero le contemplaba con emulacion y generosa envídia, lanzados á la carrera sobre la batería, se hicieron dueño de ella y del dique y los cañones enemigos, despues d una sangrienta y empeñada lucha, abriendo camino al resto de las tropas para entrar en los reales de Nassau, que derrotado, vióse precisado á huir despues d seis horas de pelea. De los fugitivos, unos quedaban presos en el cieno de las lagunas, á otros alcanzaba e plomo ó el acero de los Españoles, y considerable número hallaron la muerte al querer vadear el Ems.

Los que navegaban por la bahia de Dullart en qu aquel rio desemboca, tuvieron al dia siguiente noticia de la batalla y rota de Nassau, por el sin número de sombreros de fábrica alemana, que las ondas del Ems arrastraban.

Salvóse disfrazado Luis de Nassau, que perdió seis mil hombres, veinte banderas y diez cañones. Empero deslució el brillo de esta victoria la conducta de tercio de Cerdeña, que concluída la accion, al pasar por los mismos sitios en que pocos meses antes habia sido derrotado con muerte de su general Aremberg en venganza de la ayuda que entonces prestáron algunos aldeanos á los de Nassau, incendió varios pueblos y aldeas; y comunicándose las llamas ál contorno, auxiliadas por el recio viento que por acaso reinaba, invadió el incendio todo lo que alcanzaba la vista desde la ensenada de Dullart, hasta la Frisia oriental. Suspendióse el de Alba creyendo mas bien en u

ardid del enemigo, que en el atrevímiento de los suyos, mas enterado del caso, hizo en el acto prender á toda a legion incendiaria, ahorcó á los soldados autores de aquella maldad, y degradó de sus puestos al maestre de campo Bracamonte y demás cabos del tercio por no haber sabido conservar la disciplina, bien que á poco, hechas las averiguaciones oportunas, repuso á Bracamonte y algunos oficiales que resultáron sin culpa. Valuóse el daño causado en cuatrocientos míl escudos.

Considerando con esta victoria dominada la rebelión, despues de mandar edificar en Groningen un castillo igual al que acababa de construir en Amberes, tornóse á Bruselas el duque de Alba, hallando á su hijo D, Fadrique de Toledo duque de Huesca, llegado de España con un refuerzo de dos mil quinientos infantes, oportuno socorro contra el de Oránge.

Formaba este en el entretanto poderoso ejército en Alemania, que llegó á contar diez y seis mil infantes y ocho mil caballos, fuerza sobre numerosa bien armada, á cuyo frente se puso Guillermo de Oránge con multitud de caballeros de gran cuenta, y entrando en los Paises Bajos, asentó sus reales sobre el Mosa, cerca de Maestrick, sin que acertase á impedirle que pasase el rio, la diligencia con que acudió el de Alba: pues haciendo Orange que toda la caballeria formase compacta masa á través del rio, opuso al impetu de la corriente aquella animada barrera, á cuyo amparo pasó toda la infanteria. Ofrecióse al general español oportuna ocasión para desbaratarle, cuando mojado del agna y can-

sado del camino, se formaba á este lado del rio el ejército rebelde, y así lo aconsejaban todos los cabos principales: mas no quiso acceder el duque, ó dudoso del resultado, ó quizá porque las órdenes del rey le vedasen aventurar á un solo golpe la suerte de la guerra, limitándose por entonces ambas huestes á ligeras escaramuzas, casi siempre provocadas por Oránge. Cansado este de su inacción levantó su campo dirigiéndose á Tongres de que no pudo apoderarse, habiendo bastado para evitarlo la presencia del duque de Alba: mas sabedor de que en su auxilio se acercaba Mr. de Genlis con tres mil infantes y quinientos caballos, que le enviaba el Príncipe de Condé Jefe de los Calvinistas de Francia, marchó á su encuentro. Siguiéndole el de Alba con diez y seis mil hombres, alcanzóle al vadear el Get, y le puso en completa derrota matándole dos mil soldados, y haciéndole muchos prisioneros. Quedó entre los muertos el conde de Hogstrat, pérdida que sintió Orange con tantas veras, como la de los condes de Egmont y de Horn, por ser además de ilustre y poderoso, hombre de buen consejo y general esperimentado, y se le miraba como uno de los principales jefes de la sublevación.

No quiso tampoco el de Alba apurar la victoria persiguiendo al enemigo, que rehechas sus pérdidas despues que se juntó con Genlis, permaneció aun algun tiempo amenazando al pais. Alcanzóle de nuevo Alba en Quesnoy donde fueron heridos Sancho de Avila y César Dávalos, y de allí tuvo que retirarse Orange á

Alemania, sin haber sacado otro fruto de su empresa, que reavivar en sus partidarios de Flandes, las hasta entonces inseguras esperanzas.

Desembarazado ya el duque envió en socorro de Carlos IX de Francia un cuerpo de dos mil caballos y tres mil infantes, al mando del veterano conde de Mansfeld, que contribuyó poderosamente á la victoria ganada por aquel soberano en Montcontour, sobre los Hugonotes que mandaba el almirante Coligny.

Volvió el de Alba triunfante á Bruselas, donde celebró el buen resultado de la campaña, con públicas fiestas y regocijos que enardecieron mas la inquinia de los naturales.

Acabó de colmar el ódio del pueblo contra el duque, la soberbia de éste, que en su propio honor hizo levantar una estátua en el castillo de Amberes, fundida con el bronce da los cañones tomados á Luis de Nassau. Hasta á los mismos españoles ofendió la ereccion de aquel monumento que años despues hizo quitar el Gobernador Requesens con general aplauso. Estas causas, y las continuas quejas que hasta el Rey hicieron llegar los flamencos sobre la escesiva cuantía y viciosa forma de exaccion de los impuestos, determináron á Felipe II á llamar á España al Duque, nombrando en sustitucion á Don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla. Mas no diéron lugar los descontentos ni á la salida del de Alba, ni á la llegada

el nuevo gobernador. Como en los fuegos de artificio preparados para celebrar algun regocijo público, se vé brotar una centella que corriendo súbitamente de uno á otro círculo, del centro á la circunferencia, y de esta á cada uno de los puntos de la superficie, produciendo en todos ellos, primero un pequeño foco luminoso que progresivamente vá convirtiéndose en deslumbrante hoguera que todo lo invade y abrasa, así el pueblo de los Paises Bajos, alzado en armas, levantó por todas partes el grito de insurrección. Guillermo de la Marc, se apoderó de toda la costa de Holanda y Frisia, Blosio de Vorna y Treslong de Brile. Alost principal ciudad de Holanda, cerró sus puertas al gobernador conde de Bossu. En Flesinga puerto de Zelanda, acometió de repente el populacho al presidio de españoles, degollando á los soldados, y ahorcando á su capitan Alvaro Pacheco, pariente del de Alba. Encusa, Alcmar, Edain, Gonda, Oudevater, Leyden, Gosiccu, y finalmente toda la Holanda y la mayor parte de la Zelanda, escepción hecha de Amsterdam y Schoohoven, sacudían el yugo de los españoles, y como si no fueran bastantes tantos contratiempos, el conde de Bergas, deudo de Oránge se apoderaba en el ducado de Güeldres de Zuften, Hadewik, y Olden, mientras que con el auxilio de los calvinistas franceses, Luis de Nassau tomaba á Mons, plaza la mas fuerte del Henao.

No desmayó en tal estremidad la indomable entereza del duque de Alba, que despreciando por menos importante el peligro que del lado del mar podia so-

brevenir, envió á su hijo D. Fadrique con Chiapino Viteli á poner sitio á Mons, en tanto reunia el resto de sus fuerzas. Asentó D. Fadríque sus reales frente á la plaza, desbaratando desde luego algunos regimientos que de ella saliéron á estorbarlo, y acudiendo á hacerle levantar el cerco los calvinistas franceses enviados por el almirante Coligny, fueron derrotados por los nuestros llamando la atención el esforzado Chiapino Viteli que herido en una pierna dias antes, combatió llevado en un carretoncillo. Mientras tanto Guillermo de Orange con seis mil caballos y once mil peones alemanes y holandeses, pasando el Rhin y el Mosa en los primeros dias de Julio del 72, se apoderaba de Rupemonde, cobraba en Lovaina una contribución de diez y seis mil escudos de oro, tomaba á Malinas, Nivelle, Díest, Sieken, Thienen, Tirlemont, Terramunde, y Audenarde, y llegando hasta Bruselas, habriase tambien apoderado de ella si no le hubiese rechazado con brio la guarnición mandada por *Julian Romero.* Encaminóse entonces á Mons, cuyo cerco apretaba el duque de Alba, ya reunido con su hijo: no pudiendo hacerle levantar el sitio derrotándole, porque el duque habia fortificado su campo, miéntras fluctuaba indeciso entre acometerle ú obligarle á salir de sus trincheras, llegó á su noticia la de la matanza de hugonotes, llevada á cabo en Francia la noche de San Bartolomé, con lo que perdida toda esperanza de auxilio de los franceses, y sin atreverse á probar fortuna contra el duque, volvióse con su ejército á Malinas, no sin grave daño, cual suele acontecer en las retiradas, y de allí

á Deist en Holanda. Desamparado entonces Luis de Nassau, rindió la plaza al duque que recobró sucesivamente todas las demás de que Orange se apoderára, castigando con escesiva severidad á las que abriéron á aquel sus puertas sin resistencia. Malinas entre otras, fué entregada por tres dias al saquéo de la desenfrenada soldadesca.

Escediále empero, en crueldad su hijo D. Fadrique, que haciendo gala de una dureza impropia de sus verdes años, tomó por asalto y saqueó á Zuften y Nardem, incendiando las casas, arrasando los muros, y pasando á cuchillo á todos los habitantes, de suerte que nuevo Atila no volvia á nacer la yerba donde él sentaba la planta.

Detúvole en su camino de horrores la constancia de los habitantes de Harlem, que comprendiendo la suerte que les esperaba, como que habian sido de los mas fervientes partidarios de la ya vencida insurreccion, cerráronle sus puertas, y rechazado en varios asaltos, tuvo D. Fadrique que establecer el cerco de la plaza. Mientras tanto el maestre de campo Mondragon, realizando una empresa sobrehumana, que se tendria por fabulosa sino la certificasen todos los historiadores, y si el mismo Mondragon no la hubiese repetido mas adelante, entraba con dos mil españoles escogidos, en el Occeáno por Zelanda, y haciéndoles marchar á pié desnudo, con el agua al cuello, por espacio de una legua, llevando en las manos, levantadas por encima de las cabezas, las espadas, municiones y arcabuces, atravesaba el canal de Tergoes, y se apoderaba de la isla

de Zuitbeverland, derrotándo y poniendo en fuga al enemigo. ¡Hazaña increible, más propia de los héroes de Homero que de míseros mortales!

Proseguia en el entretanto el sitio de Harlem, y ambas partes acreditaban su valor y constancia, así como la barbarie que presidia á aquellas guerras. Degollaban diariamente unos y otros á los prisioneros, lanzándose mútuamente las cortadas cabezas, con máquinas arrojadizas. Hízose por primera vez uso en las guerras modernas, de palomas mensajeras con que los sitiados se comunicaban con los de su bando, en esperanza de socorro. Rivalizaban las mujeres con los mismos soldados en bélico entusiasmo, acudiendo á socorrer los heridos, levantar fortificaciones, y hasta á batirse en las murallas. Apurados por último todos los recursos, faltos de mantenimientos hasta haber agotado las carnes más inmundas, despues de recibir la plaza más de once mil balas de cañon, muertos tres mil soldados de los cuatro mil que la defendian, al cabo de ocho meses de heróica defensa, los míseros habitantes de Harlem tuvieron que rendirse á discrecion.

Abusó el vencedor de la victoria, haciendo ahorcar á la mayor parte de los defensores que quedáron vivos. De los enemigos, murieron durante el sitio, Battemburg Teniente general de Orange, Ripperdá gobernador de la ciudad, Brederode, Desdeyn, Jauson, y otros muchos insignes oficiales. De nuestra parte murieron cuatro mil españoles, entre ellos el ilustre Ingeniero Cressonnier, gobernador de Gravelinas, y el italiano

Campi, persona de gran cuenta en el ejército, y fueron heridos Norcharme gobernador de Henao, Lamotte *Julian Romero*, Gaspar Billio, Rodrigo de Toledo, el mismo general D. Fadrique, y otros muchos jefes.

Este triunfo fué la postrer victoria de las armas del Duque de Alba en Flandes. En Noviembre de 1573 llegó de Milan D. Luis de Requesens gobernador en sustitucion de D. Fernando de Toledo, y este partió al punto para España acompañado de su hijo, despues de haber gobernado aquellos paises casi como soberano, por espacio de seis años.

Agradó en estremo su partida á los facciosos que esperaban para lo sucesivo tener mejor éxito en sus empresas, confiados en que ningun otro capitan que sustituyese á Alba, habria de reunir tantas condiciones de valor, actividad y pericia, y no disgustó tampoco á los mismos españoles á quienes de ordinario traia ofendidos por su escesiva severidad. De todas suertes, si impolitico fué el nombramiento del duque de Alba para gobernar un país recien conquistado y mal seguro todavia, aun fué mayor desacierto llamarle á España cuando acababa de vencer dos poderosas insurrecciones, y cuando su severidad y las repetidas derrotas que hizo sufrir á los rebeldes, les habian hecho perder toda esperanza de reconquistar su independencia. Su salida de Flandes, reanimando los ya decaidos brios, fué el soplo que volvió á encender el mal apagado fuego de la insurrección, que no se estinguió yá hasta la emancipación de las provincias unidas en el reinado siguiente.

Fué el duque de Alba uno de los mejores capitanes de su tiempo, al par que profundo político. Acaso ninguno antes de él ejerció mando en jefe por tanto tiempo, y en tan diversos países. Alemania, Hungria, África, Italia, Francia, Flandes y Portugal le viéron sucesivamente á la cabeza del ejército español, vencedor casi siempre, jamás del todo vencido, porque cualidad es de todo esperto general no esponerse jamás á una completa derrota.

Comenzó el año de 1574, y con él el gobierno de don Luis de Requesens comendador mayor de Castilla, en cuya fama de hábil capitan y sagáz político se fundaban seguras esperanzas, confiando que la afabilidad de su trato atraeria al buen camino á los rebeldes, á quienes ya faltaba el pretesto de la severidad del duque de Alba. Mas juzgando aquellos debilidad lo que solo provenia del caracter bondadoso del gobernador, lanzáronse inmediatamente al campo, poniendo sitio á Middleburg, que defendia el maestre de campo Cristobal de Mondragon con pocos españoles, y aun mas escasos mantenimientos, de suerte que en breves días hallóse la plaza falta de subsistencias, dando Mondragon aviso á Requesens, de que el hambre le iba á obligar á rendirse. En efecto habian llegado aquellos valientes al último estremo de miseria y escaséz: la ración fué reducida primero á dos onzas de pan diarias por cada soldado, despues á galleta de linaza, luego á las pieles de las reses que durante los primeros meses de asédio se habian consumido. Comidas al fin, hasta las suelas de los zapatos, fué necesario capitu-

lar.

Intentó antes el comendador Requesens, socorrer á la valiente guarnición de Middleburg, y formando una escuadrilla de barcos menores, hizo de ella dos divisiones de las que una mandada por Sancho Dávila tomaria el brazo de la izquierda del Escalda, mientras la otra que confió á Julian Romero, subiria por la derecha dando despues la vuelta para encontrarse ambas frente á la plaza. El primero llegó felizmente á su destino, mas el segundo halló en las revueltas del rio una formidable escuadra holandesa: sin arredrarse por el número y superioridad del enemigo, dió Romero la señal de acometida; mas la traición de sus pilotos flamencos, hizo que embarrancasen en la arena todos sus barcos, y cercados los españoles, á pesar de su heroismo esperimentáron sangrienta derrota. Hundido en las aguas el barco que montaba Julian Romero, salvóse éste á nado por entre aquellos cañaverales, y al presentarse despues á Requesens "V. E. sabia,—le dijo,—que yo era infante, no marino: no me vuelva á confiar otra escuadra, porque la perderé como la pasada."

Con el mal éxito de esta espedición, rindióse Mondragon, saliendo de Middleburg con todos los honores de la guerra, y reuniéndose en el Brabante á Requesens, dispuso este que los tercios de Dávila, Mondragon y Romero, marchasen juntos contra Luis de Nassau, que habiendo formado un ejército en Alemania, sentó sus reales entre Aquisgran y Maestrick, amenazando á varias poblaciones de importancia.

Reunia el holandés ocho mil infantes y dos mil caballos, mientras los españoles eran solo cuatro mil infantes y ochocientos ginetes. Mas suplía la desventaja del número, lo aguerrido de nuestros veteranos. Cuentan los escritores de aquel tiempo, que aquellos soldados españoles estaban tan habituados á pelear, que en oyendo la señal de la batalla, ordenábanse por sí mismos y tomaban sus posiciones sin esperar la voz de sus jefes, de manera que todos y cada uno de ellos se hallaban dispuestos como si los hubiese arreglado un esperimentado general. Marchando, pues, aquellos valientes al encuentro de Luis de Nassau, diéronle vista cerca de Mocke, y le acometiéron con denuedo, poniéndole en la más vergonzosa fuga. Perdiéron los flamencos en aquella sangrienta derrota cuatro mil quinientos muertos, entre los que se contaron los tres generales enemigos Luis y Enrique de Nassau y Cristobal hijo del conde Palatino. Apoderáronse los nuestros de quinientos caballos, treinta banderas y todos los bagajes. Tan señalada victoria, debió cambiar por completo la fáz de la guerra: pero malogró su fruto la indisciplina de los soldados, producto del abandono en que les dejaba Felipe II que acostumbraba exigírlo todo de sus tropas, sin que en cambio les proveyese ni aun de lo indispensable.

Amotinados al dia siguiente de la victoria, los españoles reclamaron sus pagas, haciendo odiosa tan justa exigencia, con su punible indisciplina. No pudiendo los jefes ni satisfacer la peticion, ni tolerar tal desorden, intentáron hacer entrar en su deber á aquellos

estraviados soldados, mas fuéron espulsados de los cuerpos. En vano el mas respetable de los maestres de campo, el bravo Julian Romero, el veterano de las guerras de Carlos 5.° tornó al campo, é hizo oir á los sublevados la voz del honor y del deber; victoreado con frenético entusiasmo al principio, é injuriado despues por los mismos que momentos antes le aclamában, debió la salvacion de su vida, solo al heroismo y abnegacion de algunos sargentos que con esposicion de la suya, le arrebataron de las manos de los exasperados soldados. Sín gefes ni oficiales estos, nombraron un caudillo de entre ellos á quien llamaron el Electo, y á sus órdenes se dirijieron sobre Amberes. La guarnicion española de la ciudadela, simpatizando con los rebeldes les abrió las puertas, y entrados en la ciudad, portáronse en ella como en pais conquistado, querieudo resarcirse con el saquéo. de todas las pagas que durante mas de seis años no cobraban. Las exhortaciones de los gefes, que aunque despedidos, vinieron á Amberes trás los soldados, consiguieron al fin evitar el saquéo, merced al sacrificio que hicieron los vecinos, poniendo á disposicion de Requesens cuatrocientos míl escudos, con que pagó á los tercios sublevados parte de lo que se les debia, sometiéndose entonces á la disciplina. Culpóse por aquel tiempo á Sancho Dávila y Chiapin Vitelli, de favorecer la insubordinacion, mientras que Romero y Mondragon supieron esponer bravamente sus vidas, para reintegrar á las tropas á sus banderas. Cuentan que al quejarse algunos notables de Amberes á Vitelli de que

con el temor producido por la entrada de los tercios sublevados, habian abortado mas de trescientas mujeres, contestó el cínico florentino, que nada se había perdido, porque con la llegada de las tropas, más de otras seiscientas se habrian hecho embarazadas. Tan desvergonzada cuchufleta en boca de un general amigo, pinta mejor que nada todos los horrores de la guerra en aquel tiempo.

Aprovechando los Zelandeses la revuelta destruian mientras tanto incendiandola, una escuadra de treinta bageles que preparaba Requesens en Lilló cercade Amberes, pérdida irreparable sin la cual no hubieran sido precisos los increibles esfuerzos de valor que mas adelante tuviéron que emplear los nuestros en la espedicion de Zelanda.

Vueltos á su deber los tercios, condujéronlos sus maestres al sitio de Leyden, que tenía emprendido Valdés, capitan acreditado. Cercados por todas partes los habitantes, veianse reducidos al último extremo, cayéndose á cada paso muertos de hambre. Probáron á disminuir las bocas que habia que alimentar, echando á las mujeres fuera de la plaza; pero haciendo Valdés que les cortasen las faldas por encima de las rodillas, consiguio que se volviesen á la ciudad más bien que quedar medio desnudas por entre los campamentos.

En tan apurada situacion los sitiados, para socorrerlos formó Orange una flota de hasta ciento cincuenta naves chatas y de carga, que confió á Luis de Boissot, y cortando y rompiendo los diques del Mosa, del Issel, y del litoral por diez y seis puntos diferentes

precipitáronse por aquellas brechas el mar y los rios, inundando el pais en una estension de muchas leguas, arrastrando en su ímpetu multitud de soldados españoles que perecieron ahogados. Atrincheráronse Valdés y el resto de las tropas sitiadoras sobre los escombros de los díques, mas allí vino á buscarlos la flota de Boissot, que navegando sobre aquel nuevo Occeáno que sepultaba bajo la inmensa pesadumbre de sus aguas, pueblos y haciendas, despues de dejar á Leiden bien abastecida, comenzó á disparar sus cañones sobre los españoles, haciendo uso por primera vez, en lugar de balas rasas, de metralla; *disparaban sacos y caxas que contenian mas de trescientas pelotas de arcabuz.* Peleaban cercados por todas partes los españoles, con el agua al pecho, defendiendo su vida del desencadenado elemento y del furioso encono de los contrarios que desde sus barcas, con lanzas, gárfios, y el incesante disparar de la mosqueteria y cañones, parecian proponerse no dejar á ninguno con vida, y haciendo cara á todas partes, lográron retirarse paso á paso, hasta hallar terreno mas alto, adonde ya no pudo seguirles el enemigo. Culpando entonces la soldadesca á su general Valdés, de quien sospechaban que entretenido en ciertos amoríos, habia retardado de intento el asalto de la plaza, dando lugar con su apatía á la fatal empresa de los holandeses, quisiéron matarle, salvando su vida solo mercéd al prestigio de Julian Romero que esta vez consiguió reprimir á los enfurecidos soldados.

Ya hacia tiempo que meditaba Requesens invadir la Zelandia, para cuya espedición habia preparado aque-

lla escuadra que incendió Boissot en Lilló, no siendo posible hacer la guerra en las numerosas islas que forman aquel pais, careciendo de marina. Mas no detuvo esa consideración al gobernador general, que sabiendo de lo que eran capaces sns soldados, resolvió llevar á cabo una hazaña inaudita. Apoderarse con sola su infanteria y sin barcos, de las islas de Scaldia y Duiveland.

Para ello, reuniendo los tercios de Ávila, Mondragon y Julian Romero, encaminóse hacia el canal que separa la isla de Philipsland, á donde llegó en Setiembre de 1575; entregando á Sancho Dávila la flotilla española, le encomendó que con marinos prácticos de aquellas costas, registrase los canales que separan las islas unas de otras y del continente, en busca de vados ó pasos de poco fondo que fuesen accesibles en las bajas maréas. Hallado uno, designó Requesens á Mondragon para que como gobernador de Zelandia comandase la atrevida empresa. Escogidos mil quinientos soldados, con los capitanes Juan Osorío de Ulloa y Gabriel de Peralta, desnudos todos, llevando atadas al cuello dos bolsas cada uno con pólvora y balas los arcabuceros, y algun pan en el estremo de las picas los demás, siendo el primero de todos Juan Osorio, aprovechando la baja maréa de una oscurísima noche, entráron en el mar los españoles, y con el agua hasta el cuello, comenzáron á atravesar el canal de cinco millas de anchura que separa Philipsland de Duiveland, siguíendo á la desfilada por no permitirlo la estrechez del paso, la lengua de tierra que por su mayor altura

tenia menos fondo. No estaban los enemigos tan descuidados que no se hubiesen apercibido de la empresa, asi es que cuando hubo entrado en el agua la larga fila de soldados, comenzó á recibir el nutrido fuego de las innumerables barcas de holandeses que á uno y otro lado del estrecho paso, en todo lo largo del canal estaban apostadas. De suerte que la oscuridad de la noche solo iluminada por el fulgor de los disparos, la novedad de tan estraña peléa, en que los hombres y los elementos reunidos de consuno, concurrían al esterminio de nuestros soldados, el riesgo inminente de perecer ó á manos de los holandeses ó sepultados en el mar, tan luego como comenzase á subir la maréa, y por último la resistencia que aguardaria á los pocos que venciendo tantos obstáculos llegaran á Duiveland, eran circunstancias todas capaces de atemorizar y retraer el ánimo mas entero y resuelto. Mas nunca cupo el miedo en el pecho de aquellos invictos soldados. Mientras los contrarios descargaban sobre ellos cañones y arcabuces, y les echaban palos con cadenas y garfios para amarrarlos á los navios, ellos defendiéndose como podian, continuaban impávidos su camino. Subia ya la maréa y el agua les llegaba á las gargantas. Nadaban unos, ahogábanse otros, mientras los disparos del enemígo hacian morir á muchos. Solo de la retaguardia se ahogaron quinientos, viéndose precisado á retroceder con los demás su capitan Peralta. Juan Osorio, con solos veinte y cinco de los suyos, adelantándose á los demás, llegó á Duiveland, y arremetió espada en mano contra los rebeldes, que espantados de tanta audacia abandonaron la costa que defendian.

Llegados entonces los restantes españoles que habian conseguido salir con vida del canal, acometiéron uno á uno los seis fuertes que el enemigo tenia en la isla, apoderándose de todos ellos con muerte del almirante holandes Boissot que los defendia.

Despues de este triunfo que parecia sobrehumano, pasando los demas españoles á Duiveland donde dejaron guarnicion, vadeó todo el ejército en igual forma y con igual arrojo el canal de un cuarto de legua de anchura que separa la isla de Schouven, donde está la ciudad de Zierickzeé, objetivo de la expedicion. Habianse allí reunido todos los rebeldes, y mientras una parte de los españoles con Dávila y Mondragon bloqueaba aquella plaza, Julian Romero fuese apoderando de todas las numerosas fortalezas de que la isla estaba sembrada. En el entretanto, vuelto á Bruselas Requesens para atender á las cosas del gobierno, fué acometido de repentina enfermedad, falleciendo en Marzo de 1576, sin que lo rápido de su dolencia y su muerte, le diese tiempo para nombrar el gobernador que habia de sucederle, con arreglo á las instrucciones de Felipe II y en su virtud quedó el gobierno de Flandes en manos del Consejo de los Estados, mientras el rey no dispusiese otra cosa. Rindióse entonces Zierickzeé entrando victoriosos en ella los Españoles, despues de nueve meses de tan trabajosa campaña.

Gran desgracia fué para la patria la muerte del Comendador Requesens. Entregado el gobierno de Flandes al Consejo compuesto casi exclusivamente de enemigos de España, muchos de los cuales estaban en

correspondencia con Orange, miraba el ejército con desconfianza y recelo cualquier disposicion del gobierno, creyéndola siempre encaminada á fines malévolos y traidores. Pudo Felipe 2.º remediar el daño, como lo hizo despues, si á la sazon hubiese enviado á Flandes á su hermano D. Juan de Austria, segun le aconsejaba el Papa Gregorio XIII. Pesaron mas en el ánimo del Rey las desconfianzas que á su recelo inspiraban las revelantes dotes de D. Juan, y prefirió mantener en el gobierno el Consejo, creyendo quizá que estarian mas contentos los flamencos gobernándose por si mismos.

No tardó tan errado cálculo en dar sus frutos.

Desde mucho tiempo atras, era una de las mas fervientes aspiraciones de aquel pais, que saliesen de él los españoles, seguros como estaban los Flamencos de que mientras aquellos ocupasen las plazas fuertes, jamás Flandes recobraria su independencia sacudiendo el yugo de España. A este propósito, tendieron desde luego todos los planes y medidas del Consejo.

Lo primero que dispuso fué pagar á los soldados alemanes, haciendo caso omiso de los Españoles, como si estos fuesen de peor condicion que los primeros. Alborotáronse los tercios que acababan de tomar á Zierickzeé, y reprendidos por sus jefes, prendieron á Mondragon, arrojaron á Sancho Dávila, y se negaron á escuchar á Julian Romero; y desamparando sus reales en número de mil seiscientos marcharon á Alost, apoderándose de la ciudad, y exigiéron por fuerza de los

habitantes el estipendio que el senado les negára. Arrojando entonces la máscara el Consejo, y puesto de acuerdo con Orange, decretó la salida y espulsion de todos los Españoles, reunió gente y armó los ciudadanos para lanzarlos, redujo á prision á Mansfeldt, Barlemont y algunos otros individuos de su seno que se conservaban fieles á España, y encaminó todas sus disposiciones á conseguir la ansiada independencia, bien que continuaba dictando sus acuerdos en nombre de Felipe 2.º cuyos poderes conservaba. Viose entonces una cosa estraña y quizá única en la historia. Aquellos capitanes, aquellos maestres de campo, privados de su general en gefe, á quienes se daban órdenes en nombre del rey, por quienes tenian facultades del mismo rey para darlas, aislados, sin una cabeza y una voluntad que los mandase y dirigiese, negáronse á cumplir disposiciones que consideraban perjudiciales y dadas con traidora intencion. Sancho Dávila corrió al punto y se enseñoreó de la ciudadela de Amberes: Julian Romero de la de Lierre, Francisco Montes de Oca, de Maestrick. Ardía por todas partes la guerra, y solo una provincia, Luxemburgo, guardaba fidelidad; pero aunque los españoles se veian atacados por todas partes, no les faltaba ánimo ni prudencia.

Alfonso de Vargas que mandaba mil ochocientos caballos, fué atacado por Glimeu con dos mil infantes y ochocientos caballos; púsole Vargas en completa derrota haciendole encerrarse en Lovayna. Reunido

despues con D. Fernando de Toledo, marchan sobre Maestrick, cuyos habitantes habian logrado prender á Montes de Oca y aseguran aquella plaza. Por su parte Julian Romero con un puñado de españoles, libró mas de veinte combates, derrotando siempre á los flamencos, que un dia vencidos, tornaban al siguiente á presentarle batalla, repuestos de sus pérdidas. Seguian mientras tanto los españoles sublevados en Alost, hasta que movidos por las exhortaciones del capitan Navarrete, determináron ir en ayuda de sus hermanos. Saliendo de Alost, únense al corto destacamento de Julian Romero. Toma este el mando de todos, y dirijese hacia Amberes, teniendo ya á sus órdenes dos mil doscientos infantes españoles, ochocientos alemanes, y seiscientos caballos. Sálenle al encuentro en las inmediaciones de aquella plaza nueve mil flamencos y alemanes, y acomételos con tal brío, y con tan vigoroso empuje, que del primer arranque los arrolla hasta las puertas de la ciudad, en la que entra mezclado con ellos. Halla en armas á la populosa Amberes. Trábase la lucha en las calles, al mismo tiempo que saliendo de la ciudadela Sancho de Ávila con los suyos, quedan los flamencos cogidos entre dos fuegos. Arde la casa ayuntamiento, se generaliza la peléa, no hay plaza, calle, casa, que no sea testigo de mil combates: más nada puede detener el incontrastable valor de los españoles, que al anochecer son enteramente dueños de la poblacion, y persiguen despiadados á los fugitivos flamencos, cuyo pánico es tan grande que muchos se lanzan á caballo desde lo alto de las murallas, encontrán-

do la muerte en las profundas aguas del Escalda. Muere peleando el gobernador flamenco conde de Everstein. mientras que Julian Romero en la iglesia de San Miguel. hace por su propia mano prisioneros al jóven conde de Egmont y á otros muchos magnates flamencos: que no parece sino que el ilustre maestre de campo estaba predestinado á el anonadamiento y esterminio de la noble raza de los Egmont, Siete mil muertos costó á los flamencos aquella jornada, y además grandes riquezas, porque nada pudo contener á la desenfrenada soldadesca, que durante tres días se entregó al mas horroroso saquéo. Tal fué la suerte de aquella desgraciada ciudad. la más rica de los Paises Bajos, centro del comercio y de la industria. En el mismo dia que fué tomada Amberes, llegó á Flandes D. Juan de Austria. enviado al fin por Felipe II para gobernar aquellos estados.

Llegado á Bruselas D. Juan, interesado en conseguir la páz de Flandes, para que su hermano el rey no le creyese inclinado á la guerra en esperanza de medios personales, y tambien para que pudiese tener efecto una espedición que proyectaba á Escocia, entró en arreglos con el Senado. Declaraba éste someterse gustoso á la autoridad real, siempre que saliesen de Flandes los españoles, y despues de consultar D. Juan con el rey, accedió á la pretensión: mas como no facilitaron bastante pronto los Estados el dinero necesario para satisfacer sus pagas á las tropas antes de despedirlas, el mismo D. Juan adelantó de su hacienda propia doscientos mil escudos de que no se reintegró ja-

más.

Pagados los españoles, que se habian retirado á Maestrick, recibiéron de D. Juan la orden de marchar á Italia al punto. Y aunque desesperados, viendo tan mal remunerados sus servicios, saliéron de aquel pais que tantas veces habian regado con su sangre, y en número de diez y seis mil veteranos acribillados de cicatrices, mandados por Julian Romero, emprendiéron el camino de Italia, atravesando la Lorena y el Piamonte en lo más rigoroso del invierno, obedientes á la voz de su príncipe; que con tan negra ingratitud pagó Felipe II á los que habian vertido por él su sangre en cien combates para conservarle tan ricos estados!

Como debia esperarse, la salida de los españoles fué la señal de la insurrección de aquellas provincias. Aun se oia el lejano rumor de los pasos de los ausentes tercios, cuando comenzaron á agitarse los flamencos. Dueños de las fortalezas sus tropas y milicias, atropellaban y vejaban de mil maneras á los partidarios de la causa real, y el Consejo de Estado deliberaba acerca de si debia ó no declararse el pais independiente. Cercado de enemigos D. Juan de Austria, tuvo que salir de Bruselas, só pretesto de tomar las aguas de Spá, y merced á una estratagema, logró hacerse fuerte en Namur, desde donde espidió aviso á Italia para que volviesen á toda prisa los veteranos españoles. Reunidos estos apresuradamente emprendiéron la vuelta de Flandes, mandados por Julian Romero, y con ellos el Príncipe Alejandro Farnesio, sobrino del

austriaco.

Al atravesar el ejército en Octubre de 1577 las calles de Cremona ciudad de Lombardía, viéron los soldados que el ilustre Julian Romero que al frente de las tropas marchaba, caia de repente desplomado del caballo. Acudiéron á él solícitos prodigándole todos los socorros posibles. Inútil empeño. El invicto general estaba muerto. El que habia luchado en tantos campos de batalla, sucumbió en medio de una plaza á impulsos de un accidente inesperado que le hirió como un rayo sin darle tiempo á pronunciar una sola palabra. Tal véz soñaba entonces en conseguir nuevos laureles en aquel Flandes que tan bien conocia, y donde habian corrido tumultuosos y agitados más de treinta años de su vida.

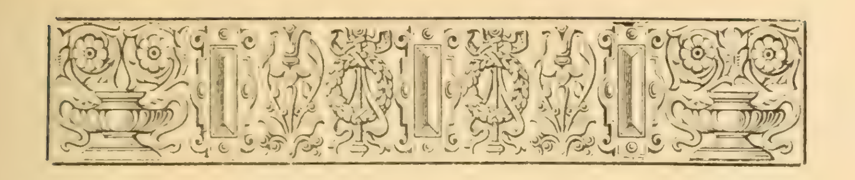
Lloráronle sus soldados que le idolatraban como á un padre querido. Ninguno de los demás jefes del ejército fué jamás tan respetado. Censurábase la codicia de Sancho de Ávila, los desórdenes y chocarrerías de Chiapin Vitelli, el desmedido orgullo de Mondragon, la severidad escesiva de Fernando de Toledo, la propensión á las mugeres de Valdés. Sólo en Julian Romero hallaban los soldados además del valor impetuoso pero reflexivo, patrimonio exclusivo de los grandes capitanes, la rectitud del juez y la afabilidad del amigo. Así era tal su influencia en el ejército, que para ponderar los escritores de aquel tiempo el estado de insubordinación en que alguna vez estuviéron las tropas, dicen que "hasta se negáron á escuchar á Julian Romero." rasgo que en su sentir constituía ya el pos-

trer grado de indisciplina.

Debia alcanzar á su fallecimiento los sesenta y cinco ó sesenta y siete años: vivió siempre soltero sin otra familia ni afectos que sus soldados, y no dejó fortuna alguna. Solo se sabe que poseyera una casa en Arcos, la de sus padres, la en que acaso naciera, y hacia 1590 la vendiéron sus herederos á un rico hidalgo de Arcos, que hizo de ella su morada. Hoy es la casa número cuatro de la calle de Benito Gatica. El rico hidalgo dió su nombre á la calle. Del valeroso capitan, del ilustre Julian Romero, no queda en su pátria memoria!

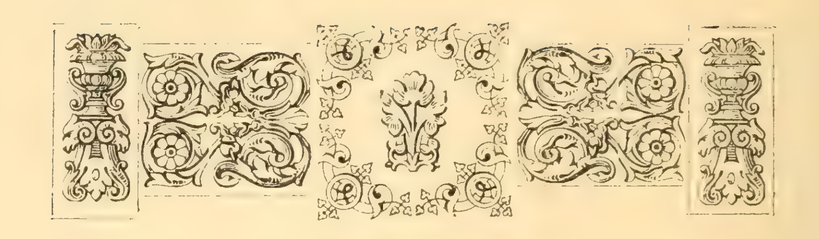
Lafuente.—Mariana.—Estrada.—Sandoval.—Robertson.—Anquetil.—Forneron.—Gamaza.—Verdugo.—Mendoza.—Nuñez Alba.





BARTOLOMÉ DE VILLAVICENCIO.
1580.

Fr. Gerónimo de la Concepcion en su historia de Cádiz, Gamaza, Camacho, Biron Salgado, Rivas y Huertas en las que escribieron de Arcos, hacen á este personaje hijo de esta última ciudad. Mas todas nuestras diligencias para adquirir datos acerca de su vida y hechos, han sido infructuosas, reduciéndose á averiguar que nació en 1572, que fué comendador de Quintana en la órden de Alcántara, y gobernador de la provincia de Truxillo en Mejico; que mandó como general la primera armada de Indias que introdujo caudales de aquellos paises en España, desembarcando en Cádiz en 1580, y que esperto y valeroso marino prestó grandes servicios al rey Felipe 2.º



FR. FELIPE SANTIAGO VERNIA.
1559—1632.

Lunes diez de Enero de 1659 fué bautízado en la iglesia parroquial de Santa Maria de Arcos, un niño á quien pusiéron por nombre Melchor, hijo de Juan Vernia, mercader, de nación francés y de su legítima muger Maria García, natural de Arcos. De los méritos, piadosa vida y conversión ejemplar de aquel niño, una vez llegado á hombre, depone el documento que á continuación se copia.

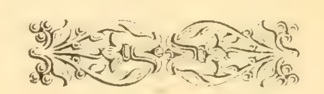
"Mi mas estimado dueño y amigo; Recibo la favore-"cida de Vmd. cuya salud celebro, ofreciendo la mia á "su disposición, y en atención al contenido debo decir: "Que hice la diligencia, y hallé cosas muy especiales "de nuestro paisano Fr. Felipe de Santiago, llamado "en el siglo Melchor Vernia: está en la capilla mayor

(del Convento de San Francisco de Sevilla, vulgarmente llamado *Casa grande*) "y el dia de su entierro que fué "el 24 de Julio de 1632, asistió la música de la Cate- "dral, por la veneración que todo el Cabildo le tenia. "Asimismo en aquel dia dió vista á una niña de cua- "tro años. La conversión de este venerable, fué el prin- "cipio encontrar una muger que andaba en malos pa- "sos, y habiéndole dado el consejo saludable para su "arrepentimiento, le respondió que con eso se mante- "nia y pasaba la vida, y le replicó que era mal modo "de pasar y conservar la vida, ofendiendo á Dios tan "gravemente: que si era esa la causa, la llevaria á su "casa y la mantendría. Aceptó dicha muger, y á la "primera noche fué tanto lo que el demonio le acome- "tió para ofender á Dios con ella, que tomó un cruci- "fijo y le pidió de corazon con grandes ánsias que le "borrase impulso tan diabólico, prometiéndole á S. M. "que si salia victorioso, al punto tomaria el hábito de "nuestro padre San Francisco, en cuya virtud se sose- "gó tanto, que le dió hastío y aborreció á aquella mu- "ger. A la mañana, fué á la plaza y otorgó escritura "dejándole á la muger la casa y todo lo que tenia, y se "fué á pié en busca del sagrado hábito, el que tomó de "lego el año de 1601, que se lo dió el R. P. M. Fr. Pe- "dro de los Ángeles, Provincial que á la sazón se ha- "llaba en el Convento casa grande de San Francisco, "en el que pasó un año de noviciado, con grande ejem- "plo del P. de novicios, y de todos sus compañeros. "Su ejercicio fué unas veces portero, y otras cocinero: "se vió muchas veces en éxtasis luego que recibia la

"sagrada comunicacion, por ser muy devoto del San-
"tisimo Sacramento. Murió el dia 4 de Julio de 1632
"con grande sentimiento de la ciudad: mandó la devo-
"cíon se pusiese en una caja forrada en lama de plata.
"y se depositó en la bóveda que está al pié del altar
"de la Concepcion de la Capilla mayor de dicho con-
"vento.

"Escribió su vida muerte y milagros D. Pablo Espi-
"nosa autor de los Anales de Sevilla, donde la impri-
"mió en el año de 1634. Siempre que vmd guste de un
"estracto de ella, lo remitiré; y véa Vmd. si en otra
"puedo complacerle. Ntro Señor dilate su vida muchos
"años.

"Sevilla y Junío 21 de 1702, B. L. M. de Vmd su
"apasionado Servidor—Fr. Francisco Josph Benitez.
"Al Señor D. Melchor Bartolomé Yuste y Peréa.„





EL ERMITAÑO DE RONDA.
1580.

En los "Apuntes para la historia de Arcos" que dejó escritos D. Melchor Bartolomé Yuste y Peréa, se encuentra el párrafo siguiente.

"Cerca de la ciudad de Ronda y á vista de ella, en "un collado alto y muy ameno y de hermosa vista, la- "brada dentro de una peña está una ermita que llaman "San Anton de la Peña, de mucha elevación. Tiene la "iglesia quince varas de largo, y á los lados de la ca- "pilla mayor están las imágenes de Nuestra Señora y "de San Onofre, y á un lado de ella está una casa y "claustro, donde de continuo hay tres ermitaños y un "sacerdote, y todo es obra labrada en la misma peña, "sin que en ella se halle madera, ladrillo, ni cal. Dícese "ha costado mas de dos mil ducados de limosnas. Fué

"fundador de esta casa y su primer ermitaño, un hijo "de esta ciudad. Há muchos años que murió, y está su "cuerpo incorrupto enterrado en la capilla de San Ono- "fre, en un pequeño cañon cubierto con un tablon, y "con llave que tienen los beneficiados de Ronda, y la "guardan con gran veneración, porque fué muy peni- "tente y de vida muy ejemplar.„

Como D. Melchor Bartolomé Yuste escribia las anteriores lineas á fines del siglo XVII y no tuvo por conveniente decirnos el nombre del santo ermitaño, que acaso ignoraba tambien, no podémos esponer mas datos, imposibles hoy de recojer.





ANDRÉS VELAZQUEZ.
1540.—1600.

Ignórase la fecha del nacimiento y muerte de este hijo ilustre de Arcos, donde ejercia con brillantez la medicina en la segunda mitad del siglo XVI. Sábese que estaba emparentado con las principales familias de esta ciudad, y que fundó una capellania en la iglesia de Santa Maria. Escribió un libro cuyo título es "Libro de la melancolía, en el cual se trata de la naturaleza de esta enfermedad así llamada melancolía, y de sus causas y simptomas. Y si el rústico puede hablar latin, ó filosofar, estando frenético ó maniaco, sin primero lo haber aprendido. Compuesto por el doctor Andrés Velazquez, médico de la ciudad de Arcos de la Frontera. Dirigido al Excmo Sr. Duque della, e su Señor. Con licencia en Sevilla por Hernando Diaz, im-

presor de libros. 1585.

No habiendo podido haber á las manos ningunejemplar de esta obra, y siéndonos por lo tanto imposible juzgarla, copiámos á continuacion para conocimiento de los lectores, tomándolo de la "Bibliotecade libros raros y curiosos" de D. Bartolomé José Gallardo, el índice de materias del libro citado.

Tabla

Capitulo I—Del *Celebro* y su temperamento y algunas otras cosas que se presuponen para tratar de esta enfermedad *Melancolia.*

Capitulo II—En que se declara el modo con que se comunica la facultad animal por los nervios. Del sitio y uso de los ventrículos interiores del *celebro*, y otras cosas á esta materia pertenecientes.

Capitulo III—En que se declara en qué edad se han de comenzar á oir las ciencias, y si hay instinto de naturaleza ó no.

Capitulo IV—En que se declara la imaginacion qué fuerza tenga; qué cosa sea risa, y de las causas de ella, y de las cosquillas, etc.

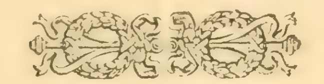
Capitulo V—Donde se declaran los significados de este nombre *melancolia*, y cuales sean los cuerpos mas dispuestos para la engendrar.

Capitulo VI—De la *melancolia morbus*, y á qué género de enfermedad se haya de reducir, y otras cosas que de esta materia dependen.

Capitulo VII—En el cual se declara el modo y orden que hay en se corromper y dañar las facultades rectrices, y cuáles sean los sintomas de aquesta en-

fermedad melancolia.

Como se vé por la antecedente tabla, la obra del Doctor Andrés Velazquez, es mas bien de fisiologia que de medicina, y seria curioso conocer las ideas de aquella ciencia en el siglo 16.





ALONSO DE VIRUES MALDONADO MANCHEÑO.

1587.

Siempre creciente la rivalidad entre Isabel de Inglaterra y Felipe II de España, hacia sentir sus desastrosos efectos sobre los desgraciados súbditos de ambos monarcas.

En plena paz y sin prévia declaración de guerra, el famoso Corsario Sir Francis Drake, autorizado ocultamente por la reina Isabel, emprendió en 1585 una espedición contra nuestras colonias de América. De paso tocó en Vigo, donde cometió mil depredaciones: sufrió un ligero descalabro en Canarias, causó grandes estragos en las islas de Cabo Verde, se apoderó en Santo Domingo de sesenta míl escudos del tesoro real, además de cobrar de los particulares un rescate de veinte y cinco mil ducados en oro y joyas, y abrasar quince ó

veinte barcos que allí encontró, se apoderó por sorpresa de Cartagena de Indias, de donde sacó una contribución de ciento veinte mil escudos de oro antes de abandonarla, y devastó las costas de Virginia y la Florida.

Alarmáron las piráticas empresas de Drake á Felipe II, quien dispuso que la armada del Marqués de Santa Cruz, á la sazón en Lisboa, saliese en persecución del atrevido corsario. Mas no bastando á aquel rey sus propios recursos personales, agotados con tan continuas y desastrosas guerras, demandó auxilio á sus pueblos, y á los grandes vasallos de la corona.

En virtud de esta demanda, en el cabildo celebrado en Arcos por su ayuntamiento en cuatro de Mayo de 1585, se leyó una carta que el duque de Arcos enviaba á esta su ciudad, con inserción de la del rey, en que pedia auxilios para la escuadra del Marqués de Santa Cruz que habia de salir en socorro de la Isla Española, acometída por los ingleses, y cumpliendo la ciudad con lo que al Rey y al Duque su señor debía, acordó que sesenta infantes de su milicia, mandados por el capitan D. Alonso de Virués Maldonado Mancheño, que lo habia sido en Flandes é hijo de Arcos, saliesen al pnnto para Cádiz á embarcarse en la mencionada escuadra.

Así se verificó, más habiéndose dilatado mucho la salida de la espedición por la tardanza del rey en enviar las oportunas órdenes, cuando llegó aquella á Santo Domingo, ya habia el Corsario Drake evacuado la isla cargado de ricos despojos. Siguióle despues

parte de la escuadra á Cartagena y luego á la Florida. mas teniendo siempre la desgracia de llegar tarde, tornando la espedición á España á principios de 1587, sin haber podido castigar al atrevido Corsario, que cada véz mas ensoberbecido con la protección dada por la fortuna á su osadía, se atrevió á embestir á Cádiz el dia veinte y nueve de Abril del ochenta y siete.

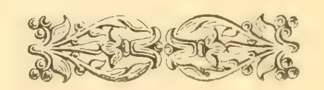
Al amanecer del siguiente treinta, llegó á Arcos el aviso de la presencia de la escuadra de Francisco Draque en la bahia de Cádiz, y convocando en el acto el Corregidor Licenciado Pedro de Gallegos Millan á los alcaldes regidores, y vecinos, resolvieron acudir en defensa de la amenazada Cádiz. Y tal fué la presteza y diligencia de todos, que á las diez de la mañana del mismo día saliéron con direcci'on á Cádiz cien lanzas á caballo mandadas por el corregidor, en que se encontraban todo lo mas florido y granado de los caballeros de Arcos, y cuatrocientos infantes arcabuceros bien armados, acaudillados por el mismo D. Alonso de Virués, que mandaba los vecinos de Arcos en el socorro de Santo Domingo, y toda esta fuerza, con diligencia inaudíta, llegó á Cádiz al anochecer del mismo dia treinta de Abril, haciendo en nueve horas once leguas de camino. Hazaña increible tratándose de gente allegadiza y no de soldados aguerridos. En efecto, al anochecer entró el corregidor con ochenta caballos en Cádiz, habiéndose quedado los demás cansados en Puerto Real, y despues de dejar la infanteria apostada en la playa de Puntales, para evitar el desembarco de los ingleses; de todo ello dió testimonio Alonso de

los Cobos, Escribano de Cabildo de la ciudad de Cádiz al dia siguiente primero de Mayo. De suerte que á pesar de la distancia, el de Arcos fué el primer socorro que llegó á Cadiz, antes que el de ninguno de los pueblos comarcanos, y á él se debió que hallando Drake invencible resistencia, no pudiese desembarcar y saquear la población. Cententóse pues el inglés con incendiar y echar á fondo las naves y galeones de comercio que cargando para Indias é Italia hallábanse en la bahia, y despues de un intento de desembarco en el Puntal, donde fué rechazado por Alonso de Virués Mancheño y los valientes arcabuceros de Arcos, zarpó de la bahia de Cádiz, con rumbo á Portugal, volviéndose á pocos dias triunfantes á su pátria los espedicionarios, despues de recibir amistosas muestras de agradecimiento del Cabildo de Cádiz.

Mas no paráron en esto las aventuras de los hijos de Arcos en aquella época. Cuando en 1586, deseoso Felipe 2.º de vengar los ultrajes que de Inglaterra habia recibido, y humillar á la orgullosa Isabel, resolvió invadir aquella nacion aprestando al efecto la poderosa armada que se llamó la *Invencible*, bien que la furia de los elementos y la inesperiencia de los generales se encargáron de desmentir tan pretencioso apelativo, acudió de nuevo á los pueblos, en demanda del auxilio debido, á que Arcos concurrió, enviando á Cádiz cien infantes que allí se embarcaron, uniéndose en Lisboa á la escuadra, bajo la conducta del mismo capitan D. Alonso de Virués, cuyo nombramiento para mandar todas las espediciones, prueba lo mucho que

el concejo y el Duque de Arcos fiaban de su valor y pericia. Ignoráse en que nave se embarcó nuestra gente; solo sí se sabe, que despues de soportar los recios temporales que acometieron á aquella desdichada escuadra, y despues de pelear con varonil denuedo contra la inglesa, para dar la vuelta á España, vióse precisada á rodear toda la Escocia é Irlanda, sufriendo grandes penalidades hasta que llegaron á la Coruña. Alli permanecieron los de Arcos bastante tiempo, hasta que trasladados á otros buques, pudieron tornar á su pueblo natal, harto mermados por la guerra y los sufrimientos.

Gamaza—Fr. Jerónimo de la Concepcion—Testimonio de Alonso de los Cobos—Actas del Ayuntamiento de Arcos.





JUAN DE VILLAVICENCIO.—DIEGO DE VILLAVICENCIO.—JUAN GARCIA DE CUENCA. 1596.

Cuando en 1596 reunidas las fuerzas navales de Inglaterra y Holanda, resolviéron atacar en su propio hogar el inmenso poder de Felipe II mas aparente que verdadero, reuniéronse en Douvres ciento cincuenta y siete naves de guerra, que provistas de todo género de pertrechos y bastimentos, dotadas de fuerte y numerosa artillería, y conduciendo mucha marineria y tropas de desembarco, diéronse á la vela el 13 de Junio, avistando la costa de España el 25 del mismo mes. Comandaba la escuadra el almirante Jhon Howard, siendo el famoso conde de Essex favorito de la Reina de Inglaterra general de las tropas de desembarco, que ascendian á 15.000 infantes bien armados y equipados, mosqueteros la mayor parte, casi en

totalidad soldados viejos y aguerridos.

Dió la armada vista á Lagos en el Algarbe, de cuya ciudad despacharon los vecinos inmediatos aviso á todos los puertos de la costa, entre otros á Cádiz adonde llegó la nueva el 29 de Junio. No se alteró Cádiz con aquella novedad, pues aunque desguarnecida y casi sin defensa á la sazon, nunca receló que los ingleses tuviesen conocimiento de su debilidad y se atreviesen al desembarco; así es que no hizo grandes armamentos, contentándose con requerir el auxilio de los pueblos comarcanos, que como otras veces se apresuráron á enviar sus milicias, llegando doscientos cincuenta caballos de Jerez, cincuenta de Chiclana, y cuarenta de Arcos, que mandaba D. Diego de Villavicencio, alferez mayor de esta última ciudad. Agregáronse á estas fuerzas poco despues hasta cien infantes capitaneados por otro D. Diego de Villavicencio, vecino de Jerez y otras dos compañias mas que llegaron de Chiclana, bien que estas últimas, estando ya rendida la ciudad, hubiéron de quedarse en defensa de la puente de Suazo.

Al amanecer del Domingo 30 de Junio, descubrióse la armada enemiga como una legua mar á fuera por la punta de San Sebastian, cuya vista deshizo las ilusiones de los que creian no habia de atreverse á embestir á Cádiz, queriendo entonces suplir con la precipitación y el atolondramiento la falta de previsión que dejaba la plaza sin preparativos para la defensa.

A toda prisa se formó una batería en la Caleta para evitar el desembarco por aquella playa, mientras que

se dispuso que siete galeones y diez y ocho galeras que estaban en la bahia, y formaban la flota que se preparaba á zarpar para Nueva España, se apostaran á la boca del puerto, frente á la punta de San Felipe, para impedir el paso á las naves inglesas; y puesta la ciudad en armas, formáronse varias compañias de vecinos al mando de principales caballeros, encargándose cada una de un distinto baluarte. Sólo tenia Cádiz ochenta soldados de presidio, número asáz mezquino para servir de núcleo á las fuerzas defensoras. Asumió el mando de todos el Corregidor de Cádiz D. Antonio Giron, bien que debiera haber sido confiado á D. Leonardo de Cós, que lo era de Jerez, por más práctico en la milicia, y por ser tambien el que mayor número de soldados mandaba, estando á sus órdenes los de Jerez, Arcos y demás pueblos.

En estos preparativos se pasó el dia, mientras el amedrentado pueblo, ocultaba sus riquezas y alhajas, llenando unos las iglesias para implorar el auxilio del cielo, en tanto que otros en especial el clero, las mugeres y los niños acudían á encerrarse en el castillo, hasta que durante la noche, celebrado consejo por los capitanes de las galeras, resolviéron abandonar la entrada de la bahia retirándose á Puntales, al abrigo del fuerte que allí existia, cuya extraña determinación causó la total ruina de la ciudad y la pérdida de la flota; que si ésta hubiese conservado su posición en lo más estrecho de la boca del puerto, solo habria tenido por contraria á una parte de la escuadra inglesa, no pudiendo el resto entrar en línea de batalla para com-

batir las naves españolas, ni menos aún cercarlas.

Viendo los ingleses desocupado el paso, en la mañana del Lunes primero de Julio, comenzáron con viento favorable á entrar en la bahia, disparando al mismo tiempo sus cañones contra la ciudad, anclando cerca de Matagorda frente á Puerto Real, desde donde continuaron cañoneándose con nuestra escuadra que en el seno de Puntales, al frente los galeones, y detrás, resguardadas con ellos las galeras, se encontraba. Mas por inesplicable torpeza, la posición de dos de nuestros galeones impedía al resto hacer fuego sobre los ingleses, de manera que aquellos dos solos soportaban todo el fuego enemigo. No podía prolongarse tan desigual peléa, y varado uno de ellos, é incendiado el otro, apoderáronse de ambos los ingleses, que por entonces no se volviéron á cuidar de la escuadra española, teniéndola como segura y rendida, aconchada contra la tierra.

Inmediatamente comenzó el enemigo á echar botes al mar, que iba llenando de gente, manifestando claro su propósito de desembarcar en el Puntal, en cuya playa se hallaban solo cien caballos de Jerez y Arcos, no habiendo consentido el Corregidor de Cádiz enviar mas gente á aquel sitio, á pesar de las reiteradas instancias del de Jerez. Terminada la batalla naval, el último insistió en acudir á la defensa del castillo de San Lorenzo del Puntal, conformándose ya el corregidor de Cádiz, mas sin permitir que saliesen arcabuceros mezclados con la caballeria: asi es que cuando llegó D. Leonardo de Cós á la playa, con trescientos caballos

de Jerez, Arcos y Chiclana, armados de lanzas, encontró ya formadas en la arena veinte y siete banderas con diez mil ingleses arcabuceros y mosqueteros, todos coseletes, los cuales comenzaron á marchar hácia la ciudad. Arremetieron no obstante los nuestros con determinacion animosa, tanto que detuviéron por algun espacio al ejército enemigo: mas no lo pudieron romper, y perseguidos por cerrada lluvia de balas hubieron de retirarse, mientras haciendo alto los ingleses esperaban el resto de las tropas de desembarco que sin cesar saltaban á la orilla. Halló la muerte en este encuentro un fraile franciscano de Cádiz, que sobre un caballo, en la diestra una lanza y en la izquierda un crucifijo, arremetió al frente de los españoles, matando dos ingleses: cargáron sobre él los enemigos y allí le hicieron pedazos. Tornó á poco nuestra caballeria á dar nueva embestida, y sin hacer efecto que importase, empezó á recojerse á la ciudad, con intento de defender la puerta llamada del Muro, que á la parte de tierra miraba. Mas halláronla cerrada sin guarda alguna para defenderla, ni aun para abrirles y evitar que los ingleses que á buen andar trás ellos venian, les diese muerte á todos de la primera rociada. Haciendo, pues, escalas de las picas, pudieron algunos subir á la muralla, de donde descolgándose abrieron á los demás.

Tras ellos llegó á toda prisa el enemigo ante cuyos disparos, retiráronse los nuestros que no podian contestarles por carecer de armas de fuego, con lo que se dirigieron á la plaza del cabildo, donde creyeron esta-

ria organizada la resistencia: mas al llegar á ella, encontráronla desierta, habiéndose retirado los unos á sus casas, otros al castillo, los demás á las iglesias, renunciando todos á defenderse. No decayó el entero ánimo de los de Jerez y Arcos, sino que entrándose en algunas casas de la plaza, subieron á las azoteas, y desde ellas, cuando poco despues entraron los ingleses, matáron é hirieron muchos con piedras, ladrillos y cuantos objetos podian arrojar, hasta que acometidos por todas partes, aun con artilleria, tuvieron que rendirse. De esta manera cayó Cádiz en poder de los ingleses, pues aunque en algunas calles hicieron resistencia los nuestros, especialmente los de las milicias de los pueblos, dando muerte á más de treinta ingleses, fueron choques aislados, hijos del denuedo particular, sin que hubiese plan alguno de defensa, habiendo el Corregidor de Cádiz sido uno de los primeros en ponerse en salvo en el castillo.

Mientras entraban en Cádiz los ingleses, el general de la flota española prendia fuego á sus naves, porque no se apoderase de ellas el enemigo, perdiéndose allí cuarenta bajeles cargados de riqueza, con toda su artillería y pertrechos.

No es nuestro intento referir ahora los estragos y escesos que llevó á cabo el ejército inglés en aquella malhadada ocasión. Testígos presenciales dignos de entera fé, escribiéron entonces diversos relatos, cuya lectura espanta y horroríza. Baste saber que despues de muchos tratos concertóse el rescate de la gente retirada en el castillo, en ciento veínte mil ducados, que

habian de darse nó del dinero ó valores que en Cádiz se encontráron, que desde luego declaráron por suyo los ingleses, sino de lo que por cualquier otro camino pudíeran proporcionarse los míseros vencidos: y consentida entonces la salida de la gente, escepto los rehenes que hasta el completo pago se reservó el enemigo, organizó éste el saquéo que comenzó el 3 de Julio, y duró sin intermisión hasta el 16 del mismo mes en que se reembarcáron los ingleses para regresar á su pátria.

Quedó Cádiz completamente arruinada, hasta el punto de que llegó á deliberarse por el gobierno de entonces, si se abandonaria la plaza, trasladándose los pocos habitantes que quedaban á Puerto Real y al Puerto de Santa Maria. Incendiáron los ingleses las casas y todo lo que no pudieron llevarse, de manera que cuando entráron en la ciudad algunos soldados españoles, mandados por D. Sancho Martinez de Leyva, comisionado por el Duque de Medina Sidonia, solo encontró humeantes ruinas, escombros y cadáveres abrasados.

Llevóronse los enemigos como rehenes hasta conseguir el cobro de los 120.000 ducados del rescate, á cincuenta y nueve personas escojidas todas entre las de mayor calidad y riqueza, para que personalmente respondieran del rescate de todo el vecindario. Uno de esos rehenes, fué D. Juan de Villavicencio, del hábito de Santiago, caballero natural de Arcos que se encontraba en Cádiz á la sazon, y que por su conocimiento de las lenguas francesa é inglesa, que en Flandes ha-

bia adquirido, así como por respetos á su cuna, fué desde el principio comisionado con el canónigo Quesada y D. Mateo Marquez Gaytan, para tratar del rescate y conciertos con el conde de Essex, debiéndose á sus gestiones y diligencias, que el general inglés redujese á solos 120 mil los doscientos mil ducados que pidiera.

Otros dos esclarecidos hijos de Arcos murieron gloriosamente en aquella empresa. El uno, D. Diego de Villavicencio, hermano del anterior y alferez mayor de Arcos, quedó sin vida en la playa del Puntal en la embestida que dió nuestra caballeria para impedir el desembarco de los ingleses.

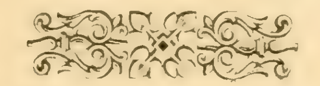
Fué el otro Juan Garcia de Cuenca y Cortés uno de los caballeros que habian ido al socorro de la plaza, que durante el saquéo, entrando por acaso en la iglesia de Candelaria, como viese á varios ingleses que profanaban el sagrado lugar, y con befa y escarnio hacian pedazos un crucifijo, arrebatado de santa indignacion, desnudó la espada y mató dos de aquellos herejes, siendo en el acto hecho pedazos por los demás.

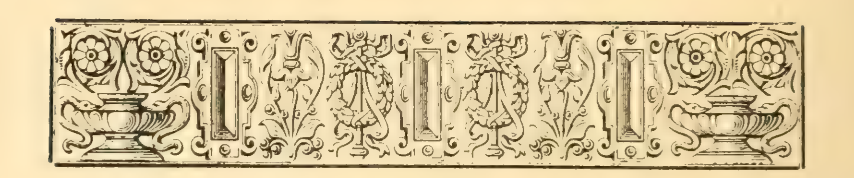
Dan algunos á Jerez por patria de Juan Garcia de Cuenca; mas su descendiente D. Melchor Bartolomé Yuste y Peréa á quien debe suponerse mejor enterado, le hace natural de Arcos.

Los restantes vecinos de esta ciudad que acudieron al socorro, poco á poco, desbandados y maltrechos, fueron volviendo á ella habiendo como los demás auxiliares cumplido con su deber, al que solo faltó en aquella triste ocasion, el Corregidor de

Cádiz, causa principal del desastre por su impericia y cobardia.

Forneron—Lafuente—Castro—Pedro de Abreu—Fr. Geronimo de la Concepcion.





FR. JUAN DE SAN NICOLÁS ARIAS.
1600.

En el libro sétimo de bautismos de la Parroquia de San Pedro de Arcos, al folio 261, se halla la partida de Juan Arias, bautizado en Domingo 30 de Octubre de 1594, cuya biografía se encuentra en el tomo segundo de las Crónicas de los religiosos Descalzos ermitaños de San Agustin, Década 4.ª capítulo 4.º párrafo 3.º folio 58 y es como sigue.

"Fué este religioso lego, natural de Arcos de la "Frontera en Andalucia, hijo de Juan Arias y de Ma- "ria Sanchez.

"Dejólos para ir á Nueva España, con esperanza de "volver á verlos rico de los bienes de la tierra. Mas "Dios que le llamaba á otras Indias, dispuso que el "mancebo se embarcase con nuestros religiosos que

"pasaban á Filipinas: pidió y consiguió nuestro santo "hábito, y profesó en Manila á 21 de Diciembre de "1622. Ejercitóse en las virtudes con gran satisfaccion "de todos, especialmente en la humildad y obedien- "cia en que fué perfectísimo, por lo cual pareciendo á "los superiores que teniendo buen talento podria ayu- "dar á nuestros Misioneros en la promulgacion del "Evanjelio á los infieles bárbaros de aquellas islas, le "enviaron á que lo hiciese, esperando que aprovecharia "mucho.

"No se engañaron, porque hacía pláticas muy fruc- "tuosas, con que alumbrando á los gentiles en la ver- "dad de los misterios sagrados, exhortaba fervorosa- "mente al ejercicio de las virtudes y aborrecimiento de "los vicios.

"Convirtió muchos indios á la fé católica, y el demo- "nio envidioso de que le quitase tantas almas del mi- "serable cautiverio en que las tenia, introdujo á algu- "nos protervos para que le maquinasen la muerte. Ha- "llaron la ocasion á su medida, porque estando Fr. "Juan en el convento de Ignaguell, y teniendo nece- "sidad de ir el rio arriba á consolar y ayudar á los re- "ligiosos que allí trabajaban sin alivio, pidió á unos "indios le llevasen en sus embarcaciones como solian. "Ellos lográron la ocasion de su mal intento, porque "volcando el barco le dejaron ahogar, saliéndose ellos "á nado como diestros en este ejercicio.

"Así murió, pasando segun piadosamente creémos "al descanso de la gloria, y los agresores no quedaron "sin castigo, pues en el breve tiempo de dos meses mu-

"rieron desastradamente."

Solo podemos agregar á las anteriores líneas, que en la casa Ayuntamiento de Arcos ha existido hasta hace poco, un cuadro de grandes dimensiones que representa al Padre Fr. Juan Arias, en primer término, viendose en el fondo el acto de su muerte ahogado en un rio. Dicho cuadro que por cierto no se recomienda como obra de arte, ha sido trasladado con posterioridad á la ermita de San Miguel, propiedad del Municipio.

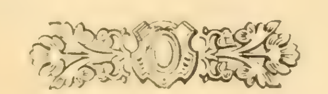




N. GUTIERREZ.

1600.

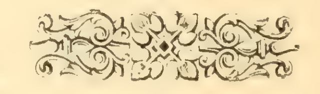
Por los años de 1600, vivia en Arcos, su pueblo natal, este inteligente artesano, que en obras de cerrajería, fundición é ingeniería, alcanzó sobresaliente mérito, habiéndole sido encargadas segun el historiador Gamaza, gran número de delicadas obras de herraje de la Catedral de Sevilla, que verificó con perfección suma y gusto exquisito.

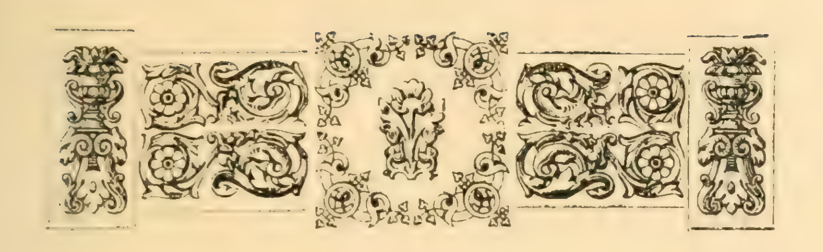




DIEGO DE LLANES.
1604.

No hay otra noticia de este esclarecido hijo de Arcos, sino que Cura de la iglesia parroquial de Santa María de esta ciudad, asistió en concepto de representante de esta vicaría al Sínodo del arzobispado de Sevilla celebrado en 1604, y que fué distinguido escritor en materias morales; pero sus obras, en su tiempo muy estimadas, no han llegado hasta nosotros.





GONZALO DE INESTAL AYLLON.
1625.

Corría el año de 1625. Roto el matrimonio concertado entre el príncipe de Gales y la infanta D.ª María, hermana de Felipe IV, apenas muerto el rey Jacobo de Inglaterra, y sucedídole aquel, que se llamó Cárlos I, cuyo fin fué tan desgraciado, procuró la satisfaccion del desaire que en España recibiera, y aprestando en Plymouth formidable escuadra que confió á Roberto Devereux, conde de Essex, dando el mando de las tropas de desembarco á Sir Enrique Cécil, vizconde de Combleton, dióles el encargo de destruir y abrasar la armada surta en el puerto de Cádiz, apoderarse de esta ciudad y saquearla, todo sin perjuicio de apresar las flotas del Brasil y Nueva España.

Dormia Cádiz descuidada y desapercibida, cuando

en la mañana del primero de Noviembre apareció ante su asombrada vista un bosque de mástiles, que por el color de sus enseñas y gallardetes, fueron reconocidos como naves inglesas. Mas de cien bajeles de guerra de todos tamaños cubrian materialmente el anchuroso mar, trayendo la muerte, y el incendio en los cañones que erizaban sus costados, el saquéo y la violencia en sus tripulaciones sedientas de pillaje. Acordábanse aun muchos vecinos del estrago causado por el inglés en la invasión de 1596, en que no quedó sagrado que no se profanase, ni violencia ó atropello que no se cometiese, concluyendo el estranjero por abrasar la población despues de saqueada, y resolviéron morir antes que ver renovadas aquellas escenas. Y despachados por el gobernador D. Fernando Giron, propios que circulasen á todos los pueblos comarcanos la fatal nueva, que en el mismo dia llegó á Arcos, saliéron de esta ciudad en la noche del mismo primero de Noviembre las cuatro compañias de infantes que formaban las milicias de sus vecinos, mandadas por don Juan y D. Pedro de Gamaza, D. Diego Nuñez de Prado y D. Alonso de Espinosa Mancheño, del Orden de Calatrava, bajo la conducta todos de D. Gonzalo de Inestal Ayllon, Alcayde y gobernador de este castillo por el duque de Arcos, mientras que quedaba aprestándose la caballería que salió en la mañana del dos, á las órdenes de su capitan D. Juan de Cuenca Farfán de los Godos. Al amanecer del dos estaba ya nuestra infanteria en Cádiz, tanta fué su diligencia, y presentada al gobernador D. Fernando Giron, confióla este

la guarda y defensa de las fortificaciones de la Puerta de Tierra, en unión de las milicias de Chiclana, Jerez y Vejer, con algunos soldados del presidio, á cargo del teniente de maestre de campo general Diego Ruiz, esforzado capitan veterano de Flandes.

Comenzó el enemigo que entró tranquilamente en la bahia, por batir el Castillo de Santa Catalina del Puerto y el de San Lorenzo del Puntal, y evacuado este por sus defensores luego que la formidable artillería inglesa aportilló los muros é inutilizó los mezquinos cañones del castillo, desembarcaron en tierra en el Puntal diez y seis mil ingleses, que atrincherados en las tapias y hoyos de las huertas, ocupaban de mar á mar toda la lengua de tierra que une Cádiz al resto de España. Confiados en su número esperaban una débil resistencia, y con ánimo de apoderarse de presa tan rica, enderezaron ordenadamente hácia Cádiz. No era su gobernador D. Fernando Giron hombre á quien pudiese amilanar el miedo. Su indomable entereza sobreponiéndose á lo crítico de las circunstancias, supo inspirar enérgica decision en todos sus noveles soldados: y poniéndose á la cabeza de mil quinientos españoles, llevado en una silla porque la ancianidad y las enfermedades negaban á su cuerpo las fuerzas que á su espíritu sobraban, acompañado de Diego Ruiz, lanzóse al encuentro de los ingleses con brioso empuje, y despues de causarles grandes pérdidas, les hizo retroceder hasta el Puntal donde habian desembarcado.

Al siguiente dia 3 de Noviembre, mudó de intento

el enemigo, atacando la Isla y puente de Zuazo. Mas recibidos allí por el duque de Medina Sidonia Capitan general de la costa que habia reunido la caballeria de los pueblos comarcanos, en cuyo número se contaba la de Arcos, fué igualmente escarmentado, huyendo á toda prisa á su refugio del Puntal.

Despechado el Conde de Essex general de la armada inglesa, y convencido de que todos los esfuerzos no lograrian rendir la animosa resolucion de nuestros soldados, determinó retirarse: mas antes, deseoso de vengar con la ruina de la ciudad su vergonzosa derrota, ordenó cañonear la plaza durante todo el dia por la escuadra entera, con cuyo incesante fuego causó considerable estrago en los edificios, si bien pocas desgracias personales, y al amanecer del 5 comenzó el embarque. No podia el gobernador y los nuestros consentirlo sin que llevasen los enemigos el castigo merecido á su atrevimiento.

Asi, cuando se notó que los ingleses comenzaban á entrar en las lanchas, salió Giron con 1600 hombres, y arremetiendo á los desordenados enemigos, hizo en ellos gran mortandad, cogiéndoles multitud de armas y efectos que en su fuga abandonaban en la playa, y logrando que á toda prisa se embarcasen para dar la vela desapareciendo de la vista de Cádiz victoriosa. Escasas fueron las pérdidas de nuestra parte; fué la principal la del Alcaide y Gobernador de Arcos, D. Gonzalo de Inestal Ayllon, que adelantándose en la acometida llevado de su ardimiento, y entrando por los ingleses sin ver si le seguian los suyos, fué muerto

por aquellos, sucumbiendo al número, que no al valor.
Sintióse en estremo esa pérdida en todo nuestro campo, y cuando vueltas á Arcos las tropas de esta ciudad, llegó á notícias del Duque la heróica muerte de su alcaide, en premio de su esfuerzo, nombró su sucesor á pesar de que á la sazon solo contaba 14 años á Gil Lopez de Ayllon y Virúes, hijo del valeroso D. Gonzalo Inestal Ayllon.

Gamaza—Biron—Camacho—Castro—Jerónimo de la Concepcion.





PEDRO DE GAMAZA ROMERO.
1580.—1659.

Hijo de D. Antonio de Gamaza y de D.ª Maria ed Gamaza Andíno, y descendiente de los primeros onquistadores de Arcos, nació D. Pedro de Gamaza cen 1580, siendo bautizado en la Parroquia de Santa Maria, y destinado desde muy niño á la iglesia por sus padres, que le halláron felices disposiciones para el estudio, consiguió hacerse licenciado en Sagrada Teología ordenándose después, y quedando de capellan beneficiado en la citada parroquia de Santa Maria hasta su muerte ocurrida en 1659.

Entusiasta hijo de Arcos, y apasionado amante de sus glorias, dedicó todo su tiempo á coleccionar datos y antecedentes, relativos á la historia de esta ciudad, y de sus familias más esclarecidas. Fruto fueron de

sus desvelos, dos obras que escribió:

La una se titula "Descripcion de la muy noble y leal ciudad de Arcos de la Frontera, del eeszelentisimo príncipe D. Rodrigo Ponce de Leon, IV duque de ella hecha por Pedro de Gamaza Romero presbitero. Impreso en Jerez de la Frontera por Fernando Rey, año de 1644." No ha conseguido toda nuestra diligencia hallar un ejemplar de esa edición, cuyo titulo y fecha tomamos de la Biblioteca de libros raros y curiosos de D. Bartolomé José Gallardo, continuada por los señores Zarco del Valle y Sancho Rayon, pero corren de esa obra varios ejemplares manuscritos.

De la segunda, solo conoce uno el autor de estas líneas, y aún habiéndole visto solo un momento cuando era niño, no puede recordar sino que al frente de cada articulo referente á una familia, estaba el escudo de armas de la misma, dibujado é iluminado con muy buen gusto, siendo la obra un voluminoso infolio. Despues no ha vuelto á verla, y todas sus diligencias han sido inútiles para averiguar su paradero. Solo pues puede ocuparse de la primera, ó séa la historia de Arcos.

Hijo de su siglo D. Pedro de Gamaza, participaba de todas las preocupaciones de su tiempo, siendo una de las principales, la preferencia que se daba á la antigüedad.

Para hallar razones y pruebas que acreditasen que Arcos es uno de los pueblos más antiguos de España, que lo fundó el rey Brigo, que fué antiguo obispado, etc., etc., sacrifica el sentido común, la razon, la sana

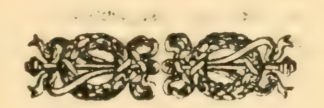
crítica y la historia. Son para él artículos de fé los cronicones de Beroso inventados por Annio de Viterbo, las elucubraciones del barcelonés Francisco Tarafa, los absurdos de Juan Vasseo, y por último, todo cuanto á hacer muy antigua la fundacion de Arcos se encamine. Semejante en eso á Fr. Geronimo de la Concepción que en su historia de Cádiz, que publicó con el titulo enfático de "Empório del orbe" hace á Jesucristo descendiente de una familia gaditana, cuyo arbol genealógico inserta, asi el buen D. Pedro hace fundadores de Arcos á los nietos de Noé, la supone luego la ciudad mas importante de Andalucia, capital de la Turdetania en los fabulosos tiempos anteriores á la invasion Fenicia, durante la cual y la Cartaginesa, conservó el mismo carácter. Aliada de Roma en tiempos de la República, Municipio autónomo durante el Imperio, Obispado apenas nació el cristianismo, es Arcos para D. Pedro de Gamaza por su antigüedad, nobleza y excelsitud de su origen, benignidad de su clima, y por su comarca la mas fertil y abundosa en ricos y variados productos, la ciudad mas hermosa y floreciente del mundo, verdadero paraiso cuyos afortunados moradores disfrutan en páz todos los deleites que puede prodigar la naturaleza.

Mas aparte de esos lunares qus aféan y desfiguran la obra de Gamaza, la hacen muy recomendable el cúmulo de datos y noticias que atesora, y revelan la erudición pasmosa de su autor, y el minucioso trabajo que tomó en rebuscar archivos y papeles, aunque es sensible que tantos desvelos se dirigiesen solo á lo que

se refiere á antigüedades, títulos y honores, prescindiendo por completo de la historia particular de Arcos desde la reconquista, él que pudo á su sabor examinar papeles y documentos, cuando existían aun riquísimos y completos los archivos municipales y eclesiásticos, hoy tan pobres y mermados. En cuanto al estilo es incorrecto y desigual, elevándose á altisonantes conceptos para arrastrarse poco despues en medio de frases triviales y comunes.

De todas suertes tiene el insigne mérito de ser el primero que de Arcos se ha ocupado, siendole deudora la presente obra de muchas noticias que sin su exquisita diligencia no habrían llegado hasta nosotros. Escribió tambien una historia de Jerez, cuyo manuscrito se conserva inédito en la Biblioteca Colombina.

Murió como hemos dicho D. Pedro de Gamaza en 1659, siendo enterrado en la capilla de Nuestra Señora de Belen de la iglesia de Santa Maria, fundacion de su pariente el vicario Juan Gonzalez de Gamaza.





CRISTOBAL DE MORON.
1630.

Reputado tallista y escultor en madera, natural de Arcos donde florecía en el primer tercio del siglo XVII. Hacen de él grandes elogios D. Pedro de Gamaza y los demás escritores de su tiempo, y se crée fué autor de los retablos de la capilla mayor de los conventos de San Agustin y San Juan de Dios de Arcos, ambas obras muy acabadas, aunque de depravado gusto artístico.





EL ERMITAÑO MANUEL.
1630.

En un cuaderno manuscrito titulado "Apuntes para la historia de Arcos," cuya letra parece ser de mano de D. Melchor Bartolomé Yuste y Peréa, caballero principal que vivía en Arcos á fines del siglo XVII, se halla lo siguiente.

"El ermitaño Manuel. En el año de 1649, abriendo "una sepultura en medio de la iglesia Parroquial de "Sor. San Pedro, halláron al hermano Manuel ermi-"taño, á los doce años despues de su fallecimiento, su "cuerpo incorrupto, con su pobre hábito, cilicio, cor-"don de esparto, un rosario de cuentas de madera que "se repartiéron: se sacó de dicha sepultura para tras-"ladarlo á un cañon de una capilla: causó admiración "á todos, y que la jerga del hábito, esparto y madera

"de las cuentas se hubiesen tanto tiempo conservado "debajo de la tierra; fué gran penitente en un desierto "cerca de esta ciudad, donde tuvo una estrecha morada "solo para su persona, labrada en un collado alto de "una peña, en soledad, ayuno y oración, muy discípulo "é hijo de San Pablo, padre de los ermitaños. Trasla-"dáron pues sus restos á la bóveda y entierro que "los sacerdotes tienen en la iglesia, debajo de las gra-"das y capilla y altar mayor, donde se conservan con "gran veneración."

No dice más el autor, ni nosotros tampoco hemos podido averiguar ninguna otra noticia respecto al venerable asceta.





FR. DIONISIO DE VILLAVICENCIO.
1650.

NATURAL de Arcos é hijo de una de sus principales familias, solo consta de este esclarecido varon, que profesó en el convento de San Agustin de esta ciudad, en el que ejerció los cargos superiores. Que estendiéndose con el tiempo la fama de su ciencia y virtudes, llamóle el rey Felipe IV á sus consejos, siendo elevado despues á la silla episcopal de Nicaragua y Costa rica en América. donde murió á mediados del siglo XVII.

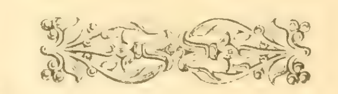




PEDRO MORCILLO.

1650.

Fué hijo de noble familia de Arcos, y paje en su juventud del Duque de esta ciudad D. Rodrigo Ponce de Leon, Virey de Nápoles y le acompañó á aquel reino, donde prestó grandes servicios como capitan de infanteria española en la famosa sublevación de Masaniello. Los azares de la guerra le trajéron despues á España con las tropas llamadas para contener la insurreccion de Cataluña, y murió peleando heróicamente al frente de su compañía en Tarragona en 1650.





FR. JUAN CARRASCO.

1660.

Las únicas noticias que ha podido adquirir toda nuestra diligencia, son que este insigne religioso fué natural de Arcos, profesó en el convento de Franciscanos descalzos de la misma ciudad, y que por su ciencia y virtudes, fué elevado á los cargos de Definidor, dos veces Custodio, dos veces Provincial, y por último Visitador general de la orden en Andalucia, en cuyo desempeño falleció en Arcos en 1660, siendo enterrado en su convento de los Descalzos.





JUAN DE CUENCA FARFAN DE LOS GODOS.
1665.

Tuvo su cuna en Arcos á principios del siglo XVII; y solo se sabe de él, que sirvió en Flandes durante todas las campañas del invicto Ambrosio de Spínola como capitan de una compañia de caballos corazas, guardias viejos de Castilla, recibiendo como premio á su bizarría la merced del hábito de Santíago. Retirado despues á Arcos, en el socorro de Cádiz contra los ingleses en 1625 mandó la caballería de esta ciudad, y murió en la segunda mitad del siglo.

La calle en que vivía en Arcos, lleva su nombre desde tiempo inmemorial.





GERÓNIMO DE ARCOS.
1615.—1685.

SEGUNDO de este nombre en el convento de San Gerónimo de la villa de Bornos, este ilustre híjo de Arcos, tomó el hábito en 1651, siendo ya sacerdote y habiendo estudiado sagrada Teología y ambos derechos en la renombrada Universidad de Salamanca, acompañando á los hijos del Duque de Béjar de quienes fué ayo y preceptor. Retirado despues de la Córte volvióse á su pátria, ejerciendo el cargo de Vicario del convento de Monjas de la Encarnación, hasta que buscando mayor tranquilidad entró en el de San Gerónimo, desempeñando en él hasta su muerte ocurrida en primero de Mayo de 1685, el puesto de Vicario y maestro de Novicios.

Fué hombre de gran ciencia, elocuente orador y profundo teólogo, recomendándose tambien por su vida ejemplar y sus virtudes. Escribió dos obras ascéticas que no han llegado hasta nosotros.



AMARO RODRIGUEZ.
1620.—1685.

El modesto nombre que encabeza estas líneas, no despierta recuerdo alguno para los hijos de Arcos, ni lo ilustró ningun famoso capitan, artista insigne ó sábio eminente. No obstante, el que lo llevaba hizo las delicias de Arcos y de Sevilla durante luengos años.

Nacido por los de 1620 á 1630, era Amaro Rodriguez un honrado y hábil artesano que vivia en Arcos su pueblo natal, dedicado esclusivamente á su trabajo con cuyo producto se mantenian decentemente él y su mujer. No habia por apuel tiempo casinos ni cafés ni circulos adonde acudiesen los hombres en busca de un rato de conversacion, que les sirviese de soláz y descanso al mismo tirmpo, y Amaro que era amigo de la so-

ciedad, y deseoso de instruccion, acudía todos los dias á alguno de los cinco conventos de frailes que en Arcos existían, y en sabrosa charla, ó escuchando los sermones que casi á diario se predicaban, solia pasar luengos ratos. De su asiduidad á los conventos nació su intima amistad con algunos frailes á quienes agradaba su trato y su conversacion siempre jovial y á menudo ocurrente y chistosa, sucediendo muchas veces que al salir los Padres de paséo le visitaban en su tienda durante horas enteras. No advertia el mísero, lisonjeado con tan honrosas amistades, que alguno de los visitantes miraba mas que á él, á su mujer que, jóven, bonita y harta ligera de cascos, gustaba de bromas y chicoléos mucho más de lo que conviene á una mujer honrada: mas ciegamente prendado de ella su marido, y no sospechando intencion dañada por parte de los respetables Padres, vivia alegre y confiado, totalmente ageno á toda zozobra conyugal.

Aquella serenidad y calma en que dormian sus pasiones, hizo que el despertar fuese mas terrible y doloroso.

Un dia que el pobre Amaro había ido como de costumbre á uno de los conventos, volvió de pronto á su casa para recojer sin duda alguna cosa olvidada. No halla á su mujer en la tienda; sube á su cuarto, y la sorprende en criminal conversacion con un fraile. Convertido en marmórea estátua, cual si ante su vista hubiese aparecido la cabeza de Medusa con su asquerosa y animada cabellera, así quedó el infeliz marido. Agólpanse á su conturbada mente mil ideas confusas

en revuelto y desordenado torbellino.

El mentido cariño de su esposa, la traicion del amigo, el deseo de venganza, la vergüenza de sentir la honra mancillada, el escarnio público que siempre persigue á la desgraciada víctima del adulterio, la veneracion que hasta entonces le habia inspirado el santo hábito que vestia el ofensor, barajábanse en tropel en su cerébro. Olas de fuego pasaban ante su vista, sucediéndose instantes de completas y absolutas tinieblas, menos densas y oscuras que las que por momentos ofuscaban su inteligencia. Anudada la garganta, hincha su pecho profundo y ronco sollozo, que se convierte á su salida en estridente carcajada, y el desgraciado Amaro ya sin conciencia ni juicio, abre los brazos, vuelve las espaldas, y dejando atónitos y medrosos á ambos culpables, sale á la calle y comienza á mostrar á los transeuntes inequívocos signos del completo estravío de su razon. Recojido y llevado á su casa por los vecinos y amigos, nada pudiéron sus solícitos cuidados, consiguiendo tan solo al cabo de algun tiempo convertir la febril agitacion que le dominaba, en locura pacífica y tranquila. Su antigua aficion á escuchar sermones y charlar sobre asuntos religiosos, degeneró en mania de predicar por calles y plazuelas, imaginándose ser cardenal y caballero Santiagués y otros mil disparates. Del desastre de su matrimonio, no le quedó otro recuerdo que una tenáz enemiga contra los frailes de todas las órdenes, á cuya censura encaminaba casi siempre sus sermones. Y como mientras tuvo cabal juicio, habia sido de humor chistoso y ocu-

rrente, salpicaba sus pláticas de frases oportunas y jocosas, á vueltas de testos latinos que explicaba y acomodaba á su intencion, de la manera mas graciosa del mundo.

Abandonada la tienda, pues no habia de trabajar en bajos menesteres todo un Señor cardenal, hubíera muerto de hambre el desdichado, si la caridad de los vecinos no hubiese acudido en su auxilio. Asi vivió largos años en Arcos, de la pública limosna, predicando siempre por las calles, hasta que compadecidas las autoridades de su desvalimiento, consiguieron conducirle á Sevilla y que entrase en aquel hospicio de San Marcos, que por entonces se llamaba "Casa de los Inocentes". Alli continuó en su acostumbrada taréa. Dejábale salir el Administrador de aquel asilo, cuando se cercioró de lo inofensivo de la locura de Amaro, y todos los dias en calles, plazas y conventos formábanse numerosos corrillos que escuchaban regocijados la amena y festiva elocuencia de nuestro predicador.

La oportunidad y gracejo de sus chistes, acrecentáron de dia su fama, hasta el punto de llegar á noticias del cardenal Arzobispo, quien deseó oirle. Y desde entonces todos los dias visitaba Amaro el palacio Arzobispal, siendo acojido cariñosamente por el Prelado que le hacia muchas limosnas, y á su imitacion comenzó el pueblo sevillano á socorrer á Amaro con profusion tanta, que el Administrador de su hospicio le hizo cuestor de él, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte ocurrida en 1685, contribuyendo con las limosnas que recojia, en mas de la mitad de los gastos de aquella

Santa casa. Gustaba tanto oirle, que muchos sus aficionados, iban tras de él tomando al oido y apuntando inmediatamente sus discursos, de suerte que se han conservado manuscritos hasta nuestros dias, obra de treínta y seis sermones, que coleccionados en 1869 por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, se públicó en Sevilla editada por Geoffrin, con un prólogo del sabio jurisconsulto é ilustre poeta D. Juan Gualberto Gonzalez.

Claro es que esa colección,, no tiene para nosotros el atractivo que para nuestros antepasados, faltándonos el tono, el gesto y la acción de Amaro, no pudiendo compararse la simple lectura con la verdadera realidad. No obstante, el estilo siempre familiar y sencillo, la dificil facilidad con que pasa de un asunto á otro relacionando entre sí idéas y objetos completamente opuestos y distintos, como obra al fin de un loco, la espontaneidad de los chistes, casi siempre contenidos en los límites de la decencia, sin descender jamás á las chocarrerias, y sobre todo la oportunidad de los testos, que aplicaba á su manera cuando eran verdaderas frases latinas que su memoria le recordaba, ó que improvisaba en el acto en el latín macarrónico de su exclusiva invencion, hacen que se lean con gusto todavia sus sermones: incapáz de hacer daño á nadie, solo á los frailes atacaba algun tanto, sin duda en recuerdo del causante de su desgracia.

Recuerdanse todavia en Sevilla algunas de sus frases oportunas. Preguntábale cierto dia el Arzobispo, en ocasión en que Amaro contemplaba la obra del pa-

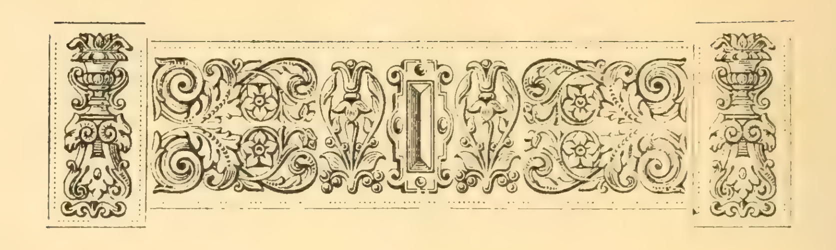
lacio del Prelado, en construccion entonces, qué le parecia de la obra. Contestando con prontitud el loco, "Que V. E. I. al revés de Jesucristo, convierte el pan en piedras."

En la última enfermedad del Cardenal Tapia, llegó Amaro al palacio, cuando ya el Prelado agonizaba; subió á verle, y notando que el enfermo estaba en la última extremidad, dijo dirigiéndose á los asistentes, "Estas no son ya Tapias sino ruinas."

Llevaba ya algun tiempo de estar en Sevilla, cuando su muger, que durante muchos años anduvo haciendo vida alegre por el mundo, ya vieja, volvió á Arcos, y sabiendo que su marido estaba en Sevilla, hízo el viaje por verle. Presentósele en San Marcos, pero como estaba ya vieja y arrugada, Amaro no la conoció. Manifestóle ella entonces, quién era, y él despues de dudar un rato, mirándola con detenimiento le dijo "¿Cómo te habia de conocer, si te dejé, ciruela de fraile, y te encuentro castaña pilonga."

Murió Amaro como hemos dicho en 1685, y fué enterrado en la iglesia de San Marcos de Sevilla.

Aunque en sus sermones se ocupaba en general de asuntos religiosos, y al fin como parto de una imaginación estraviada, son una carta de desatinados disparates, la autoridad eclesiástica, tan celosa en aquellos tiempos, jamás le impidió su libre y jovial predicación, prueba visible de que no era la iglesia tan intransigente como se crée. Verdad es que nunca atacó Amaro el dogma, y sus sermones solo podrian ser tachados de irreverencia, si hubiesen sido obra de un hombre cuerdo, y no del apacible y gracioso loco de Arcos.



MELCHOR BARTOLOMÉ YUSTE Y PERÉA.
1685.

De este caballero natural de Arcos, que fué Gobernador de la isla de Leon por el Duque de Arcos, en 1685, se conservan unos curiosos apuntes para la historia de esta ciudad, conteniendo apreciables noticias respecto á algunas familias de la misma. Estuvo casado con D.ª Isabel Cortés descendiente segun los apuntes de D. Melchor, del Gran Conquistador de Méjico.





FRANCISCO DE LARA ROLDAN.
1689.

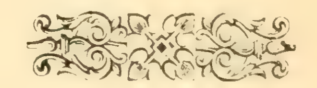
La única noticia que tenemos de este notable hijo de Arcos, es que por los años de 1689, consiguió despues de brillantísimas oposiciones ser nombrado Arcediano de Reina, dignidad del Ilmo. Cabildo de la Catedral de Sevilla.





MANUEL DE LARA Y BARRERA.
1717.

FUÉ sobrino del arcediano de Reyna D. Francisco de Lara Roldan, y como él hijo de Arcos: era canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla siendo enviado en comision por aquel Cabildo á Roma para informar al Pontífice, sobre ciertas diferencias con el Prelado de Sevílla. Y desempeñó su cometido con tal acierto, demostrando tanto saber y tacto, que prendado de él S. S., al vacar la misma dignidad de Arcediano de Reyna que desempeñaba el D. Francisco, hizo se confiriese al D. Manuel de Lara, de quien se conserva en el Ayuntamiento de Arcos, una carta fechada en Roma, en que participa su elevación á aquella dignidad.





PEDRO BOHORQUEZ QUINTANILLA.
1718.

INQUISIDOR de Llerena y despues de Toledo, doctor en Sagrada Teologia, y dignidad por último de la Catedral de Cádiz, florecia á principios del siglo XVIII,[1] sin que todas nuestras diligencias nos hayan hecho conseguir mas noticias sobre la vida de este hijo de Arcos.





FR. JUAN DE DIOS GARCIA.
1699.—1727.

A la página 22 de un libro manuscrito que existía en la Biblioteca del colegio de Misioneros de San Antonio Franciscos Observantes de Arcos, en el que se apuntaban las cosas y hechos mas memorables de dicho colegio, se halla la partida ó capítulo siguiente.

"Por fin del año 1727 llegó la feliz noticia del mar-
"tirio del Venerable Padre Fray Juan de Dios, honra
"de esta ciudad, honor de este Colegio, y gloria de
"nuestra seráfica religion, y de la universal iglesia.
"Fué natural de esta misma ciudad, é hijo de esta san-
"ta provincia de Andalucia, cuyo feliz nacimiento fué
"el 7 de Marzo de 1699, y se bautizó el once del mis-
"mo mes. Administróle las saludables aguas del bau-

"tismo D. Juan Fernando Dávila de la Torre y Alar-"con, cura teniente de la iglesia parroquial de Nuestra "Señora Santa Maria de esta dicha ciudad: fué su pa-"drino D. Melchor Fernando Blazquez Bocanegra: sus "padres se llamaron Andrés Garcia Roldan y Maria "Josefa Caballero, como todo consta de uno de los li-"bros de bautismo de dicha parroquia, en el número "diez y seis al fólio seis. Este, pues, ilustrísimo héroe, "desde su tierna edad, debió la educación de su crian-"za á un religioso de este convento, quien viendo al "chicuelo tan bien inclínado á todo género de estudios, "y que su buena índole daba esperanzas de grandes "progresos en la vida mística, aficionado de tan presa-"giosas prendas de hermosura, compostura natural, "retiro á la soledad, dedicación á orar, y viveza de in-"genio, llegó á persuadirse que seria con el tiempo y "saludable magisterio un gigante en virtudes. Viendo, "pues, este dicho religioso la facilidad con que su ama-"do discipulo habia aprovechado en las primeras le-"tras, compuso con sus padres que, no obstante de ser "hijo único, se lo ofreciesen á Dios, pues tenia para sí "entendido, que aceptaria el señor su oferta, y que le "tenia destinado para cosas grandes de su Santa Igle-"sia. Convencidos los padres á las persuaciones del re-"ligioso, le pusiéron á estudiar gramática en el con-"vento de Sor. San Agustin de esta ciudad. Aplicóse á "este estudio con demasiado anhelo, sin perder de vis-"ta á su maestro, ni menoscabarse en sus actos virtuo-"sos: habiéndola, pues, aprendido con perfección, de-"terminó tomar el hábito de nuestra sagrada religión

"el que consiguió con las licencias necesarias, tomándole en el Real convento de Nuestra Señora de los "Remedios de la ciudad de Cádiz, siendo en el año de su aprobación, en realidad no *Novicio*, y sí un espejo "en quien se miraba toda aquella religiosa comunidad. "Tuvo la fortuna de encontrar un maestro santo, "quien habiendo registrado los fondos de sus virtudes, "le ayudó mucho á la prosecución de ellas, instruyéndole en todo aquello en que consiste la perfección re- "ligiosa, como asímismo en todas las ceremonias que "en nuestra sagrada religion se practican. En la obe- "diencia á su maestro, y en todos los demás actos peno- "sos del noviciado, fué un fuerte estímulo para sus con- "novicios que les invitaba al séquito de las virtudes. "Cumplido el año del noviciado, fué admitido á la pro- "fesion como lo ordenan nuestras constituciones gene- "rales, habiéndose preparado para ella con espiritua- "les ejercícios, para hacer mas aceptable á los ojos de "Dios su sacrificio. Hecha su profesión, determinó la "obediencia el ponerlo en este santo colegio de Padres "Misioneros Franciscos Observantes, para que al ejem- "plo de sus religiosos, adelantase las floridas esperan- "zas que ofrecia en la primavera de sus años, hasta "que llegase el tiempo de entrar en los estudios. He- "cho morador de este colegio, empezó á ejercitarse en "la virtud, con tanta abstracción del siglo, que en el "tiempo de cuasi dos años que en él estuvo, no permi- "tió que sus mismos padres le visitasen, soltando en él "los diques de su devoción en tanto grado, que no obs- "tante el retiro que en sus claustros se practica, cau-

"saba admiracion á los mismos religiosos. Era en la "oracion, contínuo, pues además de las dos horas que "la comunídad tiene todos los dias, gastaba despues "de los maitines de media noche, una hora en visitar "las estaciones de la Via-Crucis, con grande ejemplo "do toda la comunidad: repetia este ejercicio des-"pues de cenar con todos los religiosos, á que nun-"ca faltó, siendo asi que es acto voluntario, y no se "repara en que alguno falte.

"Y en fin distribuia el tiempo con tanta rectitud, "que aquel que le sobraba despues de sus espírituales "ejercicios, le gastaba en la leccion de muchos iibros "espirituales. Siempre que llegaba el tiempo de salir "los religiosos á misiones, lloraba tíernamente por "acompañarlos: y no pudiendo hacerlo, ofrecia á Dios "sus buenos deseos, quedando con esto martirizado su "corazon, y solo se valia de sus oraciones para ofrecer-"las á Dios por la conversion de las almas.

"Llegó el tiempo del capitulo provincial de esta san-"ta provincia, con cuyo motivo fué promovido á los "estudios mayores, en los cuales aprovechó exacta-"mente.

"Acabados estos y ordenado de sacerdote, é institui-"do predicador, se aplicó al púlpito siu dejar la auste-"ridad de su vída, ni el retiro de la sociedad, con la "frecuente oracion y estudio, sacando en sus sermones "copioso fruto para las almas.

"Dentro de muy poco tiempo de haber recibido el "orden Sacerdotal, se leyó en el convento de su mo-"rada, que segun opíniones era el de Teba, una paten-

"te en la que convidaban á los religiosos de buena vi-"da á la dilatacion de la fé, en las misiones que salen "de los colejios seminarios para las Indias Occidenta-"les, y descubrimiento de tierras. Viendo este varon "santo que Dios le ofrecia tanta oportunidad para el "logro de sus deseos, haciéndole uno de aquellos dicho-"sos operarios que á costa de tantos trabajos iban á au-"mentar el gremio de la santa Iglesia. Alentado con "tan santa esperanza, hizo las debidas diligencias para "obtener de sus superiores las licencias necesarias, á "cuya peticion no hubo la menor dificultad en conce-"derlas, por los informes de su ejemplar vida. Obtení-"das las licencias, daba infinitas gracias al Señor, por "haberle tocado la feliz suerte de ser participante de "sus glorias.

"Salió, pues, con la mision de su amada Provincia, "sin dar noticia á sus padres, por cuyo motivo no se "pasó por esta ciudad cuando iba á Cádiz á embar-"carse.

"Salió en fin de este puerto con sus compañeros "con toda felicidad, llegando con la misma á su des-"tino.

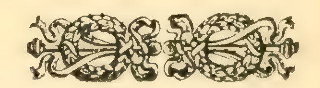
"Vivió algunos años en aquellos vastos paises, ocupa-"do en la enseñanza de la doctrina cristiana á los ig-"norantes indios, convirtiéndolos y catequizándolos en "los ritos y ceremonias eclesiásticas, hasta que la obe-"diencia lo señaló para una de las misiones para pasar "al descubrimiento de tierras, en donde á costa de "muchos trabajos, se ocupaba en la predicación apos-"tólica con copiosos frutos. Ejercitó este santo minis-

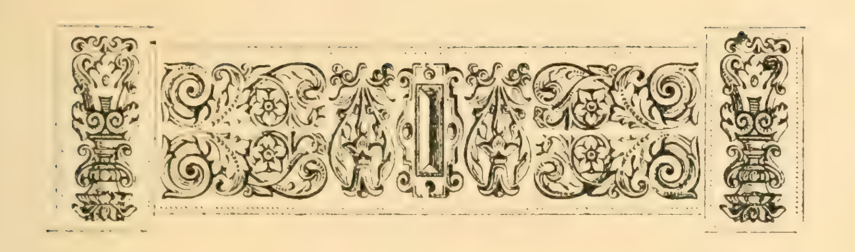
"terio algun tiempo, hasta que llegó aquel en que el "señor le premió los fervorosos deseos de dar la vi-"da por su amor, vertiendo su sangre por la salvacion "de las almas.

"Fué el caso, que olvídada la ingratitud de aquellos "recienconvertidos que él mismo habia creádo y fomen-"tado con su doctrina y ejemplo, de los muchos bene-"ficios que como amoroso Padre les habia hecho, se le "revelaron furiosos, estándoles predicando los católi-"cos dogmas, tumultuándose y ultrajándole con bal-"dones, llegando á ser tanta sn fiereza, que al peso de "muchos golpes, le dividieron la cabeza de los hom-"bros. Pero ¡oh Dios! que la valentía de su celo apos-"tólico, quíso que pasase mas allá de la muerte! pues "sucedió que la cabeza separada de su cuerpo, estu-"viese por mas de seis horas perdonando agravios pre-"dicando la fé y alabando al Señor, en cuyas manos "entregó su espíritu. Habiendo sido la miés copiosisí-"ma por la maravillosa muerte de este ínclito héroe, "determinaron enviar un comisario á estos reinos, pa-"ra que alistase con letras convocatorias celosos ope-"rarios que continuasen aquella santa mision. Este, "deseoso de ver la patria de su difunto hermano, y con "ánimo de ver si podia sacar de este colegio algunos "religiosos, se trajo consigo como especial reliquia el "pañuelo que usaba este bendito mártir, y la corona "que traia en la cuerda, prendas que regaló á sus di-"chosos padres. Recibieron estos la noticia de la muer-"te de su hijo con demasiado sentimiento, el que les "duró por todo el resto de su vida. Desahogados algun

"tanto de la pena que les causó esta noticia, determiná-"ron hacer las usuales demostraciones que se practi-"can en los casos fúnebres, enlutando la casa en señal "de su estremada congoja, á tiempo que el Reverendo "Padre Guardian que entonces era de este colegio, en-"traba á consolarles en sus lágrimas, y sabiendo su de-"terminacion de ponerse lutos, se opuso á su dictámen, "diciendo no ser merecedora semejante muerte, sino "de los actos que se ejecutan en las mas plausibles a-"legrias, y mandando traer la colgadura del dicho co-"legio, hizo que con ella se vistiese la casa, dándoles "en lugar de pésames, mil parabienes de haber tenido "la dicha de criar para Dios semejante hijo, que era "gloria de la universal Iglesia, asistiendo el R. P. guar-"dian á esta celebridad con otros muchos religiosos "de su comunidad.

"Moraban los padres de esta venerable mártir en las "Calles Bajas que llamaban de los Caldereros, su ofi-"cio era el de armeros, con el que se mantenian.„





FRANCISCO PEREZ MANCHEÑO.
1640.—1722.
I.

En el libro de bautismos correspondiente á 1640 de la Parroquia de Santa Maria de Arcos, se halla la partida siguiente:=†"Francisco.=En Domingo "veinte y uno dias del mes de Octubre de mill y seis-"cientos y cuarenta años. Yo D. Juan Marquez de La-"ra, vicario de esta ciudad de Arcos de la Frontera, y "su vicaría, bapticé á Francisco, hijo de D. Francisco "Perez Mancheño, y de su lexitima muger D.ª Catta-"lina Pascuala, fué su padrino D. Juan Garcia Gabe-"ro, advertile el parentesco que contrajo con el ahija-"do y sus Padres, y lo firmé. D. Juan de Lara." Al margen de la anterior partida, se halla la nota siguiente, de letra posterior á aquella, "El contenido en esta "partida es el Exmo. Sr. D. Francisco Perez Manche-

"ño, Teniente general de los Ejércitos de S. M. Gober-
"nador que ha sido de Flandes, de Sanlúcar y Ceuta &ª
"B.r Xavier.„

Acaso la mayor parte de los lectores ignorarán el nombre y hasta la existencia de este personaje, que desde soldado voluntario se elevó á los mas altos puestos de la milicia, solo en gracia á sus méritos que debieron ser muy relevantes, puesto que lejos del favor de las Córtes, y guerreando siempre en remotos paises, alcanzó, simple hidalgo, dignidades que en aquel tiempo eran exclusivo patrimonio de la alta nobleza. Mas no arguye esa ignorancia falta de ilustración ó desconocimiento de la historia de los reinados de Cárlos II y Felipe V. En ninguna de las historias generales y particulares que hemos consultado, se halla el nombre de aquel esclarecido varon, que como sus demas compañeros de Flandes, últimos restos de aquella invencible infanteria que llevaba la victoria encadenada á sus banderas, tuvo, en medio del total aislamiento y desamparo en que vivió siempre aquel ejército, la alta honra de medirse con generales de la talla de Condé, Luxemburgo, Turena, Guillermo de Orange, Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya.

Aparte de los escasos documentos que su familia conserva, solo se hallan noticias del general Perez Mancheño, en los historiadores franceses, que son los que mas han escrito sobre las guerras de Flandes de fines del siglo décimo sétimo y principios del décimo octavo, unas veces como enemigos de los españoles y

luego como sus aliados. Y aun esas noticias son escasas é incompletas siempre, porque es achaque perpétuo de nuestros vecinos los franceses omitir ó desfigurar los hechos que pueden enaltecernos, mientras se estienden y deleitan en referir y exagerar todo lo de España que resulta digno de censura. No obstante, del estudio de los escritores contemporáneos, singularmente el Duque de Saint-Simon, y el Marques de Dangeau entre los franceses, y el Marqués de San Felipe y Fr. Nicolas de Jesus Belando entre los españoles, y de los estimables documentos de que se habló antes, y consisten en certificaciones de servicios y propuestas de gracias, puede formarse la historia de la vida del ilustre hijo de Arcos, aunque por falta de datos, deba ser mas bien que biografía, un resúmen ó compendio de los hechos de los españoles en aquellas guerras, que al terminar por los tratados de Riswick y Utrech nos arrebatáron para siempre Flandes, Luxemburgo y el Franco Condado, y por algun tiempo, para perderlos definitivamente despues, la Cerdeña, Sicilia, Nápoles, y Milán.

Nació cómo hemos visto en su partida, D. Francisco Perez Mancheño, el 21 de Octubre de 1640, en la casa n.° 13 antiguo y 18 moderno de la calle Bajas de Arcos. Sus padres D. Francisco Perez Mancheño y doña Catalina Pascual, tuvieron otros seis hijos, siendo él el menor de los varones. De estos, el mayor Alonso Fernandez Mancheño, heredó los bienes vinculados que su padre poseia: el segundo Miguel Martin Mancheño dedicóse á la iglesia, siendo beneficiado de la parroquial

de Santa Maria, y al menor llevóle su inclinación y la costumbre de las familias hidalgas de aquella época, al servicio militar De las cuatro hembras Isabel, Maria y Catalina, profesáron las tres en el convento de Nuestra Señora de la Encarnacion de Arcos, y la menor, Luisa, casó mas adelante con D. Pedro Márquez, de quienes desciende el tambien ilustre hijo de Arcos, actual brigadier D. José Márquez Torres.

Tales eran las costumbres de la sociedad antigua. Habia los favorecidos de la fortuna, los mayorazgos, que venian al mundo con la precisa obligación de no hacer nada. Sus perezosos hermanos, los segundones, debian sudar el pan que comian, y para hallarlo, no habia mas que dos carreras cortas, la iglesia ó las armas. A las letras solo podian dedicarse los que ya tenian algun patrimonio, porque hasta llegar al fin, el camino era largo, y penoso. Luego, que sobre la brevedad, habia tambien la ventaja de que dedicándose al servicio de Dios, ó al del Rey, se llenaban mas cumplidamente los deberes del buen ciudadano, dado el concepto que á la sazón se tenia de la finalidad humana. En cuanto á las hembras, la cosa era óbvia tambien; si no tenian una dote bastante para aspirar á un casamiento ventajoso, estaban destinadas al convento, y muy niñas entraban en él como novicias, profesando al punto que lo permitian las reglas, sin que en la mayor parte de los casos, llegáran á echar de menos el mundo que por completo desconocian.

Quedó huerfano muy niño Perez Mancheño, habiendo muerto su padre en 1646, pero las raras prendas de

su madre hiciéron que aquel recibiese una buena educacion que probablemente tomó en el convento de San Francisco de esta ciudad, á la sazon celebrado centro de enseñanza. Que esa educación fué esmerada lo acredita la importancia de los puestos militares y políticos que llegó á desempeñar D. Francisco. No entró este en el servicio militar hasta el 13 de Febrero de 1664 cuando habia ya cumplido los 23 años, en que sentó plaza de soldado aventajado en la compañia de infanteria española del capitan D. Isidro de Atondo, á quien sucedió D. Francisco del Hoyo Santillan, una de las del tercio del Maestre de campo D. Joseph Garcia de Salcedo, destinado á guarnecer la costa del reino de Granada y la armada del Mar Occéano, permaneciendo de guarnición en distintos puertos y á bordo de varios barcos hasta el 8 de Marzo de 1668, habiendo durante ese tiempo asistido á los diferentes viajes y acciones que tuvieron lugar, ya con piratas argelinos y marroquies, ya con corsarios ingleses, holandeses y franceses, ya por último con los bajeles de guerra de estos países. Así lo acredita certificación que se conserva, espedida en Cádiz en 8 de Marzo de 1668 por D. Andres Campero, contador de la razon general del sueldo de la gente de guerra de la costa del reino de Granada, y de la armada del Mar Occéano.

De otra certificación espedida en Ceuta en 9 de Agosto de 1665, consta que en 27 de Mayo del mismo año salió el soldado voluntario D. Francisco Perez Mancheño con la primera manga de arcabuceros mandada por el capitan D. Joseph de Acuña para incen-

diar el Ataque y Reducto colorado del campo de los moros, "siendo uno de los que en dicha funcion se se-"ñalaron subiendo de los primeros arriba, exponiéndo-"se al mayor riesgo, sosteniéndose allí hasta que llegó "la orden de retirada despues de conseguido el objeto "de la salida, no obstante la defensa de los moros, y haber recibido un balazo." Muestra gallarda del valor que tanto habia de acreditar mas adelante. Durante ese período, ascendió á cabo de escuadra de Guzmanes, y despues á cabo principal, ó sea sargento de la propia compañia del Maestre de campo.

Al mediar el año de 1668 pasó á Flandes, en calidad de alferez de la compañia de D. Antonio de Estrada, una de las del tercio de infanteria española del Maestre de campo D. Lázaro Aguírre.

Mas para entrar de lleno en la narración de su larga vida consagrada durante sesenta años al servicio de la pátria, hácese indispensable algo de historia como esplicacion preliminar,

Muerto en 1665 el rey poeta Felipe IV llamado el Grande por la baja adulación de sus cortesanos, su sucesor Cárlos II, niño, enfermizo y de menguado entendimiento, halló el reino sumido en el desórden y la miseria. Del inmenso imperio de Felipe II en cuyos dominios jamás se ocultaba el sol, quedaban aun vastos estados, minados sordamente por el descontento que en ellos sembrára la mala administración de ambos últimos Felipes. Portugal habia conquistado definitivamente su independencia en Villaviciosa: la mitad de Cataluña, todo el Rosellon, y la Cerdánia obe-

decian al coloso francés Luis XIV; agitábase Nápoles aun conmovida por la reciente sublevacion de Massaniello, y preparaba Sicilia su insurreccion. Las siete provincias unidas del Pais de Flandes, con el Artois y el Franco Condado, ó sea la herencia de la casa de Borgoña reunida á España por Cárlos V, levantadas á favor de Guillermo de Orange, marido de la hija del rey de Inglaterra y rey de Inglaterra despues, eran el campo cerrado en que se batian diariamente Franceses, Ingleses, Holandeses, Alemanes y Españoles.

Sidi-Amet, Emperador de Marruecos, sitiaba á Larache, Mazarquivir y Ceuta, durando sesenta años el cerco de esta última plaza. En nuestras posesiones de Ultramar perdiamos la Jamáica, y veianse amenazadas Cuba y Tierra Firme, mientras que el almirante Blake enviado por Cromwell interceptaba el camino de América con fuerte escuadra, apoderándose de ricas flotas, recurso único á la sazón del empobrecido erario. A pesar de sostener guerras en Portugal, Cataluña, Italia y Flandes, era tal la pobreza de España, que el ejército se vió reducido á solos veinte mil hombres, valientes sí, pero mal mandados y jamás pagados, que si en Fuenterrabia, Lérida y Valenciennes, continuaron sns gloriosas tradiciones, en Villaviciosa, Rocroy y las Dunas, viéron vencido su esfuerzo no tanto por el de los enemigos, como por la impericia de los propios capitanes. Despoblada la nacion por la constante emigracion á América y empobrecida á causa de los desastrosos sistemas económicos que entonces regian, subordinados al principio del fanatismo

inquisistorial, las ciudades en otro tiempo populosas y florecientes veíanse convertidas en silenciosas ruinas, y los campos poco há fertilizados por el industrioso morisco, en áridos yermos y vastas soledades. En todas las esferas había variación. Las razas, las familias, los nombres, eran los mismos; pero los hombres habian degenerado. A los fundadores de la casa de Austria en España, activos y poderosos como Cárlos V, astutos y maquiavélicos como Felipe II, habian sucedido seres indolentes como Felipe IV, ó imbéciles como Cárlos II. Teniamos otro D. Juan de Austria muy desemejante del ilustre bastardo de Cárlos V, teniamos un Guzman que tambien se llamaba Bueno, y solo servia para cubrirse de ridículo con sus pujos de soberania en Andalucia y sus impotentes desafíos al Duque de Braganza: un Ponce de Leon, que lejos de imitar á su antepasado el marqués de Cádiz y primer duque de Arcos, daba orígen con sus atropellos y desmanes á la insurrección de Nápoles.

Tal era la situación de España al advenimiento al trono de Cárlos II, y sin embargo la muerte de Felipe IV, fué una nueva calamidad para el país. Entregado este á la regencia de la reina madre D.ª Mariana de Austria, princesa llena de ambicion que carecia de las dotes de superioridad necesarias para conjurar los males interiores y evitar los peligros que amenazaban en el esterior, sufrió el yugo de un nuevo favorito, el jesuita aleman Padre Nitard, en quien la reina depositó toda su confianza. Nombrado inquisidor general, miembro del Consejo de regencia y del de Estado, ce-

gólo su encumbramiento hasta el punto de creerse otro Jímenez de Cisneros, y su vanidad ofendió á la nobleza y al pueblo que se uniéron contra él, poniendo su confianza en D. Juan de Austria el hijo de Felipe IV, y la Calderona. No correspondió este á las esperanzas que en él se fundaban, mas por lo difícil de las circunstancias, que por propia íncapacidad. En medio de los disturbios palaciegos, originados por tan encontradas ambiciones, vino un suceso á complicar mas las dificultades que el Gobierno hallaba. Aprovechándose de los apuros de Esqaña, en 1668, Luis XIV se apoderó de una parte de la sucesión á que solemnemente habia renunciado cuando contrajo su matrimonio con Maria Teresa. Fundado en una costumbre local é incierta de algunos puntos de Francia, reclamó una parte considerable de los Paises Bajos, en nombre de su muger, y declarando que no era su intento romper la páz llamada de los Pirineos, acometió inpensadamente el pais indefenso, se apoderó en menos de tres meses de la linea de fortificaciones que existia entre el Canal y el Escalda, y despues de todo el Franco Condado, mientras que formaba alianza con Portugal recien emancipado, á fin de estremar la angustiosa situacion de nuestro gobierno; que los actos que ejecutados por personas de otra esfera y en distinto orden de cosas, son considerados como villanías, ante la razon de estado, se llaman política profunda, y proporcionan á los reyes que los perpetran el calificativo de Grandes. Pasando pues Luis XIV á Flandes al frente de 50.000 hombres de sus mejores tropas, mandados por

experimentados generales, encontró al marqués de Castel-Rodrigo que gobernaba aquellas provincias, desprovisto de recursos, con poca fuerza, desorganizada y sin pagas, siendo de seis mil hombres el mayor ejército que pudo reunir entre alemanes, españoles y flamencos. Desmanteladas la mayor parte de las plazas opusieron poca resistencia, y aunque algunas se defendieron con valor, hubieron de capitular honrosamente, apoderándose el monarca francés de Charleroy, Bergnes, Furnes, Courtray, Oudenarde, Tournay, Alost, Lille, y otras muchas plazas.

Causáron estas conquistas recelos á las potencias marítimas, y para poner dique á la ambicion desmedída de Luis formaron una alianza Inglaterra, Holanda y Suecia, proponiendo su mediacion entre Francia y España y arbitrando términos de conciliacion con la amenaza de que, si las últimas se negaban á admitirlos, se hallaban dispuestas á imponerlos por la fuerza. Aceptó España al punto la mediacion, y firmose con Francia la paz de Aquisgran, por la que si bien devolvió la última el Franco condado, perdió la primera la fortaleza de Charleroy, Bitche, Ath, Douay, Tournay, Oudenarde, Lille, Armentieres, Courtray, Bergnes, y Furnes, cuyas cesiones abrian fácil paso al monarca francés al centro de los Paises Bajos españoles, preparando la posesion de estos, que en guerras posteriores adquirió. La invasion de los Paises Bajos, asi como las turbulencias interiores, obligaron á nuestro gobierno á reconocer la independencia de Portugal, dedicando toda su atencion á los negocios de Flandes.

Al efecto, hizo levas de tropas en Galicia. Asturias y Castilla, mandó aprestar en Cádiz nueve bajeles para trasportarlas á Flandes impuso nuevos tributos para allegar recursos, y tomó todas las medidas compatibles con la angustiosa situación del Tesoro. Nombró la Reina Regente general de todas las tropas destinadas á Flandes, á D. Juan de Austria, no tanto por el prestigio de su nombre y por el conocimiento que del carácter de aquellos habitantes tenia, como para alejarle de España y librar al Padre Nitard de esta manera, de las inquietudes que la ambicion de D. Juan le producia. Mas este, despues de enviar los soldados en pequeños destacamentos á Flandes, dilató con varios pretestos su propia partida que al fin no realizó, nombrándose en su lugar general y gobernador en Flandes, al Condestable de Castilla.

Entonces fué cuando Perez Mancheño salió de España formando parte de las tropas enviadas á Flandes con motivo de la invasion francesa, no volviendo á la ciudad que le vió nacer, hasta pasados cuarenta y siete años; que en cosa tan instable como una combinascion política, estriba á veces el destino de los hombres y aun de los pueblos.

II.

La paz de Aquisgran hizo por lo pronto innecesarios los servicios de las tropas españolas llegadas á Flandes, que quedaron en inaccion. De nuestro héroe sabemos que en 1669 estaba de guarnicion en Namur, y

continuaba siendo alferez de la compañia de D. Antonio de Estrada. Durante este tiempo Luis XIV irritado contra Holanda por haberle detenido en su carrera de conquistas, siendo la instigadora de la triple alianza, cuyo hecho simbolizáron los holandeses, batiendo una medalla que representaba á Josué deteniendo el curso del Sol, astro adoptado como emblema de su orgullo por aquel rey, y por la entereza con que le habian hablado aquellos libres ciudadanos, determinó agregar la Holanda á sus dominios, utilizando para ello la línea del Escalda que conservaba, cuyas plazas habia fortificado Vauban. Al efecto, alistó el ejército mas numeroso que hasta entonces se viera en Europa, mandado por los Mariscales de Turena y Luxemburgo, acaso los mejores generales de su época, y mientras se preparaba para la guerra, siguiendo la máxima política de dividir para vencer, intentó por varios medios, no todos leales, deshacer la triple alianza para que quedase Holanda sin el amparo de sus aliados. Consiguiólo fácilmente de Inglaterra, cuyo rey el voluptuoso Cárlos II cayó en el lazo tendido por Luis XIV, cuyo cebo fué la hermosa duquesa de Portsmouth. Sucumbió del mismo modo Suecia á las dádivas ó á las arteras promesas del monarca francés. Abandonados á su solo esfuerzo los holandeses, para conjurar la tempestad que les amenazaba, buscáron la alianza de las casas de Austria y España, rivales siempre de los Borbones de Francia. Intentó Luis XIV apartar á España de esa amistad, con promesas y amenazas; mas la reina regente convencida de que nos se-

ria imposible conservar nada en Flandes si el rey de Francia se apoderaba de Holanda, desechó las proposiciones de aquel, enviando tropas y recursos á Flandes para defender nuestras posesiones y ayudar á los holandeses.

No era la situación de España la mas á propósito para aventurarse á nuevas guerras; pero la desmedida ambición de Luis XIV que soñaba para sí con el imperio de Carlo Magno, hizo indispensable esta política que aunque mas noble y digna que la sumisión á las exigencias de aquel rey, dió al cabo por resultado la total pérdida de Flandes, despues de tres guerras que acabaron con las ya agotadas fuerzas de la nación. Grande y provechosa es siempre la enseñanza de la historia, pero aun mas lo seria si aleccionados los pueblos por la esperiencia, derribasen de sus pedestales los ídolos que aun adoran, desde el momento que se convierten estos en orígenes de discordias y ambiciones; confundiéndose entonces los diversos Estados en una confraternidad universal, someterian todas sus diferencias al gran jurado de las naciones reunidas.

Invadió en 1672 la Holanda Luís XIV, con tres fuertes ejércitos mandados uno por él mismo, y los otros por Turena y Luxemburgo, mientras por mar las escuadras del rey de Inglaterra bloqueaban los puertos de la República, que despues de solicitar de nuevo el auxilio de España, no hallando salvacion para la pátria mas que en la unidad del poder supremo, abrogó el edicto perpétuo é irrevocable contra el Sta-

tuderato, confiriendo esta dignidad al jóven Guillermo III de Orange, príncipe de pocos años, pero de grande entendimiento, que ofrecia las mas lisonjeras esperanzas. Mas aunque la marina holandesa mandada por el almirante Ruyter sostuvo dignamente el honor de su bandera, los ejércitos franceses se apoderáron en pocos dias de las provincias de Over-issel, Güeldres y Utrech, llegando cerca de Amsterdam. Desesperados entonces los holandeses, y enardecidos por las exhortaciones de Guillermo de Orange, resueltos á morir todos más bien que humillarse al monarca francés, acudieron al recurso supremo, y rompiendo los diques, inundáron el pais, sacrificando sus vidas y haciendas por la libertad de su pátria.

Es la Holanda por su situación topográfica, un fenómeno de la naturaleza. Gran parte de su suelo está mucho más bajo que el nivel del mar y de los rios. Estos, en su mayoria navegables, siguen su curso encerrados entre fortísimos diques de granito, mientras que á lo largo de las costas, allí donde no hay dunas ó colinas de arena que sirvan de barrera al embate de las olas, el trabajo del hombre ha puesto tambien nuevos diques que detengan su impulso. En Holanda el suelo entero es una conquista del hombre. "La naturaleza,—dice un poeta holandes—no ha hecho nada por nosotros. Todo lo que se vé en nuestro país, es debido á la constancia, á la industria, al trabajo.„

No era ciertamente la primera vez que los holan-

deses hacian uso de tan extremo recurso para salvar su independencia. Usáron de él contra los españoles, cuando la férréa mano del Duque de Alba originó la primera rebelion dominada á fuerza de armas por el invicto D. Juan de Austria, y por el gran Alejandro Farnesio, y segunda vez en el memorable sitio de Leyden. Ahora lo mismo que anteriormente sintió efectos semejante medida. Rotos los diques y sueltas las esclusas, inundóso todo el pais, convirtiéndose la Holanda, el Brabante y la Flandes holandesa en vasto mar, donde á modo de islas se elevaban los pueblos sobre las aguas, viéndose precisados los franceses á retirarse á las plazas fuertes que tenian en su poder, y quedando aquel bajo el de Orange á quien auxiliaba un cuerpo de doce mil españoles que constituian todo nuestro ejército en Flandes, mandados por el conde de Monterrey. Entre ellos se contaba D. Francisco Perez Mancheño, quien tomó entonces parte en todas las operaciones del ejército, singularmente en el sitio que á Charleroy puso con seis mil españoles el conde Marsin: mas socorrida á tiempo la plaza por Turena y Vauban con poderosas fuerzas, tuvieron que retirarse los sitiadores, volviendo el de Orange á Holanda y los españoles á sus guarniciones.

Reforzó nuevamente sus tropas el francés con suizos que tomó á sueldo, y ocho mil ingleses aaxiliares, dividiéndolas en tres ejércitos, como en el año anterior, mandado uno por el mismo rey, y los otros por Condé y Turena. Abrió la campaña de 1673 con el sitio de Maestrick, una de las plazas mas fuertes de Eu-

ropa. El célebre Vauban dirigió las obras de sitio, sirviéndose de paralelas y de plazas de armas, medios hasta entonces no usados. Guarnecian la ciudad cinco mil holandeses y españoles, entre ellos el tercio de infantería de D. Lázaro de Aguirre, en el que era á la sazon alférez teformado D. Francisco Perez Mancheño, quien por su comportamiento durante el sitio, fué nombrado Ayudante de su tercio. Nada se sabe de sus hechos en aquella campaña, pero sin duda fueron distinguidos, puesto que merecieron su ascenso á grado de tal confianza. Resistió heróicamente la guarnición el constante fuego de una formidable artilleria, y los repetidos asaltos de los sitiadores, hasta que despues de trece días de trinchera abierta, no habiendo podido forzar el Príncipe de Orange las líneas enemigas, viéronse obligadcs los sitiados á capitular en 20 de Junio, saliendo los españoles con todos los honores de la guerra, y siendo conducidos á Bois-le-Duc. Mas de allí á seis meses ó sea en Enero del 65, hallábase Perez Mancheño otra vez en su antigua guarnicion de Namur, habiendo salido del depósito de prisioneros de guerra por canje, ó por evasion.

Mientras tanto en Agosto del mismo año, se firmaba en la Haya el tratado de alianza entre el emperador, el rey de España y los Estados generales de las Provincias-Unidas, por el que al par que España se obligaba á hacer guerra á la Francia con todas sus fuerzas, los holandeses se comprometian á devolver á España no solo la plaza de Maestrick cuando la reconquistaran, sino tambieu todas aquellas de que los

franceses se habian apoderado despues de la paz de los Pirineos, mientras que el Emperador pondria sobre el Rhin un ejército de 30.000 hombres. En su consecuencia el gobernador Conde de Monterrey hizo publicar en Bruselas la guerra contra la Francia, siendo el efecto inmediato de esta alianza, volver los holandeses á la posesion de las tres provincias de que los franceses se habian apoderado al principio.

El mismo dia que España declaró la guerra á Francia, el de Orange con un ejército de veinte y cinco mil holandeses y españoles, entró por las tierras de Juliers y de Colonia, devastó ambos paises, emprendió el sitio de Bonn, y llamó el ejército imperial mandado por Montecúculli para que se incorporase á él. Salió el último de Lohr, acampando á lo largo del Mein desde Hoscht hasta Maguncia, echando un puente de barcas y estableciendo su cuartel general en Flersheim, sin que pudiese impedirlo Turena que con el ejército del Rhin le observaba. Reunidos de esta manera Españoles, Holandeses y Alemanes, prosiguió Orange el sitio de Bonn, qne tuvo que rendirse. Esta victoria y la reunion de los tres ejércitos coaligados, obligáron al Mariscal de Luxemburgo á abandonar la Holanda, dejando la artillería y fuertes guarniciones en Maestrick, y en Graves. Vióse entonces la Holanda salir del seno de las aguas, y las provincias de Güeldres, Utrech y Over-Issel, recobráron su libertad.

III

Comenzó el año de 1674 con mejores auspicios.

El agradecimiento y el entusiasmo de los holandeses declaráron perpetuos los cargos de Statnder, Almirante y capitan general de las Provincias-Unidas en la persona de Guillermo de Orange, y en su descendencia masculina, viéndose de este modo á los veinte y tres años elevado en la república á un grado de poder y de gloria que no habia gozado ninguno de sus antecesores. Empleó entonces su crédito en separar de los intereses de Francia al rey de Inglaterra su tio, y á algunos príncipes y electores de Alemania, y en robustecer su alianza con España, el Emperador y el rey de Dinamarca. El temor que Carlos de Inglaterra tenia de que se arruinase el comercio británico en el Mediterráneo, si se malquistaba completamente con España, decidió la cuestión, y abiertas en Lóndres negociaciones con el Embajador español, marqués del Fresno, que habia recibido plenos poderes de los Estados de Holanda, firmóse nuevo tratado de paz, restableciendo en todas sus partes el de Breda, y al mismo tiempo muchos príncipes alemanes abandonaron los intereses de Francia á causa de las amenazas del Emperador. A pesar de estos contratiempos Luis XIV no cejó en sus propósitos. Marchó con un fuerte ejército al Franco-Condado, en el mes de Abril; envió otro á la frontera de España, mandado por Schomberg; otro con Turena á Alemania, y Condé con el cuarto vino á Flandes para hacer frente á Orange y á los españoles, no desdeñando recibir instrucciones de Turena que le recomendó sitiar pocas plazas, y librar muchos combates. Siguiendo estos consejos, Condé principió por apo-

rarse de todos los fuertes que dificultaban el aprovisionamiento de Maëstrick: y aunque solo tenia 40.000 hombres, preparóse á atacar al de Orange que contando 60.000 entre holandeses, alemanes y españoles, lo deseaba, confiado en el mayor número de sus fuerzas, proponiéndose invadir la Francia si le vencia. Diéronse vista ambos ejércitos en Seneff, en el Henao, cerca de Charleroy. Mandaba la vanguardia que era de alemanes el marqués de Souche: formaban los españoles la retaguardia á las órdenes del marqués de Assentar, componiendo el centro con sus holandeses el de Orange, mientras el príncipe de Vaudemont con seis mil caballos, formaba el cuerpo de reserva. Dióse allí una de las mas memorables batallas de aquel siglo.

Era el 11 de Agosto de 1674. Los aliados dirigianse hacia Ath atravesando muchos desfiladeros peligrosos que permitian batirlo en detall. Condé dejó pasar sin inquietarlos, por uno de esos desfiladeros que conducia á Mons, á la vanguardia y al centro, cayendo despues con todo su ejército sobre la retaguardia formada solo de los españoles. Defendiéronse estos heróicamente por espacio de una hora, tiempo que tardó en volver atrás Orange con el resto de sus tropas, y en tan corto tiempo, luchando solos diez mil españoles, contra los cuarenta y cinco mil franceses de Condé, perdieron aquellos dos mil muertos y gran número de heridos, contándose entre los primeros casi todos los oficiales, y el mismo general marqués de Assentar, que no habiendo querido retirarse del campo á pesar de haber recibido seis heridas, le costó la vida la sétima. Sin

embargo no retrocedieron los españoles, y casi sin jefes continuaron resistiendo, dando lugar á la llegada de Guillermo de Orange. Generalizóse entonces la accion. Atacan de frente los aliados á Condé; dáse á la fuga un regimiento que arengaba este, que corre gran peligro de caer en poder de los nuestros, salvándose tan solo merced al arrojo de su escolta. La ausencia del sol no contuvo el encarnizamiento del combate que duró hasta pasada la media noche, habiendo comenzado á las nueve de la mañana. El cansancio separó por fin á ambos ejércitos, y la luna iluminó aquella noche el horrible espectáculo de veinte y siete mil cadáveres tendidos en escasas dos leguas de terreno. ¡Sangrienta hecatombe ofrecida en aras de la ambición humana! Atribuyéronse ambos partidos la victoria, y en los dos campos se cantó el Te-Deum en acción de gracias, como si Dios fuese dócil instrnmento de las pasiones de los hombres. Ambos generales estuvieron á la altura el uno de su reputacion acreditada, y el otro de las esperanzas que habia hecho concebir. Cada uno se fortificó en su campo, y si bien pareció que el triunfo habia quedado por Orange que incitó á combatir nuevamente á Condé repetidas veces sin poder conseguirlo, es lo cierto que quedó frustado su propósito de entrar en Francia. Hallóse en esta batalla Perez Mancheño desempeñando sus modestas cuanto útiles funciones de ayudante de su tercio, y ó no tuvo ocasion de distinguirse entre tantos valientes, ó sus hechos se confundieron entre los de los demás, que no era fácil allí donde todos mostráron valor heróico, fi-

jar la atencion en las acciones de un mero subalterno.

Observándose ambos ejércitos pasaron el tiempo en escaramuzas, prodigándo inútilmente la sangre de los soldados, hasta el invierno, que segun costumbre de aquella época, tornaron á sus cuarteles, volviendo los españoles á sus plazas, y á su guarnicion de Namur el tercio de D. Lázaro de Aguirre. Más activo el de Orange, emprendió con sus holandeses el sitio de Grave que capituló despues de una buena defensa que hizo el marqués de Chamilly que allí mandaba.

En la primavera de 1675, volvieron á comenzarse las hostilidades. Nombrado gobernador general el duque de Villahermosa juntó sus fuerzas con Guillermo de Orange para oponerse á los franceses que en número de sesenta mil, mandados por su rey en persona, el príncipe de Condé y los mariscales de Luxemburgo y Crequi se estendian desde el Brabante al Mosela, y se apoderaban de Lieja, Dinant, Huy y Limburgo. Esperimentáron los aliados algunos reveses en el paso del Mosa, teniendo que retroceder hasta Bruselas, pero tomando de nuevo la ofensiva, causáron tantos daños á los franceses, que cansado el rey volvióse á su córte, dejando á Condé el mando del ejército.

No aceptó el príncipe francés ningun combate decisivo, manteniéndose siempre en las posiciones ventajosas que escogia, hasta que la llégada del invierno puso término á la campaña de aquel año. Coincidió con el fin de esta la reunion de plenipotenciarios en Nimega con objeto de tratar de la paz que casi todas las naciones deseaban, escepto la Francia. Así es que al

empezar el año del 76, reforzó sus tropas, aprestando cuatro ejércitos, uno en el Rhin á las órdenes del mariscal de Luxemburgo: el de Sambre y Mosa á las del mariscal de Rochefort; otro en el Rosellon y Cataluña mandados por el duque de Noailles y el de Flandes á cuyo frente se puso el mismo rey. Constaba este de cincuenta mil hombres, cuyos tenientes eran el hermano del rey, duque de Orleans y los mariscales de Crequi, Schomberg, Humieres, de Feuillade y Lorges. Atacó este ejército primeramente la plaza de Condé en Flandes, que capituló antes que llegasen Orange y Villahermosa que acudian en su socorro. Dividido luego en dos grandes cuerpos, mientras el uno con el rey á la cabeza detenia á los aliados, el otro atacaba y rendía á Bouchain, plaza importante. Corrióse despues Luis XIV á Valenciennes, devastando el pais hasta las cercanias de Mons, despues de lo cual se volvió á Francia dejando el mando del ejército á Schomberg.

Apoderóse de Ayre el mariscal de Humiéres, sin que Villahermosa acudiera á tiempo á evitarlo, y mientras tanto el príncipe de Orange, con los holandeses y españoles, acometió á Maestrick. Sitiados y sitiadores hicieron prodigios de valor y constancia; diariamente se tomaban y perdian alternativamente, fuertes, bastiones y reductos. Mas llegado Schomberg con el ejército francés en socorro de la plaza, acordóse en consejo por los sitiadores, levantar el cerco, despues de cincuenta dias. Con esto termináron las operaciones de la guerra en 1676, que volviéron á reanudarse en

el 77, tomando Luis XIV á Valenciennes, antes que Orange hubiera pensado en socorrerla. Sin perder tiempo, el rey marchó á Cambray dejando el ejército al mando del duque de Orleans y del mariscal de Humiéres, que pusiéron cerco á Saint Omer, á cuyo socorro acudió Orange, más fué batido por el de Orleans en Cassel perdiendo cinco mil hombres entre muertos y prisioneros, despues de lo cual Felipe de Orleans, continuó el sitio de Saint Omer que capituló al fin. No tomaron parte en estas accionss los españoles que hasta despues de la derrota de Cassel no se reuniéron á Orange, viéndose este entonces al frente de cincuenta mil hombres, con lo que despues de un falso movimíento sobre Maestrick para deslumbrar al enemigo, cayó sobre Charleroy: pero acudiendo inmediatamente Luxemburgo y Humiéres en socorro de la plaza, vióse aquel obligado á retirarse, sin aceptar la batalla, contra el parecer del duque de Villahermosa que mandaba los españoles. Desembarazados ya los franceses tomó Luxemburgo la plaza de San Guillain, con lo que terminó la campaña de 1677 tan fatal para los holandeses y españoles, como feliz para los franceses.

A principios de 1678 firmóse en la Haya nuevo tratado entre Inglaterra, Holanda y España, en el que ratificando su alianza, estremaron sus medidas contra la Francia, aprestando en su consecuencia la Gran Bretaña una escuadra de ochenta bajeles de guerra con treinta mil soldados. Inquieto Luis XIV, procuró con ofertas ventajosas separar de la coalicion á los holandeses, mientras que para obligar á Fspaña á acep-

tar las condiciones de paz por él presentadas, se propuso intimidarla, atacando al mismo tiempo las principales plazas de la Flandes española. Y en efecto en Marzo de 1678, embistió á la vez á Yprés, Namur, Luxemburgo, Gante y Mons. Defendiéronse todas heróicamente, sin que el monarca francés lograra apoderarse mas que de Yprés y Gante, á pesar de los prodigios de valor que hizo en su defensa D. Francisco Pardo gobernador de esta última plaza, pero no consiguió tomar las demás, una de las cuales, Namur, estaba guarnecida por el tercio en que militaba Perez Mancheño. Mientras tanto continuaban en Nimega las conferencias para tratar de la paz, sin que por eso se interrumpiesen las operaciones militares, bien que seguidas con menos empeño, á pesar de lo cual se dió todavia un sangriento combate cerca de Mons, quedando indecisa la victoria y ambos ejércitos frente á frente preparados para renovar la peléa, cuando llegó á los dos campos la noticia de haberse firmado la paz, que por el lugar en que se verificó se llamó de Nimega. Separáronse en su vista los ejércitos, retirándose Villahermosa con los españoles á las plazas de Flandes.

Sobrevinieron luego sérias dificultades para la ratificacion del tratado. España que tantos sacrificios habia hecho en favor de sus aliados, habia sido olvidada y eliminada de él. ¡Qué á tal punto de decadencia y descrédito habia traido la inepcia de sus monarcas á la nacion que un siglo antes era árbitra de los destinos del mundo! Protestaron los representantes de Es-

paña D. Pedro Ronquillo y el marqués de Balbases, y por fin se firmó un tratado particular con el de Francia, por el que este devolvia al rey Católico las plazas de Charleroy, Bins, Ath, Oudenarde, Courtray, Limburgo, Gante, Rodenhuys, el pais de Waes, Saint-Chirlain, y la plaza de Puigcerdá en Cataluña, canservando Francia é incorporando á sus estados, todo el Franco-Condado, y las plazas de Valenciennes, Bouchain, Condé, Cambray, Ayre, Saint Omer, Yprés, Werwick, Warnaton, Popeningue, Bailleul y Cassel en Flandes y el Artois.

Culpa grande fué de nuestros gobiernos por su apatía y lentitud en enviar socorros á Flandes y en proveer á nuestros generales de los medios de hacer con ventaja la guerra, sometiéndolos además á la direccion del Príncipe de Orange, que interesado en vencer pero tambien en deprimir el engrandecimiento de España, sacrificó siempre á sus fieles aliados.

IV.

Faltan datos de la vida de D. Francisco Perez Mancheño en las dos últimos campañas. Es de suponer que durante ellas ascendiese, puesto que en 1680, aparece de guarnicion en Bruselas como capitan de una compañia en el tercio de D. Juan Francisco Manrique. Hasta esa fecha los negocios de Flandes fueron de mal en peor.

No habia guerra; pero continuaba la mala administración: las tropas no se pagaban, y los mercenarios

sublevábanse con frecuencia abandonando sus presidios, para saquear el pais, acentuándose con esto mas el odio á los dominadores. Los soldados españoles que allí quedaban, aunque sin pagas ni recursos, conservaban su disciplina, sin lo que los flamencos habríanse revelado para sacudir el yugo y recobrar su independencia, siguiendo los pérfidos consejos y las instigaciones de los agentes de Luis XIV.

Comenzó el año 82, con funestos auspicios. Rompiendo las olas del mar los diques con que le tenian sujeto los flamencos. inundó las provincias de Brabante, Holanda y Zelanda, sepultando en las aguas, poblaciones y comarcas enteras. Los momentos de tanta desolacion fueron los elejidos por Luis 14 para pretender se le cediera el condado de Alost en la Flandes Oriental, y que le rindiese homenaje el ducado de Luxemburgo, por suponer que estas exijencias formaban parte de las concesiones que se le hicieron en Nimega: y como el rey de España, despues de oido el consejo contestase que no resultaban del testo del tratado esas concesiones, Luis 14 dió por rota la paz, invadió el condado de Alost, bombardeó á Luxemburgo y puso sitio á Conrtray. Sus recaudadores osáron llegar exijiendo tributos hasta las puertas de Bruselas, por lo que indignados los españoles, le rechazaron á viva fuerza. Mientras tanto, el gobernador de Conrtray que ignoraba las intenciones de los franceses. envió á preguntar al mariscal de Humiéres el objeto de la aproximación de tantas tropas. siendole contestado que se rindieran, si queria salvar á los fieles habitantes

de la ciudad. Desesperada la corta guarnicion española, defendióse heróicamente con muerte de muchos franceses, pero al fin tuvo que retirarse á la ciudadela. Dueño entonces Humiéres de la poblacion batió y bombardeó la fortaleza, abrió trinchera y la asaltó varias veces siendo siempre rechazado, hasta que sin auxilios ni municiones, viéronse precisados los españoles á capitular saliendo con los honores de la guerra. Dueño ya de Courtray el Mariscal, pasó á Dixmude que tomó en poco tiempo.

Juzgada con severidad la conducta del monarca francés en toda Europa, para sincerarse Luis publicó un manifiesto en que aseguraba estar dispuesto á reanudar sus relaciones amistosas con España y el Imperio; que si no se le daba Luxemburgo, se contentaria con Courtray y Dixmude; que si el Rey de España queria darle un equivalente en Cataluña ó Navarra, tomaría una parte de la Cerdania, con Puigcerdá, la Seo de Urgel, Camprodon y Gerona, ó bien Pamplona y Fuenterabia en Navarra y Guipuzcoa. Daba de plazo hasta fin de año para que el rey de España aceptase esas condiciones, pasado el cual le hacia responsable de todas las desgracias de la guerra. Que á tal desconocimiento de todo derecho, á tan descarado é inaudito abuso de superioridad y de fuerza se arrojaba desbordada la ambiciosa soberbia de Luis XIV.

A pesar de su debilidad é impotencia, la dignidad herida de Cárlos 2.º no se resignó á aceptar tanta humillacion, y prosiguió mas encarnizada la guerra. Consiguió con sus intrigas Luis XIV que no aprontasen los

imperiales un ejército de 14.000 hombres que segun los tratados estaban obligados á darnos, y entretuvo sus tropas el resto del 83 y principios del 84 en saquear los pueblos hasta llegar la primavera, época oportuna para empezar sériamente sus operaciones.

Emprendió el marqués de Crequi el sitio de Luxemburgo, plaza que por sus condiciones topográficas y por la perfeccion de sus fortificaciones pasaba casi por inexpugnable. Pero los formidables medios de ataque que empleó Vauban que dirijía el sitio, hicieron inútiles los esfuerzos de la corta guarnicion de españoles y valones. Constaba esta de solos 2.000 hombres mandados por el Principe de Chimay, noble flamenco al servicio de España. Formaban el ejército sitiador cuarenta y cinco mil soldados mandados por Crequi, teniendo como auxiliares al Mariscal de Uxelles, y los generales Tilladet, Rubantel y Humiéres. Viernes 28 de Abril del 84 comenzó aquel celebre sitio, y en el mismo día revistó Luis XIV su ejército. Habían los franceses echado varios puentes sobre el Escalda, de modo que todas sus fuerzas se daban la mano, quedando la plaza completamente cercada.

Abrióse la primera paralela á 300 metros y durante los trabajos hicieron los sitiados varias salidas para inutilizarlos, matando en una de ellas al general francés Roquevieille. El 7 de Mayo quedó terminada, y el 16 se empezó la segunda á 150 metros de la contraescarpa, á pesar de las continuas salidas de los si-

tiados. En 12 de Mayo acercó la trinchera á 50 metros de los muros, mientras que en una salida llegaron los sitiados hasta la tienda de Crequi hiriendo en ella al Duque de Lauzun, y matando al marqués de Humiéres y á los brigadieres Lavalette, Conti y Mompezat. Por último despues de rechazados varios asaltos, haber disparado los sitiados cincuenta mil tiros de cañon, y arrojado al campo enemigo siete mil quinientas bombas, trás 27 dias de trinchera abierta, apurados todos los medios que el valor, la prudencia y el arte ofrecen al general mas consumado, capituló el príncipe de Chimay, saliendo honrosamente de la plaza con banderas desplegadas y tambor batiente, cuatro cañones y las correspondientes municiones. Con él saliéron 1,600 soldados y 2.000 mugeres y niños, todos los que fueron conducidos á Stocken en Lieja para quedar allí en libertad.

Como prueba del abandono en que tenia el gobierno español á los estados y al ejército de Flandes, cuentan los historiadores franceses que tomada Luxemburgo, hacia Vauban trabajar en las escavaciones del foso, y sacar piedras para restaurar las fortificaciones; lo que visto por los oficiales españoles que aun estaban en la plaza, no debiendo salir hasta dos dias despues, manifestáron su estrañeza de que tan pronto se reparasen los estragos del cañon y las bombas, cuando hacia siete años que ellos habian tomado á Philisbourg, y aun estaba abierta la brecha por donde entráron.

La pérdida de Luxemburgo obligó al débil Cárlos II á acceder á las exigencias de Luis XIV, y en su consecuencia en 9 de Junio del 84 firmóse en Ratisbona un tratado de paz, por el que quedó á Francia el Luxemburgo, devolviéndose á España Dixmude y Courtray, bien que arrasadas sus fortificaciones.

No se halló en Luxemburgo Perez Mancheño. Era capitan á la sazon. Llevaba veinte años de continuas campañas en mar y tierra, y sus escepcionales aptitudes habian llamado la atencion del gobernador general Marqués de Grana, quien desde principios del 83, le confió el mando de un bajel que recorria constantemente el canal de Ostende á Brujas, para impedir á los franceses el paso al pais del Norte. Los cuatro años que en su juventud pasó en los barcos de guerra, le habian hecho sin duda mas apto que cualquiera otro para ese servicio, al mismo tiempo que aguerrido veterano tenia la esperiencia necesaria para que se le confiase un mando independiente.

No tomó parte por lo tanto en las batallas campales que se dieron en aquella campaña, ni en los sitios de plazas. Pero su servicio permanente le proporcionó una série de encuentros casi diarios, con los destacamentos y partidas de forrajeadores franceses, así como con los convoyes que intentaban seguir el canal, consiguiendo con su denuedo y exquisita vigilancia, desbaratar siempre al enemigo, y evitar que este pasara al pais del Norte, para ejercer en él su sistema

de devastacion y pillaje. Duró su mando en el canal hasta principios de 1684, en que se le dió la mision de recorrer con su compañia todo el pais comprendido entre Ostende, Gante y Brujas, limpiándolo de las partidas de merodeadores que con pretesto de exigir contribuciones por el rey de Francia, devastaban aquella comarca. Desempeñó su mision con su acostumbrada diligencia, derrotando al enemigo donde quiera que lo encontró, señaladamente en una ocasion junto á Ostende en que hallando un fuerte destacamento de infanteria y caballeria, en número de 300 soldados, lo acometió con tal ímpetu y brio, que lo desbarató y destruyó, causándole 60 muertos y 150 prisioneros, con los que entró en Ostende en el mismo dia. Semejante conducta mereció la aprobación general de sus jefes, y que se le dieran las gracias por su comportamiento en nombre del rey.

Firmóse la paz de Ratisbona que tampoco habia de durar mucho tiempo, y á poco murió en Bruselas el Gobernador General marqués de Grana. Abrióse en su consecuencia el pliego cerrado que segun costumbre estaba depositado en poder del Gobernador del castillo de Amberes, y que contenia el nombre de la persona en quien recaia el cargo interino, caso de fallecer el Gobernador, hallándose el nombre del Maestre de Campo General D. Antonio de Agosto, que al ser confirmado en propiedad en dicho cargo por el Gobierno de España, obtuvo el título de Marqués de Gastañaga.

V.

Transcurriéron los años de 85, 86 y 87 sin que se turbase ostensiblemente la paz. Cierto que los agentes de Luis XIV, continuaban sus trabajos, y que los contrabandistas franceses, auxiliados por su Gobierno y aprovechando la situacion de las plazas que Francia poseia en el Artois y en el Luxemburgo, arruinaban por completo nuestro comercio, dando lugar á continuas reclamaciones jamás atendidas. Atrevióse el rey de Francia hasta á hacer colocar postes con sus armas demarcando el límite de sus posesiones, junto á las mismas murallas de Namur, y para consentir en retirarlos mil pasos mas lejos, hubo que sacrificarle la villa de Valcour, y todos los pueblos y aldeas que aun conservaba España entre el Sambre y el Mosa.

Urgia atajar á todo trance la desmedida ambicion de Luis XIV, y sus pretensiones de dominacion sobre la Europa entera, y al efecto los ministros españoles trabajaban con las demas potencias para conseguir una confederacion que al fin se firmó en Junio del 86 y se llamó la liga de Augsburgo. En ella entráron el Imperio, Suecia, España, y algunos Príncipes alemanes, sin que el monarca francés ni sus ministros llegaran á apercibirse de ello, hasta bien entrado el 87: tratando entonces de conjurar el peligro, bien seduciendo á unas potencias con promesas, bien intimidándolas con amenazas, no descuidó Luis sus preparativos, y á principios de 1688, penetráron sus ejércitos en Alema-

nia.

A este tiempo ocurrió un suceso de la mayor gravedad que hizo variar en gran parte la política de las naciones; Guillermo de Orange, que, aunque le interesaba cuanto perjudicase á la Francia, no habia entrado en la liga de Ausburgo, habia hecho en Holanda grandes armamentos y aprestos por mar y tierra, cuyo objeto todo el mundo desconocia. Bien pronto cesó el misterio. Jacobo II de Inglaterra se empeñaba en imponer á su pais la religión católica y la monarquia absoluta. Su yerno Guillermo de Orange, calvinista que sostenia inteligencias secretas con los descontentos ingleses, dióse á la vela con numerosa flota en que llevaba cincuenta mil hombres que desembarcó sin resistencia en Inglaterra reuniéndosele al punto gran multitud de los descontentos. Abandonado Jacobo por todos huyó fugitivo á Francia, donde fué acogido en su corte por Luis XIV.

Declarado vacante el trono, convocó Guillermo una convencion nacional que confirió á su esposa Maria la corona de Inglaterra. Nadie tuvo la menor sospecha ni confidencia del intento de Guillermo, escepto acaso el Gobernador General Marqués de Gastañaga, con quien aquel conferenció repetidas veces en las fronteras del Brabante antes de partír para Inglaterra.

Esta revolucion alarmó á Luis XIV que por una parte perdia un aliado poderoso, y por otra veia el engrandecimiento de su constante enemigo el de Orange que disponia ya de todos los recursos de los Holandeses y la Gran Bretaña. Sin perder momento puso en

Flandes el francés, seis mil caballos y diez mil infantes al mando del mariscal de Humiéres, mientras el ejército del Rhin, con el Delfin á su frente sitiaba á Philisbourg, que tomó á los veinte y cuatro dias de abierta trinchera.

Mientras tanto en Flandes no hubo choques de consideracion, hallándose incorporado en su tercio Perez Mancheño lo mismo en esta campaña que en la siguiente de 1589. Luis XIV, para castigar los pueblos de Flandes que se resistian á pagarle tributos, mandó abrasar unos veinte, quedando sin abrigo y sumidos en la mayor miseria todos sus habitantes. Las tropas españolas mandadas por el príncipe de Vaudemont y Gastañaga no hicieron tampoco cosa de provecho, y comenzó la campaña de 1689, en que el Mariscal de Luxemburgo vino á mandar el ejército francés, mientras que el Elector de Baviera llegó á ponerse al frente de nuestras tropas en Flandes, con las facultades extraordinarias que tuvieron D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Favorecíanos el espíritu público, habiendo la rica y populosa Lieja hecho causa comun con los aliados.

Intentó el general francés Gournay sorprender dos regimientos de caballeria alemanes, y seiscientos infantes españoles que guarnecian la plaza de Huy, pero un huracan impidió á su infanteria llegar á tiempo hasta la plaza, siendo rechazada con grandes pérdidas la caballeria.

Ganóso Luis XIV de proporcionar gloria y nombre á su hijo el duque del Maine, nacido de su doble adul-

terio con la marquesa de Montespan, envióle al ejército de Flandes, bajo la inmediata tutela del Mariscal de Humiéres. Dióse entonces mayor impulso á las operaciones de la guerra para ofrecer al príncipe ocasion de ganar laureles. Calvo, general francés, que habia sido el defensor de Maestrick, acampó en Harlebec exigiendo cuantiosos tributos. Mas acometido por los aliados en Deinse, tuvo que retirarse á sus líneas esperando los socorros del Mariscal de Humiéres. Abrigaba el Elector de Baviera el proyecto de atacar todas las líneas francesas desde Yprés hasta Comines, mientras que los habitantes de los Pirineos bajos españoles por su parte, devastarian toda la comarca entreMalinas y Lovayna. Entre tanto los aliados ponian sitio á Maguncia y á Bonn, un destacamento francés enviado por el mariscal de Uxelles, llegó en sus correrías hasta incendiar un barrio de Bruselas, siendo vengado este ultraje con creces por el tercio de infanteria española de D. Juan Francisco Manrique, del que formaba parte como capitan Perez Mancheño, que persiguió y derrotó al destacamento francés, haciéndole en el alcance gran número de muertos y prisioneros.

En este tiempo se registra un hecho de pocas ó ningunas consecuencias, pero digno de pasar á la historia con el nombre de los valientes que le llevaron á cabo. Volvian á Bruselas treinta guardias del Gobernador Marqués de Castañaga, despues de haberle dado escolta hasta Dendermonde: al descansar en una aldea entre ambas ciudades, viéronse de improviso cercados por todo un cuerpo de ejército francés mandado por

el General Saint-Gelais que les intimó la rendicion: pero aquellos bravos acometieron á los franceses con tanto brío, que les hicieron retroceder varias veces, sosteniendose por largo rato el combate, hasta que para vencerlos tuvo Saint-Gelais que cargar en persona á la cabeza de sus oficiales. Agoviados entonces por el número, y ya sin municiones los doce que quedáron vivos, aunque todos heridos, fueron hechos prisioneros. habiendo muerto todos los demás. No cita la historia el nombre de aquellos españoles cuyo valor igualó al de los compañeros de Leónidas en las Termópilas. ¡Lástima grande que hayan quedado desconocidos, confundidos en el ignorado monton de bravos que nos costó la desatentada ambicion de Luis XIV!

Continuaban los sucesos de la guerra en el 88. con vária fortuna, sin que llegara á empeñarse accion alguna decisiva. Si por una parte caia en Bruchsal en poder de los franceses un destacamento de las tropas del Elector de Baviera, en compensacion. estas en un encuentro derrotáron á aquellos, matando á su jefe el General Saint-Gelais. Y si el príncipe de Waldeck con alemanes y españoles se vió obligado á retirarse sobre Valcour, atacado este punto por el Mariscal de Uxelles, fué rechazado por la guarnicion española con pérdida de trescientos soldados.

A principios de Setiembre hallábanse los ejércitos. el de Humiéres cerca de Bruselas, observado por Waldeck, y el de Calvo junto á Lille, vigilado de cerca por Gastañaga y Vaudemont. A pesar de ser los franceses en mayor número, forzaron los últimos el campo

atrincherado de Calvo, cobrando impuestos en las comarcas de Lille y Tournay, adquiriendo de este modo los recursos que su gobierno les negaba, aunque enagenándose la voluntad de los pueblos.

Sin dar batalla retiróse Humiéres sobre el Picton, repasando el Sambre, volviendo entonces Valdeck á Montigny, y Gastañaga marchó á Oudenarde despnes de un combate de caballeria que costó la vida al coronel francés Longuevat. Mientras tanto el Elector de Baviera continuaba el sitio de Bonn, que se le rindió al fin, muerto el francés Asfeld que allí mandaba, y á fines de Octubre separarónse lás tropas de uno y otro bando, retirándose á sus cuarteles de invierno, quedando fuertes guarniciones españolas en Namur y Charleroy. Perez Mancheño hizo estas dos campañas en su tercio formando parte del ejército del Marqués de Gastañaga.

Al empezar el año de 1690, hiciéronse en Francia grandes preparativos. Aumentóse su ejército hasta el punto de contar 135 regimientos solo de caballería. De ellos 70, compuestos cada uno de 12 compañias, 32 de ocho, y los 33 restantes de dragones con 15 compañias cada uno. Hallábase entonces Luis XIV en todo el apogéo de su gloria y su poder. Decidido á imponer su soberana voluntad á Europa entera contra él coaligada, levantó cinco numerosos ejércitos. El de Alemania confiado al Mariscal de Lorges, tenia 34 batallones y 111 escuadrones. El del Mosela mandado por el mariscal Boufflers, constaba de 24 batallones y 64 escuadrones. El de Flandes, que puso á las órdenes

de Luxemburgo, revistaba 27 batallones y 91 escuadrones. El del Delfinado rejido por el insigne Catinat tenia trece batallones y 64 escuadrones. Por último constaba el de Cataluña de 18 batallones y 24 escuadrones, á las órdenes del duque de Noailles. Que tal alarde de fuerzas puede hacer un pais rico como la Francia, á pesar de tal série de guerras, cuando tiene la fortuna de hallar buenos Ministros, como lo fueron Sully bajo Enrique IV, Richelieu bajo Luis XIII, Mazarino durante la minoria de Luis XIV, y finalmente en tiempos del último Colbert y Louvois.

En el mes de Mayo entró en campaña el ejército francés, cuya caballeria mandaba nominalmente el Duque del Maine. Su primer acto de hostilidades, consistió en haber vadeado el rio el Mariscal de campo Vatteville por encima de Namur, apoderándose de un reducto de los españoles: mas disgregando sus fuerzas para destacar una parte de ellas, á fin de que incendiasen los pueblos que se negaban á satisfacer contribuciones que les exigia, dió tiempo á que acudiese la guarnicion de Namur, que le derrotó causándole muchas bajas y las de algunos jefes de graduacion. Mientras tanto los españoles y su general Gastañaga lamentábanse acerbamente de la lentitud de los holandeses y de su general el príncipe de Valdeck, que no se les incorporaban, dejando sobre ellos todo el peso del ejército de Luxemburgo, quien acampado primero en Deinse, dirigióse despues al pais de Waes, adelantando por el canal entre Brujas y Gante.

Destacado Perez Mancheño en este canal desde Di-

ciembre anterior, y teniendo consigo solos 150 hombres, vió sobre sí todo el ejército francés. No perdió la serenidad nuestro veterano capitan, que despues de inutilizar todos los efectos y municiones que no podia llevarse, para que no se aprovechára de ellos el enemigo, retiróse paso á paso atravesando por entre los numerosos destacamentos de forrajeadores del ejército frances, siempre manteniéndolos en respeto, sin perder un solo hombre, hasta llegar á Bruselas. Retirada fué esta de un mérito extraordinario que reconocieron todos los generales, quienes expidieron á Perez Mancheño honrosísimos certificados de su conducta en tan apurado trance. No le valió esta sin embargo grado ni ascenso alguno, que los grados entonces no se prodigaban, dándose todavia mas que ahora, mas bien al favor que á los merecimientos. Quedó pues simple capitan como antes en su tercio, formando parte de las tropas que mandaba Gastañaga, que se oponian á los franceses á lo largo del curso del Lys. Por nuestra parte habia este ejército, y ademas otros dos, formado uno de holandeses que mandaba el Elector de Baviera y acampaba en Bruchsal cerca de Philipsbourg, y otro de alemanes á cuya cabeza estaba el Elector de Brandeburgo, y se hallaba entre Dinant y Charlemont, frente al francés que mandaba Boufflers. Los dos últimos contaban con numerosa artilleria, sacada de los parques de Maestrick. Todo anunciaba una gran batalla que se dió al fin en Fleurus en primero de Julio. El Mariscal de Luxemburgo que comandaba las tropas francesas, era el mas brillante discípulo del gran

Condé, y el mas ilustre de los generales que á la sazon tenia la Francia. Dotado de segura y rápida ojeada, dando siempre órdenes claras y precisas, activo, previsor y resuelto, no podia ser comparado con el principe de Valdeck que mandaba los aliados, que aunque valiente, era irresoluto y lento en decidirse. En infanteria contaban ambos con iguales fuerzas, pero la caballeria francesa era infinitamente superior á la de los aliados que á su vez tenian mejor artilleria.

Era el objeto esencial de Luxemburgo franquear el Sambre, detras del que acampaba Valdeck: supo desorientar á este que se dirigíó sobre Traseguies, mientras que los franceses desembocaban en Fleurus. Advertído Valdeck demasiado tarde de la verdadera intencion de sn adversario, retrocedió viniendo al dia siguiente á formar en batalla detras de las villas de Saint-Amand y Fleurus. Luxemburgo que habia conseguido ocultarle algunas de sus fuerzas, formó en Velaine sobre el Sambre, desde un arroyo que va á perderse en este rio, hasta el castillo de Malcourt. Ambos ejércitos pasaron la noche del 30 de Junio al 1.º de Julio frente á frente, preparándose para el combate. Los aliados apoyaban su derecha en las alturas que se estienden entre Hepígnies y Waugenies, y su izquierda en Saint-Amand, teniendo por delante á Fleurus. Al amanecer avanzó el ejército francés en cinco columnas, desplegándose entre Velaine y Fleurus;.en el centro traia su artilleria flanqueada por una columna de caballeria y una linea de infanteria. La posicion de Valdeck estaba bien elegida, apoyado su flanco iz-

quierdo en un pueblo y un arroyo: pero en la creencia de que no podia ser envuelto de ese lado, olvidó dejar un cuerpo que observase los movimientos que los franceses operasen sobre la retaguardia. El rápido golpe de vista de Luxemburgo, supo aprovechar al momento esa falta: á favor de una eminencia que ocultó el movimiento, dirigió toda la caballeria de su derecha sobre la izquierda del príncipe de Valdeck; llenando en seguida los huecos que quedaban en su línea, con refuerzos que le llegaron, desplegó por el frente el resto de sus fuerzas, lo que engañó á Valdeck sobre las verdaderas intenciones del Mariscal. Seis batallones enemigos ocuparon á Fleurus: la caballeria francesa avanzó por ambos lados del pueblo, colocándose 30 cañones en bateria en las alturas desde Fleurus hasta Saint-Esmont. Mientras que sus tenientes llevaban á cabo este ataque de frente, Luxemburgo con la mayor parte de su derecha á lo largo del flanco izquierdo de los aliados, cargaba impetuosamente su retaguardia y atravesaba el arroyo de Ligny. Enteramente ocupado Valdeck con el ataque que por el frente le dirigian, no tuvo conocimiento hasta muy tarde del movimiento envolvente de Luxemburgo. Sorprendido de verse envuelto por un enemigo cuyas fuerzas creia inferiores, intentó remediar la falta á favor de un cambio de frente, ordenando á su segunda línea formar en batalla entre Wagnée y Chesseau, y destacó su reserva para apoyar el movimiento. Pero Luxemburgo, avanzando con 30 piezas de artilleria colocadas á su frente. rompió y dispersó la caballeria aliada: igual suerte si-

guió la infanteria mezclada con ella, que fué puesta en completa derrota. Mientras se libraba este combate en la retaguardia de nuestro ejército, el centro y la izquierda del frances atacaban el centro del nuestro, subiendo las alturas de Waugenies. La artilleria aliada bien servida, hizo esperimentar enormes perdidas á la caballeria francesa sin que pudiese socorrerla la infanteria. Sangrienta fué la lucha en este punto. Por desgracia la izquierda aliada estaba demasiado mal trecha para poder aprovecharse de las ventajas que se obtenian en el centro. Cargó entonces la caballeria francesa en masa; rechazados los aliados hácia los pueblos, y divididos en dos mitades, Luxemburgo hizo avanzar de nuevo su derecha para decidir la batalla, y Valdeck dió la señal de retirada teniendo que abandonar á su suerte los diversos destacamentos que habia colocado por las aldeas y castillos de las cercanías, que cercados por todas partes, viéronse precisados á rendirse. Retiróse Valdeck á Charleroy y despues á Bruselas donde reuniéndosele los Españoles de Gastañaga, rehizo nuevamente su ejército. Tal fué la batalla de Flenrus en la que se demostró una véz mas que el exito de los combates se debe mas que al valor de los soldados, al génio de los generales. Perdieron los aliados 49 cañones, seis míl muertos, ocho mil prisioneros, mnchas banderas y doscientos carros de municiones. No fué menor la pérdida del francés, pero quedó dueño del campo, si bien los regimientos de Champagne, Vertillac y otros, quedaron completa-

mente en cuadros.

Acampó Luxemburgo en Chatelet sobre el Sambre mientras rehacia sus pérdidas, y organizaba el pillaje, porque debe advertirse que en aquella época se hacia la guerra de diferente manera que hoy. Los ejércitos tenian almacenes pero solo de municiones. En cuanto á los víveres, el trabajo de la administracion consistia en dividir el pais en secciones de diez ó doce pueblos, adjudicando uno á cada cuerpo de ejército, que ponia oficiales en los pueblos, para que el saquéo se hiciese con orden y se aprovechara mejor. Asombra pensar cómo el desgraciado pais de Flandes pudo soportar tantos años de constante guerra, sufriendo siempre la onerosa carga de tres ó cuatro ejércitos numerosos, víctima á más del robo y el pillaje, de todos los desórdenes y atropellos de la desenfrenada soldadesca.

En medio de los horrores de la guerra, llevabánse á cabo actos de esquisita galanteria entre los generales de uno y otro bando. Negó el Marqués de Gastañaga al Mariscal de Luxemburgo y al Duque del Maine un salvoconducto que le pidiéron para traer encajes al ejército: pero en cambio envió al campo francés unos comerciantes con multitud de cajas de riquisimos encajes de Bruselas y Malinas, por valor de 10.000 escudos, con expresa órden de no recibir el precio.

Tornó á Francia Luxemburgo en Octubre, quedando Boufflers al frente del ejército, quien fortificó á Courtray, Dixmude y Turnes, poniendo en ellas once batallones y 10 escuadrones, mientras recorria con su caba-

llería toda Flandes, incendiando los pueblos hasta Lovayna, y exijiendo contribuciones para el sostenimiento de las tropas francesas.

Unido esto á la orden dada por Luis 14 de ahorcar á todo paisano que se encontrase á mas de una legua de su pueblo, lo que hizo que ya no llevasen nada á las ciudades, se acabó de desolar el pais.

No suspendió lo rigoroso del invierno de 1691 las operaciones del ejército francés. No siendo el hielo bastante grueso para soportar el peso de la artilleria Boufflers echó puentes de barcas sobre los canales de Brujas y el Sas de Gante, invadiendo todo el pais del Norte, exijiendo y recaudando fuertes tributos de los pueblos, á quienes el inútil marqués de Gastañaga, aconsejó que pagasen, no hallándose en estado de socorrerlos, ni de resistir á los franceses.

En Holanda el general francés Artagnan, se apoderó del fuerte de Plaspfendal, sin que apenas le opusiera resistencia la guarnicion inglesa, que ni aun rompió el hielo del canal que pasáron los franceses á pié enjuto. Dueños estos de tan importante fortaleza, la arrasaron, estando demasiado avanzada para que pudieran conservarla.

Llegado Marzo comenzaron á dirijirse á Flandes considerables cuerpos del ejército francés, que habia invernado en Lorena, Tréveris y algunos puntos de Francia. Traian consigo gruesa y numerosa artilleria y subsistencias para dos meses para 100.000 hombres y 30.000 caballos, con lo que llegó á reunir Boufflers sesenta y cuatro batallones y doscientos escuadrones.

Deciáse que Luis 14 en persona venia á ponerse al frente del ejército, con lo que en el campo aliado corria el rumor de que los franceses iban á emprender un sitio importante el de Mons ó el de Namur; pero la impericia y ligereza del gobernador general Gastañaga desoyó todos los consejos. Aseguró repetidas veces al rey Guillermo de Orange, que nada habia que temer por Mons, plaza fortísima defendida por doce mil hombres y con medios y provisiones suficientes para resistir un largo asedio. Lo de la fortaleza de la plaza era cierto, pero ní su guarnicion era tan numerosa, ni tenia provisiones algunas, careciendo por lo tanto de todo medio de resistencia: hasta la guarnicion estaba sin oficiales, hallándose la mayor parte de ellos en la Haya adonde habian ido á festejar á Guillermo de Orange. Resultado de tanta impresion y abandono tanto, fué que de repente poniendose Luis XIV al frente de 100.000 hombres, sitió á Mons cuando menos lo esperaba el príncipe de Berghes su gobernador que con seis mil hombres, en su mayor parte españoles la guarnecia,

Era Mons, en holandés Bergen, la antigua "Montes Hannoni," ciudad rica y populosa que pertenecia á España desde qúe en 1572 la conquistó el duque de Alba, para Felipe II, Dividida en dos partes por el rio Trouille, la una se eleva en forma de anfiteatro por la pendiente de una escarpada colina en cuya cumbre se levanta la ciudadela, mientras la otra se estiende por

la llanura; comunican ambas entre si por medio de cuatro puentes, y están comprendidas por completo en el sistema de fortificaciones de la plaza, considerada como casi inexpugnable. Hállase cercada de robustos muros formando un polígono flanqueado por catorce bastiones, rodeados de profundos fosos, que se inundan fácilmente. Defendíanla como hemos dicho seis mil soldados, de ellos cuatro mil españoles, de los tercios de D. Francisco Manrique y D. Juan Diaz Pimienta, y dos mil holandeses.

Al presentarse Boufflers ante la plaza con 35.000 hombres, 90 cañones y 30 morteros, tren de batir que aun hoy sería considerable, el Gobernador Príncipe de Berghes, envió aviso al instante á Bruselas, donde se hallaba á la sazon el Elector de Baviera con el gobernador general Gastañaga, quien despidió con enfado al mensajero tachando de falsa la noticia; que á tanto llegaba la ceguedad de nuestros generales. Hubo de rendirse poco despues á la evidencia, y reuniendo sus fuerzas á las de Guillermo de Orange, intentaron ambos libertar la ciudad. Mas ya era tarde. Habíase dado lugar á que Luxemburgo con su ejército ocupase la posicion apoyado por una parte en el rio, y por otra en las tropas sitiadoras, y á pesar de la superior inteligencia militar de Guillermo de Orange, y de que concentrando y llamando á sí todas las fuerzas de holandeses y españoles, llegó á reunir bajo su mando cien mil hombres, número superior al del ejército

de observacion de Luxemburgo, jamás pudo ni forzar las posiciones de este, ni romper las líneas de los sitiadores, quedando la plaza abandonada al solo esfuerzo de los sitiados. Sacrificio estéril que no logró salvar la ciudad.

El 17 de Marzo salió Luis XIV de su corte para el sitío de Mons, acompañado de Louvois su ministro de la guerra, y de su ingeniero Vauban que debia dirigir las operaciones. Falta de jefes la guarnicion de Mons, envió Orange apresuradamente á dos mariscales de campo, Bressé y otro, que antes de entrar fueron hechos prisioneros por los franceses.

Llegó Luis XIV al campo delante de Mons el 21 de Marzo, y enseguida dispuso Vauban emprender los trabajos del cambio de curso del rio, medida que consideró indispensable. Recorria el rey á caballo diariamente todas las líneas, sufriendo el fuego de cañon de los sitiados, que hizo alguna vez blanco entre los oficiales que le acompañaban. El 22 empezó á jugar la artilleria de el sitiador, que por las noches disparaba bala roja. Abrióse la trinchera el 24 á medio tiro de mosquete de la plaza, que no cesaba un punto los fuegos. Una salida que hicieron los sitiados para impedir los trabajos del cauce del rio, costó á los franceses mas de cien hombres, pero no pudieron conseguir aquellos su propósito. Establecido un completo círculo de baterias á cincuenta pasos de los muros, daba el Rey ejemplo de valor á sus soldados, permaneciendo de pié sobre el parapeto luengo rato, bajo el fuego de los sitiados, teniendo la fartuna de salir ileso. Mudado el

cáuce del rio, quedó desaguado y expedito el punto señalado por Vauban para el ataque, que se fijó para el 1.º de Abril: pero en aquella misma mañana una salida de los sitiados, sostenidos por el nutrido fuego de la muralla y del camino cubierto, inutilizó los trabajos y lanzó de sus posiciones á los franceses, quedando los españoles dueños de la tercera paralela, con muerte de sus jefes y soldados, siendo herido de bala de mosquete el mismo mariscal Boufflers. Mas al dia siguiente 2, un ataque de los mosqueteros mandados por Maupertuis y Artagnan, sostenidos por grandes masas, les hizo recuperar todo lo perdido. Mientras seguian las operaciones del sitio con igual encarnizamiento por una y otra parte, Orange con su ejército acudia en socorro de Mons, llegando el 4 de Abril hasta Vilvorde á pocas leguas del campo, y el 5 hasta Hall: pero puesto en respeto por el ejército de Luxemburgo á quien se habia reunido Humiéres y toda la caballeria francesa, tuvo que pasar por la humillacion de que casi á su vista, contando él poderoso ejército, capitulase la plaza sin poder auxiliarla, cuando ya habia agotado todas sus municiones, empezaba á carecer de víveres y estaba convertida en un monton de humeantes ruinas causadas por las bombas y balas rojas del sitiador. Firmada la honrosa capitulacion, desfilaron el 10 de Abril ante Luis XIV los 400 defensores que quedaban, y segun se espresa un testigo presencial, de ellos, los soldados de Brandeburgo, eran tropa muy lucida y galana: los holandeses iban bien portados, y los españoles muy pobres y derrotados:

que siempre los soldados españoles han sufrido sin quejarse, hambre, sed, miseria y todas las penalidades, venciendo allí donde otros no hubieran podido ni aun sostenerse. Uno de aquellos valientes que tal impresion hicieron en el historiador francés por lo pobre y derrotado de sus trajes, armas y uniformes, era Perez Mancheño, que con los demas españoles, cumpliendo la capitulacion tomó la vuelta de Namur, mientras que mas de quinientos soldados de los de Brandeburgo y Holanda, se pasaron al partido del francés. Los galanes, ricos y bien portados, hacian traicion á sus banderas: los miserables, hambrientos y desnudos, estenuados los mas por las heridas y todos por las privaciones del sitio, vencidos por la incuria de Gastañaga, que no por las armas francesas, tornaban cabizbajos á sus reales, para renovar al dia siguiente la lucha y volver á ofrecer desinteresadamente su noble sangre á la patria. Cuando los franceses entráron en Mons, halláron abrasadas y derruidas tres cuartas partes de las casas de la ciudad. ¡Tan grande fué el estrago causado por el incesante fuego de sus cañones!

Suscitóse en todas partes en Flandes, furioso enojo contra el marqués de Gastañaga. Hablábase entre los soldados españoles nada menos que de prenderle, destituirle y mandarle á España. El rey Guillermo escribió á Cárlos II quejándose acerbamente de la conducta del Gobernador: pero sostenia á este su íntimo amigo D. Manuel de Lira, confidente de la Reyna, y no pudo conseguir su remocion. Lejos de eso, cuando mas adelante fué separado de su cargo, fué nombrado Vi-

rey de Méjico, puesto aun de mayor importancia, que solo se confiaba á personas de gran valer para que á la autoridad del cargo acompañase la de la persona. ¿Qué estraño es que gobernadas nuestras posesiones de ese modo fuesen perdiéndose poco á poco?

Continuáron los sucesos de la guerra en Flandes, pero con menos actividad. Perdido Mons, volvióse Guillermo á Inglaterra. Encerrado Gastañaga en su palacio de Bruselas, negábase á ver á nadie, y no tomaba disposicion alguna. Mientras que Boufflers reparaba apresuradamente las fortificaciones de Mons, volvia á Francia Luis XIV, despues de premiar á Vauban regalándole 100.000 escudos, y convidándole á comer, inesperada honra que dejó aturdido al ilustre ingeniero, y mas confusos aun á los cortesanos, por ser la primera vez que el rey sentaba á su mesa á una persona que no fuera rey ó al menos Príncipe de la sangre. Mas tarde dispensó igual honra al inmortal Moliére, reconociendo de este modo la soberania del génio y del talento.

Luxemburgo, unidas sus tropas á la de Humieres, acampó en Aarlebec, de donde se dirijió á Hall que sitió y tomó en pocos dias á los holandeses y alemanes que la defendian. Mientras tanto, terminadas las fortificaciones de Mons, Boufflers se dirigió con su ejército á Lieja. Asentado frente aquella ciudad su tren de batír, disparó sobre ella tantas bombas y balas rojas, que abrasó segun el parte que envió á Luis 14, mas de 3.000 casas, estimándose solo el daño causado en los edificios en 40 millones de pesetas. Lo mismo hizo

Luxemburgo en Hall, que arrasó no dejando en pié mas que las iglesias.

La fama de este suceso, hizo que Guillermo de Orange volviese inmediatamente de Inglaterra. De su propia autoridad, nombró general de las tropas de España en Flandes al Príncipe de Vaudemont, cargo en que este fué confirmado por Carlos 2°. á pesar de las representaciones de Gastañaga, que continuó no obstante todavia de Gobernador general por algun tiempo.

Reunidos los españoles, dirigiéronse mandados por Guillermo á la Bigarde, donde estaba Valdeck, con las fuerzas de Holanda. Halló el rey de Inglaterra el ejército encerrado en un campo atrincherado, y para reanimar el valor de sus trcpas, derribó las empalizadas y cegó las trincheras abriendo todos los pasos, como hombre seguro de vencer si le acometen. En efecto, su posicion era inexpugnable, y bien lo conoció Luxemburgo que no pudiendo subsistir en Hall, marchó en batalla con su ejército llegando hasta Braine le Comte sin atreverse á embestir á Orange, á pesar de haber reforzado sus tropas con diez batallones y 31 escuadrones que sacó del ejército de Bouftlers. De esta manera ambos campos, frente el uno del otro, permanecíeron muchos dias, respetándose mútuamente, sin que llegasen á las manos mas que los destacamentos de caballeria que los dos tenian diseminados observándose.

Semejantes á dos hábiles jugadores de ajedréz, Luxemburgo y Guillermo consumieron el resto de esta

campaña en sábias evoluciones y estratégicos movimientos, intentando cada cual atraer al otro á un campo de batalla en que tuviese menos probabilidades de éxito.

Digna del estudio de los hombres de guerra es aquella lucha constante de ardides, en que los soldados de uno y otro bando reconocieron varias veces todo Flandes de Norte á Sur, y de Este á Oeste, sentando sus reales á cada paso en campos fortificados, poniéndose en marcha de nuevo á las pocas horas, volviendo en seguida al mismo punto, retrocediendo ó avanzando, dispuestos siempre á aprovechar el menor descuido, la mas leve vacilacion de su contrario, y sin hallar una ocasion oportuna. Campaña fué aquella, aunque sin resultado alguno, bastante á acreditar á ambos generales como tácticos consumados.

Duró este continuo movimiento desde Agosto á fin de Octubre, en que ambos ejércitos se retiraron como de costumbre á sus cuarteles, dejando Luxemburgo fortificadas las plazas de Courtray, Dixmude y Furnes. A su llegada á Bruselas renováronse los disgustos entre Guillermo de Orange y el gobernador Gastañaga, quien pidió su relevo á la corte de España.

En su lugar fué nombrado gobernador general y generalísimo de las tropas el Elector de Baviera.

VI

Avivóse la guerra al empezar el año de 1692. Aprestó Luis XIV un ejército de 100.000 infantes y 56.000

caballos, y colocándose á su frente con Boufflers y Luxemburgo, entró en Flandes, dirigiéndose á poner sitio á Namur.

En Abril llegó á Bruselas el Elector de Baviera que al tomar posesion del Gobierno, halló tales cargos contra su antecesor Gastañaga, que le arrestó enviándole á España. Mas la influencia del favorito hizo que á su llegada á Madrid fuese puesto en libertad, recibiendo en vez de castigo, el virreinato de Méjico.

A la ordinaria falta de recursos, se añadia para España la desgracia de haberse perdido en el mar la mitad de la flota de Indias, con todos los millones con que se contaba para esa campaña. No obstante, aunque mas escasos en número y con menos recursos que nunca, dispusiéronse nuestros soldados á recibir dignamente al poderoso monarca francés.

Despues de celebrar este consejo con sus ministros Barbecieux y Chamlay, y los generales Luxemburgo y Vauban, dividió sus fuerzas en dos cuerpos. Con el uno al mando de Boufflers puso sitio á Namur en 8 de Mayo, y confió el otro al Mariscal de Luxemburgo, para que marchase al encuentro del de holandeses y españoles.

Desde los tiempos de César es Namur una de las plazas mas fuertes de los Paises Bajos. Pero muy estensa su línea de defensa para su escasa guarnicion que constaba solo de ocho mil hombres, españoles, ingleses y holandeses, no se esperaba pudiesen ofrecer mucha resistencia. Además habianse pasado á los franceses el Brigadier Baron de Bresséy que allí habia mandado

por España, y dado á Vauban completos detalles de las fortificaciones, señalándole los puntos mas débiles para un ataque. Gobernaba la plaza el Príncipe de Brabanzon, valiente. pero poco esperimentado, quien las vísperas del sitio hizo salir de ella 1.200 caballos, que fueron á unirse á las tropas del Elector. Dirigia las obras de defensa el ingeniero holandés Cohorn, rival de Vaüban, de suerte que se hallaban frente á frente los dos mas insignes ingenieros de la época. Luxemburgo habia dispuesto su ejército sobre el río Mehaigue de tal manera y en tan excelentes posiciones, que á pesar de que Guillermo de Orange y el Elector llegaron á reunir 100.000 hombres durante el sitio al otro lado del rio, no pudieron socorrer la plaza, pasando por el sonrojo de verla sucumbir á su vista. Mandó Barbanzon quemar todas las casas de los alrededores de la ciudad, para que no impidiesen los fuegos de la plaza, mientras que el enemigo echaba varios puentes sobre el Mosa. Segun los mismos franceses, si los aliadós hubiesen tenido la prevision de colocar un cuerpo solo de 15.000 hombres sobre las alturas que dominan el principio del arroyo de Védue, en las cercanias de la plaza, Luis XIV habriase visto precisado á retirarse, renunciando á apoderarse de Na nur.

Abierta la trinchera, comenzó á llover dia y noche sobre los sitiados espesa granizada de bombas y balas rojas que abrasaban por todas partes los edificios, mientras que treinta mil trabajadores, reclutados á viva fuerza entre los pacíficos paisanos de la comarca, se ocupaban en las obras de circunvalacion, llegando

en 30 de Mayo los trabajos á solos cien pasos de la plaza. Y aunque los sitiados no se daban punto de reposo, su débil artillería, de corto calibre y escasa de municiones, no lograba apagar los fuegos de la francesa. Intentó la guarnicion de Lieja, mandada por el Príncipe Tserclaes operar una diversion llamando á sí las tropas de Luxemburgo, mas fué rechazada con grandes pérdidas. Mientras tanto contiuuaba el sitio, y en 1.° de Junio, derribados por el fuego de cañon los parapetos de los muros de la ciudad, peleaban ya los sitiados á pecho descubierto. Menudeaban diariamente las salidas en que los sitiados llegaban hasta los cañones del sitiador, haciéndose matar unos y otros por la posesion de aquellos. En 2 de Junio un asalto de Boufflers le hizo dueño del arrabal de Jambe, que reconquistaron los sitiados batiéndose al arma blanca; mas volada una mina que hicieron los franceses al bastion que lo defendia, murió la mayor parte de los defensores. El dos de Junio, lienzos enteros de las murallas yacian en el suelo y habian terraplenado los fosos, facilitando el asalto á los sitiadores. Diéronlo estas en 3 de Junio y repitiéronlo en el 4, siendo rechazados con grandes pérdidas por una y otra parte, hasta que el cinco, convencido de la imposibilidad de defender recinto tan extenso, retiróse el gobernador con el resto de la guarnicion al castillo. Embestido este en la mañana del 7, defendióse heróicamente: hizo el 8 una salida la guarnicion arrollando y pasando á cuchillo todos los franceses que encontró al paso, pero teniendo que retirarse ante la superioridad numérica del ene-

migo. 90 cañones y 48 morteros vomitan por todas partes la muerte sobre los sitiados, que no cejan en su tenáz defensa. Acometen el 13 los franceses el principal reducto, siendo rechazados con muerte de novecientos hombres, quedando heridos al lado de Luis XIV que desde una altura presenciaba el combate, los condes de Nonant y Chatillon; pero de nuestra parte tuvimos sensibles pérdidas, entre otras las del valiente hijo del conde de Lemos, D. Francisco de Castro, muerto de una estocada, que sin tener en cuenta su riqueza y noble alcurnia, servía como voluntario entre las filas de nuestra gloriosa infanteria y la del Maestre de Campo D. Ramon de Rocafull.

Otra salída hicieron los sitiados en número de 300 españoles y 100 alemanes, con muerte de muchos franceses entre ellos un coronel. Mas agoviados por el número fueron hechos prisioneros los alemanes, y muertos los españoles, que dice el historiador francés Dangeau, "prefiriéron morir matando, á admitir el cuartel que se les ofrecia." Tan indomable era el valor de aquellos heróicos soldados!

Llegaban ya los sitiados al último estremo; desertábanse diariamente á centenares holandeses, ingleses y alemanes, ó mas temerosos de la muerte ó menos sufridos. Careciase por completo de mantenimientos, habiéndose concluido todo el pan y la carne de los últimos caballos. Desde el diez de Junio esperábase de un momento á otro en el campo sitiador, ver ondear bandera de parlamento en el castillo pidiendo capitulacion, y llegaba la noche despues de correr el dia sin

que se realizasen esperanzas tan lisonjeras para el francés; antes bien de dia y de noche y siempre tronaba el cañon de los sitiados, necesitando los sitiadores de toda su vijilancia, de todo su cuidado, para no ser sorprendídos por las constantes salidas de los primeros. Si Vauban establecia una bateria, oponíale otra Cohorn, si aquel abria un ramal de trinchera, al final de ella hallaba un reducto fortificado que detenia sus pasos.

Tomáron los franceses el 23 el bastion central despues de capitular el baron de Wimberge que con 1563 holandeses lo guarnecia, y á pesar de esa pérdida, resistian aun los Españoles. Recházaron estos el asalto que en la noche del 25 diéron los franceses, matándoles trescientos soldados, y renovándolo otra vez en la mañana del 27, lográron los sitiadores hacerse dueños del primer recínto, retirándose los españoles al segundo, despues de esperimentar ambas partes grandes y sensibles pérdidas. Nuevos asaltos sin éxito, obligáron al francés á recurrir á la mina, llegando como despues en Zaragoza, á batirse unos y otros en las entrañas de la tierra. Duró aquella lucha titánica hasta el 1.° de Junio, que estenuados, sin municiones, diezmados por el hambre, el hierro, y las enfermedades, capitularon honrosamente aquellos pocos valientes, que fueron conducidos á Gante, y alli dejados en libertad con arreglo á los términos de la capitulacion. ¡Con cuanta ira y sonrojo no verian á su salida del castillo, al otro lado del rio, el campamento de Guillermo de Orange, que á dos leguas escasas se encontraba!

Una horrorosa tempestad contribuia á hacer mas imponente la escena del desfile de los 1.800 españoles heridos en su mayor parte, que salieron de la plaza, llevando á su cabeza al heróico Barbanzon. Entre ellos formaba Perez Mancheño, de cuyo comportamiento en el sitio, hiciéron grandes alabanzas sus jefes, habiendo durante él ascendido á Sargento mayor de su tercio, que como se sabe era el de D. Juan Francisco Manrique.

La pérdida de Namur, además de los perjuicios que ocasionó á la causa de España, produjo una gran tibieza entre Guillermo de Orange y el Elector de Baviera, que se volvió á Bruselas sin perdonar á aquel nunca no haber socorrido la plaza.

Aumentóse mas la tirantez de sus relaciones por el hecho de que habiendo Guillermo mandado prender en Lovaina á Brabanzon el gobernador de Namur, y enviádole á Bruselas, el Elector le puso en libertad honrando en su persona el valor desgraciado.

Mientras tanto Orange reunia sus fuerzas, sembrando la voz de que pensaba reconquistar á Namur, 'cuya noticia hizo se aumentase hasta 18.000 hombres la guarnicion qne en ella pusieron los franceses. Pero la verdadera intencion de Orange, era atacar al mariscal de Luxemburgo, como lo efectuó en Steinkerque. Hallábase el ejército francés acampado entre esta última ciudad y Enghien, separada del holandes solo por una serie de desfiladeros. Orange con toda su infanteria acometió con impetu las lineas francesas; duraba el combate hacia algunas horas, haciéndose por una y

otra parte un fuego mortífero. cuando Luxemburgo dió la orden de echar mosquetes al hombro y cargar espada en mano. No pudo resistir tan vigorosa arremetida la infanteria de Orange, que quedó desbaratada, y hubo de retirarse, dejando siete ú ocho mil muertos, entre ellos los generales Makay y Sarrier, ingles el primero y holandés el 2.º.
Iguales pérdidas sufrió por su parte el francés con muerte de muchos jefes de alta graduacion, resultando herido el joven Duque de Chartres, tan famoso despues por sus vicios cuando desempeñó la Regencia de Francia durante la minoria de Luis 15. Ambos ejércitos quedáron maltrechos. Orange tuvo que retirarse á Bruselas para reponer sus pérdidas, y Luxemburgo retrocedió igualmente hasta Courtray.

No se hallaron los españoles en Steinkerque: pero en Bruselas, incorporó Orange á su ejército un considerable refuerzo que de Inglaterra desembarcó en Ostende, y emprendió nuevamenre la ofensiva, auxiliado por el Elector de Baviera que con un cuerpo separado de Españoles, seguia su movimiento á corta distancia.

Amenazaba el movimiento de Orange á Dunkerque é Iprés, plazas que con su incansable actividad cubrió inmediatamente Luxemburgo, situándose en Haarlebeck mientras que Boufflers acampó bajo el cañon de Iprés, despues de destacar un cuerpo considerable de su ejército con dirección á Dunkerque. En el entretanto Orange acampado en Deinse, fortificaba á Furnes y Dixmude donde pensaba acuartelar parte de

sus tropas el invierno próximo. A ejemplo suyo Vauban renovaba por completo las fortificaciones de Namur. Continuaron las estratégicas evoluciones de ambos generales, como en la campaña anterior, hasta que en Octubre abandonó Orange su ejército que fraccionado, comenzó á retirarse á sus cuarteles. Mientras tanto el Elector de Baviera con los españoles estaba en Gavre sobre el Escalda. No habian descansado estos ciertamente; encomendado á su celo el encargo de inquietar al enemigo por todas partes, habianse fraccionado en destacamentos que con incansable actividad é inaudito arrojo acometian á los franceses donde quiera que los hallaban, persiguiéndolos con furioso encono. Una de esas partidas, hallando un convoy que subia por el Escalda conduciendo provisiones para la guarnicion de Namur, custodiado por cuatrocientos caballos, mandados por Mr. de Henrichemont, hijo del duque de Sully, se apoderó de él dando muerte á doscientos cincuenta franceses, entre ellos Mr. de Hocquincourt gobernador de Perona, y el baron de Escot que lo era de Brie.

Irritado Luis XIV por este y otros sucesos, dió orden á Boufflers de marchar sobre Charleroy, bombardearla, é incendiarla y demolerla totalmente, despues de haberla tomado, cuya operacion apoyaria Luxemburgo llevando su ejército á Pervez, encontrándose desde aquel punto en situacion de marchar sobre todo el que se opusiera á la empresa ds Boufflers. Intentólo este llegando con sus tropas hasta Charleroy, cu-

yos defensores, levantando las esclusas del rio Louvoise que atraviesa la ciudad, produjeron una completa inundacion que impidió acercarse á los franceses, quienes en su revancha bombardearon la fortaleza.

Al eco de estos sucesos, volvió Orange á Bruselas, y comenzó á reunir tropas para socorrer á Charleroy, mas antes de realizarlo, habiéndose gradualmente retirado las aguas, los franceses bombardearon aquella plaza, incendiando toda la parte baja de la ciudad, y todos los almacenes, y se retiraron despues á Philippeville.

Apresuróse entonces el Elector de Baviera á enviar grandes convoyes á Charleroy con todo el material necesario para reedificar la ciudad y las fortificaciones de la plaza, y uno de ellos, derrotó en el camino varios destacamentos franceses.

Los reveses esperimentados por Guillermo en esta campaña y la inaccion en que largo tiempo estuvo, causa de que á su vista entrasen los franceses en Namur, y despues fuesen bombardeadas Lieja y Charleroy, produjeron notable descontento en todas las clases de Holanda y de los Paises Bajos. En el mismo Amsterdam, un cómico se atrevió á decir en el teatro que queria mudar de condicion y escoger una á su gusto: y para ello, no queria ser emperador de Turquía porque tiene demasiadas mugeres: ni emperador de Alemania porque tiene á su alrededor demasiados principes, y demasiados Jesuitas: ni tampoco Papa por

ser precíso tener demasiada edad para llegar á ese puesto, y tener demasiados consistorios: ni menos rey de España porque es demasiado miserable: tampoco rey de Francia que tiene demasiados enemigos. Visto todo, escojia ser el rey Guillermo porque tiene dinero de todas partes, y no hace nada. Igual descontento se manifestaba en Bruselas, donde en Diciembre estalló un alboroto que hizo necesario que el Elector llamase á los españoles acampados en los pueblos inmediatos, para vencer á los sublevados que habian formado barricadas y tendido las cadenas de las calles.

Pero no eran bastantes contratiempos: todavia á fines de Diciembre los franceses que al parecer estaban ya retirados en sus cuarteles, arrojáronse de improviso sobre dos plazas á la vez, Huy y Furnes, sitiándolas con numerosa artilleria. El objetivo principal era Furnes, pero convenia al francés disimularlo dirigiendo un falso ataque sobre Huy, para desorientar al Elector y hacer que vacilase respecto á cual de las dos plazas habia de socorrer. Tuvo feliz éxito su ardid, y en efecto mientras el general Guiscard figuraba acometer á Huy y Boufflers embestia con todas sus fuerzas á Furnes, el Elector dudoso, comenzó á toda prisa á dirigir soldados sobre el Demer para socorrer á Huy, que era la que creia seriamente amenazada, y cuando cerciorado del verdadero propósito de los franceses volvió sobre Nieuport para dirigirse á Furnes, capituló esta plaza con los cuatro mil ingleses y ho-

landeses que la defendian mandados por el conde de Horn, que no hizo ni aun una mediana resistencia. La perdida de Furnes, trajo como consecuencia ėl abandono que los aliados hicieron de la plaza de Dixmonde, despues de incendiada, siendo al punto ocupada por el marqués de Villars, con tropas francesas.

Este fué el fin de la campaña de 1692, tan favorable á los franceses como perjudicial para los españoles y holandeses, que en ella perdieron multitud de plazas fuertes y raudales de sangre preciosa. Favoreció en ella la fortuna á los franceses, cuyos generales rivalizaron siempre en actividad y energía. No demostró Guillermo de Orange las dotes de gran general que realmente tenia y que tantas veces acreditó. O le preocupaba de continuo el gobierno de sus grandes estados, ó le asaltaban temores constantes á consecuencia de las repetidas tentativas favorecidas por la Francia, del rey destronado de Inglaterra para recuperar su corona; es lo cierto que en toda esta campaña se mostró imprevisor, irresoluto, y muy inferior á su reputacion y á las esperanzas que en él se fundaban. Con escasas fuerzas el Elector de Baviera, recien entrado en el Gobierno de la Flandes española, sin dinero, principal nervio de la guerra, y en no muy amistosas relaciones con Orange, poco pudo hacer y poco hizo en realidad. En las sucesivas campañas se mostró ya tal cual era, un valiente y experimentado general. En cuanto al soldado español, su valor y su sufrimiento llegáron al límite de lo imposible, acreditando una vez más que es el primero del mundo.

VII

Hacíanse en las potencias beligerantes grandes preparativos para la campaña de 1693. Tenia distribuídos Luis XIV en sus fronteras ochenta mil hombres que podian reunirse en solas 24 horas; á ellos aumentó nuevas levas, que hicieron de su ejército uno de los mas numerosos que hasta entonces se habian visto. Solo en caballeria llegó á constar de 90.000 caballos. Por su parte Guillermo de Orange que acababa de triunfar por mar sobre la Francia destrozando su escuadra en el memorable combate del cabo de la Hogue, extremó igualmente sus preparativos, imitándole en esto el emperador de Alemania. Tan solo el gobierno español continuaba en la inaccion sin enviar á Flandes refuerzos de hombres y dinero. Verdad es que exhausto de todo punto el erario público, perdidas nuestras flotas de América, ya por el furor de los elementos ya por las depredaciones de corsarios y filibusteros y teniendo que sostener nuestras armas en Cataluña, Rosellon, Saboya, Milan, Nápoles y Sicilia, parecia imposible que pudiera conservarse aun una pulgada del en otro tiempo poderoso imperio de Felipe II. Poco podia hacer en Flandes el genio organizador y práctico del Elector de Bavíera, sobre quien influian acaso personales miras de engrandecimiento.

Mientras tanto Luis XIV acusaba de perturbadores de la paz pública á los alíados, porque no le dejaban disfrutar con sosiego lo que habia usurpado, siendo así

que ellos solo procuraban defenderse de sus injustas agresiones.

Comenzó el monarca francés levantando seis ejércitos. Uno destinado á operar en Alemania bajo el mando del Mariscal de Lorges. Otro en Italia á cuyo frente se puso Catinat. Otro en el Rosellon mandado por el Duque de Noailles, y tres en Flandes con los generales Luxemburgo, Boufflers y Harcourt á su cabeza. Entre estos tres reunian sesenta mil hombres más que todos los que Orange y el Elector podian oponerles.

Ofreció de particular esta campaña la novedad de que en ella comenzó á adoptar el ejército francés la bayoneta, teniendo Luxemburgo tres regimientos así armados.

Reuniéronse las tropas de Boufflers en Tournay, las de Luxemburgo en Mons y las de Harcourt quedáron de observación en el Ducado de Luxemburgo, prestas á acudir donde fuese necesario.

Por nuestra parte los aliados formáron tres cuerpos en Bruselas, Lieja y Gante, quedando solo cortas guarniciones en las plazas. En la de Brujas quedó Perez Mancheño con los restos de su tercio.

Llegado Mayo, ganoso de laureles, acudió al campo francés Luis XIV, coincidiendo con su venida la del rey de Inglaterra que vino á ponerse al frente de sus tropas, acampadas junto á Lovayna, desde donde comenzó á fortificar á Lieja, Luxemburgo pasó á Gemmapes y el rey con Boufflers á Gembloux y despues á Namur, mientras las princesas y la corte quedaban en

Philippeville, porque una de las manifestaciones del refinado egoismo de Luis XIV, de aquel rey que en su soberbia anteponia al Estado su propia persona, y se quejaba en cierta ocasion de haber estado espuesto á tener que esperar, era el arrastrar en su comitiva, á donde quiera que fuese, á toda su corte, con su séquito de princesas, damas, queridas y servidores, sin consideración alguna á tiempo, estado, salud, ni otras circunstancias.

Proponiéndose cortar la comunicacion entre el rey y Luxemburgo, adelantó Guillermo su ejército, hasta el punto de verse comprometido sériamente entre los dos, no pudiendo esperar mas que un descalabro en caso de ser atacado. Advirtió enseguida Luxemburgo la falta que á Guillermo habia hecho cometer su imprevision, y quiso aprovecharse de ella para derrotarle completamente. Mas impidiólo Luis XIV, ó temeroso del peligro personal que podia correr, ó vencido por las sugestiones de Mad. de Maintenon, á quien no convenia que el rey disfrutase de la vida libre de los campamentos, y por fin consiguió que volviera á Versalles, sin que jamás tornara á ponerse al frente del ejército.

Malograda para los franceses la ocasión que tuvieron de desbaratar á Guillermo que habia vuelto á acampar en Lovayna, en una posición sábiamente elegida, intentó Luxemburgo hacérsela abandonar, simulando un ataque sobre Lieja donde se hallaban los almacenes de Orange. Destacó este al punto dos fuertes divisiones, para cubrir á Lieja, y abandonando su inex-

pugnable campo, acercóse á aquella plaza. Informado de su movimiento Luxemburgo, con ánimo de sorprenderle marchó á su encuentro, avistándose ambos ejércitos en la noche del 28 de Julio en Nerwinden entre Saint Tron y Tirlemont. Pudo Guillermo que solo reunia cincuenta mil hombres para hacer frente á ochenta mil franceses, aprovechar la noche para retirarse detrás del rio Gheete, evitando de ese modo un combate desigual: mas no quiso hacerlo, empleando lo que restaba de noche en fortificar su campo, como general experimentado. Apoyada su derecha en la aldéa de Nerwinden y en el Gheette sobre el que habia echado puentes, y su izquierda en la de Neerlanden y un arroyo inmediato, su centro estaba protegido por un extenso collado que se estendia entre las dos aldeas, fortificado apresuradamente por sus tropas con fosos y trincheras, que las ponian al abrigo del fuego de cañon. 80 cañones guarnecian este formidable reducto: empalizadas, setos, fosos y accidentes del terreno guardaban los ingresos de aquel campo y de las dos aldeas, en cuyas inmediaciones se habian hecho tambien grandes cortas de árboles. Practicado un reconocimiento por Luxemburgo y juzgando que por el lado de Neerlanden, el campamento aliado era inexpugnable, decidió simular un ataque sobre este lado concentrando todas sus fuerzas sobre Nervinden, lado que consideró mas débil: y colocando su caballeria en el centro entre las dos aldéas frente al atrincheramiento, y detrás una línea de infanteria á fin de que ambas armas se sostuvieran reciprocamente, dió la señal de

ataque general: ganaron y perdieron los franceses hasta tres veces cousecutivas la aldea de Nervinden, clave de la posicion: llegaron las cosas á tomar tan mal aspecto para ellos, que Boufflers aconsejó á Luxemburgo que mandase la retirada. Mas la energía del Mariscal francés y la superioridad del número debian al fin obtener la victoria, y cuando Guillermo se lisonjeaba ya de conseguirla, una tercera carga dada en toda la línea por Luxemburgo en persona á la cabeza de su ejército y seguido inmediatamente de tres regimientos de guardias franceses que con la nueva arma en el estremo del fusil, ejecutaban por primera vez una carga á la bayoneta, conquistó por cuarta vez aquella miserable aldéa tan disputada, teniendo Guillermo que retirarse con sus tropas, dejando en el campo de batalla 12 mil muertos 70 cañones y 2.000 prisioneros. Los franceses perdieron por su parte ocho mil muertos. Al llegar la noticia de esta batalla á Luis XIV, esclamó haciendo justícia á ambos generales. "Luxemburgo ha atacado como un Condé y Guillermo se ha retirado como un Turena." Maravillosa fué la obstinacion y la constancia con que los españoles combatiéron en esta batalla, arrebatando por tres veces la aldéa de Nervinden á los franceses ya victoriosos de las tropas de Brandebourg y Hannover.

No se halló Perez Mancheño en esta peléa, mas no porque mientras tanto permaneciese ocioso.

Desde principios de Mayo, habia formado el Elector de Baviera con los restos casi en cuadro de seis tercios españoles una division que mandaba el maestre de

campo y general de batalla D. Juan Diaz Pimienta, quien llevaba al sargento mayor Perez Mancheño como jefe de Estado Mayor. Recorría incesantemente aquella columna los valles del Escalda y del Sambre desde Brujas y Gante á Maubeuge y Philippeville, inquietando al enemigo, picando su retaguardia, interceptando convoyes y cortando destacamentos, llenando por último un servicio constante y peligroso. Muchos fueron los hechos de armas realizados por aquel cuerpo, y sobre todo la completa derrota de cuatro regimientos de caballeria francesa, los de Rassan, Narbonne, Bretteville y Bretoncelles, con pérdida de un convoy que custodiaban, y constaba de 700 carros, en una aldéa llamada Bossu, entre el Sambre y el Mosa. Mandaba los franceses el general Vertillac, gobernador de Maestrick, y á sus ordenes el brigadier Guiscard. Acometidos estos por nuestra infanteria cuando el convoy entraba en la aldéa, hiciéronse en ella fuertes los franceses desmontando dos de los regimientos que eran de dragones, para que mantuviesen el fuego de los nuestros, mientras que los otros dos diecieron una carga espada en mano con su general á la cabeza, á nuestros infantes. Pero entoncee, refieren los certificados relativos á Perez Mancheño, dispuso este su infanteria de tal manera y en tal órden, que no solo pudo resistir en campo raso el ataque de la caballeria, sino que la derrotó y dispersó, con muerte del general Vertillac, apoderándose del inmenso convoy, y ha-

ciendo prisioneros los dos regimientos de dragones, que en el pueblo se defendian. Victoria insigne que segun confesion terminante del general Diaz Pimienta se debió esclusivamente al valor, á la serenidad, y á los conocimientos militares de Perez Mancheño. Nada refieren los historiadores españoles de este brillante combate cuya memoria solo queda en la hoja de servicios del biografiado, y en los cronistas franceses. ¡Cuántos hechos igualmente memorables habrán quedado como este sepultados en eterno olvido!

Consecuencia de la batalla de Nerwinde, fué que Luxemburgo enviase á Villeroy á sitiar á Huy, mientras él con sus tropas quedaba á dos leguas de la plaza, para apoyarle en el caso de que Orange intentase socorrerla. Mas este abandonando su campo marchó á Lieja, sin que le preocupase para nada la comprometida situacion de aquella ciudad: así es que abandonada de todos, tuvo que rendirse, admirándo los franceses que solos 308 españoles que la guarnecian hubiesen hecho tan larga y empeñada defensa.

Dueño de Huy emprendió Luxemburgo el sitio de Charleroy.

Era esta ciudad de novísima construccion. Pocos años contaba de existencia, y además destruida en el anterior por Boufflers, sus industriosos habitantes la habian reedificado totalmente. Fórmanla la ciudad alta dominada por la fortaleza, y la ciudad baja en el valle del Sambre. Sus fortificaciones estaban casi arruinadas todavia de resultas del bombardéo que sufrió en el año antecedente. Era su guarnicion muy

escasa y compuesta solamente de españoles: mas al llegar á noticia de Diaz Pimienta el propósito de los franceses, corrió á encerrarse en la plaza con la columna que mandaba de la que formaba parte Perez Mancheño, y con este refuerzo la guarnicion logró elevarse á cuatro mil hombres. Componian el ejército sitiador 32 batallones y 125 escuadrones, entre todos mas de ochenta mil soldados, auxiliados por numerosa artillería. Mandaba á los nuestros Pimentel, marqués del Castillo. A los franceses Luxemburgo y Boufflers, mientras que Vauban dirígia el sitio.

Llevóse este á cabo conforme á todas las reglas del arte, quedando circunvalada la plaza en 9 de Agosto. Abierta la trinchera, trabajaban los sitiadores en dos ataques que habrian de unirse despues. Los sitiados hiciéron una salida el 14, que costó la vida á Marigny y Daquin gefes franceses y á Vigny que mandaba la artilleria del sitiador. Repitíeron otra sobre la trinchera en el 17, apoderándose de los puestos avanzados franceses. en los que hicieron prisionero al ingeniero Valcombe, segundo de Vauban. destrozando los regimientos del Piamonte, y matando al general marqués de Broglie en la trinchera. Llegó Setiembre, y continuaba el sitio adelantando los trabajos el sitiador y repitiendo el sitiado sus salidas. siempre con igual valor, con la misma temeridad. La repeticion de los disparos por nuestra parte, y el constante fuego de los franceses por otra, habian inutilizado nuestra artilleria. hasta el punto de que el 19 de Setiembre solo quedaba en la plaza un cañon capaz de hacer fuego. En

cambio los sitiadores aumentaban constantemente sus baterias.

Mientras tanto el Elector con un destacamento, únicas tropas de que podia disponer, hallábase en Gavre esperando que Orange se le reuniese para marchar juntos sobre el francés y libertar la plaza: mas Orange no llegaba, y en el entretanto proseguia el sitio, jugando siempre la artilleria francesa y renovando los españoles todos los dias sus salidas. Habia en la plaza un reducto avanzado, cuya posesion creia Vauban indispensable, dirigiéndose á conseguirla todos sus esfuerzos. Dirigia aquella obra avanzada Perez Mancheño con 800 hombres; abierta la trinchera comenzáron los asaltos del reducto el 10 de Setiembre, que aquellos defendieron palmo á palmo hasta el 27 que lo abandonaron, dejando en él 200 cadáveres de los defensores, y cuando Perez Mancheño habia recibido dos heridas de arma blanca. ¡Cuál fuese la conducta de este en aquel reducto, lo acredita el hecho de que al recibir Luis XIV el 25 el parte diario que se le remitia de las operaciones del sitio, dejó escapar esta frase, que su incansable cronista Dangeau, se apresuró á consignar. "Es muy difícil tomar el reducto avanzado, en que manda un jefe español que muestra *indomable entereza*" Este jefe cuya heróica conducta ensalza la espontánea confesion de su enemigo, era Perez Mancheño, de quien por modo auténtico consta que "Durante todo el sitio estuvo mandando las avanzadas por no haber quien le relevase, á pesar de dos golpes que habia recibido.„

Dueños los franceses del reducto avanzado, arrasados los baluartes laterales, lleno el foso por la derruida cortina, y establecida una poderosa bateria á solos treinta pasos de la contraescarpa, prepararónse los franceses á dar un asalto general que se verificó el 30 de Setiembre, siendo de todas partes rechazados por aquel puñado de valientes, con pérdida de muchos muertos, entre otros el marqués de Pluveau, siendo herido el Mariscal de Villeroy.

Escribia Artagnan á Luis XIV en 1.º de Octubre, que los sitíados habian hecho ya mas de lo necesario para poder rendirse con honra, mientras que el mismo dia escribia Luxemburgo que la plaza no podria resistir un dia mas.

No sucedió así sin embargo; renovábanse diariamente los asaltos. En el del dia 4, lograron los franceses tomar el bastion de la derecha, lo perdieron, volviéron á recuperarlo y á perderlo segunda véz, haciéndose por último dueños de él gracias á la mina, despues de la muerte de sus defensores. Apoderáronse el 8 de la contraescarpa, y aun duró el combate tres dias mas de calle en calle y de casa en casa, hasta que en la noche del once, convencidos de la imposibilidad de sostenerse un dia mas, capitularon honrosamente los defensores. Felicitado por tan brillante resistencia por Luxemburgo, quejábase amargamente el gobernador Pimentel del abandono de Orange y el Elector, acusándoles de haber faltado á su palabra de socorrerle. Con él saliéron de la plaza mil doscientos hombres, débiles y estenuados todos, enfermos y heridos los mas, únicos

que quedaban vivos de los cuatro mil que poco há la guarnecian. Internados en Francia, fueron bien tratados en general. Llamado á España su jefe el marqués del Castillo, al despedirse de Luis XIV, este con galanteria verdaderamente francesa le dijo que aunque sentia no volverle á ver, no podia menos de felicitarse de no encontrarle otra vez frente á frente en el pais en que hacia la guerra.

Así terminó la campaña de 1693, en que como en las anteriores, abandonados de todos y reducidos los españoles á sus propias fuerzas, sucumbieron bajo el peso del innúmero ejército é inmensos recursos de Luis XIV, quedándoles solo la satisfacción de haber cumplido su deber, y poder decir como Francisco I en Pavia "Todo se ha perdido menos el honor.„ Al saber Cárlos II la conducta de la guarnicion de Charleroy, expidió un decreto dando las gracias á aquellos beneméritos soldados, espresándoles la particular satisfacción con que en aquel contratiempo habia visto la honrada obstinacion con que todos perseveráron en la defensa de la plaza, y concediendo un escudo de ventaja sobre cualquier sueldo que disfrutasen, á todos los jefes y oficiales que allí se halláron, previniendo se les propusiesen en primer término en todas las vacantes que hubiese, para premiarlos segun sus méritos. Hoy qne tanto se prodigan las gracias y recompensas, parecerá cosa baladí y mezquina el premio concedido por Cárlos II á aquellos bravos soldados: pero eran otros los tiempos, otras las costumbres. y cada uno de los agraciados, quitándose el ancho sombrero para nombrar á

su rey, juraria allá en lo profundo de su alma, dar la vida por Monarca tan generoso que con largueza tal recompensaba su esfuerzo.

VIII

Cuando los hombres, aun aquellos de ánimo mas templado, se sienten juguete del acaso ó de los azares de la fortuna, y esperimentan trás una decepcion, un contratiempo, y mas tarde una injusticia, y despues una desilusion, y luego uno y otro revés, siempre á merced de la suerte que parece cebarse con encarnizamiento en ellos, sembrando su camino de desdichas, suelen desmayar y perdida la entereza, rendirse al rigor de la mala estrella que les persigue. Tal debió suceder á Perez Mancheño al verse despues de tan largas campañas, despues de tantos sufrimientos, siempre combatiendo, y siempre abandonado, conducido al depósito de prisioneros de Besanzon en el Franco Condado. Debió sin duda pensar en renunciar á la lucha, en aguardar pacientemente á que se firmáse la páz, para volver á España y solicitar entonces el galardon que sus valiosos servicios merecian. Mas era otro el temple de su alma. Era de edad madura; cumplia 50 años: los inmensos trabajos que habia pasado, dábanle ya derecho al descanso. ¿Quién mas digno de él? Ignóranse los medios de que se valió para realizar su fuga: pero es lo cierto que utilizando el conocimiento de la lengua francesa que tan largos años de constante trato con soldados y prisioneros le habian dado,

hallábase pocos meses despues, en Bruselas, ocupando su puesto de sargento mayor de su tercio. No utilizó su evasion para venir á España, cosa harto mas asequible por la facilidad que le daba la mayor proximidad de Besanzon á Piamonte. Nó: prefirió volver á sus banderas, tornó para pelear otra vez al lado de sus compañeros, decidido á dar á su patria hasta la última gota de su sangre. No creyó haber cumplido su deber con lo que hasta entonces habia hecho: mientras tuviese aliento y vida, no eran suyos, sino de su páis. Tales eran aquellos soldados, de los que puede considerarse como perfecto tipo Perez Mancheño.

A su llegada habíanse entablado negociaciones de paz por las potencias del Norte, que ofrecian su mediacion entre Luis 14 y los aliados. Prometia aquel devolver las plazas de que se habia apoderado en Cataluña, Mons y Namur en Flandes, en el estado que á la sazon se hallaban, y Charleroy despues de haberlo arrasado, y se obligaba á que su hijo el Delfin y sus nietos renunciasen á cuanto pudiera pertenecerles en Flandes si el Rey de España llegaba á morir sin sucesion, por los derechos de la difunta reina de Francia que seria legítima heredera, cuya renuncia hacian en favor del Elector de Baviera, á quien queria atraer Luis XIV. Más á pesar del ánsia universal de paz, no conviniéron esas proposiciones á la corte de Carlos II.

Preparáronse pues para la continuacion de la guerra ambas partes. El Elector comenzó á reunir tropas sobre el canal de Brujas, mientras el general Artagnan con un cuerpo de ejército marchó de Francia á

reunirse con Boufflers, que tenia sus líneas desde Namur á Dunkerque. y llegado Mayo abrióse la campaña reuniéndose el Delfin y Luxemburgo á las tropas de Francia, y Orange á las que estaba formando el Elector, á las que se juntaron las holandesas y alemanas, con algunos cuerpos que trajo Guillermo de Inglaterra.

Fué la campaña de 1694, si escasa en resultados para una y otra parte, rica en enseñanza para los peritos en la ciencia estratégica. En un pais de tan corra estensión como Flandes, maniobráron durante seis meses dos ejércitos de ochenta mil hombres cada uno, casi siempre á la vista el uno del otro sin dejarse sorprender nunca, haciendo marchas y contramarchas, protegiendo y asegurando sus convoyes, eligiendo sus campamentos siempre de manera que cada cual tuviese á su favor la posicion mas ventajosa, revolviéndose en fin, sin estorbarse, y sin chocar definitivamente nunca, porque ambos se respetaban y temian. Los dos generales dieron completa prueba de su habilidad y prudencia.

Alguna ventaja, aunque corta, reportaron los aliados que se apoderáron de las plazas de Huy y Dixmonde, pero siendo de poca importancia, ni valían la sangre que costáron, ni su posesion podia tener influencia sensible en el éxito de la guerra. Limitáronse pues, los combates á una série de choques parciales entre los diferentes cuerpos destacados de uno y otro campo, y en

ellos reinó varia fortuna siendo en unos vencidos los aliados y vencedores en otros. Tocó en suerte á Perez Mancheño hallarse en muchos, porque mas aptos los Españoles que los demás soldados del ejército aliado para la guerra de partida y mas aguerridos tambien, como que eran veteranos, que contaban una larga série de campañas, prestaban al ejército el servicio de avanzadas y flanqueadores, y gozaba aquel gefe de una reputacion harto honrosa, para que no se utilizacen sus méritos. Así es que durante toda la campaña mandó un destacamento de 500 hombres de su tercio, con los cuales no cesó de inquietar al enemigo, picando su retaguardia, sorprendiendo partidas y convoyes, y poniendo en fin en completa evidencia sus altas dotes de valor y pericia. Terminó la campaña retirándose á sus cuarteles ambos ejércitos, viniendo Perez Mancheño á guarnecer á Bruselas con la mayor parte de los españoles.

Experimentó Francia al comenzar el año de 1695 una pérdida sensible. El mejor de sus generales, el discípulo favorito de Turena y Condé, el Mariscal de Luxemburgo murió en Versalles en los primeros dias de Enero, y con él pareció que comenzaba á oscurecerse la estrella hasta entonces resplandeciente de Luis XIV. Su génio estratégico, su sereno valor que sabia hacerse impetuoso cuando el caso lo requeria, y su amor al soldado de quien era mas bien padre que general, le conquistaron la admiracion y el respeto universal, y aunque el mismo rey envidiaba secretamente sus talentos, supo tener el de utilizarlos. Antes

de él nadie habia hecho maniobrar con tanta habilidad tan grandes masas de tropas, y su rival el príncipe de Orange se desesperaba de no poder batirle nunca. Fué el último de los grandes generales franceses que hubo hasta la revolución del 89. En su lugar fué nombrado para mandar el ejército de Flandes el Mariscal de Villeroy.

Componian estas tropas cien batallones y doscientos veinte y cinco escuadrones, y en tanto se reunian comenzó el nuevo general á levantar una línea de fortificaciones que se estendia á lo largo del curso del Escalda. desde Courtray hasta Avelghein; 15 batallones de infanteria protegian los trabajos. De nuestra parte el Elector de Baviera llamó á Gante sus fuerzas para impedir aquellos, y para evitar un golpe de mano de los franceses sobre Dixmonde. No era fácil atacar las nuevas líneas enemigas. El foso abierto tenia 18 pies de anchura y 9 de profundidad, sirviendo de parapeto las tierras extraidas, con lo que y los numerosos cañones que defendian el atrincheramiento, resultaba el campo francés inexpugnable. Bien hubo de conocerlo el Elector, quien desistiendo de su propósito. volvió á Bruselas con sus tropas. En el entretanto llegó de Inglaterra Guillermo, y dispuso la formacion de un ejército en Deinse, á cuya cabeza se puso, llevando un cuerpo de españoles mandado por Vaudemont. Resultó pues, que del lado de los aliados habia dos ejércitos, uno mandado por Orange, situado en Deinse, y otro que capitaneaba el Elector de Baviera, y se hallaba en Bruselas. Del lado de los franceses, formáronse tam-

bien otros dos, fraccionándose en dos cuerpos las tropas de Villeroy. Este quedó con uno en su campo atrincherado del Escalda, y Boufflers con el otro marchó á Tournay. Siguióse á esta division larga série de marchas y contramarchas en que los movimientos de Orange se combinaban siempre con los del Elector, é igualmente los de los dos mariscales franceses entre sí, siendo el objeto de aquellos distraer la atencion de estos para que no pudiesen oponerse á su intento. Al efecto simularon varios ataques á las líneas francesas, dirigiéron otros á Mons y á Charleroy, al parecer con intento de sitiar aquellas plazas, y cuando menos lo esperaba Villeroy, presentóse el Elector de Baviera ante Namur con treinta mil hombres, comprendiéndose en ellos los tercios españoles en que militaba Perez Mancheño. Pocos dias antes, habia logrado entrar en la plaza Boufflers que tomó el mando de ella, y contaba con una guarnicion de 20.000 hombres, muchos y buenos ingenieros, novecientas mil libras de pólvora, numerosa artilleria y provisiones para seis meses. Empezado el sitio en 1.º de Julio, envió Orange al Elector 30.000 obreros para trabajar en las obras de circunvalacion, que marcharon con la mayor rapidéz. Halló el sitiador toda la resistencia que debia esperarse de las numerosas fuerzas que guarnecian la plaza, y del valeroso Boufflers que la mandaba. Acercóse Villeroy con su ejército con ánimo de hacer levantar el sitio al Elector, acampando al efecto en Potes. Mas la reunion de Orange á los sitiadores con sus tropas, logró evitarlo, en tanto que Vaudemont con un cuerpo de

españoles, hostilizaba el flanco de Villeroy. Pudo este sorprender y desbaratar á Vaudemont. Pero impidiólo la flojedad y cobardia del duque del Maine, bastardo de Luis XIV, á quien este monarca habia enviado al campamento para que mandase la caballeria y al lado de los Mariscales se cubriese de gloria.

Solo cuatro baterias podian montar los aliados por carecer de artillería suficiente, así es que el sitio adelantaba poco, á pesar de la inteligencia del ingeniero Cohorn que lo dirigia. Hubo no obstante repetidos y sangrientos combates. En uno de ellos que tuvo lugar el 19 de Julio, los aliados se apoderaron por tres veces de las trincheras de los reductos de los sitiados, volviéndolas á perder otras tantas; por último quedaron dueños de ellas los primeros, ganando tambien el primer reducto. Estas dos victorias costaron al sitiador mas de 3,000 hombres y como unos mil á los franceses entre ellos tres generales.

En el entretanto desesperando Villeroy de hacer levantar el sitio de Namur, dirigióse á sitiar á su vez á Dixmonde y Deinse, viéndose el raro espectáculo de dos ejércitos enemigos que á pocas leguas el uno del otro, se ocupaba cada cual en sitiar plazas del contrario, sin procurar buscarse ni socorrer la plaza de su propio partido, amenazada.

Seguian los aliados ante Namur, y en 27 de Julio dieron un furioso ataque á la plaza, en la que lograron entrar subiendo por el lecho del rio con agua hasta el cuello, haciéndose por un instante dueños de la mitad de la ciudad, que tuvieron que abandonar recha-

zados por los franceses con pérdida de 2.000 hombres. Renovóse el combate aun con mas fuerza el 30, en que los españoles del Elector tomáron por asalto la gran fortificacion que existia entre el Sambre y el Mosa, que atacaron de frente, posesionándose de los reductos y bastiones del primer recinto, pero con muerte de mil quinientos soldados. Y asaltado tambien todo el segundo recinto en 3 de Agosto, conquistáronlo asímismo los aliados si bien perdieron 1.200 muertos. Perdida la ciudad que capituló con el Elector de Baviera, retiráronse los franceses en 4 de Agosto al castillo, cuyo sitio empezó aquel inmediatamente.

En véz de socorrerlo, prefirió Villeroy tomar una venganza estéril aunque sangrienta, y dirigiéndose sobre Bruselas, disparó sobre aquella indefensa Ciudad, 5.000 bombas y balas rojas, incendiando dós mil casas, 17 iglesias, muchos palacios, las dos casas de Ayuntamiento, el monte de piedad, los Hospitales y la mayor parte de los edificios públicos, causando pérdidas que se evaluaron en 40 millones de pesetas.

Avisó antes de empezar el fuego á la esposa del Elector para que saliése con sus damas de la ciudad, únicas personas á quienes se dignaba conceder la vida. Mas aquella noble Señora, quiso compartir el peligro de los demás y permaneció en Bruselas. Despues de su hazaña, Villeroy dirigióse hacia Soignies, donde recibió terminantes órdenes de Luis 14 de acudir en socorro del castillo de Namur, por cuya salvacion habia ordenado aquel rey se hicieran rogativas públicas en Francia. Dias antes habia convenido Villeroy con el Elec-

tor en que Dixmude se considerase por ambas partes como plaza neutral, sin que ninguna de las potencias beligerantes pudiese llevar allí sus tropas. Cumpliendo Villeroy las órdenes de su monarca, unidas sus tropas á un cuerpo del ejército de Alemania venido en su auxilio al mando del Duque de Harcourt, levantó su campo de Soignies, dirijiéndose hácia Namur. Al llegar á Fleurus y Gembloux, testigo de un insigne triunfo de D. Juan de Austria, intentó un reconocimiento sobre el ejército sitiador, encontrándolo encerrado en una doble trinchera que consideró imposible forzar, viéndose precisado á retirarse inquietado siempre por las fuerzas volantes de españoles, y despues de sufrir varios terribles asaltos en que se vertió por ambas partes copioso raudal de sangre, perdida toda esperanza de socorro, capituló el castillo de Namur en 3 de Setiembre, rindiéndose al Elector de Baviera y sus españoles.

Gran sentimiento produjo en la corte de Luis 14 la pérdida de Namur, más dolorosa aun, por haberse verificado ese acontecimiento cuando se hellaba á corta distancia un poderoso ejército francés que no se atrevió á socorrerla. Culpóse del desastre á Villeroy y se hubiera seguido su inmediata desgracia, si no le hubiese sostenido Mad. de Maintenon, querida primero y despues esposa de Luis 14.

Dueños los españoles de Namur, dejáron dos tercios de guarnicion y con ellos Perez Mancheño, retirándose á Bruselas el Elector, y terminándose las operaciones de esta campaña.

VIII

Palidecia ya la estrella de Luis 14. Los aliados que hasta mediados de la campaña del 95 se habian limitado siempre á la defensiva, atacaban ya resueltamente á los franceses. Desde principios de Marzo rompió las hostilidades la guarnicion de Namur, que dirijiéndose á Givet, con el ingeniero Cohorn, la bombardeó, y despues á la Roche: marchando en seguida á Dinant plaza la más fuerte que poseian los franceses en Flandes, incendiaron los grandes depósitos de forrajos que allí existian, valiéndose al efecto de morteros de madera con zunchos de hierro. Del destacamento formaba parte el valiente sarjento mayor Perez Mancheño quien dió buena cuenta de su persona, portándose, dice el marqués de Villadarias que mandaba la espedicion," muy como soldado, y á completa satisfaccion de sus jefes, y mia."

Mientras tanto los franceses deseosos de vengar los revéses del año anterior, reforzaron su ejército de Flandes aumentándolo hasta reunir 160 batallones, y 240 escuadrones, á las órdenes de los Mariscales Villeroy y Boufflers con 21 tenientes generales, preparando además un campo volante de 25 batallones y 17 escuadrones, como reserva, para acudir á donde hiciese falta. Divididas las tropas en dos grandes ejércitos, el de Villeroy se formó en Deinse y el de Boufflers sobre el Sambre. Por parte de los aliados haciánse tambien grandes preparativos, reuniendo el Elector sus

tropas en Namur, mientras Guillermo alistaba un numeroso ejército detrás de los canales de Brujas y Ostende. Dió nuevas de su presencia Villeroy saqueando y destruyendo todos los pueblos desde Oudenarde á Gante, porque aquel Mariscal siempre dió muestras de ser azote, que nó rayo de la guerra. Frente á frente como en la campaña anterior los ejércitos, redujéronse todas las operaciones á multitud de choques y combates parciales, y larga série de movimientos estratégicos encaminados por parte de los aliados á atacar las plazas de Dinant y Charleroy, y por parte de los franceses á cubrirlas. Consiguiólo Boufflers, sin que á consecuencia de sus acertadas disposiciones fuese dable al Elector de Baviera lograr su intento. Y como de costumbre estuvo reservada á los españoles la fatigosa mision de inquietar al enemigo, siendo por lo tanto mayores sus sufrimientos y peligros.

A que nada decisivo se intentase contribuia además del natural cansancio y común deseo de la páz, el haberse en el verano reanudado las gestiones de las potencias del Norte, para venir á un arreglo. Y admitida por Francia la mediacion de Suecia, abriéronse las conferencias en la Haya, siendo los enviados de España, el flamenco Bergeick, uno de los hombres de más valer de su tiempo, y los condes de Quirós y Tirlemont. En tanto se debatian todas las cuestiones á aquella asamblea sometidas, continuaba la guerra ya entrado el año de 97, y escarmentado Luis XIV del mal éxito de la campaña anterior, dejando sus mandos á Villeroy y Boufflers, formó un nuevo y numeroso ejército

sobre el Mosela, confiándolo á Catinat, general el mas acreditado que á la sazon tenia Francia. Reunió este sus tropas en Courtray, mientras Villeroy estaba en Mons y Boufflers en Maubeuge, de suerte que podian auxiliarse mútuamente, contando entre los tres ciento ochenta mil soldados.

Mucho más débiles los aliados, dedicóse con afán el Elector de Baviera á fortificar las plazas para ponerlas al abrigo de un golpe de mano, comenzando por Deinse, mientras él con sus tropas acampaba con el frente de banderas sobre el Lys. Mas aprovechando su inaccion dirigióse Catinat á Ath, que defendian solo 2.500 holandeses y españoles, y la puso sitio, mientras le protegia con su ejército Villeroy acampado en Ligne. Culpábanse mútuamente el Elector y el príncipe de Vaudemont que mandaba las tropas de Orange, de no haber fortificado mejor á Ath, probando así una vez mas cuán necesaria es la unidad en el mando, y para terminar aquellas discusiones vino de Inglaterra á toda prisa el rey Guillermo, que tomó la direccion de sus tropas. Abandonó entonces el Elector á Deinse, dirigiéndose á Hall para reunirse á aquel, y los dos juntos acudir en auxilio de Ath cuyo sitio apresuraba Vauban. Mas impedíalo la notable desproporcion de fuerzas, por lo que simulando un movimiento sobre Charleroy, sembráron la voz de que iban á emprender el sitio de esta última plaza, todo con el intento de que por acudir á esta se desmembrase el ejército francés, y poder socorrer á los valientes defensores de Ath, combatidos por el fuego constante y la mina de Vau-

ban. Mas no habiendo conseguido su propósito, tuvo Ath que capitular honrosamente, cuando ya no habia murallas, ni reductos, ni cañones, ni nada más que los desnudos pechos de sus denodados defensores. Tal fué la última empresa importante de aquella guerra, porque adelantadas las negociaciones, ambos ejércitos se limitaron á observarse, no queriendo derramar más sangre inútilmente y al fin, en 21 de Setiembre se firmó un tratado de páz que del lugar en que se verificó el acto, se llamó de Riswick, pueblo de Holanda á una legua de la Haya.

No salió España tan mal librada como hubiese podido esperar de su debilidad, porque en virtud del tratado, devolvióle Francia todas las plazas de que se habia apoderado en los Paises Bajos españoles despues de la páz de Nimega, escepto algunas que decia haberle sido cedidas mediante pactos anteriores, obligándose tambien á restituir toda la parte de Cataluña que ocupaba, sin menoscabo alguno, y en el mismo estado en que se hallaban las plazas antes de la guerra. Mas no fué por cierto generosidad de Luis XIV aquel desprendimiento, sino astuta política, que tendia á congraciarse con el valetudinario Cárlos II á cuya sucesion aspiraba el monarca francés.

Corto fué para Perez Mancheño el periodo de descanso que proporcionó la conclusion de la guerra. Las escasas tropas españolas de Flandes, obligadas á guarnecer no solo las plazas que hasta entonces conservaban sino las que devolvia el Rey de Francia, en pais estrangero, que aunque nos pertenecia desde siglo y

médio antes, no había cesado de aspirar á su independencia, no se daban punto de reposo. Y mientras unas reponian las fortificaciones destruidas, custodiaban otras las plazas, y las demás en perpetuo movimiento, procuraban acabar con las bandas de merodeadores que por todas partes pululaban, natural consecuencia de las guerras. Intentó por aquel tiempo volver á España; más el Elector de Baviera que mucho le distinguía, no quiso privarse de tan esperimentado gefe, y se negó á concederle el permiso que solicitó. Viose entonces precisado á recurrir directamente al Rey, quien movido de las justas razones de un hombre que le servia hacía ya 35 años, escribió al Elector una carta en 6 de Mayo del 99, recomendándole con gran empeño accediese á tan justa pretension. Mas como el hombre propone y Dios dispone, mientras llegaba la carta, que el estado de las comunicaciones en aquel tiempo hizo tardase muchos meses, sobrevino la muerte del Rey, y viendo inminente nueva guerra, aquel bravo veterano modelo de soldados, renunció inmediatamente al descanso, á su pais y á su familia, estimando en mas que todo eso su honra militar.

Poco puede decirse de las ocupaciones de Perez Mancheño durante la páz. Sábese tan solo que cuando en Diciembre del 98 llamó el Elector á Bruselas á algunos tercios españoles para dominar la sublevacion de los gremios malcontentos, fué él uno de los gefes que reprimieron aquella revuelta, que terminó con la prision y castigo en horca de alguno de sus principales

promovedores.

Entre tanto las cosas de España iban de mal en peor. Dominado el Rey por camarillas palaciegas, destituyó al íntegro y entendido conde de Monterey gobernador que habia sido de los Paises Bajos, y Presidente del Consejo de Flandes, por haberse opuesto á que se diese una considerable pension sobre las rentas de Flandes, á la Condesa de Perlíps, antigua moza de retrete que por ruines manejos habia llegado á elevarse á favorita de la reyna, siendo en realidad la que gobernaba en España.

La circunstancia de no haber tenido Carlos II sucesion de ninguno de sus dos matrimonios, y su estado enfermizo que hacia suponer le quedase muy poco tiempo de vida, eran motivo poderoso para que las casas reinantes á la sazon, ambicionasen cada una para sí la herencia de la corona de España, que aunque empobrecida y miserable, todavia tenia brillo bastante á deslumbrar las codiciosas miradas de los soberanos de Europa. Cada cual alegaba tener derecho preferente sobre los demás, fundados unos en el parentesco, y otros en razones de alta política. Tomaba parte principal en estas cuestiones el mismo Cárlos II sentenciado por su infeliz suerte á asistir en vida al reparto de sus bienes. De un lado el Francés, no obstante la renuncia hecha por su esposa Maria Teresa al contraer su matrimonio, reclamaba la herencia para su hijo el Delfin que la pasaria á uno de sus hijos, no pudiendo consentir en manera alguna el engrandecimiento de la casa de Austria, si la corona de España pasaba á alguno de

los individuos de la familia reinante en el Imperio, tambien parientes en grado cercano. Jamás consentiría tampoco Guillermo de Inglaterra que la tan disputada herencia fuese á parar á su encarnizado enemigo personal el rey de Francia. Y por su parte el emperador alegaba los vínculos de la sangre, fortificados por íntima y larga alianza entre ambas Naciones.

Combatido por tan opuestas ambiciones el débil é irresoluto Cárlos fluctuaba en su determinacion, consultaba á sus consejos, instituia juntas especiales para oir el dictámen de todos, y despues de largas vacilaciones, decidióse por instituir su heredero al Príncipe Electoral de Baviera, niño á la sazón, hijo del Elector, nuestro gobernador en Flandes, y aunque ninguno de los aspirantes gustó de este proyecto, dado que solo les habría contentado ver su propia ambicion satisfecha, pareció á todos más tolerable que consentir el engrandecimiento de sus rivales. Mas habiendo fallecido el presunto heredero, reverdeciéron con mayor fuerza aun las codiciosas miras de aquellos monarcas, que valiéndose de todos los medios aun los más reprobados, pretendian conseguir su propósito cerca de Cárlos II, mientras que firmaban tratados secretos en que como cosa propia, dividian y fraccionaban entre sí lo que restaba del inmenso imperio de España.

Triunfáron por último los manejos del rey de Francia, y muerto Cárlos en 1700, abrióse su testamento por el que dejaba la corona de España á Felipe nieto de Luis XIV é hijo II del Delfin: con lo que despues de tanta sangre derramada, vino Carlos á dar su heren-

cia al mismo con quien tanto habia combatido.

X

No contento Luís 14 con que hubieran reconocido á su nieto Rey de España los Paises Bajos, Milan, Nápoles y Sicilia, gestionó para obtener igual reconocimiento de las naciones estranjeras. Vacilaban en su resolucion Portugal, Holanda é Inglaterra, pero Austria protestó resueltamente desde luego, declarando no daba validez al testamento de Cárlos, 2.° y previendo el rey de Francia que la cuestion habria de ventilarse con las armas, puesto de acuerdo con el Elector de Baviera que continuaba en el gobierno de Flandes, y sabedor de que los Holandeses dilatando con várias protestas su contestacion definitiva, hacian aprestos militares, dió orden á Boufflers de hacer entrar tropas francesas y españolas en las plazas de Flandes pertenecientes á España que tuviesen guarnicion holandesa.

Hallábanse muchas en este caso, habiendo sido siempre el propósito de los Holandeses ocupar todas las plazas en prevision de posibles contingencias. Pero lo mismo que á España vinieron á mandar el ejército generales franceses, asi las fuerzas francesas y españolas que ocuparon las plazas iban mandadas por jefes de aquella nacion. Albergotti en Luxemburgo: Ximenes, de orígen español, en Namur: Courtebonne en Charleroy, Bezons en Ath: Artagnan en Mons: Coigny en Oudenarde y la Motte en Nieuport. Entre todas estas plazas reunian los holandeses 22 batallo-

nes, que detenidos primero, fueron despues puestos en libertad y enviados á los Estados de Holanda. Su detencion habria sido un atentado contra el derecho de gentes: pero su libertad fué impolítica, pues declarada inmediatamente la guerra, aquellas tropas bien armadas y equipadas, fueron el núcleo del ejército que Holanda levantó, con el que tuvieron que luchar despues franceses y españoles. Estos conserváron sus gobernadores en todas las plazas; mas las guarniciones obedecian á los jefes franceses. El gobierno del nuevo rey, comenzó á atender algo más á las cosas de Flandes y envió desde España refuerzos á aquel ejército, que llegó en Octubre de 1701 á contar veinticuatro mil hombres, mandados por Tserclaes, flamenco, el marqués de Grigny y el duque de Bisache, franceses los últimos. Á las órdenes de estos militaban los generales españoles Marqueses de Villadarias y Bedmár, Diaz Pimienta y algunos otros. Disgregóse de ellos un cuerpo de tropas que en union de otras francesas mandadas por Montrevel formó un campo atrincherado entre Lieja y Maestrick. Constaba de catorce mil hombres, dos terceras partes franceses y el resto españoles, que constituian tres tercios de infanteria, y de uno de ellos fué nombrado Maestre de Campo Perez Mancheño. Siguiendo las instrucciones venidas de Francia, levantando sus reales esta division en la noche del 29 de Noviembre, entró al amanecer en Lieja, por la puerta más cercana á la Ciudadela que guarne-

cia el baron de Berlan con las tropas del Elector de Colonia. Hizóse dueño Montrevel del palacio y de las puertas, sitiando las tropas en las plazas y tomando todas las avenidas. El síndico Méan, para ganar tiempo en tanto que llegaba la guarnición de Maestrick en su auxilio, pidió al general francés que sacase las tropas de la ciudad, mientras él reunia el concejo y acordaba lo que fuera procedente; mas como el general se negase, hizo tomar al pueblo las armas, que rindió ante la actitud de nuestras tropas. Entregaron entonces la ciudadela los de el Elector de Colonia y salieron de la ciudad.

Habia quedado mientras tanto de gobernador interino el marqués de Bedmár, por ausencia del Elector de Baviera, y aprovechándose de esta circunstancia, atreviéronse los helandeses á acometer con su artilleria las obras de fortificacion que los españoles hacian en un reducto próximo al Sas de Gante, siendo rechazados con pérdida de algunas fuerzas. Á estos dos acontecimientos redujéronse las empresas militares que en el año de 1701 realizó en Flandes nuestro ejército, al cual vinieron á servir desde España, los Duques de Arcos y de Baños, castigados por haber hecho presente al rey Felipe V el disgusto con que los magnates españoles veian se hubiesen concedido á los Pares de Francia las mismas preeminencias y privilegios que como Grandes de España ellos gozaban.

Comenzó el año de 1702, con la muerte de Guiller-

mo de Orange, rey de Inglaterra y Statuder de Holanda, enemigo el mas irreconciliable del monarca francés, quien por su parte le correspondia aun con mayor encono. Como detalle curioso, apuntarémos aquí que el orígen de esa enemistad que produjo tantas guerras, fué la última contestacion dada por Guillermo al enviado de Lúis XIV, que en nombre de este le proponia la mano de su hija bastarda, que despues fué la princesa de Conti. "Sabed, respondió el emisario, que los de mi nombre están acostumbrados á "contraer matrimonio con hijas lejítimas de los Re-"yes, no con sus bastardas.„ En efecto, su madre, era hija y hermana de Reyes de Ingloterra: su abuela, hija y hermana de Electores de Brandeburgo. Herida en lo vivo la soberbia de Luis XIV, jamás perdonó aquel desaire á Guillermo de Orange.

Sucedió á este en los primeros dias de 1702 su cuñada Ana hija de Jacobo el rey destronado de Inglaterra, casada con el príncipe de Dinamarca. Nombró general de sus tropas de Flandes y su Embajador en los Estados generales al duque de Malborough, quien muy pronto habia de demostrar sus escepcionales condiciones de general, mientras que Luis XIV designó para mandar las tropas francesas y españolas á su nieto el duque de Borgoña casi niño aun, dándole por consejero al esperimentado Artagnan, aun cuando el verdadero mando era ejercido por Boufflers.

Llegado Mayo, la guarnicion holandesa de Maes-

trick, intentó un golpe de mano sobre Huy, mas socorrida á tiempo esta plaza por el tercio de Perez Mancheño que desde Lieja fué destacado con ese objeto, tuvo que retirarse á toda prisa, dejando quinientos prisioneros. Las contínuas depredaciones y escaramuzas que á nuestras plazas y á sus guarniciones, hacian sufrir los de Maestrick, Grave, Breda y Bolduc, hiciéron indispensable que el Marqués de Bedmar, se encargase de escarmentarlas. Al efecto, habiéndonos aquellos tomado la pequeña plaza de Middlebourg, dirigióse á ella Bedmar con tres tercios, entre ellos el de Perez Mancheño, y tomó la plaza por asalto, haciendo prisionera la guarnicion que fué conducida á Brujas. De allí volvió sobre Nimega, en cuyas inmediaciones en 11 de Junio halló una division de ingleses, holandeses y alemanes, que mandaba Cohorn. Trabado el combate, quedó el enemigo completamente desbaratado, persiguiéndole los nuestros hasta bajo el cañon de la plaza. Perdió el general holandés ochocientos muertos, cien prisioneros, mil caballos, trescientos carros, y todas las municiones. Siguióse un nuevo combate en 29 del mismo més, entre Grave y Nimega, en el que acometida nuestra infanteria por el grueso de la caballeria enemiga, no solo la resistió en campaña rasa, sino que la desbarató, obteniendo allí Perez Mancheño triunfo señalado con su tercio, que fué el que soportó todo el peso del combate.

Marlbrough que por entonces (Julio de 1702), tomó el mando en jefe del ejército enemigo, pasó el Mosa en Grave, siguiéndole al punto en su movimiento el

ejército francés de Villeroy, que llegó en Colille á hallarse á sola una legua de distancia de aquel, lo que unido á la concentracion de fuerzas operada en ambos campos, hacia presagiar un inminente choque. No sucedió así sin embargo, escusándose Marlbrough con el francés en un mensaje por no haberle atacado, de cuya falta culpaba al conde de Athlona general holandés. No consiguieron ponerse de acuerdo holandese, ingleses y alemanes, sobre el momento oportuno de librar batalla, y separándose Marlbrough con las fuerzas reunidas de Holanda é Inglaterra, puso sitio á Venlóo, donde mandaba el español Badía.

Mientras tanto el Elector de Baviera, reuniendo los destacamentos sueltos y columnas de españoles, con las guarniciones de algunas plazas, emprendió el sitio de Hulst, formando entre sus tropas el tercio de Perez Mancheño. Llegaron los aliados á apoderarse á costa de grandes pérdidas de cinco de los nueve fuertes que guarnecen la ciudad: pero rotas las esclusas por el enemigo, tuvo el Elector que retirarse. A la sazon Catinat que operaba sobre el Mosela, veiase en situación comprometida, por lo que el Elector con sus fuerzas en que se contaban ya 25.000 hombres, marchó en su auxilio, y entrando por Alemania, tomó á Ulm y Groningue, continuando su marcha sobre el Danubio, siéndole de gran utilidad en aquella campaña los servicios de Perez Mancheño que habia sabido inspirar á sus soldados ilímitada confianza.

Mas si en Alemania la suerte de la guerra nos favorecia, en Flandes por el contrario se ensañaba contra

nuestras armas. Apoderóse Marlbrough de Venlóo en poco tiempo, á pesar de la obstinada defensa de los nuestros, cuyos esfuerzos hizo estériles el estado ruinoso de las fortificaciones: tomó despues á Stevenswert y Ruremonde, con lo que se enseñoreó de todo el curso del Mosa hasta Maestrick, y embistiendo despues á la industrial y populosa Lieja, que guarnecian siete batallones y dos compañias de artilleros franceses, la tomó por asalto, siendo hechos prisioneros sobre la brecha el gobernador y muchos oficiales. Dejando entonces el mando del ejército al Príncipe de Nassau, volvió Marlbrough á Holanda, siendo en el camino hecho prisionero por un destacamento español de la guarnicion de Güeldres, que no conociéndole y tomándole por el escudero de un Lord, le dejó en libertad.

Muy diferente habria sido el resultado de la guerra, si el español hubiese sospechado la importancía de su captura.

A principios del año de 1703, los Estados de Holanda y el Parlamento de Inglaterra, prohibieron á los súbditos de ambos paises todo comercio con España y Francia.

El Elector de Baviera continuaba en Alemania con sus tropas, mas no estaba ya en ellas Perez Mancheño, de quien por una carta que le dirigia el Príncipe de Lichtein, se sabe que en Marzo se hallaba en Bruselas, pero sin que se conozcan las razones en cuya virtud pasó de uno á otro ejército. Es lo cierto, que en Abril operaba á las órdenes del Marqués de Bedmar, quien cerca de Amberes derrotó completamente al in-

glés Opdam, que tenia 25 batallones y 20 escuadrones. Fué el combate largo y empeñado: comenzó por una carga de la caballeria francesa, para quitar al enemigo el medio de retirarse, y dar lugar á la llegada de nuestra infanteria que cargó con tal ímpetu, que quedó aquel completamente roto y deshecho. No huyó sin embargo, empeñándose entonces no una batalla regular, sino una multitud de combates parciales, que nos costaron mil quinientas bajas entre muertos y heridos. Los ingleses por su parte tuvieron cuatro mil muertos y ochocientos prisioneros, perdiendo además cuatrocientos carros, cincuenta furgones de artilleria y cuarenta y cuatro cañones. El mismo general Opdam escapó á través de nuestras tropas con algunos oficiales, á favor de las escarapelas blancas que pusieron en sus sombreros, para hacerse pasar por franceses.

Mientras tanto Marlbrough, vuelto al ejército, emprendia el sitio de Bonn, que tomaba despues de empeñada resistencia, y Villeroy en cambio se apoderaba de Tongres, que rindiéron á discrecion los holandeses, y pasando despues á Sanltroven, donde se unió con Bedmar á una legua de Marlbrough, parecia como que le desafiaba: mas no consiguió su intento, mientras que el inglés por una série de hábiles maniobras que Villeroy no pudo prevenir, logró se le reunieran los restos del ejército de Opdan y el mas numeroso que mandaba Cohorn, consiguiendo de este modo, sin librar batalla, la ventaja de reunir sus fuerzas y tener el paso libre hacia Huy que sitió y rindió en breves dias, sin que para evitarlo Villeroy hiciese otra cosa

que enviar dos cuerpos de españoles uno á las órdenes de Bedmar y otro á las de Abadía, que muy inferiores en número á las tropas sitiadoras, no pudieron socorrer la plaza. En su retirada, arrojó el marqués de Bedmar del pais de Vaes todas las fuerzas holandesas que allí habian quedado, obligándolas á guarecerse detrás de Hulst.

Embistió esta plaza al punto con sus españoles, y espada en mano tomó tres de los cinco fuertes que la circundan: pero falto de tren de batir, pues solo llevaba dos piezas volantes, tuvo que retirarse.

Mas esta contrariedad fué reparada por la guarnicion de Limburgo, que al hacer correrias por la comarca de Juliers, para exigir contribuciones, atacó un numeroso convoy de municiones de guerra y boca que remontaba el Mosa de Maestrick á Lieja, y derrotando la escolta, echó á pique é incendió todos los barcos que lo conducian.

Con estas ventajas termináron las operaciones de la guerra en Flandes en 1703.

XI

Al empezar la nueva campaña, practicáron los enemigos algunos movimientos del lado de Maestrick, siendo mantenidos en respeto por el marqués de Bedmar, que les impidió desbaratasen las fortificaciones de nuestras líneas. Llegada la primavera, dirigió Marlbrough su ejército del lado del Mosela, á donde le siguió inmediatamente Villeroy con los franceses y los

españoles de Bedmar. De suerte que al parecer iba á cambiar el teatro de la guerra, trasladándose á las orillas del Rhin. Motivaba esta novedad, hallarse el Elector de Baviera en Ulma, amenazando con las tropas de su propio estado á los imperiales. Debiendo pues, abandonar la Flandes nuestro ejército para entrar en el Luxemburgo y Palatinado, dejó Bedmar guarnicion de españoles en las plazas de los Paises Bajos, encomendando su gobierno á jefes de pericia y valor acreditados. Quedó Perez Mancheño de gobernador de Namur, ciudad de las mas importantes de la Flandes española.

Llegado Junio, cuando apenas se habian alejado los ejércitos, salió de Maestrick un cuerpo de holandeses mandados por Overkerque, y creyendo que no resistiria la corta guarnicion de Namur, intentáron sorprenderla. Mas no conocian sin duda el celo é incansable actividad del gobernador, que les hizo huir, dejando 400 muertos al pié de las murallas de la plaza.

Sin cejar en su empeño volviéron á fines de Julio mas numerosos, y bombardeéron la ciudad: pero avisado á tiempo el marqués de Bedmar acudió desde el Luxemburgo y atacando á Overkerque en las mismas puertas de Namur, le derrotó matándole dos mil hombres, á cuya completa victoria contribuyó poderosamente la guarnición de aquella plaza, que con su gobernador á la cabeza, embistió por un flanco á los holandeses, que arrollados diéron con las tropas de Bedmar.

A poco, nombrado este último Virey de Sicilia, dejó

á Flandes, donde fué muy sentido por el ejército, y sin duda los informes que al llegar á España dió acerca de Perez Mancheño, hiciéron que al empezar el año de 1705, fuera el veterano nombrado Mariscal de campo, habiéndose adoptado ya la organización francesa en las tropas españolas.

Los diversos movimientos de ambos ejércitos sobre Maguncia, Tréveris y Colonia, produjeron su vuelta á Flandes en Noviembre, retirándose poco despues á cuarteles de invierno, segun costumbre de aquellos tiempos, y al comenzar la siguiente campaña estaban ya frente á frente seis ejércitos: En el Mosela, Marlbrough con ingleses y alemanes, á quien se oponia el Mariscal de Villars con los franceses; en el Rhin el príncipe de Baden, con alemanes, observado por el francés conde de Marsin; y en Flandes el holandes Overkerque, y frente á él Villeroy y el Elector de Baviera con franceses y españoles. Mientras operaban los primeros, los últimos sitiaban á Huy, de la que se apoderaron haciendo prisionera su guarnicion, entrando despues en Lieja á viva fuerza.

Tan malas nuevas llegaron al punto á Marlbrough que volviendo con rapidéz hacia Maestrick, atacó de repente las líneas francesas en Heylessem, matando seiscientos hombres, entre ellos los generales Horn y Valence. Adelantando despues á Tirlemont, sorprendió á Villeroy cerca de Lovayna y le copó algunos batallones; y envalentonado con sus rápidos éxitos, acomete y recobra á Huy en breves dias, de manera que la venida del general inglés hizo inclinar la balan-

za de la guerra á su favor.

No estaban miéntras tanto ociosos Perez Mancheño y los demas gobernadores de las plazas de Flandes. El holandés Spaar recorria con numerosas tropas todo aquel pais, inquietando constantemente los pueblos, hasta que puestas de acuerdo las guarniciones de Namur, Gante y Brujas, le encontraron cerca de Daine, desbaratándo los diez y seis batallones de infantes y dos regimientos de dragones que mandaba. Lo mismo aconteció á otra espedicion que envió Overkerque contra la fortaleza del Sas de Gante: con lo que terminaron las operacionss de aquel año, pues si bien los ejércitos de Alemania y el Rhin, acometiéron diversas empresas, no es su relato de este lugar, consagrado tan solo á referir los hechos que tienen relacion con la guerra de Flandes, y la persona de Perez Mancheño.

A penas llegada la primavera de 1706, deseoso Villeroy de borrar con una victoria los recuerdos de su abandono é impericia en la campaña anterior, marchó desde Tirlemont donde habia reunido su ejército al del Elector de Baviera, hácia Maestrick, en cuya ciudad alistaba el suyo Marlbrough. Encontráronse ambas fuerzas el 22 de Mayo en las llanuras de Ramillies, cerca del rio Dile entre Lovayna y Namur. No era de opinion el Elector de Baviera de que se arriesgase el éxito de la batalla con enemigo tan poderoso, sin aguardar al menos la reunion de siete ú ocho mil españoles, que en Traviers estaban: mas las reiteradas y apremiantes órdenes de Villeroy, que por terminante mandato de los reyes de Francia y España ejercia

el mando supremo, le hicieron obedecer. Ordenados pues en batalla, trabóse el combate por nuestra derecha contra la izquierda del enemigo. Peleaba con esfuerzo la infanteria francesa hacía mas de una hora, cuando acometida por la caballeria, ordenó Villeroy al ala izquierda estenderse en línea curva, para encerrar en ella á la caballeria enemiga. Empezóse el movimiento, mas antes de terminar, comenzó á flaquear el ala derecha, y retrocediendo muchos de los que la formaban, principió á desordenarse el ejército. Acudieron al punto Baviera y Villeroy al reparo, llevando consigo los españoles del primero, mientras que Marlbrough, conociendo ser aquel el lado más débil, cargaba en persona con tropas de refresco: y llegados unos y otros al arma blanca, generalizóse en todo el campo la encarnizada lucha. Derribado de su caballo Marlbrough, debió su salvacion al heroismo de sus soldados, que sacrificaron sus vidas para arrancarle de manos de los nuestros. Duraba la batalla ya cuatro horas, cuando acudiendo sobre un solo punto toda la masa del ejército inglés, y cortando en dos al franco español, decidió á su favor la victoria, retirándose los nuestros á Lovayna. Perdió en esta ocasion nuestro ejército diez mil muertos, tres mil prisioneros, cincuenta cañones, y setenta banderas, con todo el equipaje y municiones. El bravo Perez Mancheño recuperó al dia siguiente la mayor parte de la artilleria perdida, saliendo con la guarnicion de Namur, y derrotando la fuerte escolta que conducia los cañones á los almacenes de Maestrick.

Las pérdidas consecuencia de aquella derrota fueron inmensas. Ocuparon los enemigos á Lovayna, Bruselas, Malinas y Lierre.

Los restos de las tropas francesas y españolas, se repartieron guarneciendo las plazas que nos quedaban, mientras que el enemigo pasaba el Lys y amenazaba á Iprés, Ostende, y Newport. Envalentonados los flamencos, só pretesto de evitar el saquéo de los ingleses, arrojaban de las ciudades las guarniciones, reconociendo por rey de España al archiduque.

Dividido el ejército inglés en dos grandes cuerpos, el uno emprendió el sitio de Ostende que defendia con teson y valor el general Covarrubias, mientras el otro se dirigió á sitiar á Dendermonde, donde mandaba el maestre de campo Valls, pero habiendo conseguido el Elector de Baviera introducir en esta última plaza 3.500 españoles, pudo evitarse la rendicion.

Rechazado Marlbrough, encaminóse sobre Amberes, la ciudad mas fuerte de los Paises Bajos, la misma que supo resistir durante tres años al gran Alejandro Farnesio: guarnecianla seis batallones de franceses y otros seis de españoles, contando suficiente provision de víveres y municiones. Mas era tal la desmoralizacion del ejército despues de la derrota de Ramillies, que á los tres dias de atacada Amberes, capituló su guarnicion.

Igual suerte tuvo Gante, donde al menos se defendiéron heróicamente los españoles: pero no secundados por los franceses, tambien tuvieron que entregarse, quedando prisioneros los coroneles Rios y Zuñiga con

sus respectivos regimientos.

Rindiéronse sin combatir Alost, Oudenarde, Deinse y Brujas, pareciendo increible que tantas plazas que en las guerras de los dos siglos anteriores costáron heróicos esfuerzos y años enteros de lucha para rendirlas, se entregasen ahora á la primera intimacion ó á los dos ó tres dias de asédio. Solo algunos pocos aguerridos jefes, se sustrajeron al comun desaliento, y supieron mantener ilesa su reputacion, conservando para la pátria las plazas, cuya defensa se les confiára.

Tan larga série de desastres, juntamente con las reiteradas representaciones del Elector de Baviera que se habia retirado á Mons, no queriendo que estuviese el asiento del gobierno de Flandes en plaza que no perteneciese el rey Católico, hicieron al fin abrír los ojos á Luis XIV, que separando del ejército á Villeroy, que no volvió jamás á su gracia, nombró general en jefe al duque de Vendome que tantos laureles habia ganado en España en las guerras que aquí tenian lugar en aquel tiempo. Mientras este se dirigia á Flandes, tuvo que capitular Ostende, saliendo su guarnision con los honores de la guerra, dirigiéndose á Mons, donde se reunió con el Elector de Baviera.

Overkerque que tomó el mando de los aliados, mientras Marlbrough descansaba en Bruselas, hizo un amago sobre Namur, pero rechazado otra vez por Perez Mancheño, cayó con todas sus fuerzas sobre Menin, que defendia el francés Caraman con 12 batallones. Uniéronse á los sitiadores el Príncipe Electoral de Brandeburgo, que tomó el mando, y circunvalando

la plaza, emprendió el sitio en regla. haciendo uso del mas formidable tren de artilleria que jamás se viera en aqnellas guerras, pues noventa cañones de gran calibre y cincuenta morteros mantenian un fuego incesante. Resistió la plaza con heroismo, haciendo frecuentes salidas la guarnicion que inutilizó repetidas veces los trabajos del sitiador, aunque al fin hubo tambien de rendirse mediante una capitulacion honrosa.

De allí pasaron los aliados á Dendermonde y Ath, apoderándose igualmente de ambas plazas, sin que pudiera por nuestra parte oponérseles fuerza alguna, porque las tropas del Elector de Baviera eran muy escasas, y harto hacian con custodiar las plazas que aun nos quedaban, y el ejército francés totalmente desorganizado carecia de cabeza que lo mandase y ordenase, ocupado Vendome desde que llegó á Flandes en tomar tranquilamente las aguas termales de Saint-Amand. Es indudable, que si despues de tomado Ath, hubiese continuado Marlbrough sus operaciones con igual actividad. habria espulsado de Flandes en aquella campaña á franceses y españoles, y quizás hubiera sido otro el término de la guerra; mas no convenia apresurarlo á la ambicion del general inglés, quien siguiendo la inveterada costumbre de dar cuarteles de invierno, hizo que á principios de Octubre se disolviese su ejército, dando de ese modo algun respiro á nuestras desbaratadas tropas.

XII

Trascurrió todo el año de 1707. sin que en la guerra de Flandes ocurriese ningun suceso de consideracion.

Solamente tuvieron las tropas pequeños encuentros en los cuales alternaba la fortuna. Vendome que cuando tenia ya reunidas bastantes fuerzas las vió desmembradas de orden de Luis XIV, para socorrer á la Provenza acometida á través de la Saboya por los alemanes, no tuvo mas objetivo que evitar un choque decisivo con Marlborough, cuyo ejército era mucho mas numeroso, y este invirtió todo el año en provocar á aquel inútilmente al combate.

Al comenzár 1708, parecia como que los beligerantes de comun acuerdo, querian resarcir todo el tiempo perdido en el año anterior. Nombró Luis XIV general en jefe á su nieto el Duque de Borgoña hermano de nuestro Rey Felipe V., quien vino al ejército acompañado de su otro hermano menor el Duque de Berry, dándoles como mentor al esperimentado Vendome, y poniendo á sus ordenes un formidable ejército de 143 batallones, y 215 escuadrones, se formó otro cuerpo en el Rhin, cuyo mando tomó el Elector de Baviera, teniendo á sus órdenes al Duque de Berwick.

Mientras tanto los aliados no descuidaban sus preparativos, reuniendo en Flandes Marlborough cien

mil soldados, y el príncipe Eugenio de Saboya en el Mosela otros cincuenta mil.

Durante la ausencia del Elector de Baviera, quedó encargado del gobierno de los estados el Conde de Bergeick ministro de España en Flandes, y uno de los hombres de gobierno mas ilustres que ha tenido España. En cuanto á las tropas españolas, en número de diez y seis mil hombres mandados por sus respectivos gefes á las órdenes del general francés Guiscard, formaban una division del ejército francés, mientras el resto de los Españoles, continuaban guarneciendo nuestras plazas.

Reunido nuestro ejército, antes que el aliado hubiese terminado sus preparativos, insistia Vendome con tenaz empeño en que se le presentase la batalla, fiado en el valor de los ochenta mil veteranos que contaba en sus filas; mas siendo distinto el parecer del Duque de Borgoña, perdióse la oportunidad, que como acontece siempre, no volvió á presentarse; y reunido ya todo el ejército inglés, acampó en la llanura de Soignies, estensa, dilatada y provista de abundantes forrajes, que debió haber sido ocupada con anticipacion por los franceses. Estos por su parte, establecieron sus reales en Genappes á corta distancia de Marlborough, aunque separados ambos campos por desfiladeros impracticables, no era posible se empeñase una accion general.

Entretanto Perez Mancheño desde su puesto de Na-

mur, tomaba activa parte en la guerra, y la guarnicion á sus órdenes, inquietaba contínuamente al ejército anglo-holandés, derrotando sus destacamentos é interrumpiendo sus comunicaciones.

Cansado de su inaccion determinó el duque de Borgoña sorprender á Bruselas, y hasta llegó á encargar las escalas para el asalto: mas su abuelo el rey de Francia negó su permiso para aquella empresa, porque una de las principales causas de los reveses que en esta guerra se experimentaron, estribaba en que desde su corte de Versalles era el viejo rey el verdadero general en jefe. Nada podia hacerse, ninguna empresa intentarse, sino merecia antes su completa aprobacion. Perdíase el tiempo en traer y llevar mensajes de la corte al ejército y de este á aquella, malográbanse las ocasiones, y cuando llegaba á las tropas la órden de acometer una empresa, habíase perdido el momento oportuno, y aun quizá era irrealizable y perjudicial.

Marlbrough por el contrario, disfrutaba de completa y absoluta libertad de mando, y como la suerte de la guerra depende en muchas ocasiones de una resolución rápida, seguida de la inmediata operacíon, no siendo posible preveer todas las contingencias que pueden sobrevenir, aprovechaba siempre la ocasion y el momento oportuno, teniendo ya mucho adelantado para vencer, lo cual esplica buena parte de sus triunfos, sin que por lo demás pueda negársele su habilidad

estratégica y pericia consumada.

No siéndole pues permitido acometer á Bruselas, envió el duque de Borgoña al conde de la Motte con cuatro mil españoles, para que se apoderase de algunas otras plazas de las que se perdieron en el año anterior, taréa que no consideraba muy difícil, supuesto que la mayor parte de sus guarniciones habian ido á reforzar las tropas aliadas. Tomó por sorpresa á Gante, y despues á Brujas, sin que Marlbrough, hiciese nada para impedirlo: mas ese aparente reposo ocultaba un designio fatal para nuestras tropas. El general inglés no se movia, porque esperaba que se le reuniese el príncipe Eugenio, que desde el Mosela á marchas forzadas venia á su encuentro con treinta mil hombres. De nada sirvió que en seguimiento del príncipe acudiese Berwick con treinta y cuatro batallones y sesenta y cinco escuadrones: antes de que hubiera podido reunirse al duque de Borgoña, juntos Marlbrough y el príncipe Eugenio, levantaron su campo, y alcanzando á los franceses en Oudenarde, les presentáron la batalla el 11 de Julio.

Eran ya las cuatro de la tarde cuando se avistaron los dos ejércitos; el terreno cortado por algunos canales, no dejaba espacio suficiente para estenderse y ordenarse: acometiéronse sin embargo con denuedo, llegando á estrecharse tanto, que no habiendo lugar para el manejo de la bayoneta en el estremo del fusil, se víeron obligados los soldados á tomarla en la mano. Llevaban la peor parte los franceses cuya principal fuerza estaba en la caballeria, no pudiendo esta entrar

en accion por la angostura del terreno, mientras que la numerosa infanteria aliada se renovaba incesantemente. Puso la noche término al combate que quedó indeciso, si bien pudieron atribuirse la victoria los aliados que quedáron dueños del campo, é hicieron prisioneros á el Mariscal de Biron, nueve generales y siete mil soldados. Murieron de los nuestros unos dos mil hombres, habiendo padecido mucho dos regimientos de la division española que quedáron casi en cuadro. Retiráronse los franceses en buen órden, no patando hasta las proximidades de Gante, y mientras tanto Marlbrough quedó dueño del Artois hasta Arras y Eugenio de Saboya dirigióse sobre Lila cuyo sitio comenzó inmediatamente.

No es de nuestro intento narrar los hechos de aquel memorable sitio en que se inmortalizó el Mariscal de Boufflers que mandaba la plaza, y no la rindió hasta pasados seis meses de trinchera abierta. Durante tan largo período, hizo el duque de Borgoña multitud de inútiles tentativas para socorrer la plaza, ya llamando á sí la atencion del enemigo, ya sitiando á Bruselas el Elector de Baviera; amenazado este por los ingleses tuvo que retirarse, y nada pudo salvar á la sitiada Lila. Abandonó entonces el ejército el duque de Borgoña, tornando á Francia, y los aliados se apoderaron de Gante, Brujas y algunas otras fortalezas, terminando la campaña de 1708.

A los principios del siguiente año, cansadas las naciones de tan larga guerra entablaron preliminares de paz en la Haya. Asistieron á las conferencias repre-

sentantes de una y otra parte, mas desechadas por Luis XIV las proposiciones de paz presentadas, por hallarse basadas en la renuncia de su nieto á la corona de España, comenzó nuevamente la guerra, y como las recaidas suelen ser peores que la misma enfermedad, extremóse el encarnizamiento.

No habiendo conseguido el duque de Borgoña en 1708 el resultado que el rey de Francia se propusiéra, destinó este el mando del ejército al Mariscal de Villars, dándole cien mil hombres con los que formó su campo en Lens, para poner el Artois á salvo de un golpe de mano. A su vez los aliados reunieron su ejército en las inmediaciones de Lille, siempre bajo las órdenes de Marlbrough y el principe Eugenio de Saboya, quienes comprendiendo por la pasiva actitud de Villars que su propósito era mantenerse á la defensiva, llegado Junio, resolviéron poner sitio á Tournay, ciudad antigua y populosa, situada á las orillas del Escalda. Dividido pues, el ejército aliado, encargóse Marlbrough del cerco de la plaza con cuarenta mil hombres, mientras Eugenio con el resto quedó dispuesto á apoyarle, en observacion de los franceses.

Casi nada pudieron hacer estos en favor de la amenazada ciudad que al fin se rindió en 4 de Setiembre. Libres ya de ese cuidado los aliados, resolviéron el asédio de Mons. Dirigióse Villars con premura á cubrir esta plaza acampando con su ejército en Malplaquet, á donde fueron á buscarle ingleses y alemanes. Dióse en las inmediaciones de aquel pueblo, hasta entonces desconocido, y desde aquel dia de infausta me-

moria, uno de los mas sangrientos combates de los tiempos modernos. Treinta y dos mil muertos de ambas partes quedáron en el campo de batalla, y despues de siete horas de peléa, retiráronse ordenadamente los franceses, llevándose mal herido á Villars. Ninguno de ambos ejércitos hizo prisioneros, no dando cabida á la compasion el mútuo encarnizamiento. Quedó el campo por los aliados, que cojiéron veinte cañones y nueve banderas, sin embargo de que perdieron mayor número de soldados que los nuestros.

Este desastre, puso otra vez á Flandes á un paso de su completa perdicion. Necesitábanse refuerzos y aun cuando quedáron desguarnecidas muchas plazas, sacáronse de ellas veinte y cinco batallones franceses y españoles, que se agregáron al ejército, cuyo mando tomó el mariscal Artagnan.

En tanto se reponian los franceses, los aliados acometiéron á Mons, capital del Henao, donde mandaba el español marqués de Grimaldi, y aunque este llevó al último límite la defensa, no pudo resistir el impetuoso ataque, teniendo que rendirse el 31 de Octubre. Durante este sitio el general Overkerque con las tropas de Holanda, acometió por dos veces á Namur juzgando que disminuida su guarnicion por los refuerzos que habia dado al ejército, sería empresa fácil tomar aquella plaza; pero estrelláronse todos sus esfuerzos ante la serenidad y heróico denuedo de Perez Mancheño, que fué quizá el único de los generales de España que logró en aquella guerra conservar á la patria la plaza que defendia.

Abriéronse nuevas conferencias en Gertruydemberg, al empezar el año de 1710, sin que tampoco pudiese conseguirse la páz, y desde mucho antes que se hubiesen reunido nuestras tropas, sitiaban ya Marlbrough y Eugenio de Saboya la plaza de Douay, que defendia el francés Albergotti, con numerosa y aguerrida guarnicion: de suerte que cuando Villars ya curado de su herida acudió en su socorro, nada pudo hacer siéndole forzoso presenciar la rendicion de tan importante fortaleza. De alli siguiéron los imperiales su victoriosa carrera por el Artois francés, tomando á Bethune, Saint-Omer, Saint-Venant, y Ayre, sin que Villars pudiera impedirlo, por haberle prohibido Luis XIV que se aventurase á una batalla. Contentábase pues, tan solo con molestar al enemigo, que seguro de la impunidad, cómo si no existiera el ejército francés, continuaba sometiendo las plazas de Luis XIV, y así terminó la campaña de 1710.

Cuanto mayores eran los desastres esperimentados y la penuria que tan prolongadas guerras habian producido en Francia y España, más poderosos fueron los esfuerzos que al comenzar 1711, hizo Luis XIV que dirigia la polítíca de ambas naciones. Haciendo numerosos alistamientos, formó cinco ejércitos, uno en Flandes, cuyo mando tomó el mariscal Villars: otro en el Mosa, bajo el del Elector de Baviera: otro en Alsacia confiado al duque de Hartcourt: otro en el Delfinado, gobernado por el Duque de Bervick, y otro en el Rosellon, que encomendó al Duque de Noailles.

Vino á desconcertar los planes de los aliados la

muerte del emperador de Austria, hermano del Archiduque Carlos, pretendiente á la corona de España, y siendo este su heredero, faltaba el principal pretesto de la guerra, no pudiendo consentir Inglaterra y Holanda en un tan completo engrandecimiento de la casa de Austria como seria el sentarse la misma persona en los tronos de Alemania y España: no manifestáron sin embargo irresolucion alguna, y quedando en Flandes Marlbrough con noventa mil hombres, marchó Eugenio de Saboya con pocos menos á hacer frente al Elector de Baviera. Mas tantos preparativos que hacian suponer una conflagracion general, no produjeron despues resultado alguno, limitándose toda la campaña á choques parciales en que casi siempre estuvo la ventaja de parte de los franceses, y á la toma de Bouchain en el Artois que consiguió Marlbrough despues de largo sitio.

Natural era yá que cansados los pueblos, se llegase á un acuerdo comun que pusiese fin á un estado imposible de sostener mas tiempo. Inglaterra que era la que con mayor empeño habia sostenido la guerra, era tambien la mas perjudicada por los excesivos gastos que le ocasionaba, habiendo de mantener un ejército en Flandes y otro en España, subvencionando al mismo tiempo á sus aliados. Por esta causa entabló Luís XIV negociaciones con la reina Ana á fin de tratar de la páz, y admitidas, designóse la ciudad de Utrech en Bélgica para celebrar las conferencias. A ella marcharon representantes de los Soberanos, y cada cual espuso sus pretensiones, dando lugar con esto á la sus-

pension de hostilidades por algun tiempo. Comenzadas nuevamente á mediados de 1712, la caida del principal partidario de la guerra, Marlbrough, del favor de la reina Ana, y la llegada del nuevo general inglés Duque de Ormond, que estipuló una tregua con los franceses, facilitáron á estos la derrota en Denain del príncipe Eugenio que mandaba los holandeses y alemanes. Como consecuencia inmediata de esta victoria, convertido ya en agresor, comenzó Villars á recuperar las plazas de que antes se habían apoderado los aliados, hasta que terminadas las conferencias, firmóse en Utrech la paz en 11 de Abril de 1713, siendo acogida con general aplauso por todas las naciones que por ella suspiraban ansiosas, y aunque España tuvo que renunciar á los Paises Bajos, que de todas suertes era imposible conservar por más tiempo, pudo descansar despues de tan largos años de constantes sacrificios.

XIII

No podia el pundonoroso veterano que mandaba en Namur, al tener conocimiento de la páz, presenciar con indiferencia la entrega de los Paises Bajos á aquellos que durante tanto tiempo habia considerado como enemigos. Cuarenta y cinco años de su vida habia pasado en Flandes peleando por conservar á España aquellos estados, que habiase acostumbrado á mirar como parte integrante del suelo nacional. Asi es que apenas se firmó la paz de Utrech, pidió y ob-

tuvo su relevo, volviendo á España y á Arcos donde entró el 22 de Mayo de 1718, siendo recibido con entusiastas felicitaciones por su pueblo natal que cuarenta y siete años antes abandonára.

Mas ¿qué iba á hacer ya en Arcos? Todos sus hermanos habian muerto: no existia ninguno de los hombres de su generacion, ó si alguno quedaba, tan prolongada ausencia había roto y deshecho todos los recuerdos de la juventud.

La austeridad solo aparente del caracter del viejo general, á quien la continuada vida de los campamentos, siempre en guardia contra las asechanzas del enemigo, hacia aparecer como desconfiado y rudo, retraian á sus cercanos parientes, sus sobrinos hijos de su hermano D. Alonso Fernandez Mancheño. Arcos no tenia ya atractivos para él, y cuando al cabo de un año, deseoso el gobierno de utilizar sus servicios, le nombró gobernador militar de Ceuta, aceptó gustoso aunque su avanzada edad y su trabajada vida le daban indisputable derecho al descanso y á la holganza. Volvió pues General, al campo en que soldado hiciera sus primeras armas, permaneciendo en aquel gobierno dos años, durante los cuales prestó extraordinarios servicios.

Cerca de cuarenta años hacia que los moros tenian puesto sitio á Ceuta, que no levantáron hasta que desembarazado de tantas guerras pudo el gobierno español en 1720 dedicar su atencion á aquella plaza, y enviar un ejército al mando del marqués de Lede, que despues de varias gloriosas acciones, ahuyentó á las

salvajes kabilas, haciéndoles huir á lo más profundo de sus inaccesibles moradas.

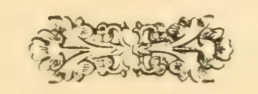
Llegado allí Perez Mancheño, avezado durante sus largas campañas á velar dia y noche sin dejarse nunca sorprender por el enemigo, organizó un sistema de defensa basado en la construccion de fuertes avanzados que dió inmediato fruto, y aunque se combatia diariamente con los moros, no volviéron estos á llegar hasta las puertas de la plaza, que de esta manera pudo al fin disfrutar de algun sosiego y tranquilidad.

Ascendido á Teniente general en 1717, y nombrado capitan general de la costa de Andalucia, trasladó su residencia al Puerto de Santa Maria, ocupándose en organizar las tropas del ejército que á las órdenes del marqués de Lode fué enviado para hacer levantar el sitio de Ceuta. No permitió á Perez Mancheño su avanzada edad tomar el mando. A pesar de su naturaleza privilegiada, los ochenta años que contaba, y las numerosas heridas que honraban su cuerpo, le impedían ya todo servicio activo, anunciándole la proximidad de su fin, y en efecto el 15 de Mayo de 1622 falleció en el Puerto de Santa Maria aquel ilustre anciano, en quien parecian encarnados el valor, la disciplina y el espíritu militar de los antiguos tercios españoles, de que fué el último representante.

No dejó fortuna: sus sobrinos tuviéron por toda herencia, amen de algunos cientos de doblones, modestos ahorros del veterano, su inmáculado nombre, y los titulos y certificaciones que acreditaban sus altos hechos. Olvidado por su pátria, los historiadores de su

tiempo, ni mencionan siquiera el nombre del esforzado defensor de Namur: su pueblo natal no tiene la menor noticia de él: nadie sabe en Arcos que existió el general Perez Mancheño.

Lafuente, Historia de España.—Marqués de S. Felipe, Comentarios de la guerra de España.—Fr. Nicolás de Jesus Belando, Historia Civil de España.—Vida del Vizconde de Turena.—Anquetil, Historia de Francia—Saint Simon, Memoires.—Danjeau, Journal.—Documentos de familia.





FRAY PEDRO DIAZ CANO.
1703,

CUANDO trás la muerte del imbécil Carlos II quedó vacante el trono de España, viniendo á ocuparlo el nieto de Luis XIV, Felipe V, y quedando defraudadas las lisonjeras esperanzas que por tanto tiempo alimentára la casa de Austria, formáron alianza con esta todos los enemigos del monarca francés para oponerse al engrandecimiento de los Borbones, que causaba sérias inquietudes á los demás soberanos. Inglaterra, Holanda, Alemania, Portugal, Saboya, reuniéron sus ejércitos, y acometiendo á españoles y franceses en Cerdeña, Sicilia, Milán, Flandes, Artois, Cataluña, Estremadura y Andalucía, decidiéron imponernos un Rey: no el aceptado por la Nacion, sino el que ellos designáran: el Archiduque Cárlos de Austria.

No era ciertamente este príncipe indigno de ceñir la corona. Valiente, generoso é ilustrado, acaso habria hecho la felicidad de España, si aclamándole esta libremente hubiera reinado sin contradiccion. Más no habiendolo consentido el carácter independiente de los españoles, nunca dispuestos á tolerar imposiciones, para sostener á Felipe quinto mantuvimos trece años de encarnizada guerra, durante la cual no cesáron las naciones enemigas de enviar ejércitos contra España y sus poseciones.

En una de esas espediciones salió de los puertos de Inglaterra y Holanda una escuadra de doscientas naves de diversos portes, mandada por el Duque de Ormond y el príncipe de Darmstad, dirigiéndose sobre las costas de Andalucia, de las que era capitan general D. Francisco del Castillo, marqués de Villadarias. Desapercibido este del suceso, contaba solo con ciento cuarenta infantes y treinta caballos disponibles para la defensa, en el Puerto de Santa Maria. Guarneeian á Cádiz solo trescientos soldados, mientras en Rota se hallaba una compañia de sesenta caballos. Era gobernador de esta abierta villa y su castillo, D. Francisco Diaz Cano y Carrillo de los Rios, caballero cordobés, quien habiendo recibido noticia del armamento de los ingleses, vigilaba cuidadosamente desde su avanzado puesto, interin reclamaba del marqués de Villadarias le enviase soldados, y del Gobernador de Cádiz, Duque de Brancaccio, le remitiese pólvora y balas con que municionar dos compañias de infantes que de los vecinos del pueblo habia formado, mientras que ponia

en bateria en el castillo de Rota diez ó doce piezas viejas de hierro que yacían allí casi inservibles. Ninguna de aquellas autoridades superiores habia podido enviar á Diaz Cano los auxilios pedidos, cuando en la mañana del 23 de Agosto de 1782, se vió desde las almenas del Castillo de Rota la innumerable multitud de velas que formaban la escuadra de los enemigos. Avisó al punto el Gobernador á Villadarias, mientras despachaba un piloto que se acercase á las naves para poder distinguir sus banderas, y conocer por ellas la nacion á que pertenecian, volviendo á poco con la triste nueva de que en efecto aquella era la armada tan temida. En el acto dispuso Diaz Cano saliesen á las playas de Rota los vecinos que habia armado, con los sesenta caballos allí acuartelados, con objeto de impedir el desembarco de los ingleses, mientras convocaba á los individuos del Ayuntamiento y personas notables, para que con él coadyuvasen á la defensa, hallando en el ánimo de todos, en vez de la varonil entereza que en sí propio sentia, la duda y el temor: y cuando con palabra enérgica procuraba enardecer aquellos espíritus abatidos, vino á saber que la compañia de caballos, corría sobre el Puerto de Santa Maria, y que los vecinos armados que á la defensa de la costa enviara, abandonando su puesto, ocupábanse cada uno en recoger sus familias, y cuanto de más valor tenia, dirigiéndose todos tierra adentro, huyendo de los enemigos. No desmayó Diaz Cano, sino que vistas tan tristes nuevas, contestó á los de la junta que unánimes le aconsejaban que puesto que no tenian medios

de defensa, debia presentarse y hacer su sumision al general inglés. "Que no habia que pensar en que él ejecutase ninguna accion que no fuese en servicio del rey, porque en todos los casos lo habia de seguir." Y esto dicho, dejando solos á los pocos belicosos notables dirijióse á las murallas, desde las que viendo pasarla escuadra, disparó sobre ella su débil artilleria. Desembarcó entre Rota y el Puerto el ejército aliado, sin otra resistencia que la que el valeroso cuanto temerario general D. Felix Vallarón con treinta caballos hizo, pagando su atrevimiento con la vida, y mientras tomaba posiciones en la costa, envió el Duque de Ormond una carta al gobernador de Rota exijiendo la entrega de la villa que incendiaria caso de resistencia. Negóse á hacerlo Diaz Cano que amenazado entonces sériamente por algunos vecinos, antes que ceder prefirió abandonar la poblacion, no queriendo autorizar con su presencia la entrega de la villa, ni permitiéndole su patriotismo y su conciencia faltar á la fé jurada á su soberano; y montando á caballo, rodeando por Sanlúcar de Barrameda, por estar ocupado el camino de Rota al Puerto de Santa Maria, llegó á esta ciudad presentándose acto contínuo á Villadarias, que celebró encarecidamente su conducta, pasando despues á Sevilla á ponerse á las órdenes del Duque de Arcos, á cuyo Señorío pertenecia Rota. Calificó aquel magnate, de altamente digno y patriótico el comportamiento de Diaz Cano, que cuando se retiró el ejército enemigo pasado un mes, volvió á su gobierno de Rota, donde recibió comision del Capitan General Villadarias, y

de la Real Audiencia de Sevilla, para instruir causas y juzgar á los que en aquella invasion fueron desleales. Y tan honrosos informes de su conducta diéron el Capitan General, el Asistente de Sevilla y el Gobernador de Cádiz, que el Rey le hizo merced del hábito de Santiago, y el Duque de Arcos le trajo de Gobernador á esta su ciudad de Arcos de la Frontera, una de las principales de su estado, y en la que fundaba su título. Aquí permaneció mucho tiempo; aquí nacieron sus hijos Pedro, de quien despues se hablará, Salvador, que fué despues contador mayor de la casa de Osuna, Isabel Josefa, que casó con el capitan de caballos D. Juan de Cuenca Farfan de los Godos, y Nicolás, que fué lector de Teología religioso Capuchino de Sevilla, llamado Fr. Juan Evangelista. Jubilado despues por su edad, en premio á sus largos servicios, pasó el resto de su vida en Sevilla, en la casa de los Duques de Arcos, muriendo en 1734 en Sanlúcar, á donde habia ido á visitar á su hijo Pedro, á la sazon Prior del Convento del orden de Predicadores.

Hasta aquí parece que mas bien escribimos la biografía de D. Francisco Diaz Cano, que la de su hijo D. Pedro Diaz Cano, cuyo nombre encabeza estos apuntes. No es así sin embargo, pero la índole de los mismos exije estos antecedentes.

Sentado, pues, que el Gobernador de Rota mereció de sus superiores la completa aprobacion de sus actos, recibiendo como premio del Rey la merced de un hábito de las órdenes militares, que despues de espulsado el ejército invasor volvió á su gobierno, de donde

fué trasladado como justo y merecido ascenso en su carrera al de Arcos, que desempeñó por mucho tiempo siendo jubilado despues, y pasando el resto de su vida en el palacio del Duque de Arcos, en cuya compañia y amistad vivió en Sevilla hasta pocos dias antes de su muerte ocurrida en 1734, treinta y dos años despues de la invasion inglesa. Júzguese el estupor de sus hijos cuando publicados en 1739 los "Comentarios de la guerra de España, por D. Vicente Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe", leyeron en diferentes pasajes de la obra, los párrafos siguientes. A la página 88. "En Rota desembarcáron quinientos ingleses, luego la rindió su gobernador vílmente y tomó el partido de los enemigos: dióle el título de Marqués el Príncipe de Darmstad en nombre del Emperador: este ciego y acelerado premio, era querer atraer á los demás." A la página 89. "Recobróse Rota, y dejáron en tierra al Gobernador, que preso despues por el marqués de Villadarias, le mandó ahorcar: con esta noticia desampararon á Santa Maria despues de saqueada con barbaridad.„ Y por último á la página 91. "Hizo Ormond á Darmstad cargos de embustero y crédulo, porque no se habian hallado los parciales austriacos que decantaba, ni adherido español alguno á su partido, más que el Gobernador de Rota, por necesidad y fragilidad de ánimo daspues de ser prisionero.„ Llenos de santa indignacion los hijos de Diaz Cano, resolviéron vindicar el venerado nombre de su padre tan

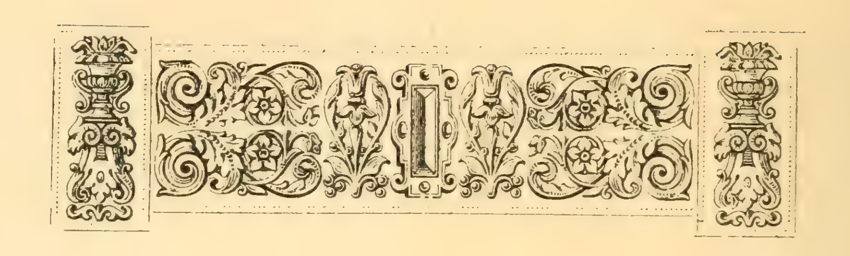
vilmente calumniado, y al efecto mientras los unos sacaban de los archivos de Rota, Arcos y Sevilla los documentos que justificaban la honrada conducta de Diaz Cano en aquellas aflictivas circunstancias, el mayor de todos Fr. Pedro Diaz Cano, Prior á la sazon del Convento de Santo Domingo de Palma del Rio, tomó á su cargo la taréa de refutar uno por uno los errores y deshacer las calumnias vertidas.

Habia nacido Pedro Diaz Cano durante la estancia de su padre en esta ciudad, mientrás desempeñaba el cargo de Gobernador de ella por el Duque de Arcos en 1704. Y las felices disposiciones que demostró desde su niñez, hicieron que con objeto de que recibiese mas esmerada educacion, le enviasen sus padres al lado de sus abuelos á Córdoba, donde habiendo demostrado inclinacion por la Iglesia entró como novicio en el Real Convento de San Pablo del Orden de Predicadores: y terminado su noviciado, profesó siendo destínado cuando acabó sus estudios, como Prior al Convento de su misma órden de Sanlúcar de Barrameda. Presentado despues para Provincial, pasó como Prior al Convento de Santo Domingo de Palma del Rio, y de allí tambien con igual cargo al Real de San Pablo de Córdoba, donde murió siendo provincial de su orden en 1760. Adquirió gran fama como orador sagrado, no de los que con causticidad merecida fustigaba por aquellos tiempos el Padre Isla, sino del escaso número de los que conservaban las puras tradiciones del buen

gusto, agenos á la predicacion ampulosa é hinchada tan de moda entonces, y dedicaba los ratos de vagar al cultivo de la poesia á la que sentia particular inclinacion.

Para refutar pues, los injustos cargos hechos á su padre, publicó primero en el *Mercurio histórico* de Mañer una estensa y bien escrita relacion en que ponia la verdad en su lugar, dando á luz en el mismo año de 1739 un libro que tituló "Diaz Cano vindicado„ edicion en cuarto, con más de trecientas páginas, que como su título indica, tiene por objeto purgar de toda mancha el nombre del pundonoroso defensor de Rota. Y no solo lo consigue mediante las poderosas razones que alega y los documentos fidedignos que presenta, sino que su bien pensada obra, escrita en fácil y correcto estilo, es una acabada historia de la invasion de ingleses y holandeses en Andalucia en 1702, y al mismo tiempo un perfecto alegato acerca del mejor derecho que á Felipe V asistia al trono de España, sobre el otro pretendiente Cárlos de Austria. A más de esta obra de que no son raros los ejemplares, escribió tambien otros dos libros de controversia religiosa, que no hemos podido examinar. Fué en fin un escritor modesto y laborioso, cuyas obras contienen multitud de datos interesantes para la historia.

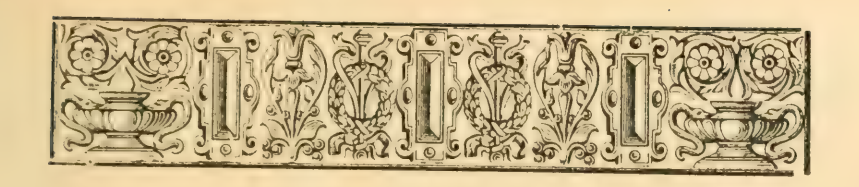




MARTIN DE MEDINA.
1720.

Hijo de una antigua familia de Arcos, entró en el servicio militar, distinguiéndose por su bizarría durante la guerra de sucesion. Murió en el sitio de Ceuta en 1720, siendo coronel de infanteria. Por sus servicios le habia honrado el Rey Felipe V con el hábito de Santiago.

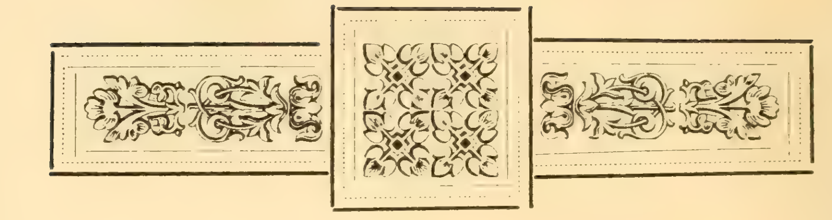




Fr. SEBASTIAN ORTIZ DEL ESPÍRITU SANTO.
1725.

Muy poco podemos decir de este venerable sacerdote que nacido en Arcos en 1725, abrazó el estado eclesiástico tomando el hábito en el Convento de Franciscanos Descalzos, muriendo á fines del siglo anterior cuando sus méritos revelantes le habian elevado al puesto de Provincial de su orden en la de San Diego de Andalucia.





FERNANDO DE ESPINOSA MALDONADO MANCHEÑO.
1729.

Rico, noble, honrado con el hábito de Calatrava, y natural y vecino de Arcos, en atencion á su notoria calidad, méritos y servicios propios y heredados de sus ascendientes, hízole el Rey D. Felipe V, merced de título de Castilla con la denominacion de "Conde del Aguila„ despachándole Real Cédula en 1729. Trasladó poco despues su domicilio á Sevilla, donde aun hoy viven sus descendientes. Su casa solar en Arcos, conserva una preciosa portada bizantina único resto que queda de la época del renacimiento.

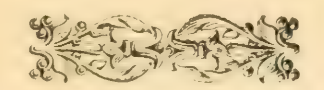




EUGENIO NICOLÁS DE GUZMAN.
1750.

En la mitad del siglo anterior florecia este distinguido hijo de Arcos. Solo hemos logrado averiguar que era Doctor en sagrada teología y ambos derechos, Calificador del Santo Oficio de la Inquisicion, Protonotario apostólico, Sócio teólogo y de erudicion de la Real de Sevilla, Cura y Beneficiado de la Iglesia parroquial de Santa Maria de Arcos.

Su fama de consumado teólogo, eminente jurisconsulto y orador elocuentísimo, ha llegado hasta nuestros dias. Escribió una coleccion de sermones que manuscritos se conservaban hace pocos años, y una obra religiosa titulada "Escudo atomístico„ que se imprimió en Sevilla en 1750.





JUAN CAMACHO CABALLERO.
1750.

FUÉ este insigne hijo de Arcos licenciado en sagrada teologia y cánones, colegial por oposicion del célebre colegio de teología de la Concepcion de Sevilla, académico de la Real de Valencia, opositor á las canongías lectoral y penitenciaría de la Catedral de Cádiz, y á la Magistral de la Colegiata de Jerez, dejando en todos esos actos digna memoria, por su vasto saber y profunda erudicion.





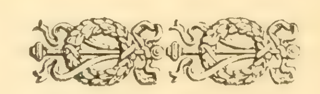
JUAN CAMACHO DEL REAL.
1760.

Doctor en sagrada teología, cánones y derecho y dignidad de la Catedral de Córdoba, fué este ilustre hijo de Arcos tan estimable por sus prendas morales, como por sus vastos conocimientos. Escribió á ratos perdidos una Memoria histórica de Arcos, que seria la mejor monografía que de esta ciudad se ha escrito, si hubiera su autor dedicado á la parte histórica de la edad media y moderna, igual escrupuloso empeño y estudio que á la historia antigua, y sobre todo á la eclesiástica, en que demuestra erudicion notable y profunda competencia, siendo más de lamentar esa falta, cuanto que está escrita toda la obra en correctísimo estilo, digno del siglo de oro de nuestra literatura. Solo se desearia hallar en ella una crítica mas racional y desnuda de preocupaciones. Consérvase inédita en poder del autor de estas líneas.



FRANCISCO MANUEL DE HERRERA.
1770.

Toda nuestra diligencia y empeño solo han podido averiguar que este ilustre hijo de Arcos vivía en la segunda mitad del siglo anterior, y que por sus grandes talentos y singulares méritos logró ser nombrado consejero de S. M. en los Reales Consejos de Guerra y de Castilla, desempeñando cuyos cargos murió en Madrid hacia 1770.





ANTONIO.—MIGUEL.—GABRIEL.—JOSÉ.— FERNANDO, ESPINOSA Y NUÑEZ DE PRADO. 1720.—1790.

De el matrimonio de D. José de Espinosa Maldonado de Saavedra, Alcaide del Castillo de Arcos, con D.ª Estefania Nuñez de Prado y Maldonado, nacíeron de 1720 á 1730, cinco hijos cuyos nombres van al frente de este artículo. Ricos y nobles sus padres, y más ilustrados que la generalidad de sus contemporáneos, no se contentaron con dar á sus hijos una educacion elemental como era frecuente en aquellos tiempos, sino que enviándoles á las Universidades y centros de enseñanza, merced á sus estudios, todos adquirieron títulos y conocimientos, que les lleváron á desempeñar puestos de alguna importancia en la sociedad.

El mayor D. Antonio, Doctor en ambos derechos,

llegó á ser del Consejo de S. M. y Oidor de la Real Chancilleria de Granada.

D, Miguel murió á los veinte y seis años siendo Prebendado de la Catedral de Sevilla, y cuando su profunda erudicion y vasto saber hacían concebir grandes esperanzas.

D. Gabriel, Doctor tambien, Canónigo lectoral de la Catedral de Cartagena, ganó su dignidad en brillantísimas oposiciones, y dejó á su muerte honroso nombre de elocuente orador y sábio teólogo.

D. José qee entró en el clero regular, fué Prior del Convento Casa grande de San Agustin de Sevilla, y despues Provincial de su orden en Andalucia y en Castilla.

Finalmente D. Fernando, que siguió la carrera militar, y honró su pecho con la cruz de Calatrava, mandó con lucimiento como Coronel los Regimientos de caballeria de Sevilla y Barcelona en la guerra de Portugal y en el memorable sitio de Gibraltar, siendo tal su reputacion de valeroso y entendido, que mereció del Gobierno de Cárlos III, ser enviado en comision á Alemania, para estudiar la nueva táctica y moderna organizacion dada á los ejércitos por Federico el Grande rey de Prusia.

Lástima que hombres que jóvenes todavia habian llegado á esos puestos y de quienes fundadamente se esperaban aun mayores adelantos, desluciesen su mérito, enemistándose los unos con los otros, por mezquinas cuestiones de interés, y sostuviesen entre sí largo y escandaloso pleito que al poner de

relieve su falta de fraternidad. vedóles para lo sucesivo todo nuevo ascenso en sus carreras respectivas.





MANUEL SIMON AYLLON DE LARA.
1708.—1779.

Si escasas son las personas á cuya noticia ha llegado el nombre que antecede, menor es aun el número de los que saben que el ilustre hijo de Arcos que lo llevaba, fué un bienhechor de la humanidad dígno de eterna memoria. Truécanse los nombres antiguos de las calles sustituyéndolos por los de personas insignificantes, ó hasta de ingrata recordacion, y déjase perecer en el olvido el del benéfico, el del respetable fundador del Hospital de la Caridad.

Descendiente de la nobilísima familia de los Ayllones, compañeros de armas del invicto marqués de Cádiz y primer Duque de Arcos D. Rodrigo Ponce de Leon, á cuya munificencia debió esta familia buena parte de su fortuna, nació D. Manuel Simon Ayllon

de Lara y Angulo, en Arcos en el año de 1708, siendo bautizado en la parroquia de San Pedro. Eran sus padres D. Garcia Francisco Ayllon de Lara, Teniente de Corregidor y Alcalde ordinario, y D.ª Luisa Juana de Angulo y Bohorquez, su mujer y prima hermana. Ricos en bienes de fortuna y mas aun en cualidades morales, procuraron darle una educacion sino brillante al menos esmerada, aprovechando para ello su natural ingenio, y la bondad y rectitud de su caracter. De esta suerte, cuando joven aun muriéron sus padres, entró en el goce y administracion de su fortuna que hizo prosperar manejándola con inteligencia y celo

Emparentado con familias principales de Jerez, Sevilla y Córdoba, á ellas debió haber concertado su casamiento con D,ª Josefa Maria Roldan y Pavon de Fuentes, natural de Lucena, señora que reunia noble cuna, rica hacienda, hermosura poco común, y lo que es más apreciable, claro talento, modestia verdadera y amor y sumision á su marido. Tan feliz enlace que se verificó en 1737, no tuvo sucesion, y ambos consortes vivieron muchos años felices y olvidados, sin que en su historia haya que registrar ningun hecho notable. Hubieran, pues, sido un matrimonio vulgar, como Filemon y Baucis, á no ser por la nota característica de ambos: su caridad inagotable. No satisfechos con socorrer al menesteroso y aliviar los padecimientos que á su noticia llegaban, de comun acuerdo solicitaron y obtuvieron del Arzobispo de esta diócesis, que les nombrase administradores de la Casa de niños expósitos de Arcos, y en vez del descanso á que les lla-

maba su fortuna, desveláronse personalmente dia y noche por el cuidado y educacion de aquellos desvalidos inocentes en cuyo beneficio sacrificáron por más de veinte años, hasta la muerte de ambos, su reposo y hacienda propia. Tan meritoria empresa no satisfacia los caritativos deseos de los consortes, que bien pronto halláron mas ancho campo donde estender sus beneficios.

Habia en el que ya entonces se llamaba Llano de la Caridad, una ruinosa y pequeña hermita propia de la Hermandad de Nuestra Señora de la Caridad, asociacion piadosa que tenia por instituto recojer y sepultar en el Campo Santo anejo al edificio, los cadáveres de los pobres vecinos y forasteros, y de los ajusticiados, conduciéndolos sobre sus hombros los mismos Hermanos, entre quienes antes de aquella época, se contaba lo mas granado y escogido de la ciudad. Elegido en 1740 Prioste de la decadente cofradía D. Manuel, formó desde luego el proyecto, no de restaurar la Hermita, sino de convertirla en Iglesia capaz y decente, y en efecto, principiáronse y termináron las obras á su costa, edificando el precioso templo de la Caridad, con preciosos altares y retablos, dotándolo con ricas alhajas y ornamentos, no solo los indispensables para el diario culto, sino tambien bastantes al lujo y á la magnificencia: y terminado apenas el edificio, resolviéron ampliarlo convirtiéndolo en Hospital de enfermos convalecientes, cuya falta sentian todos los vecinos. Al efecto levantaron á toda prisa anchurosos claustros y enfermerias espaciosas, agregáron todas

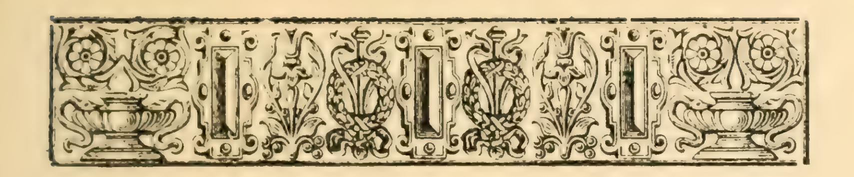
las oficinas y dependencias necesarias, y trasladando allí su morada aquellos dos séres benéficos, para practicar por sí mismos la más santa de las obras de misericordia, abriéron á los pobres el Hospital en 1768. De avanzada edad ambos esposos, otorgáron testamento en 3 de Diciembre de 1773 ante D. Pedro Amor y en él despues de establecer la fundacion y designar los bienes que poseian, se instituyeron mútuamente herederos el uno del otro, dejando al cuidado de aquel que de los dos sobreviviese, dotar el Hospital con bienes suficientes á su mantenimiento: y terminadas en 1779 las obras todas en que se gastáron proxímamente ochenta mil ducados, solicitáron de la autoridad eclesiástica elevase á ayuda de parroquia la nueva Iglesia, para el servicio de aquel barrio estremo, ofreciendo dotarla convenientemente. No pudo el respetable anciano D. Manuel Simon, ver realizado su último deseo. Antes que llegase la esperada licencia, murió en el mismo año de 79, y su esposa fué la que pocos dias despues de la muerte de aquel, obedeciendo á sus últimas voluntades, fijó y señaló los bienes con cuyo producto habrian de sufragarse los gastos del Hospital y los de la ayuda de Parroquia, continuando dedicada á la asistencia de los enfermos hasta su muerte ocurrida en Agosto de 1782. Llena de prevision aquella señora, dictó reglas precisas y sábias para la administracion del Hospital, conservacion y aumento de los bienes, nombramiento y separacion de Patronos y funcionarios, instituyendo universal heredero de sus bienes y de los que de su esposo habia heredado, al es-

tablecimiento benéfico que fundáron: de suerte que todo el cuantioso haber de los dos cónyuges pasó á formar el del Hospital, donde se establecían cierto número de camas para ancíanos acogidos, y otras para enfermos convalecientes del de San Juan de Dios, si bien encargaba que siempre que sobrasen rentas se aumentasen camas y se admitiesen mas ancianos ó enfermos.

Tan rica fundacion señala módicos sueldos á los señores curas de San Pedro que servirian la ayuda de Parroquia, al sacristan y acólito que les asistiesen, á quienes como á los primeros habia de proporcionar igualmente alimento y casa, fija tambien la retribucion del médico, las ropas que han de vestir los asilados, y finalmente prevéer todos los variados casos que por distintos accidentes podrian ocurrir. Que sí nunca se hubiese faltado ó dejado de cumplir por ignorancia ó negligencia cuanto los fundadores ordenaron, mayor seria hoy el caudal de la Caridad, y mucho más considerables los beneficios que habria reportado la humanidad doliente.

De todas suertes, si hay falta no es imputable á los bienhechores D. Manuel Simon Ayllon de Lara y doña Josefa María Roldan y Pavon, cuyos nombres sólo bendecir deben los hijos de Arcos como tributo de admiracion y agradecimiento.





MARIANO DE MORON.—FRANCISCA RODRIGUEZ.—GREGORIO LANGARICA. 1795,

¿Quiénes fueron los que llevaron en vida esos tres nombres hoy desconocidos?

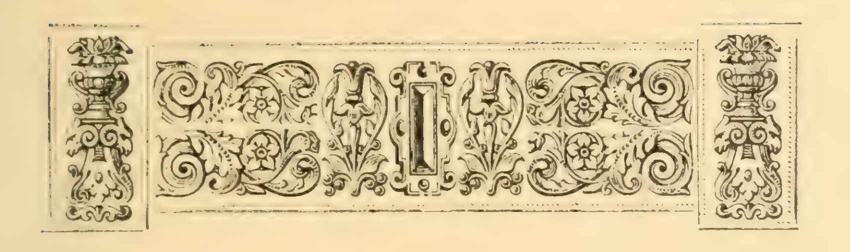
Difícil es contestar á esa pregunta, por la falta de datos y noticias en que nos deja la confusion y el abandono que durante largos años ha reinado en todo lo concerniente al importantísimo ramo de Beneficencia particular. Hoy á causa de ese lamentable descuido, solo se sabe que los dos primeros eran esposos acomodados, que en 1795 donáron al Ayuntamiento de Arcos la casa contigua á la Iglesia de San Miguel que hoy es Cuartel de la Guardia Civil, para que sirviese de morada al capellan y al sacristan de aquella ermita, y que pocos dias despues, hicieron cesion de todos sus bienes para que con sus rentas se estableciese un

colegio de huérfanas naturales de Arcos, que en él habrian de recibir educacion y sustento,

El último, D. Gregorio Langarica, era un sacerdote natural de esta ciudad como los anteriores, que en 1798, hizo tambien donacion de todos sus bienes al mismo Colegio de Huérfanas, deseoso de que prosperase tan benéfico establecimíento.

Aunque la índole de los tiempos ha desvirtuado y dejado sin efecto el propósito de tan caritativos fundadores, no por eso debe el pueblo dejar de estarles agradecido y venerar la memoria de aquellos bienhechores de la humanidad.





MARIA TOMASA ANGULO ESPINOSA.
1732.—1803.

Hija de D. Pedro Bartolomé de Angulo Ayllon de Lara y de D.ª Maria Antonia Espinosa y Nuñez de Prado, nació esta señora en Arcos en 1732. Muy joven aun contrajo matrimonio con su tio carnal el coronel de Caballeria D. Fernando de Espinosa y Nuñez de Prado, que despues de una brillante carrera militar en que mereció ser escogido para desempeñar importantes comisiones facultativas en el extranjero, se retiró del servicio para vivir en Arcos, su pueblo natal, donde murió en 1782. Distinguióse su esposa por su caridad inagotable, invirtiendo en constantes limosnas todos los productos de su crecido caudal, y á su fallecimiento ocurrido en 1803, dejó fundado un hospício para acogimiento, amparo y educacion

de niñas huérfanas, á las que y por su falta á los niños espósitos de Arcos nombró sus herederos. Sns beneficios le habian conciliado el general respeto, hasta el punto de que todas las clases de la sociedad la conocian solo por el nombre de *la Señora.* Lástima grande que apoderado el Estado despues, de los bienes que para la Beneficencia legára, los haya invertido en fines distintos, dejando sin cumplir la espresa voluntad de la *Señora.*





PEDRO YUSTE DE LA TORRE.
1776.—1720.

"*Tate, tate, folloncicos,*
"*de ninguno sea tocada,*
"*porque esta empresa, buen Rey,*
"*para mí estaba guardada.*

De *atrevimiento indisculpable, se nos motejaría con razon, si osáramos escribir la biografía de Pedro Yuste de la Torre (a) Puyana, despues de la que el ilustre Doctor Thebussem, gloria de las españolas letras, publicó en el periódico de Madrid "La Lidia," el 20 de Agosto de 1888. Afortunadamente para nuestros lectores, y aun para este libro que logra de esa suerte tener siquiera algunas páginas de mérito verdadero, hémos debido á la cariñosa amistad del eximio Solitario de Medina el insigne favor de insertar en esta obrita aquel precioso trabajo, con el que tanto ganan el libro y sus lectores.*

D. Pedro Yuste de la Torrd.

Notas dedicadas
á D. José Pardo de Figueroa y Manso
por su afectísimo de corazon
el Doctor Thebussem.

I.

Los *Yuste de la Torre* hacen por armas, cinco barras de azur en campo de oro, con orla de ocho aspas de dicho metal en campo de gules.

Familia establecida en Arcos de la Frontera desde principios del siglo XVI, poseedora de vínculos y mayorazgos y con antigua casa solariega provista de cadenas que daban derecho de asilo, disfrutó siempre en los cargos concejiles, en los padrones y en el concepto público, de todos los fueros y privilegios dispensados á la noble hidalguía.

Término el de Arcos de los más fértiles y amenos de la provincia de Cádiz; con famosas razas de caballos y toros bravos; con muchas viñas y bosques abundantes en caza, lógico era que los hidalgos nacidos bajo el cielo de aquel rincon andaluz, siguiendo las costumbres de los caballeros españoles del siglo XVIII fuesen aficionados á la equitacion, á la caza y al toréo.

En 1776 nació D. *Pedro Yuste de la Torre* segun consta de la siguiente partida:

✝

"En la ciudad de Arcos de la Frontera, en el dia veinte y uno de Henero de mil setecientos setenta y seis años, yo el Licenciado D. Xptoual de Torres y Piña, subdelegado de la jurisdiccion Eclesiástica Castrense, bapticé á "Pedro Maria de las Nieves Joseph Hilario de los Dolores„ que nació el dia catorce de este dicho més, hijo legitimo de D. Alonso Yuste de la Torre, soldado distinguido del Reximiento Fixo de Ceuta, y de D.ª Gerónima Antunez su lexitima mujer; fueron padrinos D. Juan Antonio Toñanejos, Marqués de Torresoto, y D.ª Maria de las Nieves Fernandez de Valdespino y Dávila, su mujer, á quienes advertí el parentesco espiritual que contraxeron con el Ahijado y sus Padres, y la obligacion de enseñarle la Doctrina Cristiana, y lo firmé fecho ut supra=Licenciado Don Xptoual de Torres y Piña=„

A los veinte años era D. Pedro Yuste el primer ginete y teñedor de vihuela de la ciudad. Diestro como pocos en el manejo de la espada, cazador infatigable y de apuesta y distinguida figura, era tambien el encanto de sus amigos y el ídolo de las damas. Como capeador y como varilarguero, se lució y obtuvo unánimes aplausos en varias corridas de toros.

A falta de ódios políticos, habia en los siglos pasados ódios de familia, más crudos y tenaces mientras mas pequeñas eran las poblaciones en que existian y se desarrollaban.

Galanteaba D. Pedro á una ilustre doncella cuyos padres se opusieron á que su hija tuviese amores con el hombre que desde 1798 habia descendido á picador de toros, y que además era de casa rival y enemiga de la suya. La oposicion alentó recíprocamente el amor de D.ª Nieves, y el de D. Pedro. Un hermano de aquella riñó con el amante; y aun cuando intentó acorralarlo y vencerlo, consiguió tan solo ser desarmado y vencido en esgrima, en generosidad y en nobleza.

La pobre muchacha, que se vió á las puertas del vecino convento sin vocacion de monja, acude á D. Pedro suplicándole en vehemente y apasionada epístola que la salvase del "sepulcro en vida," é implorando y amparándose á la hidalguía de su adorado galan.

Se verificó la fuga. Doña Nieves fué depositada en casa de unos parientes suyos. Promovióse gran escándalo en la poblacion y la justicia tomó cartas en el asunto en virtud de querella de los padres de la novia.

Don Pedro á modo de caballero Calderoniano, se declaró raptor de la dama; presentó testigos que confirmáron su dicho, quemó la carta de D.ª Nieves y manifestó al Corregidor que estaba pronto á sufrir el castigo que las leyes determinasen.

Era en aquel entonces poseedora del Ducado de Arcos la célebre é ilustre D.ª Josefa Pimentel, Condesa de Benavente, gran protectora de D. Pedro. Por su influencia y por la conviccion moral que los jueces tuvieron de la índole del delito, pudo conseguirse que en vez de galeras ó presidio fuese condenado á servir cua-

tro años en el Fijo de Ceuta.

Allí fué hacia 1805: pero al poco tiempo desertó ó lo dejáron desertar, y se pasó al moro. Renegó, aprendió algo de árabe, y logró relacionarse y tener valimiento con el Emperador de Marruecos, gracias á su extraordinaria destreza y habilidad en todo linaje de ejercicios corporales. Como jinete consumado, mereció que lo designasen para acompañar á los marroquiés que hácia el año 1807 vinieron á España para traer al Rey Carlos IV unos caballos que le regalaba el Emperador.

Celebróse por aquellos días en Madrid una corrida de toros, á que asistió la embajada morisca de que formaba parte D. Pedro. Mediada estaba la fiesta, cuando solicitó, por medio de intérprete, permiso para rejonear un toro si le daban para ello una mediana cabalgadura. Otorgada la vénia, al asegurar los magnates árabes que aquel renegado era perito en el arte, bajó al redondel, montó un buen caballo, y despues de dar una vuelta por la plaza llamando la atencion por su aplomo y por la galanura de su traje berberisco, rejoneó gallardamente al toro. Y no satisfecho con esto, agarrochó á otro; y luego, apeándose y tomando un trapo, hizo alardes de habilidad, ligereza y gracia en el capéo.

Uniéronse á los aplausos y á la sorpresa del público la sorpresa y los aplausos del mismo Rey, y de los cortesanos. Por conducto del trujamán lo felicitaba nada menos que el Príncipe de la Paz, cuando se redobló el asombro de todos al oirle decir en correcto

castellano:

—Señor, yo no soy moro y entiendo bien la lengua española:

—¿Quién sois?—Le preguntaron.

—Soy—contestó—un cristiano desventurado como lo prueban esta cruz y escapulario que no se apartan jamás de mi pecho: allí está mi señora la Condesa de Benavente (y señaló al balcon en que se hallaba): ella me hará la merced de decir quien soy, y quizá la de fiar y abonar á su vasallo Pedro Yuste de la Torre. Esto díjo y dos gruesas lágrimas rodáron por sus mejillas.

. . . .

A las veinte y cuatro horas del suceso recibió don Pedro, por mano del Contador mayor de la gran casa de Benavente, cédula de ámplio y completo indulto con expresiva carta de norabuena de la Condesa, en la cual le ordenaba que adquiriese un par de trajes completos de "picador cristiano" para lucirlos en la Plaza de Madrid. A estos papeles acompañaba un bolson de seda repleto de onzas de oro.

No sé cuál sería el rumbo de D. Pedro durante la invasion francesa de 1808. Lo cierto es que desde 1805 no vuelve á aparecer su nombre en los carteles de toros hasta 1814. Dícese que alguna parte de ese periodo estuvo en Málaga sirviendo el destino de Visitador del Resguardo. Lo que podémos asegurar es, que hácia 1817 ó 18 se lidiaron en la Plaza de Ronda ocho toros *negros* que, segun el cartel, habían de picarse con caballos *blancos*. Al cuarto toro no quedaban

ya jamelgos de dicho color en la cadalleriza. El ganadero y empresario de la corrida era D. José Topete, que se hallaba en el balcón de la Real Maestranza, á cuyo cuerpo pertenecia, acompañado de un hijo suyo mozo de pocos años. El público en coro pedia "¡¡caballos blancos!!" Entonces Pedro Yuste sube al palco; habla al oido del empresario, baja en seguida, y al poco tiempo aparece en el circo caballero en una magnifica jaca "blanca como la nieve," con lujosos arréos, dispuesto á picar el toro. La Plaza aplaudia mientras el mozuelo Topete, dueño del corcel, lloraba á moco tendido considerando el peligro de su cabalgadura. No hay que decir que salió ilesa del combate, despues de haber picado con ella los cuatro toros el esforzado Pedro Yuste de la Torre.

II.

. . . .

Dicen los que conocieron á D. Pedro que su figura era distinguida, elegante y gallarda. Blanco y de cútis fina y transparente, cualquier dama hubiera deseado para si misma aquellos ojos y aquella cara, dulce y varonil á un mismo tiempo. Le prestaba mayor encanto el sello de tristeza ó melancolía que llegó á ser habitual en su semblante. Si á tales circunstancias se agregan las que antes dejamos apuntadas, bien pudo aplicársele aquella décima de un poeta moderno que dice así:

Muy diestro en rejonear,
muy amigo de reñir,
muy ganoso de servir,
muy desprendido en el dar:
tal fama llegó á alcanzar
en toda la corte entera,
que no hubo dentro ni fuera
grande que le contrastára,
mujer que no le adorára,
hombre que no le temiera.

III

?Y es posible (dirán los taurófilos) que haya existido tan notable varilarguero y que no figure su nombre en las historias del toréo?

Ha figurado, si, bajo un seudónimo. El célebre *Pedro Puyana* ("el Mayor") ha sido y es la careta bajo la cual se ocultaba y se oculta D, Pedro Yuste de la Torre. Ni tuvo el álias, casi anejo á su profesion, ni quiso juntar, segun costumbre, el apellido verdadero con el supuesto. Consiguió, á modo de cenobita, echar su nombre legitimo en el olvido. Ni él ni su época hallaban compatibles los blasones con el oficio de la pica. Torear por dinero en las Plazas públicas, fué para nuestro hombre poner una pica en Flandes. Amores contrariados, desengaños, persecucion por la justicia, emigracion, permaneneia entre moros, desdenes de familia . . . . y quién sabe cuántas y cuántas amarguras y sinsabores, darían á Yuste el tinte melancó-

lico de su rostro.

Nacido en la corte de alcurnia de próceres y cor esmerada educación y bienes de fortuna, habria sido el típo perfecto del caballero expléndido, cortés, generoso y valiente. En la carrera de las armas, quizá hubiera conquistado un titulo de Castilla y podria ser hoy conocido por Conde ó Marqués de "Puyana."

Pero en los estrechos limites de un pueblo y con las circunstancias y contrariedades que le rodeáron, no pudo pasar de hábil y afamado varilarguero. De su arrojo y corazón queda en Andalucia la frase proverbial de "ah Puyana en el mundo!" como equivalente á decir "¡ aqui del valor y de la destreza!

Sabido es que hubo al mismo tiempo dos "Pedros Puyana" el Menor" y el" Mayor". Esta circunstancia se presta á confundirlos, asi como á los pueblos de su naturaleza que fueron las ciudades andaluzas, cercanas entre si, de Jerez de la Frontera y Arcos de la Frontera. Puyana el "Mayor" el célebre que digámos, nació indudablemente en Arcos: el "Menor" fué el jerezano, como asegura con acierto D. Leopoldo Vázquez.

D.José Pardo de Figueroa, á quien dedico estos apuntes, cuenta hoy noventa años de edad. Conoció y trató á Puyana y á su familia: vió picar y derribar al célebre diestro, y hasta recibió del mismo lecciones de equitacion, de caza y de esgrima.

Dicho Señor, al garantizar la exactitud del retrato y la habilidad y buenas prendas del afamado varilarguero, agrega que Sanchez de Neira habla con verdad

completa al escribir en su "Gran diccionario táuromáquico,, los renglones siguientes:

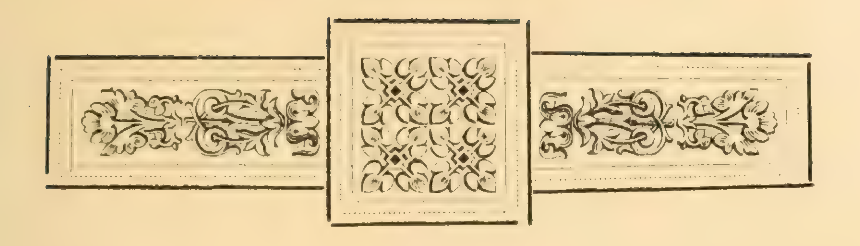
"*Puyana* (Pedro)—El nombre de este picador de to- "ros que tanto lució en el primer tercio del presente si- "glo, será imperecedero en los fastos tauromáquicos, "porque los que lo vieron aseguran que había pocos "diestros á caballo tan unidos á él, de tan buen brazo, "mejor mano izquierda y que tan por derecho saliese á la suerte.,,

IV

Puyana murió sin dejar sucesion, hácia mil ochocientos veinte ó veintidos, desnucado de una caida del caballo en la Plaza de Granada.

Las mujeres, en su mayor número, se asemejan á los borrachos. Estos entran con un licor á falta de otro, y lo mismo saborean el áspero Burdeos que la dulce Malvasía. Doña Nieves, la que tanto amó al jovial Puyana, se casó luego con un golilla seco, desaborido, féo y adusto, gran partidario del Rey Fernando VII, y sin mas relaciones con la tauromáquia que las derivadas de las leyes de Toro. Nieta de este matrimonio es una distinguida dama que hoy pertenece á la nobleza titulada de Madrid.

Tales son las noticias que, gracias á la solicitud de algunos amigos, hé podido reunir tocantes al célebre picador. A Carmena, Neira, Vazquez, Peña y Goñi, Cávia y demás taurógrafos, toca enmendarlas, corregirlas y aumentarlas. Yo no debo pasar de ojeador que levanta la pieza. "Ne sutor supra crépidam.,,



JOSÉ FERNANDEZ MANCHEÑO.
1777.—1822.

EL 25 de Marzo de 1782 nació en Arcos en la misma casa donde un siglo antes vió la luz primera su antepasado el ilustre general D. Francisco Perez Mancheño, un niño que recibió en la pila bautismal el nombre de José. Sus padres D. Manuel Fernandez Mancheño y D.ª Inés de Cárdenas, diéronle esmerada educación y segun costumbre inveterada para con los hijos segundos, le destinaron á la carrera de las armas, obteniendole una bandolera en el Real Cuerpo de Guardias de Corps.

Formado este,de jóvenes hidalgos, dividido en cuatro compañias llamodas Flamenca, Americana, Italiana y Española, eran sus únicas ocupaciones dar la guardia á las Reales personas en la real cámara,

acompañándolas en todas sus escursiones, montar á caballo, galantear y divertirse, teniendo el grado de oficiales en el ejército, por mas que en el cuerpo fuesen solo simples soldados. Gozaban diez reales diarios de prest, con cuyo sueldo, dicho se está que aquella loca juventud no tenia bastante para atender á sus necesidades ficticias, que satisfacia dejando en descubierto las verdaderas, por lo que era proverbial su escasez de recursos, que pintan con gracioso desenfado las siguientes décimas de un memorial que á la reina Maria Luisa presentó un guardia de Corps.

"Como no tengo otro asilo
Que el escaso medio duro,
A vos, Señora aseguro
Que nunca le alcanzó el hilo;
Pues solo en cobrar el quilo,
Se lo llevan dos mil rayos,
A pesar de los ensayos
Que noto muy sutilmente,
Sufriendo continuamente
Hipo, histérico y desmayos,

"Porque es tal mi economía
Y tan grande mi templanza.
Que almuerzo, solo esperanza
De comer al mediodía.
Dán las doce ¡Que agonía!
Y entra un pillo malandrin,
Con un puchero ruin,
Tan eterno como Dios,
Pues, ninguno de los dos

Tiene principio ni fin.
"Redúcese el contenido
A tres onzas de carnero,
Que antes que entre en el puchero
Tres aduanas ha corrido;
Pues aunque el ajuste ha sido
Media libra, hay que notar
Que el que vende ha de robar,
El que compra y el que guisa,
Son tres á cobrar la sisa,
Y yo soy solo á pagar.
"De tocino, raeduras,
Dos adarmes mal pesados,
Treinta garbanzos contados
Y un poquito de verdura:
Saliendo de esta gordura
Un caldo tan sustancial,
Que en una urgencia fatal,
Puede servir al intento,
De materia al Sacramento
En la pila bautismal.
"Item más, una libreta,
Pero de esta ha de quedar
La mitad para cenar,
Y si no hay nueva receta,
Yo doblo mi servilleta,
Hasta el nocturno aparato,
En que tres tajadas cato,
Y aunque me llegue á abrasar,
Nunca me atrevo á soplar,

Porque no salten del plato.
"Aun en vestir es mayor
Mi vigilante deséo
Y nunca llega mi aséo
A lo que aspira mi honor:
Bien que esto no es lo peor,
En la marcha mas completa
No necesito maleta
Ni jamás tomo bagaje,
Porque todo mi equipaje
Lo lío en una calceta.
"Cuando mi estado indigente
A considerar acierto,
No sé como no me hé muerto
De un repentino accidente:
Gracias al Omnipotente
Que me libra de dolores,
Por los continuos clamores
Con que piden cada instante
Por mi salud importante,
Un cúmulo de acreedores.
"Así Señora he servido
Siete años con el amor
Que me sugiere el honor
Ilustre con que he nacido;
He trotado y he corrido
Por polvos, piedras y lodos,
Mostrando de varios modos

Mi exactitud é interés,
Pues, hasta á cobrar el prés,
Voy el primero de todos.

. . . .

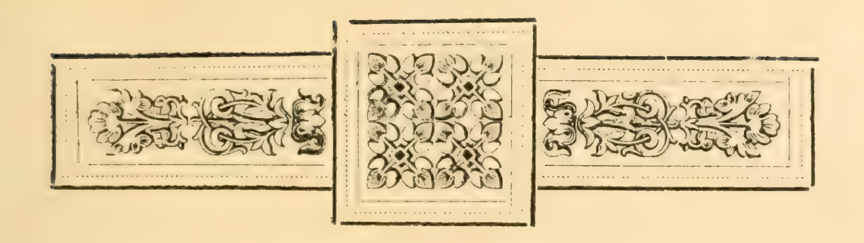
"Baste pues, decir por Dios
A vuestra Real Majestad,
Créa mi necesidad,
Pues soy un Guardia de Corps.„

La lectura de las anteriores décimas que parecen escritas por algun ignorado Gerardo Lobo, patentiza la estrechez en que vivian aquellos jóvenes de cuyas filas se alzó D. Manuel Godoy hasta las gradas del trono. Sin embargo de que sus ocupaciones militares en Madrid reducíanse como hemos dicho á dar la Guardia en la Cámara real, llegada la ocasion y cuando á consecuencia de la invasion francesa llegó á peligrar la pátria, aquella alegre y desenfadada juventud escapó de Madrid, yendo á engrosar las filas de nuestro ejército para dar su sangre por la independencia nacional. Entre los que se dirigieron á Andalucia estaba Mancheño, que como alférez de infanteria tomó parte en la gloriosa batalla de Bailén, continuando durante toda la campaña en el ejército. Al terminarse la guerra era teniente coronel, y lleno de heridas obtuvo su retiro. Habitando desde entonces en Madrid, dedicó sus ócios á escribir una obra titulada "Diccionario militar portátil„ que publicó en 1822. Forma un tomo en cuarto y contiene una esplicacion por orden al-

fabético de todos los términos y voces propios de las ciencias militares, de los empleos y obligaciones de la milicia, tropas, armas, máquinas de guerra &.ª Imprimióse en casa de D. Miguel de Búrgos, y dedicóla su autor al ejército. Hácese recomendable esta obra por su método racional, concision y claridad de sus esplicaciones, no pudiendo discurrirse con estension acerca de tan variadas materias en una obra manual. Los modernos adelantos de la ciencia, la hacen hoy incompleta y deficiente, pero en sus tiempos fué bastante apreciada.

A poco de haberla publicado murió su autor en Madríd.





PEDRO ALCÁNTARA CABRERA Y YUSTE.
1755.—1831.

Nacido en Arcos el 19 de Octubre de 1755 y descendiente de una noble familia de Cuenca enlazada con otras de esta ciudad, diéronle sus padres don Andrés Tomas de Cabrera y Mariscal y D.ª Isabel de Yuste, esmerada educacion que completáron haciéndole ingresar en la compañia de Guardias Marinas del Departamento de Cádiz, á cuya honrosa carrera le destináron.

Eran aquellos los tiempos felices de la Marina Española. El marqués de la Ensenada principal autor de su restauracion, había logrado elevar el poder marítimo de España hasta un grado de prosperidad que hoy nos parece increible, y no solo se le debió la formacion de las matrículas de mar, la ordenanza general de ar-

senales, el reglamento de sueldos y gratificaciones y otra multitud de instituciones para el régimen de los cuerpos de la armada, sino que ensanchó y mejoró los arsenales y astilleros existentes entonces, construyó otros nuevos y aumentó nuestros barcos de guerra que queria igualasen en número á los ingleses.

Continuador Cárlos III y sus ministros del pensamiento de Fernando VI y Ensenada, al subir al trono en 1759, prosiguió la obra del engrandecimiento de nuestra marina, que algunos años despues contaba ya con 70 navíos de línea y 40 fragatas y buques menores. Epoca feliz de prosperidad y poderío marítimo, que fueron mas tarde aniquilados merced á los desastres que nos acarrearon el *Pacto de familia* de Cárlos III y la desacertada política de su sucesor Cárlos IV.

Terminados con singular aprovechamiento los estudios del joven Cabrera, cuando en 1774 obtuvo la charretera de alferez de fragata, confiósele el mando del Chambequin "Andaluz„ jabeque con aparejo de fragata, que como otras muchas embarcaciones de aquel tiempo, se utilizaban con gran ventaja por ser muy veleras, para la defensa de nuestras costas y la persecucion de los corsarios berberiscos y argelinos.

Estábamos á la sazon en guerra con el Emperador de Marruecos, que desde el año anterior habia roto la paz estipulada en 1736, cometiendo incesantes actos de hostilidad contra Ceuta y las demas posesiones africanas, y mientras preparábase el gobierno español á castigar aquellos atentados, presentóse el Emperador en persona con dos de sus hijos y un considerable ejér-

cito ante Melilla intimando lo rendicion de la plaza en Diciembre de 1774.

A los primeros rumores de acumulacion de fuerzas enemigas, se apresuró el Gobierno á enviar á ponerse al frente de Melilla al mariscal de campo D. Juan Sherlock que hizo la corta travesia á bordo del jabeque de Cabrera, quien quedó anclado ante la plaza, entrando poco despues á formar parte de la escuadrilla que al mando del capitan de navío D. Baltasar Hidalgo de Cisneros concurrió á la defensa.

Comenzó el sitio con grande empeño de los mahometanos que en el espacio de pocos dias lanzaron nueve mil bombas que causáron grandes desperfectos en los muros y edificios, ademas de considerable estrago en la guarnicion. Pero la heróica defensa de esta, juntamente con el certero fuego que desde la ensenada hacia nuestra escuadrilla, hicieron vanos todos los esfuerzos del enemigo, que despues de un intento de asalto, valiéndose de la estratagema de enviar por delante cinco mil vacas que lo atropellasen todo, tras ellas un cuerpo de mil judíos que sufriesen les primeros todos los riesgos del ataque y á quienes seguiria por último en masa el ejército sitiador, tuvo que retirarse ante el teson y constancia de nuestros soldados.

Ningun efecto surtieron tampoco las embestidas que seguidamente dieron los moros á las plazas de Alhucemas y al Peñon de Velez, que fueron oportunamente socorridas por nuestra marina de guerra mandada por jefes tan esperimentados como Moreno

Riquelme y Barceló, habiendo tambien tomado parte en el socorro nuestro joven alferez de fragata, que se distinguió en el ataque dado al campamento marroquí por las tropas de marina desembarcadas al mando de D. Buenaventura Moreno, uno de los mas bravos jefes de nuestra escuadra, tan rica entonces en hombres de mérito sobresaliente.

Convencidos al fin los moros de la inutilidad de sus tentativas, ajustóse la paz que se firmó en 31 de Marzo del mismo año.

No quedó por ella ociosa nuestra marina, pues deseoso Cárlos III de acabar con los piratas que tenian su principal guarida en Argel, preparó nna espedicion considerable que zarpó de Cartagena el 23 de Junio de 1775. La escuadra compuesta de 46 buques, de ellos ocho navíos y otras tantas fragatas, estaba mandada por D. Pedro Gonzalez Castejon y conducia 22.000 hombres de desembarco á cuyo frente y de la espedicion, estaba el General O'Reilly principal instigador de la empresa.

De la escuadra formaba parte una division de cinco galeotas llamadas *San Francisco, Golondrina, Brillante, Concepcion* y *San José*, cuyo mando fué confiado al joven Cabrera, que arboló su insignia en la primera de aquellas naves.

Sensible fué por todo estremo el desastre esperimentado por España en aquella triste jornada.

En vez de hallar á los moros desprevenidos como creia, encontró el General O'Reilly ocupado por inmensa muchedumbre todo el espacio que media entre

Argel y el cabo Metafuz ó sea una estension de mas de cinco leguas. Desembarcada la primera division de ocho mil hombres el 8 de Julio, acometieron los moros á los españoles, cuando embarazados con el trasporte de la artilleria á través de abrasadores arenales cortados de trecho en trecho por profundas zanjas, agoviados de calor y de cansancio, y sufriendo un horroroso y mortífero fuego, casi no ofrecieron resistencia, pereciendo degollados muchedumbre de cristianos, entre ellos el marqués de la Romana.

Acudió presurosa la marina en socorro de aquellas víctimas conduciendo la segunda division, que apenas desembarcada, vió rotas y desordenadas sus filas por los fugitivos y heridos de la primera, llegando á tanto el desconcierto, que hubo que reembarcar á toda prisa el ejército, del que quedaron tendidos en aquellas abrasadas playas mil quinientos cadáveres.

Protegió la escuadra con sus cañones y fusileria la delicada operacion de reembarque, salvando toda la artillería, y recogiendo en sus botes y lanchones mas de tres mil soldados heridos, arribando á Cartagena y Alicante el 15 de Julio con los restos de tan desgraciada empresa, cuyo mal éxito debióse principalmente á la imprevision del general O'Reilly. Que desgracia constante ha sido en España carecer de generales de verdadero mérito, y ya en 1512 escribía el docto Guicciardini sobre esta materia, sentando como verdad inconcusa que España ha tenido siempre mejores soldados que generales, cuya causa creia ser que acaso sus naturales sean mas aptos para el combate, que pa-

ra el gobierno ó mando, admirándose de que una nacion tan grande y que cuenta tantos soldados, haya perdido siempre en sus contiendas con otras, y en tantas épocas diversas, por carecer de hombres que la hayan sabido dirigir: y cuenta que esto lo decia Guicciardini cuando vivian Pescara y Navarro, y estaban aun recientes las victorias de Gonzalo de Córdoba.

Como quiera que sea, mucho hubo de disgustar la conducta de O'Reilly á Cárlos III, que le desterró en realidad con el pretesto de que practicase un reconocimienro de las islas Chafarinas, no tornando á su gracia hasta mucho tiempo despues.

Desarmadas en Cartagena despues del desastre las galeotas que mandaba Cabrera, fué embarcado inmediatamente en el navío *España* de 74 cañones, haciendo un viaje á la América Septentrional, á la sazon agitada por la terrible guerra que terminó por la definitiva separacion é independencia de los Estados Unidos, hecho que varió la faz de aquellas dilatadas é importantes regiones del Nuevo Mundo.

Aun cuando muy interesada en los resultados de la lucha, no tomó parte en ella nuestra nacion, limitándose el papel de nuestras naves de guerra á custodiar las costas de las estensas colonias y proteger los intereses de los españoles: mas pasados tres años durante los cuales fueron cada vez mas tirantes las relaciones entre Inglaterra y España, declaróse la guerra entre ambos paises en Junio de 1779, y tornaron de América á toda prisa algunas de nuestras naves, entre las que venia el navío *España* á cuyo bordo se encontraba

Cabrera, alférez de navío desde Enero del año anterior.

Formáron entonces los ministros de Cárlos III señaladamente el conde de Aranda, un plan de campaña asáz atrevido y grandioso, que consistia en reunir las escuadras francesa y española en número de setenta navíos, conduciendo ochenta batallones y cuarenta ó cincuenta escuadrones con la artilleria y pertrechos correspondientes, y desembarcando cerca de Lóndres, invadir la Inglaterra que no podría oponer si no la mitad de las naves, y unos diez mil hombres de tropas veteranas. Dueño de la capital el ejército franco-hispano, se dictarian allí las condiciones de la paz, siendo la primera de todas la devolucion de Gibraltar y la de Menorca que á la sazon poseian tambien los ingleses.

Apadrinaba el Conde de Floridablanca tan levantado pensamiento que llenó de entusiasmo á toda España, viéndose á villas, pueblos, aldeas, corporaciones y particulares poner á disposicion del rey sus vidas y haciendas para contribuir al buen éxito del proyecto. Solo el pueblo de Cádiz armó en corso veinte naves, y las damas gaditanas pedían permiso para armar y mantener á su costa un navío de gran porte durante toda la guerra.

Resuelta esta pues, salió de Brest el almirante francés Orvilliers con treinta y dos navios, dirigiéndose á Cádiz donde le esperaba el teniente general D. Luis de Córdoba con treinta navios y algunas fragatas, y en Agosto de 1779 leváron anclas de aquella bahia,

dirigiéndose al Canal de la Mancha, habiéndoseles reunido en el Ferrol la pequeña escuadra que mandaba D. Luis de Arce.

"Jamás, dicen los historiadores ingleses, desde los tiempos de la *Armada Invencible*, se habian visto las islas británicas amenazadas por una expedicion tan formidable, y rara vez estuvieron menos preparadas para sostener una guerra marítima.„ Lástima grande que se malográra ocasion tan oportuna! Sometída la escuadra combinada al superior mando del almirante francés, ya sea que se propusiera tan solo impedir que la escuadra inglesa acudiese á la guerra de América donde los franceses auxiliaban á los americanos, ó ya abrigáse el intento de destruir ante todo la escuadra inglesa, es lo cierto que sín procurar el desembarco, único objetivo de aquella campaña, contentóse con cruzar repetidas veces ante Plymouth, hasta que el impetuoso víento del Este le obligó á tomar la vuelta de las Sorlingas, desde donde tuvo que presenciar que la escuadra del inglés Hardy, muy inferior á la suya, entrase en el estrecho poniéndose á salvo en la rada de Spithead. Perdido el tiempo lastimosamente, próxima la tempestuosa estacion del equinoccio, y enfermos doce mil soldados de la escuadra por la mala calidad de los comestibles, el desaséo, y la escesiva aglomeracion de tropas en barcos no destinados para el transporte, hicieron indispensable la vuelta á Brest de la escuadra combinada que llegó tan deteriorada y maltrecha, que no pudo en tres meses volver á darse á la mar.

A pesar de tan cruel decepcion, no cejaba Cárlos III en su patriótico empeño de espulsar de Gibraltar á los ingleses, y ya desde fines de Junio del mismo año habia dispuesto el bloqueo por mar y tierra de aquella plaza, cometiendo el mando de las fuerzas de mar al veterano marino D. Antonio Barceló, y las de tierra que ascendian á 14.000 hombres, al General Alvarez Sotomayor. Cortas en número las tropas inglesas, equilibraba esta diferencia la serenidad, el valor decidido y la pericia militar de su general Lord Elliot.

Apenas repuestas nuestras naves en Brest, vino para impedir la entrada de socorros en Gibraltar el jefe de escuadra D. Juan de Lángara con once navíos, uno de ellos el *España* en que servia entonces Cabrera. Ocupado en vigilar el estrecho, hallóse impensadamente el 16 de Enero de 1780 en medio de un furioso temporal de viento y agua, sorprendido por la escuadra del almirante Rodney entre Cádiz y el cabo de Santa Maria.

Próxima la noche, huracanado el tiempo, y muy superior en fuerzas el inglés que contaba 21 navíos de línea y muchas fragatas, determinó Lángara con acuerdo de los demás jefes acojerse á Cádiz, y dada la órden forzaron velas los buques españoles, de los que tres mas ligeros que los demas lograron alcanzar el puerto; los ocho restantes acosados por Rodney á quien el viento favorecia, viendo inevitable el combate hicieron frente al enemigo con desesperado denuedo. Comenzó la batalla á las cuatro de la tarde y se sostuvo heróicamente por espacio de doce horas, en

medio de una deshecha borrasca, y la mas tenebrosa oscuridad, que solo rompía el continuo relampaguéo de los fogonazos mezclado con el de la horrorosa tormenta, confundidos en un solo estruendo el tronar de los cielos y el de la gruesa artillería. Volóse desde el principio de la accion el navío *Santo Domingo*, desarbolado ya por la tempestad, desapareciendo en pocos instantes sumerjido en las olas con todos los valientes que lo tripulaban, y acometido cada uno de nuestros navíos por cuatro ó cinco ingleses, desmantelados, muertas ó heridas la mayor parte de sus tripulaciones y todos los jefes, incluso el mismo general Lángara en la cabeza, el pecho y en un muslo, uno á uno viéronse precisados á rendirse, no al valor en que nadie ha escedido á nuestros marinos, sino á la superioridad numérica del vencedor.

Un incidente sin ejemplo tuvo lugar entonces. Los oficiales y marineros ingleses del Real Jorge que se apoderaron del navío San Julian, faltos de conocimiento de la costa, viéronse tan perdidos aquella noche, que recurriéron al marqués de Medina comandante del San Julian para que pilotándolos en aquellos peligrosos parajes, los sacase de situacion tan angustiosa. El esperimentado marino puso por condicion á ese servicio, que se habian de constituir sus prisioneros si querian salvar sus vidas, y habiéndolo consentido, á la mañana siguiente entraron en Cádiz los navíos *San Julian* y *San Eugenio* llevando prisioneros á sus mismos vencedores.

El heróico denuedo de Lángara y todos los jefes y

oficiales y soldados, causó la admiracion de los ingleses cuyos historiadores lo enaltecen con grandes estremos, y fué premiado por Cárlos III, que hizo teniente general á Lángara y concedió á los jefes y oficiales los empleos inmediatos.

Con este motivo ascendió á teniente de fragata Cabrera, que prisionero de los ingleses como sus restantes compañeros, fué conducido á los pontones donde permaneció por espacio de dos años, hasta que tomada la isla de Menorca á los ingleses en Febrero de 1782 por las tropas españolas al mando del duque de Crillon, fué canjeado con otros prisioneros por los que se hicieron en Menorca, y desembarcado poco despues en Algeciras.

Continuaba mientras tanto el bloqueo de Gibraltar, que animado nuestro gobierno con el reciente triunfo de Menorca, y con la rica presa de mas de cincuenta naves inglesas de que acababa de apoderarse el General D. Luis de Córdoba á la altura de las Azores, derrotando y echando á pique la mayor parte de los barcos de guerra que las convoyaban, habia convertido en formal sitio, y el valiente y entendido Cabrera fué destinado como mayor á las inmediatas órdenes del insigne D. Antonio Barceló que mandaba las fuerzas navales sitiadoras, y á su lado tomó parte en treinta y dos hechos de armas de aquel memorable sitio en que murió el insigne poeta gaditano y valiente coronel D. José de Cadalso, y sirvió el no menos esforzado coronel hijo de Arcos, D. Fernando de Espinosa y Nuñez de Prado.

Hallóse pues, entre otros en el terrible combate del 9 de Diciembre que presenciáron ávidos de emociones y llenos de curiosidad multitud de Príncipes, magnates y personajes nacionales y estranjeros que desde remotos países acudieron atraidos por la fama de las incombustibles é invulnerables baterías flotantes, maravilloso ingenio de guerra inventado por el francés D'Arzon, incendiadas al cabo, despues de diez y siete horas de fuego constante, por las balas rojas de lord Elliot. Brillante fué tambien su comportamiento al tomar al abordaje con una falúa armada un barco inglés en medio del dia, bajo los fuegos de la plaza y los del navío enemigo *Pantel*, á la vista de ambos campos y en medio de los aplausos de los mismos espectadores. En estas y las demas funciones del sitio en que tomó parte, demostró tanto valor é inteligencia, que al ajustarse la paz en 30 de Enero de 1783 fué nombrado teniente de navío, pasando despues al navío "Santiago„ con destino á la Habana, en cuyo apostadero permaneció dos años, volviendo á España para tomar el mando de la cañonera número catorce con la que tomó parte en el bombardeo de Tánger en 1786.

Desde esa época pasó á ocupar su antiguo puesto de ayudante del invicto Barceló, á cuyas órdenes permaneció durante seis años cruzando sin cesar las aguas del Mediterráneo, en persecucion siempre de los corsarios berberiscos á quienes causó aquel general pérdidas innumerables, hasta que nombrado Cabrera en 1792 capitan de fragata, tomó el mando de la "As-

tréa., de 30 cañones saliendo de la bahia de Cádiz con rumbo á la Mar del Sur.

Reinaba ya entonces en España Cárlos IV habiendo muerto su antecesor el 14 de Diciembre de 1788, y lejos de imitar á su ilustre padre rodeándose de hábiles y sábios consejeros como Roda, Azara, Aizpuru, Aranda, Florida Blanca y Campomanes, abandonó el Gobierno á su versátil esposa y á indignos favoritos.

A su advenimiento al trono, componíase la armada española de 71 navíos y 47 fragatas que montaban 7.202 cañones. Era la época de su mayor engrandecimiento, no tan solo por el número de buques de guerra, sino por el escelente y aguerrido psrsonal y los entendidos y valerosos jefes que la mandaban.

Hasta 1800 aun se construyeron 11 navíos y 16 fragatas; pero desde aquella época en adelante comenzó la decadencia á acentuarse con inaudita rapidez, de suerte que cinco años mas tarde solo nos quedaban algunos envejecidos y miserables barcos, restos gloriosos del heróico combate de Trafalgar.

La vergonzosa alianza ofensiva y defensiva pactada entre el Gobierno de Cárlos IV y la República francesa en 1796, al par que hizo patente nuestra humillacion, inmoló todas nuestras fuerzas á una política estranjera, y forzados á ayudar á los franceses en la guerra que sostenian con la Gran Bretaña, en la que nada podíamos ganar porque no se ventilaban nuestros intereses, y sí aventurar mucho, agotáronse inútilmente los recursos de la nacion: que así habrá de suceder siempre cuando el pais obedece al poder per-

sonal de un individuo, sin tener participacion en el gobierno por medio de sus legítimos representantes.

Enviada al Mar del Sur la fragata Astréa, hasta su vuelta á España en Octubre de 1802, no cesó un momento su capitan de prestar importantísimos servicios, algunos de ellos eminentes y extraordinarios.

Comisionado por el Ministro de Marina, practicó el reconocimiento del rio Bueno, levantando el plano de su desembocadura hasta 40 leguas tierra adentro, cuyo trabajo de gran valor científico, se halla en los archivos del Ministerio.

Poco despues recibió la delicada mision de conducir desde el Calláo á Montevideo en su barco y en la fragata mercante *San Pedro* igualmente puesta á sus órdenes, la fabulosa cantidad de cinco millones doscientos ochenta mil pesos fuertes, señalándosele por el jefe de aquel Departamento el derrotero que habia de seguir que era por el Estrecho de las Maluinas, doblando el cabo de Santa Maria. De haber seguido estrictamente esas instrucciones, hubiese caido sin remision en poder de los cruceros ingleses, que sabedores de su derrota le aguardaban apostados en acecho de la riquísima presa. Más previsor Cabrera que sus jefes, obrando como consumado marino, siguió durante algunos dias la via señalada; y cuando calculó que nadie podia ya seguirle ni dar aviso á los ingleses del cambio que proyectaba, torciendo el rumbo de repente, rodeó la Tierra de los Estados y la costa de Patagonia,

arribando felizmente á Montevideo á los 47 dias de navegacion, y dejando burlados á los ingleses que siete dias despues llegaron á aquel puerto, cuando comprendieron qne se les hahia escapado la presa que contaban por suya.

Vuelto á España en 1802 despues de haber desempeñado multitud de otras comisiones, quedó desembarcado por desarme de su fragata, permaneciendo en expectacion de destino, en cuyo tiempo habiendo dado al través en las costas del Castillo de Santa Catalina del Puerto de Santa Maria en Enero de 1805, el bergantin de guerra inglés el Raber, fué comisionado para sacar su artilleria y efectos, que recojió entregándolos en el Arsenal de la Carraca.

Comenzaba mientras tanto el período mas crítico de nuestra historia moderna. El débil Cárlos IV habia abandonado los cuidados del poder á su favorito el Príncipe de la Paz D. Manuel Godoy, y deseando este ceñir á sus sienes la corona de los Algarbes, cebo engañoso con que supo atraerle á sus miras el Emperador de los franceses, si guerrero invencible, político artero y desleal, sacrificó en aras de tan ambicioso sueño, los caudales, el ejército, la marina y hasta la honra de España, y la sangre de sus nobles hijos.

Para coadyuvar á las miras políticas y maquiavélicas combinaciones de Napoleon, encaminadas á la monarquia universal, aniquilando antes á su principal enemiga la Inglaterra, á costa de los esfuerzos de las

naciones como España, que de tal suerte se hallarian desarmadas y sin recursos cuando les llegase su vez de someterse á la voluntad del insaciable conquistador, puso el gobierno español bajo las órdenes del almirante francés Villeneuve quince de sus mejores navíos de guerra que mandaban los dignísimos general D. Federico Gravina y jefes de escuadra D. Ignacio Maria de Alava, D. Antonio Escaño y D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, contándose entre los capitanes, hombres como Uriarte, Hore, Pareja, Valdés, Alcalá Galiano, Churruca y tantos otros ilustres sobre todo encomio por su valor, ciencia y conocimientos marítimos, y aquellos barcos unidos á otros veinte y cinco franceses, constituían una escuadra de 40 navíos, que contra la espresa voluntad y dictámen de los marinos españoles, fundados en que los barcos de ambas naciones estaban mal armados, su tripulacion era en gran parte bisoña y no avezada á los trabajos marítimos, algunas naves no podrian prestar ninguna clase de servicio útil, y finalmente el tiempo amenazaba sérios trastornos atmosféricos, salió á la mar desde la bahia de Cádiz el 19 de Octubre de 1805 en demanda de los ingleses, impulsado Villeneuve por su petulancia y soberbia desmedida, que le hicieron desechar los consejos del valor acreditado y de la esperiencia, demostrando una vez más con su conducta que *quos Deus vult perdere prius dementat.*

Rumbo al estrecho navegaba la escuadra aliada cuando á la altura del Cabo de Trafalgar dió vista á la inglesa compuesta de 32 navíos que mandaban

Nelson y Collingwood, acaso los dos mejores marinos de que á la sazon se enorgullecía la Gran Bretaña.

No es nuestro ánimo describir el heróico combate de Trafalgar: que si nuestro atrevimiento es grande, de que es prueba este libro, jamás llegó hasta osar la narracion de tan sublime epopeya que la historia, la poesía y la pintura se han encargado de trasmitir á las generaciones, haciendo por siempre imperecederos los nombres y heróicos hechos de nuestros bizarros marinos.

Con harto dolor dejó de concurrir Cabrera á aquel combate. Ayudante á las órdenes del General del Departamento, fué destinado en prevision de posibles contingencias á mandar en la costa del Puerto de Santa María, y en efecto, cuando perdida la batalla, desarbolados, acribillados de balazos y sin gobierno los pocos navíos que sobrevivieron al desastre, fueron arrojados por la tempestad sobre aquellas costas, multiplicándose el bravo capitán de fragata, casi sin gente ni recursos organizó el salvamento, logrando á costa de esfuerzos sobrehumanos, arrancar de la muerte á la gente, oficiales y jefes de los navios españoles, Asis y Neptuno, del francés Indomptable, y todos los heridos, de los que uno era el comandante del Neptuno D. Cayteano Valdés, General ilustre mas adelante, servicio harto mas grato para la humanidad que el de arrancar mil vidas al enemigo en sangrienta batalla, por el que no recibió premio ni remuneracion alguna, ni tampoco por haber salvado toda la artilleria del Neptuno y gran parte de la de los otros dos na-

vios, con inmensa cantidad de jarcia, cables, velámen y aparejos, en cuyas operaciones estuvo ocupado veinte y dos meses. Quedóle solo la satisfaccion de la propia conciencia, siendo lo mas extraño, que los oficiales que á sus órdenes le auxiliaron fueron todos ascendidos.

Precipitábanse entonces los acontecimientos. Continuando la fatal política que convertía al Gobierno de España en satélite ciego de Napoleon, entró en 1807 una division española, auxiliar del ejército francés que invadía á Portugal, y la familia real lusitana abandonando á su suerte á la nacion, se embarcó para el Brasil. Penetrando por primera véz Godoy los arteros designios de Napoleon, de apoderarse de España, abrigaba el proyecto de retirarse con los reyes á Méjico al punto que el Emperador francés comenzase á poner en ejecucion sus planes. Para ello, mandando volver á Andalucia la division española que operaba en Portugal, dió al General Solano instrucciones, con objeto de asegurar por Cádiz la retirada á América. Mas penetrado Napoleon de aquel proyecto, envió á Cádiz una escuadra francesa compuesta de seis navios y una fragata, mandada por el almirante Rosilly, quien entre sus instrucciones tenia la de fondear á la mayor distancia posible de las baterias de tierra, manteniéndo siempre bajo sus fuegos los barcos de guerra españoles que hubiese en la bahia, en prevision de los acontecimientos que se preparaban, terminando con el encargo de impedir á todo trance la salida de la familia real.

Desbarató los planes de Godoy la sublevacion del 19 de Marzo de 1808 en Aranjuez, primera etapa de la larga y tríste série de pronunciamientos que despues se han sucedido, y preso el favorito, depuso la corona el rey Cárlos IV en su hijo Fernando.

Facilitáron estos sucesos al Emperador francés el pretesto que tiempo há buscaba, y apoyándose en el aguerrido y numeroso ejército que tenia en Madrid, só color de que se encaminaba á Portugal, encargó á su cuñado Murat, gran duque de Berg, que no reconociese la abdicacion de Cárlos IV, haciendo creer á este que el Emperador cuya venida á Madrid se creia próxima, le repondría en el trono, y á Fernando que acaso Napoleon se dejaria conmover por sus instancias, y consideraria válida la renuncia de Cárlos IV.

Impaciente Fernando salió al encuentro del Emperador, y no hallándole, entró en busca suya en territorio francés, hasta llegar á Bayona, donde fué detenido: renunció allí la corona en su padre, y este la cedió á Napoleon sin otras condiciones que la de mantener la integridad de la monarquía y la unidad católica: que no en valde eran aquellos Reyes absolutos, y como de cosa que por derecho divino les pertenecia, asi disponian de España á su entera voluntad, como si fuese un rebaño de estúpidos carneros.

Más digno el pueblo de Madrid que sus monarcas, por expontáneo y noble movimiento alzóse contra los franceses el 2 de Mayo, oponiendo á las aguerridas huestes de Murat, brazos inermes y pechos generosos, deseoso Murat de ahogar con el terror toda idéa de re-

sistencia.

Ignoraba el Príncipe francés hasta qué extremo de heroismo puede llevar á los españoles el santo amor de la Pátria, y equivocóse en sus esperanzas.

En vez de escarmiento, fueron las ferocidades cometidas en Madrid por los franceses antorcha que comunicó el fuego de la insurreccion por todas partes, sin que quedase ciudad pueblo ni aldéa en que no se jurase guerra sin cuartel contra los franceses.

Cádiz fué una de las primeras, y su Capitan General Solano, comenzó desde un principio á tomar medidas encaminadas todas contra la escuadra de Rosilly surta en la bahia, pero asesinado por algunos miserables que hiciéron creer al iluso pueblo que la tardanza de aquel general en romper las hostilidades contra los franceses, criginada por la necesidad de preparativos, envolvia una traicion, pasó la autoridad á manos de D. Tomás de Morla, quien en union de una Junta de defensa, acordó les medios para conseguir la rendicion de la escuadra francesa, objetivo principal á que tendian los deseos del pueblo.

Consistía el principal de los inconvenientes, en que anclado Rosilly que tenia bajo sus órdenes los barcos de ambas naciones, en una posicion estratégica hábilmente elegida, hallábanse cogidos entre dos fuegos los navíos españoles, que nada podian hacer para cooperar á la empresa.

Celebrado consejo de generales el 30 de Mayo, acordóse enviar un mensaje á Rosilly intimándole la rennicion, ó que al menos separase sus naves de las es-

pañolas. Negóse el almirante francés á lo primero fundándose en que no existía guerra entre España y el Emperador, pero convino en la separacion de ambas escuadras, por lo que no tardó en moverse la española que fondeó á la boca del canal, quedando solos los cinco navíos Heros, Pluton, Algeciras, Argonauta y Neptuno y la fragata Cornelia, que componian la escuadra francesa.

Encargóse del mando de la española el anciano general D. Juan Joaquin Moreno, quien nombró á Cabrera segundo comandante del navío Terrible que con el de igual clase Príncipe y algunas fragatas, formaban nuestras fuerzas navales en Cádiz, y apostóse esta escuadrilla en la boca de la bahia para cerrar la salida del puerto á los franceses: pero estos que habian quedado bajo el cañon de los fuertes, levaron anclas de repente retirándose al fondo de la bahia, quedando anclados lo mas cerca posible de la Carraca, y por lo tanto fuera del alcance de la artilleria de la plaza y de los castillos.

Necesario fué entonces variar los medios de ataque; cerróse la bahia con una récia cadena, para evitar la fuga del enemigo: apostóse fuera del puerto, pero á la vista, la escuadra inglesa mandada por Collingwood, porque aunque todavia no estaban firmadas las paces, era ya un hecho la alianza con Inglaterra, interesadas ambas naciones en acabar con el enemigo común: facilitó el almirante inglés grandes cantidades de pólvora que escaseaba, echáronse á pique en el caño de la Carraca el navío Miño y la urca Librada para im-

pedir que los franceses se guarecieran en el arsenal, y por último, con barcos costeros del Puerto de Santa Maria formóse una escuadrilla de doce bombarderas y veinte y cinco cañoneras, cuyo mando se confió al capitan de fragata D. Pedro Cabrera: tanta era la confianza que á sus generales inspiraba el valor y pericia del bizarro hijo de Arcos.

Terminados estos preparativos con celeridad pasmosa, que solo pueden conseguir los jefes dotados de superiores condiciones de mando, en la mañana del 9 de Junio se intimó la rendicion á Rosilly que se negó enérgicamente, y acto contínuo á la señal izada por Morla sobre la Torre de víjia, la escuadrilla de Cabrera colocada convenientemente, las cañoneras delante, á tiro de cañon, y las bombarderas detrás, rompieron nutrido fuego sobre la escuadra francesa, que preparada para el combate, revestidos los navíos de jarcias, calabrotes y aparejos para defenderse de los estragos de nuestros proyectiles, contestó haciendo resonar los ecos de la anchurosa bahia con la potente voz de sus cañones.

Cesó el fuego al llegar la noche, habiéndonos inutilizado el enemigo diez bombarderas y cuatro cañoneras, mientras que el certero fuego de nuestras fuerzas sutiles causó grandes averías en los buques franceses que quedaron acribillados y destrozadas sus arboladuras, habiendo esperimentado muchas bajas producidas por las bombas que en ellos estallaron.

Continuó el fuego al amanecer del 10, suspendiendose á las diez de la mañana en que de nuevo intima-

da la rendicion, contestó Rosilly haciendo ciertas proposiciones que solo podia resolver la Junta Suprema de Sevilla, y mientras se le comunicaban, activáronse mas los preparativos de ataque, aumentóse el número de cañoneras, armóse un navío en la Carraca, y se emplazó una bateria de treinta cañones de á 24 en punto desde donde podia hacerse gran daño al enemigo, de suerte que cuando denegadas por la Junta de Sevilla las proposiciones de Rosilly, se le intimó por última vez la rendicion ofreciéndole tan solo vidas y equipajes, á las seis de la mañana del 14, amenazado en el mar por la escuadrilla de Cabrera, y desde tierra por la nueva bateria y el navio Argonauta anclado en el caño del arsenal, comprendiendo que iba á ser vencido é incendiados sus buques, despues de oidos los capitanes de sus barcos, el almirante Rosilly mandó arriar la bandera francesa, que descendió lentamente en medio del entusiasmo y las frenéticas aclamaciones de nuestros marinos, y del pueblo entero de Cádiz que desde murallas y azoteas presenciaba anhelante el combate.

De esta suerte el valiente hijo de Arcos tuvo la gloria de mandar la escuadrilla de ataque en el primer hecho de armas de la guerra de la Independencia, y de conseguir una completa victoria ganando para la Pátria cinco navíos, una fragata, 442 cañones de á 36 y 24, veinte y cuatro mil quintales de pólvora, míl quinientos fusiles, y 3.676 prisioneros.

Sin pérdida de tiempo, tomó Cabrera el mando de la fragata apresada Cornelie, mas túvolo poces dias

pasando á la española Atocha, que armó y alistó en breve tiempo, saliendo con ella al punto para Cataluña á llevar armas, pólvora, municiones y artilleria, y ciento ochenta y un mil duros en dinero al ejército del Principado, convoyando cuatro barcos mercantes que conducian tan importante cargamento, que á través de mil peligros y evitando los buques de guerra franceses logró desembarcar en Tarragona. En aquel puerto operó entonces el difícil salvamento de un bergantin americano embarrancado sobre el castillo del rio, consiguiendo con la tripulacion de su fragata sacarlo á flote y dejarlo libre de todo riesgo.

Nombrado capitan de navío en Febrero de 1809, le confirió el Gobierno la Direccion del Cuerpo de Pilotos del Departamento del Ferrol, cargo que debió á su fama de marino experto y entendido, pasando en Enero de 1811 á la comandancia de arsenales del mismo Departameeto.

Allí dió muestras notables de su génio organizador y aptitudes administrativas.

Aniquilada nuestra marina de guerra despues del desastre de Trafalgar, y no permitiendo las atenciones de la encarnizada lucha que sostenia España con Napoleon dedicar cantidad alguna al entretenimiento de los arsenales y carena de los barcos, pudríanse estos desarmados en los astilleros, acabando el abandono y la falta de recursos, la obra de destruccion que comenzaron los ingleses y los desaciertos del gobierno de Godoy.

Al tomar posesion de su nuevo destino D. Pedro

Cabrera, halló desamarrados por un huracan y á punto de perderse los navíos Mejicano, Fernando y Héroe y multitud de embarcaciones menores que se encontraban en la Dársena, casi cegada esta, rota la machina, sin cadenas, cables ni anclas con que asegurar los barcos, sin gente á quien ordenar todo lo necesario para efectuar los salvamentos, sin nada en fin con que remediar situacion tan angustiosa.

Á todo proveyéron los recursos de su ingenio; utilizando cadenas viejas para los amarres, en vez de los gruesos cables antes empleados, consiguió una economía anual para el Estado de mas de diez y seis mil duros. Autorizado por Real Orden que solicitó para el desguazo y venta de embarcaciones menores, adquirió anclas, limpió la Dársena, y carenó 29 embarcaciones de distintos portes, utilizando la estopa de los desperdicios de los cables viejos, cuyos trozos aun servibles empleó en colchar 44 piezas de veta de todos diámetros, y aun le sobró dinero con que comprar para cada uno de los presidiarios de aquel arsenal que se hallaban desnudos y en el mayor abandono, un vestido completo, dos camisas y un rosario.

De su propio peculio renovó casi totalmente la machina, poniendo además, puertas nuevas en la entrada del Sur del foso de San Fernando.

En tanto verificaba todas estas mejoras, no descuidaba los demas trabajos y faenas propios del arsenal, y entre ellos se dió de quilla á la fragata Venganza, se desarboló el navío Héroe, se colocaron nuevos palos á la fragata Ifigénia que se habia visto precisada

á picarlos sobre la Coruña, franqueándole guindalezas para hacer tablas de jarcia, efectuando multitud de comisiones de gran interés y dificultad, siendo su conducta muy loada por la Junta del Departamento, y por el Gobierno que en dos distintas veces dióle las gracias de Real Orden.

No volvió ya Cabrera á desempeñar destinos activos. Al espirar el tiempo reglamentario de su mando en el arsenal del Ferrol en 1814, deseoso el gobierno de utilizar sus valiosos servicios le llevó á la Comandancia Militar Marítima de Bilbao, y de allí á la de Vivero, pasando en 1816 á la del tercio y provincia de Ferrol, ya con la graduacion de Brigadier honorario, habiéndosele concedido en el mismo año la placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, y en ese cargo continuó hasta 1821 en que pasó al de capitan del puerto de Vigo, que desempeñó dos años, y luego á la Comandancia del tercio y provincia del mismo punto.

Sirviendo alternativamente las comandancias de Vigo y el Ferrol permaneció durante el resto de su vida, siendo declarado Brigadier efectivo supernumerario en 1828, y de número en 1830, hasta que en 25 de Marzo de 1831 falleció de muerte natural en Vigo, rodeado de su amante familia y profundamente sentido de sus amigos y subordinados, sin haber logrado satisfacer el mas ardiente deseo de los postreros años de su vida, que fué venir á terminarla entre los suyos en su pueblo natal.

Fué D. Pedro de Cabrera y Yuste un marino tan

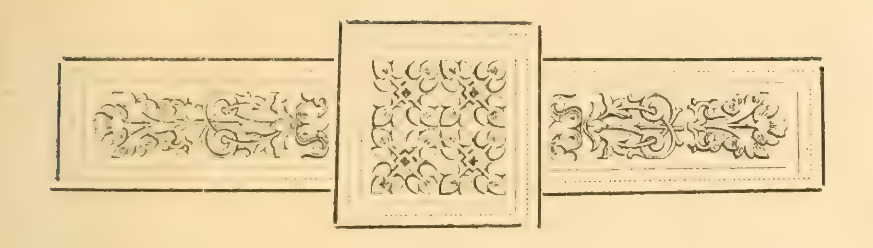
entendido y valiente como esperimentado, digno compañero de los Alcalá Galiano, los Valdés y los Churruca, cuyos imperecederos nombres grabados quedan en el eterno libro de la Historia. De su pericia náutica certifican los diez y ocho años y siete meses que consecutivamente navegó sin experimentar naufragios ni averias de importancia: de su instruccion y vastos conocimientos, las comisiones científicas y administrativas que se le encargaron: de su bravura, más de cuarenta acciones de guerra en que tomó parte; de la confianza que inspiraba á sus jefes los delicados puestos que ocupára.

En efecto, el ayudante del invicto D. Antonio Barceló, el que niño aun mandaba en el Mediterráneo una division de galeotas, el que supo burlar á los cruceros ingleses en la América del Sur, el que organizó y realizó el salvamento de los heróicos náufragos de Trafalgar, el vencedor de Rosilly, no era una persona vulgar, nó. ¿En qué consiste, pues, que su nombre no haya pasado á la historia, como otros muchos, quizá de méritos menos relevantes? ¿Será por no haberle hallado en Trafalgar? ¿Era menos bravo que los que allí se batiéron el que en la oscuridad de la noche, azotado por el huracan se abandonaba en frágil barquilla á las enfurecidas olas, animado por la santa esperanza de arrancar á la muerte algunas víctimas? ¿Fueron mas heróicos los marinos de Trafalgar que los del Cabo de Santa Maria, los que obedecian á Gravina que los que mandaba Lángara? De ningnn modo. Lo de Trafalgar tuvo mas resonancia por haber sido mayor el

desastre; pero los vencidos en uno y otro combate, en igual grado mereciéron bien de la Pátria. Mas prescindiendo de eso ¿por qué la historia deja en el olvido el nombre de Cabrera, del que con un puñado de barquichuelos de pesca, convertidos en breves horas en lanchas cañoneras, para cuyo destino eran impropios su calado, andar y resistencia, perdiendo la mitad de su irrisoria escuadra, supo vencer y rendir cinco poderosos navíos y una fragata con cuatro mil hombres y 442 cañones? Ah! Porque toda la gloria de aquel brillante hecho de armas, que debió inmortalizar á su autor, se lo atribuyeron á sí propios en sus partes y relaciones los Generales y jefes de escuadra que desde las murallas de Cádiz ó desde los navíos que cerraban la bahia presenciaban á su salvo el combate, y ni siquiera mencionáron el nombre del verdadero vencedor de Rosilly, del esforzado cuanto modesto hijo de Arcos D. Pedro Álcántara Cabrera y Yuste.

Lafuente.—Castro.—Coxe-Hoja de servicios—Anquetil.—Toreno.





MATÉO FRANCISCO DE RIVAS.
1800.

Originario de una antigua familia de Jaen, nació en Arcos hacia 1760. Recibió su primera educacion en el convento Colegio de San Antonio de dicha ciudad, y careciendo de fortuna, entró de simple escribiente en las oficinas do su Ayuntamiento. Era á la sazon Corregidor de Arcos el sábio anticuario don Tomás Andrés de Gusseme autor del Diccionario Numismático y de otra multitud do obras de arqueología é historia de reconocido mérito, y descubriendo en el jóven Rivas notables aptitudes, dedicóse á completar su educacion; y como sembraba en terreno fértil, no tardó aquella semilla en producir frutos abundantes y sazonados.

Apenas tuvo edad competente, fué nombrado Es-

cribano del Cabildo, cargo que responde al de los actuales Secretarios de Ayuntamiento, y notario público. Y desde luego dió muestras de sus grandes conocimientos económicos y administrativos, organizando de una manera racional y ordenada todas las oficinas y servicios públicos, y elevando al Gobierno distintas memorias sobre varios asuntos, encaminadas todas al mejoramiento de la agricultura y proteccion de la industria. Porque Rivas pensaba discretamente que el porvenir de Arcos estaba en los adelantamientos fabriles y agrícolas, juzgando que llegaria dia en que con más fáciles medios de comunicacion se nivelarian los precios, y estableciéndose competencia entre las producciones de paises distintos, solo tendria demanda la que resultase de mejor calidad. Premiada una de esas memorias por la Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País que le nombró su individuo de número, dió el Ayuntamiento de Arcos comisión á Rivas, para que escribiese una historia de esta ciudad, mas verídica, completa y racional que las que D. Pedro de Gamaza, Biron Salgado, Camacho del Real y otros nos dejaron, todas las cuales resultan deficientes, reducidas tan solo á improbables consejas y absurdos cuentos, mezclados en revuelto monton sin orden, crítica ni concierto. Y de cómo desempeñó Rivas su comision, certifica el que su Historia de Arcos que mereció ser premiada por la Academia de la Historia, le valió ser nombrado Académico correspondiente de la misma.

Lástima grande que no habiéndose impreso dicha

obra, el descuido y punible abandono de los Ayuntamientos la haya dejado perder sin que se conserve hoy ningun ejemplar completo. El que escribe estas líneas posee una copia de solo la parte primera de las cuatro que formaban el libro, y la elegancía del estilo, la riqueza de datos históricos y estadísticos que encierra, y su sana crítica agena á pasiones y preocupaciones vulgares, hacen más sensible la pérdida del resto.

Desempeñando su cargo estaba Rivas cuando sobrevino la invasion francesa de 1808: no fué Arcos de las últimas poblaciones que se adhiriéron al glorioso alzamiento nacional, siendo Rivas uno de los ilustres Patricios que formáron la Junta local de armamento y defensa. A su talento activo y organizador se debió el alistamiento de numerosos voluntarios que mandados por D. Antonio de Veas, concurriéron á la gloriosa victoria de Bailén, y la constante remision de caudales y arbitrios á las Juntas de Sevilla y central, hasta que ocupado Arcos por los franceses y perseguida la Junta de salvamento, vióse obligado Rivas á trasladarse á Cádiz donde permaneció hasta la retirada de los invasores. Vuelto entonces á Arcos y á su destino, lo desempeñó hesta mil ocho cientos veinte y tres, en que perseguído por sus ideas liberales, que aunque nada exageradas, no pareciéron tolerables á la reaccion absolutista, tuvo que abandonar nuevamente su pueblo natal y su profesion, sufriendo en sus intereses enormes pérdidas de que no pudo resarcirse cuando merced á la amnistía de 1833 volvió á Arcos. Anciano ya entonces y achacoso, aunque tornó á sus

trabajos notariales, habíale abandonado su antes numerosa clienteia, y vivió pobremente, hasta su muerte que ocurrió en 1838...

Era D. Matéo Francisco de Rivas, individuo de la Real Academia de la Historia y de las Sociedades económicas de amigos del pais de Jaen, Vascongada, Aragonesa y Sevillana; estaba condecorado con la orden del Lys, y habia sido declarado Benemérito de la Pátria dos veces: por la Junta central de Sevilla, y por Fernando VII á su vuelta de Valencey en 1814.





ARCOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.
1808---1814.

Cuando el 27 de Mayo de 1808 supo el pueblo de Arcos por aviso que recibió de la Junta de Sevilla, la renuncia fechada en Bayona que del trono de España hacia Fernando VII, la marcha de este y los Infantes sus hermanos á Francia, los sangrientos sucesos del dos del mismo més en Madrid, y la traidora ocupacion de España por los franceses, lleno de patriótico entusiasmo, como un solo hombre se adhirió al levantamiento nacional, decidido á rechazar por la fuerza á los invasores, sin deponer las armas mientras quedase uno sobre el suelo de la pátria.

Convocando al efecto á todos los ciudadanos, en 3 de Junio nombróse por aclamacion una Junta de gobierno, dependiente de la central de Sevilla, compues-

ta de seis vocales y dos secretarlos, la que quedó encargada de organizar tropas, víveres, dinero, caballos, armamento, monturas y cuanto en suma podia contribuir al buen éxito de la guerra, sin que por eso dejase el Ayuntamiento que entonces existía, compuesto de ardientes y probados patriótas, de continuar su administracion á los mismos fines encaminada.

Fruto de las primeras taréas de ambas corporaciones, que lejos de perjudicarse se auxiliaban mútuamente, fueron el alistamiento de cuatrocientos sesenta y nueve voluntarios, la flor de la juventud de Arcos, que corrió llena de entusiasmo á unirse á las filas de los defensores de la pátria, y no economizó nunca su sangre generosa, y los donativos que hasta en cantidad de un millon de reales en efectivo, caballos y especies se hicieron llegar en el primer mes á la Junta suprema de Sevilla.

Componian la de Arcos, su vicario D. Antonio Gonbalez Caballero, D. José Maria Obregon, cura de la Iglesia de Sante Maria, el marqués de Torresoto don Fernando Cabrera y Cortegana, el marqués de Cartagena D. Luis Ramirez y D. Matéo Francisco de Rivas, naturales todos de Arcos, Fray Juan Miguel de los Dolores, comendador del Convento de Mercenarios de esta ciudad, natural del Alosno en Huelva, y el abogado D. José de Aragon y Manca, natural de Ubrique, formando el Ayuntamiento el Corregidor D. Cristobal Talens de la Riva, natural de Carcajente, D. José Rodriguez Zarzuela alcalde ordinario, D. Manuel Fernandez Mancheño, alguacil mayor, D. Antonio de

Torres, D. Miguel de Prado, D. Vicente Rea, D. José Yuste y otros varios regidores, todos ellos naturales igualmente de Arcos.

Ambas corporaciones continuaron firmes en sus puestos, prestando eminentes servicios á la causa de la independencia nacional, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna de nuestras armas, hasta que invadida Andalucia, en la tarde del 10 de Febrero de 1810 presentóse en Arcos al frente de tres regimientos de dragones franceses el General Baron Bouvier des Clats. No era posible la resistencia. La mayor parte de los hombres válidos, ó estaban en las filas del ejército nacional, ó en las de los guerrilleros, que dueños del campo, molestaban por todas partes á los franceses. Depusiéron estos al Ayuntamiento, y nombraron otro á su gusto, poniendo á su cabeza como alcalde, no á un hijo del pueblo, que entre tantos ni uno solo se prestó á servir á los invasores, sino á un estranjero que residia en Arcos desde muchos años atrás, habiendo en él labrado su fortuna: y despues de saquear la poblacion, retiróse el General el 7 del mismo més, dejando de guarnicion el cuarto regimiento de Húsares á caballo, mandado por el coronel Vinot.

En muy poco estuvo que las nuevas tropas no redujeran á cenizas una gran parte de la ciudad asesinando á sus habitantes: porque habiendo á su llegada entrado por las casas como en país conquistado, sin respetar sagrado alguno, al intentar algunos franceses atropellar la morada del paisano Bartolomé del Ojo, que era la última casa á la izquierda bajando la calle

de Martín Montero, no pudo aquel valiente contener su justa indignacion, y sin reparar en el número de los invasores, cojió su escopeta y de un certero disparo atravesó el pecho del mas atrevido. Huyéron los demás, y el herido con las ansias de la muerte llegó tambaleándose hasta la calle, en que al caer fué socorrido por el vecino D. José Villegas quien sosteniéndole en sus brazos le llevó moribundo hasta su casa, espirándo pocos momentos despues. Premiáron los Imperiales con una cruz la humanidad de Villegas, valiéndole este hecho caritativo el respeto público, y la consideracion de los franceses. Mientras tanto repuestos de su sorpresa los enemigos, acudieron en gran número en busca del matador, quien durante los cortos momentos de respiro pudo escapar por una puerta falsa, ocultándose en una de las cuevas de la Peña Vieja, donde permaneció cinco dias, hasta que disfrazado consiguió incorporarse á los guerrilleros que señoreaban la comarca.

Aquel hecho de legítima defensa, considerado por los franceses como horrible atentado, produjo una órden del coronel Vinot mandando pasar á cuchillo á los habitantes del barrio, é incendiarlo despues, lo que no se llevó á efecto merced á las súplicas y dádivas de las personas prudentes y del clero; mas en su lugar, arrasada hasta los cimientos la casa del matador, fijóse en ella un padron que relataba el delito y amenazaba con horribles castigos á los que en adelante fuesen osados á imitar la conducta de Bartolomé del Ojo.

No quedó satisfecho el coronel Vinot, sino que necesitando una víctima, al ausentarse de Arcos, el 16 del mismo Febrero, hallando en las afueras de la poblacion y sitio llamado las Canteras al pobre labrador Matéo del Real, hízole detener, y sin formacion de sumario, sin oirle, sin pretesto alguno que sirviese de fundamento á su sentencia, hízole arcabucear por sus soldados, saciando en aquel infeliz su sed de sangre española.

Sucedióle en la guarnicion con el 5.° de cazadores el coronel Bonnemain, quien tan cruel como su antecesor, extremó sus rigurosas medidas, que hizo mas duras la presencia en Arcos del intruso rey José Napoleon, que á fines del mismo Febrero se detuvo dos dias, sin recibir otra visita ni felicitacion que la del afrancesado alcalde y algunos individuos del clero, movidos estos últimos mas por el temor, que por afecto.

No bastáron todas las precauciones de Bonnemain, á evitar que en la noche del 27 de Marzo siguiente le sorprendiesen los guerrilleros de las inmediaciones, mandados por Veas, que auxiliados por los vecinos, le acometiéron de repente y, matándole once soldados le hicieron abandonar la poblacion en vergonzosa fuga, acompañado de los 800 caballos de su regimiento.

Hizo alto en los llanos de Jédula, á donde viniendo en su auxilio á los dos dias desde Jerez el general Latour Mauburg con una division de cuatro mil hombres, dirijiéronse todos sobre Arcos, entrando acompañados del incendio el saquéo y la violencia.

Mas estas crueldades lejos de debilitar la resolucion de nuestros vecinos, en nada quebrantaban su varonil entereza, distinguiéndose gran número de ellos en la partida que levantó D. Antonio Garcia de Veas, tambien hijo de Arcos, en las distintas acciones de Tempul, camino de Jerez, Sanlucar, Arcos, Utrera y Coripe, mereciendo por haber impedido la reunion de las guarniciones de Ronda, Medina y otras fortalezas, y sobre todo por haber desbaratado y deshecho el 3 de Junio de 1811 entre Moron y Olvera el cuadro que formaron los batallones 1.° y 3.° de Polacos, un escudo de distincion por Real Orden de 10 de Agosto del mismo año.

Irritados los franceses con estos hechos y con el aumento que iba tomando el espiritu público á favor de la justa causa, ensañáronse mas en el cumplimiento de las ordenes que desde Jerez y el Puerto de Santa Maria dictaban los Mariscales Soult y Victor que mandaban el sitio de Cádiz. Sostenía Arcos un regimiento francés de caballeria y dos de infanteria, amén de innúmerables cuerpos volantes, teniendo además que enviar al ejército de Jerez mensualmente siete mil fanegas de trigo, ochocientas vacas, dos mil carneros y doscientos cincuenta mil reales, sin contar con las contribuciones y requisas extraordinarias.

En una sola de estas, lleváronse los franceses seiscientos bueyes y mil caballos y yeguas para remontar su caballeria, mientras que á su costa y mediante su proteccion obligaban á los vecinos á levantar un fuerte entre el castillo y la parroquia de Santa Maria

derribando al efecto parte de los muros de la antígua fortaleza y algunas casas de la calle Nueva y del Murete, estableciendo baterias en los puntos dominantes, y cuatro minas á la entrada de la ciudadela. Llegó á tal extremo la miseria producida por tantas exacciones, que morian de hambre los vecinos, dándose el caso de caer exánimes por las calles personas de todos sexos y edades, mientras que llenos hasta rebosar de forrages y granos la iglesia de Santa Maria, el Pósito y cuantos locales podian habilítar los franceses, amontonaban estos en la calle Corredera la cebada, que nacida cuando vinieron las aguas la que quedó entre el empedrado, fué segada como forraje verde para los caballos, al llegar la primavera de 1812.

Convertido Arcos en plaza muy fuerte, merced á su improvisada ciudadela y á la formidable artillería en ella emplazada, atreviéronse ya los franceses á hacer escursiones por su término y los inmediatos, dejando siempre un presidio respetable para que quedase la ciudad al abrigo de un golpe de mano de los nuestros. Mas estos los derrotaron siempre en los diversos encuentros que tuvieron lugar, señaladamente en Montellano, y sobre todo en Rogitan, donde la partida de Arcos mandada por D. Antonio Veas alcanzó completa victoria. En venganza de esta derrota, al tornar fugitivo el coronel Bonnemain, hizo fusilar á los desgraciados paisanos hijos de Arcos, José Uront, Juan Ceballos y Bartolomé Parra, por sospechas de que eran guerrílleros, habiendo el primero, colgado de un árbol, servido de blanco en que los franceses ensayaban

su punteria.

La accion de Puerto Real en 5 de Marzo de 1811, en que tomó notable parte la guerrilla de Veas, hizo que saliese de esta ciudad la Caballería francesa, viniendo en su reemplazo más infanteria, y sustituyendo al Coronel Bonnemain el de igual clase Bouguelin quien llevó al último estremo su crueldad, secundado por dós españoles renegados que á sus órdenes vinieron y se encargáron del comisariato de policía.

Cerráronse durante su mando, las principales entradas de la poblacion; verificábanse todos los dias visitas domiciliarias; multiplicábanse las exacciones hasta tal punto, que perdido ya el orden y concierto de los repartos y derramas para que todos contribuyesen con la posible equidad, veíase precisado el Alcalde á mandar á los polizontes á cada nueva exijencia que hacian los franceses de trigo, ganados ó dineros, *que lo tomasen de donde lo hubiera*, y así aparece consignado en las actas municipales. Imponiánse vejaciones y castigos caprichosos solo por hacer daño y sin distincion de personas, sexos ni edades. El clero, los hacendados, los hombres de carrera veíanse obligados á limpiar sitios inmundos, á llevar escombro en espuertas á lo alto de la torre de la parroquia de Santa Maria desde cuya altura las vaciaban en la plaza, adonde bajaban para llenarlas y tornar á subirlo otra véz, y por último á acarrear agua á un pozo con salideros que existia en el recinto de la fortaleza, del que escapándose al punto el agua, quedaba siempre vacío convirtíendose en realidad la fábula del tonel de las

hijas de Danáo.

Diéronse mientras tanto las dos acciones de Bornos, venturosa la primera para nuestras tropas, infausta la segunda, y prisioneros dos hijos de Arcos de la partida de Veas, llamados Domingo Acosta y Francisco Lima, mandólos ahorcar el Gobernador francés, teniendo la barbárie de suspenderles por el cuello, con cuerdas de crin, en lo alto de la torre de Santa María, de las que permanecieron pendientes luengo rato hasta que el peso de sus cuerpos les quitó la vida.

Mandó por entonces el gobierno intruso crear una milicia urbana ó cívica, debiendo formarse cuatro compañías de ella en Arcos: mas todo el empeño y celo de los polizontes y el alcalde no pudieron conseguir se prestase cumplimiento á aquella órden. Nombrados jefes y oficiales de las compañías algunos vecinos, todos patriotas, ausentáronse unos, escondiéronse otros, y aun uno hubo que fingiéndose loco, salió á la calle en pleno dia completamente desnudo y comenzó á revolcarse por el suelo, continuando en su fingimiento hasta la salida de los franceses, que volvió á ser cuerdo y sosegado como antes. De los alistados por fuerza, escapáronse al ejército y á las partidas cuatrocientos noventa hombres, mas habiendo caido en manos de los franceses el desgraciado Juan Antonio Sidron, en las inmediaciones de Algar, le sacaron primero los ojos, descuartizándolo después.

Semejantes atrocidades duraron hasta que levantado el sitio de Cádiz el 25 de Agosto de 1812, abandonaron definitivamente á Arcos los franceses, de-

jando la poblacion arruinada y empobrecida, sin que desde entonces haya vuelto á recuperar la opulencia y bienestar que á fines del anterior siglo tuviera.

De los espedientes y estadísticas que entonces se formaron, aparece que sin contar las grandes sumas en dinero, granos, ganados y efectos que sacáron de Arcos los enemigos, producto de sus exacciones y robos particulares, las contribuciones, requisas, y repartos exijidos por el gobierno intruso y satisfechos por el vecindario, importaron más de *noventa y dos millones de reales.* ¡Sólo en ganado vacuno, llevároNse del pueblo ó consumieron sin pagarlo, por valor de treinta y tres millones y medio, de ganado lanar díez millones, de caballos y yeguas ocho millones! Así se esplica la decadencia de Arcos que nunca más ha podído reponerse de tan enormes pérdidas, siendo seguramente una de las poblaciones que más sufrieron durante la guerra de la independencia, sin que obtuviese después indemnizacion ni beneficio alguno.

De sus heróicos vecinos, de los que muchos antes de la guerra ricos hacendados, quedáron después de ella sumidos en la miseria, los Vocales de la Junta de defensa, fuéron declárados Beneméritos de la Pátria y el valiente jefe de guerrillas Veas, nombrado Teniente Coronel y auditor de guerra: todos los demás fueron olvidados como tantos otros desconocidos héroes que en las batallas dán su sangre á la Pátria sin dejar sus nombres á la posteridad.



ANTONIO GARCIA DE VEAS.
1783.—1849.

Hijo de noble familia descendiente de los primeros pobladores de Arcos, enlazada con otra de conocido solar en Vizcaya, nació en Arcos el 2 de Marzo de 1783, bautizándose en San Pedro y siendo sus padres D. Fernando Garcia de la Zarza Real de Veas, y D.ª Maria Josefa Leon Dominguez de Segura. Ricos estos en bienes de fortuna, diéronle en Arcos la primera educacion, enviándole luego á la Universidad de Sevilla, donde se graduó de bachiller en filosofía, después de haber estudiado lógica, física, matemáticas y ética. Cursó allí el primer año de leyes, y habiendo obtenido beca en el real colegio de San Bartolomé y Santiago de Granada en Octubre de 1801, estudió otros dos años de leyes en esta Universidad

recibiendo el grado de bachiller á claustro pleno de doctores, y más tarde los de Licenciado y Doctor en la espresada facultad, prévios los ejercicios de estatuto que le fueron aprobados, *némine discrepante*; nombrado á poco por el mismo claustro Presidente de la Academia de derecho pátrio, que cursó dos años y otros dos cánones, recibió el grado de maestro en artes, y ejerció el cargo de consiliario tambien por espacio de dos años. Hizo despues oposicion á una beca jurista en el Colegio Mayor y Real de Santa Cruz de la Fé y Santa Catalina Mártir de la misma Universidad de Granada, para la cual fué consultado al Rey, y obtenida real cédula, tomó posesion en Marzo de 1804, sirviendo los empleos de secretario, bibliotecario y consiliario, en los que desempeñó las comisiones que el claustro confió á su cuidado, singularmente la de réplica á las conclusiones de la Universidad,

Era aquel Colegio mayor plantel lozano de hombres ilustres. Compañeros y contemporáneos de Veas, fueron Muñoz Cubero, Regente de la Audiencia de Buenos Aires; Poblaciones, Abad mitrado de la Colegiata de Olivares, predicador famoso; Carbonell, del Supremo Consejo de Castilla; Mesía y Caicedo, Regente de la Audiencia de Méjico; Pareja de la de Lima; Zarzosa de la de la Coruña; Aguilar y Jurado, del Supremo Consejo de Guerra; Perez Valiente del de las Órdenes; Córdoba del de Hacienda; Vadillo Presidente del de el Almirantazgo; el conde de Ofália que despues fué

Presidente del Consejo de Ministros, Bermudez de Castro Ministro á su vez, el poeta D. José Joaquin de Mora, y otros muchos famosos por su saber é ilustracion, no siendo de todos el menos distinguido Garcia de Veas, que mereció en 1814 el insigne honor de ser nombrado Rector del mismo Colegio, dignided solo honorífica, que prueba la buena memoria que de sí dejára.

En Granada permanecía dedicado á trabajos literarios y jurídicos, vistiendo la honrosa toga sin sospechar siquiera el repentino cambío de vida y de profesion que iba á esperimentar, cuando en los primeros dias de Mayo de 1808 llegó á aquella capital la noticia de los sucesos del dos del mismo més en Madrid, y del levantamiento en masa de la nacion entera contra los franceses. Abandonando al punto Veas á Granada, acudió á Arcos, deseoso de derramar su sangre por la pátria, y hallando al pueblo decidido á contribuir con todas sus fuerzas á la espulsion del enemigo común, alistóse en el acto entre los numerosos voluntarios que de todas las clases afluían, resueltos á morir antes que ceder á los franceses: y formadas en Arcos cuatro compañias, nombró la Junta de gobierno capitan de una de ellas á Veas, quien tomando el mando de todas, las condujo á Sevilla, donde la Junta Suprema le confirmó su empleo, siendo incorporado con sus voluntarios al famoso y antiguo regimiento de *Ordenes militares* con el que tomó parte en la gloriosa batalla de

Bailén, primera nube que oscureció la hasta entonces deslumbradora estrella de Napoleon. No hay que decir cuál seria el comportamiento del novel militar en aquel hecho de armas. El valor de los bisoños españoles en aquella ocasion, frente á las tropas veteranas de Bonaparte, á quienes daba mayor prestigio su continuada série de victorias, rayó en heroísmo. Destinados á Andalucia los prisioneros, dióse á Veas comision de conducir mil doscientos á Arcos, y terminada esta volvió á su regimiento, hallándose en toda la campaña de 1809, hasta que en Noviembre fué hecho prisionero por los franceses cerca de Medina Sidonia. Fugado con grave riesgo de su vida presentóse en la isla de Leon el 11 de Agosto de 1810, siendo destinado al batallon de Tiradores de Cádiz que formaba parte del ejército mandado por el Duque de Alburquerque, bajo cuyas órdenes se hizo la famosa retirada sobre la Isla de Leon, que salvó á España evitando que Cádiz y el Gobierno supremo cayesen en poder de los franceses, recibiendo Veas por los méritos que entonces contrajo el grado de Teniente Coronel.

Habíase hecho yá notar que su actividad y celo poco comunes, así como por su génio organizador, á cuyas cualidades reunia ánimo sereno y decidido, y una iestruccion muy superior á la que solian tener los oficiales de su tiempo, razones que movieron al marqués de Partago qne mandaba en el campo de San Roque, á nombrarle subinspector de las guerrillas ó partidas

patrióticas de Andalucía, en cuyo encargo pudo Veas con un mando independiente, desarrollar todas sus brillantes cualidades. Así le vémos en 16 de Diciembre de 1810 derrotar junto á Medina un grueso destacamento francés, haciendo prisioneros 18 soldados y su comandante; detener en los Callejones de Tempul á una columna de infantería y caballería enemigas durante cinco dias, teniendo él dos tercios menos de fuerza, cogiendo 22 prisioneros; derrotárlos otra vez en Palmetin el 23 de Enero de 1811; sorprender y apoderarse de Paterna, haciendo 33 prisioneros, el 1.º de Febrero siguiente; sitiar el castillo de Arcos y apoderarse de él y de la poblacion el 27 de Marzo, poniendo en fuga á 800 dragones que lo defendian: derrotar el 7 de Abril camino de Medina otra fuerte partida francesa, y lo mismo el 30 de Abril y el 5 de Mayo en los pinares de Puerto Real y de Chiclana. Corriéndose despues sobre la provincia de Sevilla para evitar el encuentro de las numerosas fuerzas que le perseguian, al frente de 100 caballos, sorprendió en Utrera á doscientos infantes y cuarenta dragones, causándoles muchos muertos, y apoderándose de trescientos fusiles. Alcanzado en la dehesa de Graena cerca de Moron el tres de Junio por los batallones primero y tercero de Polacos, les acometió de repente con sus ginetes, y cuando para resistir tan furiosa embestida intentan formar el cuadro, es el primero que se arroja en medio de ellos, seguido de sus soldados, que desbaratan y rompen aquella famosa infanteria que huye desbandada dejando el campo sembrado de cadáveres. Sigue en

su triunfante correria por la Sierra llegando hasta Ronda cuya guarnición rechaza el 20 de Junio, y á pesar de tantas columnas enemigas como se dirijieron contra él, recoje en el verano de 1811 mil cuatrocientas fanegas de trigo de las campiñas de Arcos y Jerez poniendolo á salvo en Algeciras, para el sostenimiento de nuestras tropas; no satisfecho aun, en Octubre darrota nuevamente á los franceses en Jimena y luego en Alcalá, y por último el 5 de Noviembre junto á Bornos, obrando en combinacion con las tropas de Ballesteros.

Con esta última accion terminaron las campañas de Veas como guerrillero, que fueron recompensadas con dos grados de teniente coronel, multítud de cruces y escudos de distincion, y mas tarde con la de San Fernando de 1.ª clase. Ya en este tiempo, necesitándose en el ejército oficiales entendidos, hubo de incorporarse al que operaba en Andalucia, donde le encargáron del mando de dos baterias de artilleria, las llamadas Daoiz y Velarde, que desempeñó seis meses, asistiendo con ellas á la batalla de Chiclana- Trasladado en 1812 al Regimiento de infanteria de Málaga, y luego al de Voluntarios de Madrid, estuvo en sus filas en la defensa de Cádiz durante su largo sitio, época en que descansó de tantas fatigas incorporándose al colegio de abogados de aquella plaza, y siendo teniente coronel efectivo á la terminacion del sitio, fué nombrado Jefe de Estado Mayor de la primera divisiod del ejército de la Reserva de Andalucia, á las órdenes del conde del Abisbal, y con él se halló en la to-

ma del fuerte de Santa Maria y del de Santa Engracia en el desfiladero de Pancorbo, ambos tomados por asalto en 23 y 30 de Junio, haciendo prisioneros á 700 franceses; puesto nuevamente en marcha aquel ejército, dirigióse siguiendo las órdenes del Generalísimo Lord Wellington por Logroño y Puente la Reina á Pamplona, á cuyos alrededores llegó á los primeros dias de Julio. Emprendiendo inmediatamente el sitio de aquella plaza que evacuaron los franceses despues de una empeñada lucha el 19 de Julio, siguiéronse multitud de encuentros parciales de los que fué el mas reñido el de Sorauren el 2 de Agosto, costando todos ellos al enemigo mas de 8.000 hombres, y el 31 del mismo mes la gloriosa batalla de San Marcial, en la que al decir del Lord Wellington, juez el mas competente en la materia, los soldados Españoles se portaron como los mejores del mundo. Distinguióse en ella honrosamente Veas, que desempeñando su cargo de jefe de Estado Mayor de la 2.ª division, atravesó con heróico denuedo las líneas enemigas para ir á llevar órdenes al General inglés Hill.

Siguióse el reñido combate de Lasain, que trajo como consecuencia el paso del Bidasóa por nuestras tropas y la invasion del territorio francés, no sin pérdida de muchos valientes, dándose el 10 de Noviembre en las alturas de Sare una sangrienta batalla que se renovó al siguiente 11 en Niville, costando ambas á los franceses 4.000 muertos, 1.500 prisioneros, 50 cañones y 400 heridos que no pudieron llevarse.

Lo riguroso del invierno y la desnudez del ejército

aliado obligó á Lord Wellington á suspender las operaciones de tan gloriosa campaña hasta que abonanzase el tiempo, y retrocediendo por su orden el cuerpo de reserva de Andalucía en que militaba Veas, acantonóse en el valle del Baztan, llegando hasta Puente la Reina y pueblos inmediatos.

Mientras tanto oscurecida la estrella de Napoleon, habia sufrido la sangrienta derrota de Leípsick en los dias 17 al 19 de Octubre, con lo que regresó á Paris, y trás él los restos de su ejército perseguido por las triunfantes tropas aliadas; con esto acabó de mudar de aspecto la guerra, viéndose á poco precisado el Emperador francés á poner en libertad á Fernando VII que pisó el suelo de España en 22 de Marzo de 1814. Mas aunque todavia continuaron las operaciones militares por algun tiempo, no tomó parte en ellas el cuerpo de Reserva de Andalucia, á causa de ciertas desavenencias entre su general el Conde del Avisbal y el Generalísimo Wellington, y pasó á acantonarse en Castilla; y habiendo abdicado Napoleon, terminóse la guerra volviendo á España las tropas que teniamos en Francia.

No es de este lugar hablar de los sucesos políticos de que fué teatro entonces España, y que marcaron la negra ingratitud de Fernando para con los que le habian dado el trono á costa de su sangre. Ajeno Veas á aquellos sucesos, recibia en premio á sus servicios el empleo de coronel en 2 de Diciembre de 1814, pasando á mandar el Regimiento Infantería de Málaga, hasta que recordando el gobierno que aquel bravo

militar era Doctor y Jurisconsulto distinguido, le nombró Auditor de guerra del ejército de la izquierda, cargo que desempeñó hasta el 12 de Setiembre de 1817 en que á su instancia se le concedió su retiro, terminando en esa fecha su brillante carrera militar.

Durante ella obtuvo las condecoraciones siguientes:

Escudo de distincion por la accion del castillo de Arcos.

Cruz de la retirada á la Isla de Leon.

Escudo del sitio de Pamplona.

Id. de la batalla de Bayona.

Id. de la de San Marcial.

Id. concedido al tercer ejército.

Id. de la batalla de Chiclana.

Id. concedido al ejército de la Reserva de Andalucía.

Cruz de 1.ª clase de la Orden de San Fernando.

No habia el fragor de las batallas estinguido en Veas el amor á las letras, sino que por el contrario en medio de la azarosa vida de los campamentos, continuaba seguida su cordial correspondencia con sus antiguos compañeros de estudios, de quienes mereció ser nombrado Rector del Colegio mayor de Santa Cruz en que habia terminado su carrera, cuyo cargo aceptó solo como honorario, no permitiéndole el ejercicio de las armas desempeñarlo en propiedad. Ya en 1815, como premio á servicios especiales, recibió la investidura de Alcalde honorario del crímen de la Real Audiencia de Sevilla, al mismo tiempo que por gracia especial

era armado caballero de la orden de Montesa.

Al recibir su retiro y abandonar para siempre la profesion militar, fué nombrado en 12 de Setiembre de 1817 Auditor general del Ejército y plaza de Ceuta, cuyo puesto desempenó con su acostumbrado celo é inteligencia, uniendo á él el de subdelegado de Rentas reales, siendo mientras tanto recibido en el noble cuerpo de la Real Maestranza de Ronda, hasta que por Decreto de Agosto de 1834, fué nombrado Ministro de la Real Audiencia de Aragon.

Poco tiempo ejerció tan altas funciones, por haber pasado por Decreto de 20 de Diciembre de 1835 al Real Consejo de las Ordenes militares, y en 30 de Julio de 1836 como Ministro Togado al Tribunal especial de las mismas Ordenes.

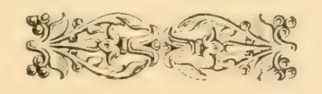
Sus servicios y su alto concepto en dicho Tribunal le hicieron merecedor de una merced de Pan y agua sobre la encomienda de la Mesa Maestral de la orden de Montesa en 15 de Marzo de 1837, siendo despues en 2 de Enero de 1842, elevado al alto puesto de Clavero mayor Gran Cruz, segunda de las dignidades de esa orden, vacante por muerte del Duque de Alagon, y en 26 de Enero del mismo año, á Decano de aquel Tribunal, habiendo durante ese tiempo, desde 21 de Setiembre hasta 3 de Noviembre de 1840, desempeñando tambien la plaza de Ministro Togado del Tribunal mayor de cuentas del Reino.

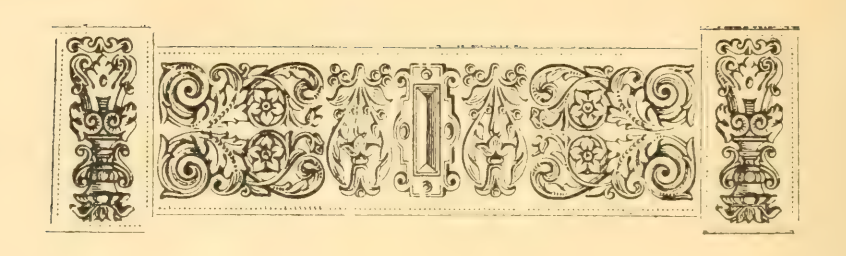
Declarado cesante en 6 de Octubre de 1844, por el gobierno moderado, porque su carácter digno é independiente le impulsó á protestar contra ciertos abu-

sos de la corte, retiróse D. Antonio Garcia de Veas al Puerto de Santa Maria, y vuelto á Madrid murió el 10 de Junio de 1849 á los sesenta y tres años, rendido mas que al peso de la edad, á los achaques que le produjeron tantos trabajos y las diferentes heridas que en sus largas y honrosas campañas recibió.

Hombre de sólida instruccion y conocimientos profundos, lejos de afectar la séria compostura que muchos creen inherente al cargo de magistrado, conservaba como recuerdo de su vida militar cierta franca alegria y benigna tolerancia, que le proporcionaba amigos apasionados. Generoso y desprendido, á su muerte halláron sus hijos harto mermada la fortuna que habia heredado de sus padres. Probo y lleno de desinterés, ni prestó su mano al soborno, ni la cerró para el necesitado. Como tantos otros ilustres hijos de Arcos, solo su familia conserva su memoria. Todos los demás ignoran que existió D. Antonio Garcia de Veas, valiente guerrillero, entendido oficial, magistrado íntegro é independiente.

Lafuente.—Castro.—Rodriguez Solis.—Actas del Ayuntamiento de Arcos.—Documentos justificativos.

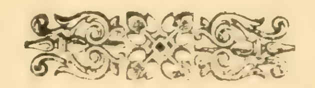




FERNANDO JIMENEZ BUENO.
1784.—1847.

Sensible es por demás que no hayan podido adquirirse datos suficientes acerca de la vida de este ilustre hijo de Arcos. Sábese solo que nacido en 1784 de acomodada familia, alistóse como voluntario en 1808 para pelear contra los franceses, y que á la conclusion de la guerra de la Independencia era oficial, siendo enviado al Perú en 1817. Allí permaneció tomando parte en la encarnizada guerra que terminó con la emancipacion de nuestras posesiones de América en Ayacucho, en cuya época volvió á España con el empleo de comandante. Destinado en seguida al ejército que operaba en el Norte contra los carlistas, hizo toda la campaña de los siete años en la que se hizo notar por su bravura, siendo premiados

sus servicios con el empleo de Brigadier. Destinado á la Guardía civil desde la creacion de este cuerpo murió en Málaga en 1847, lleno de achaques que le produjeron sus largas campañas, y las numerosas heridas que en ellas recibió, elocuentes testigos de su valor acreditado.





MARTIN ROSALES SANCHEZ.
1795.—1860.

Parece como que la suerte se ha empeñado en hacer desaparecer todos los datos y noticias relativas á este insigne hijo de Arcos para que quedase desconocida su memoria. A pesar de haber vivido en nuestro siglo, y de que por tanto debieran recordarle muchas personas, solo ha logrado averiguar nuestra diligencia, que nació en 1795 de una humilde familia de hortelanos; cúpole la suerte de soldado, marchando con la espedicion del general D. Pablo Morillo á América, donde permaneció hasta la emancipacion de aquellas colonias. Vuelto entonces á España, cuando su valor y servicios le habian hecho ascender á coronel de infantería, fué destinado al ejército del Norte, donde se distinguió en la primera guerra carlista, siendo

uno de los jefes de mas confianza del General Espartero. Ascendido á Brigadier á la terminacion de la guerra, sus opiniones liberales le hicieron sospechoso á los gobiernos moderados, que desconfiando de él no le ocuparon nunca. Así permaneció hasta que vuelto al poder Espartero en 1854, fué nombrado Mariscal de Campo: mas desterrado de Madrid por Odonnell en 1856, murió en Valencia en 1860, sin que la suspicacia de los Unionistas les consintiera utilizar los servicios de tan valiente y esperimentado general.





FERNANDO YELO Y ORTA.
1806—1883.

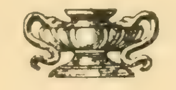
NACIDO en Arcos á principios de este siglo, cursó leyes en la Universidad de Sevilla ejerciendo la honrosa profesion de abogado del Ilustre Colo gio de Cádiz con singular crédito, de que le hacian merecedor sus grandes conocimientos y su acrisolada honradéz. A su fallecimiento ocurrido en 1883, además de varias cruces y condecoraciones que acreditaban la valía de sus méritos, era Auditor honorario de marina, Sócio de las económicas de amigos del País de Jerez y Cádiz, y Fiscal del departamento maritimo de San Fernando.

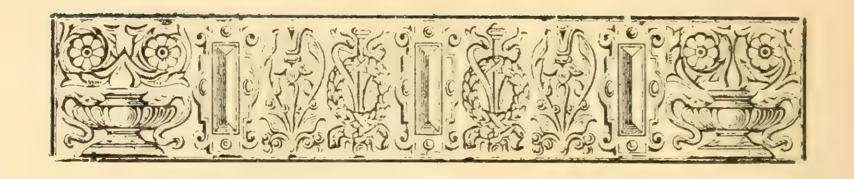




ANTONIO SALGADO DIAZ- FRANCISCO JAVIER DE LA MUELA.
1843

Ilustrado caballero el primero y eminente teólogo el segundo, ambos nacidos en Arcos á fines del siglo anterior, colaboráron con D. Pascual Madóz para la redaccion del articulo "Arcos de la Frontera" en el gran Diccionario geográfico y Estadistíco que lleva el nombre del último. La extension de aquella monografia, y la multitud de datos y noticias que contiene, hace que deba contarse á sus autores en el número de los historiadores de esta ciudad.





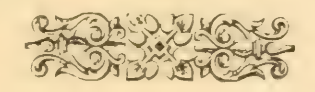
FRANCISCO SIERRA SANCHEZ.
1815.—1887.

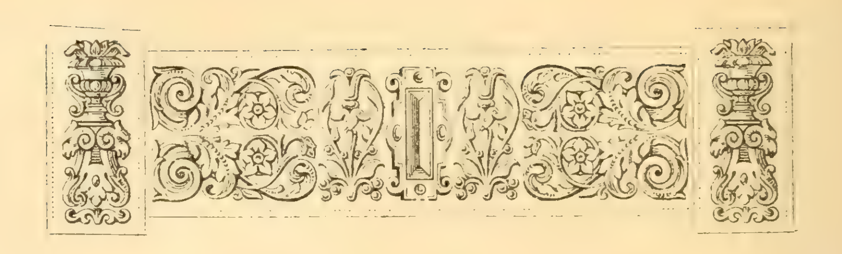
Habiendo nacido en Arcos en 1815, destináronle al claustro sus padres, cuyo más vehemente deseo era ver profesar á todos sus hijos; mas sorprendióle la exclaustracion en 1834, cuando ya habia pronunciado sus votos aunque todavia no era sacerdote, determinando entonces continuar en la Universidad de Sevilla sus estudios que terminó con singular aprovechamiento, recibiendo la doble investidura de Doctor en sagrada teología y ambos derechos.

Tornó entonces á su pueblo natal, donde durante largos años ejerció la abogacía con mucho crédito, adquiriendo notable reputacion como jurisconsulto. Así vivió hasta que en 1857 resolvió ordenarse, atrayéndole hacia el estado eclesiástico sus primeros es-

tudios, los solemnes votos prestados y su particular inclinacion: y si antes habia sido hombre de sencillas y morigeradas costumbres, al ordenarse convirtióse en sacerdote virtuosísimo y ejemplar, rayando ya en nimiedades los escrúpulos de su medrosa conciencia que le impidiéron dedicarse al púlpito á que le llamaba su profundo saber, copiosa erudicion y recto juicio. Tan excelentes cualidades que le atrajeron el general respeto, hicieron se fijase sobre él la atencion del Prelado, que elevándole á la cura de las almas, le trasladó al Puerto de Santa Maria donde permaneció dos años, al cabo de los cuales pasó á Osuna, con el cargo de cura propio y arcipreste de tan importante ciudad. Vacante á poco el puesto de Director de aquel Instituto de segunda enseñanza, desempeñólo al mismo tiempo por espacio de diez años, hasta que en 1877 nombrado canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla y Fiscal de la diócesis, ejerció dignamente sus elevadas funciones que aun desempeñaba cuando falleció en 1887.

Fué D. Francisco Sierra varon de ejemplar conducta, sesudo y moderado en sus procederes, y sin su excesiva modestia habria alcanzado en la Iglesia puestos aun mas elevados, de que le hacian merecedor sus virtudes y saber.





JOSÉ MARIA DEL VALLE Y CHAVES.
1804—1891.

Deseosos *de adquirir datos precisos acerca de la vida y obras de tan ilustre profesor, hijo de Arcos, los solicitamos de su antiguo amigo D. Manuel Martin de Mora vecino de Cádiz, quien nos remite el completo trabajo que á continuacion publicamos, sin comentario alguno, vedándonos su elogio el cercano deudo que nos une á su autor.*

1804.

D. JOSÉ MARIA DEL VALLE Y CHAVES.

POR D. MANUEL MARTIN DE MORA.

Tócanos ahora hablar de este ilustre hijo de Arcos de la Frontera, cuyo nombre dejamos mencionado. Vió la luz el 24 de Noviembre de 1804. Su padre, tambien natural de esta misma ciudad, D. Juan del Valle, fué distinguido violinista en la Catedral de Sevilla, profesor de órgano y contrabajo y despues maestro de capilla de la parroquia de Santa Maria en Arcos.

Cuando abandonó esta poblacion en compañía de sus once hijos, tres de los cuales ascendieron al sacerdocio, siendo uno de ellos nuestro biografiado, contaba este seis años de edad: ocho años mas tarde tornó á su patria por breve tiempo, y desde entonces no ha vuelto á ella el don José.

Discípulo de D. Eugenio Gomez, famoso músico que florecia en Sevilla desde los primeros años del presente siglo, adquirió á su lado una instruccion sólida y completa en teoria y solféo, harmonia y contrapunto y en el órgano y el cóntrabajo, instrumentos ambos, sobre todo el primero que llegó á dominar con pasmosa agilidad y que le reservaba envidiables triunfos.

Allá por el año 28 hizo oposiciones á los cargos de organistas de la capilla real de San Fernando y Oratorio de San Felipe Neri, cuya preciosa y artística Iglesia destruida en 1869 por la piqueta revolucionaria,

lloraron siempre cuantos la conocieron, siéndole adjudicados á Valle ambos puestos en reñida lucha, en la que tomaron parte muchos jovenes excelentes artistas, varios de los cuales, sino todos, han ceñido á las sienes envidiables laureles, más tarde.

Este primer paso que al terminar sus estudios dió Valle en el sendero del arte, le valió merecidos plácemes puesto que la capilla real era entonces muy importante por la jerarquia y el talento de los miembros que la formaban, y como una especie de pequeño cabildo dentro de aquel templo metropolitano, y el de San Felipe el centro donde se reunian á diario las personas más notables é ilustradas de aquel aristocrático barrio, atraidos por la elocuencia y uncion evangélica de los padres de la Congregacion. En uno y otro órgano hízose estimar por la solidez de sus conocimientos, y por esa inspiracion que desciende del cielo al corazon del artista y este trasmite á los que le escuchan, cualidad que jamás han negado á Valle ni aun sus mismos adversarios, envidiosos quizá de no poseerla, porque indudablemente no le habrán faltado como jamás faltan á los hombres de mérito probado.

Pocos años despues, el 33 hizo oposiciones al magisterio de la capilla y órgano, cargos unidos, de la Iglesia mayor prioral del Puerto de Santa Maria, que por el esplendor con que siempre se ha celebrado allí el culto católico y su magnífica y severa arquitectura, puede considerarse como una pequeña catedral, siéndole adjudicados entre siete opositores, cuyos ejercicios y obras calificó el eminente D. Hilarion Eslava,

á la sazon beneficiado y jefe de la capilla de música de la Catedral de Sevilla y siempre amigo cariñoso y admirador de Valle, aunque para nada influyese la amistad en el ánimo del juez, pues harto sabida es la rectitud de aquel severo maestro, de quien afirman sus biógrafos que más de una vez, y séanos permitido esta ligera digresion, favoreció con su voto é influencias á sus propios adversarios en la oposicion de cargos vacantes en la citada capilla, en la del real palacio de Madrid y en el Conservatorio.

Pero á Valle no gustaba la vida de los pueblos ni su temperamento podia acomodarse á los estrechos moldes del órgano de una parroquia: aspiraba á más porque sentíase animado de mayores alientos; así fué que trás algunos meses de residencia en el Puerto de Santa Maria, durante los cuales no cesó de recibir testimonios del pesar que habia producido en sus numerosos amigos y admiradores de Sevilla su ausencia, estimulándole á regresar á la pátria adoptiva, renunció el cargo, y volvió á ocupar los que por cierto período habia abandonado, que afortunadamente aun no estaban provistos.

Ya por este tiempo sentíase inclinado al ministerio sacerdotal, y con el designio de ejercerlo comenzó sus estudios de latinidad y filosofía con los padres del oratorio y en la universidad á la vez, avanzando en ellos con la propia aptitud y facilidad, demostrando como en su carrera artística poseer al par que una imaginacion muy clara, un retentivo extraordinario, debiendo emplear menos esfuerzo intelectual en el

estudio que la generalidad de sus compañeros, y esto le permitia tambien cultivar la música y profundizarla más y más, porque á decir verdad, constituia ella la pasion esclusiva de su vida.

En 1844, fiesta del Patrocinio de la Vírgen, celebró su primera misa en San Felipe Neri, rodeado de sus maestros y profesores, con solemnidad inusitada pues así lo quiso la congregacion, en cuyo acto se cantó á gran orquesta un *motete* al Santísimo Sacramento, compuesto *ad-hoc* por el misacantano, de quien debemos decír que por una série de singulares coincidencías, recibió todas sus órdenes en Cádiz, á donde debia llevarle mas tarde el destino, desde las prímeras hasta el presbiterado, de manos del Excmo. é Illmo. Señor D. Fray Domingo de Silos Moreno.

Habiendo vacado el órgano en la Basilíca Gaditana terminada por el esfuerzo, celo y desprendimiento de aquel prelado, por muerte del presbítero D. Juan N. Puente, se hicieron á Valle indicaciones acerca del agrado con que veria el Cabildo que fuese á tomar parte en las oposiciones, á lo cual accedió aunque sin ánimo de ocupar el beneficio si le era adjudicado. Las oposicíones se hicieron, Valle vino á ellas, y como ningun opositor pudo rayar á su altura, se le designó por unanimídad de votos; pero como nunca fué su propósito aceptarlo como queda dicho, y en Sevilla le retenian muchos compromisos de amistad y de cariño, al par que al temor de verse en peligro de perder en otro punto la envidiable salud y el bienestar que disfrutaba bajo la hermosa influencia de aquel cielo, resistió

cuanto pudo. Quizá entraba en su ánimo el proyecto de ser el primer organista de la catedral hispalense que desempeñaba, aunque en las postrimerías de su vida, el gran San Clemente de imperecedera memoria.

Pero como el cabildo de Cádiz concibió el laudable intento de obligarle á que aceptara, estimándole como una verdadera joya, no fácil de hallar, se le ofreció para estimularle, que sobre su dotacion de seis mil reales, comun á todos los beneficiados de iglesias sufragáneas, se le asignaria una capellania cuya renta anual completára el haber de ocho mil reales que disfrutan les beneficiados de las metropolitanas, como acontece en Sevilla, y aunque hubieron de realizar no pequeños esfuerzos aquellos prebendados, á quienes es justo reconocer como á hombres de ilustracion y de cultura, para disuadirle, cedió al fin, y en los solemnes maitines de Reyes del año 53 por primera vez pulsó aquellas teclas en el ejercicio de su nuevo cargo, y desde entonces hasta el año 86 siguió desempeñándolo sin intermision: es decir que cuenta sobre sesenta y cinco años de una labor constante entre Cádiz y Sevilla, cifra extraordinariamente notable y que por el privilegio de los años le ha colocado á la cabeza de todos los organistas de España, así de Catedrales como de las demás iglesias.

Pero como ese privilegio trae casi siempre aparejado el vencimiento de la salud, la de nuestro biografiado venia tiempo ha quebrantada por la pérdida gradual y progresiva de la vision, imposibilitándole

para toda música que requiriese papeles: empero para estos casos tenia un sustituto, su discípulo, reservándose tocar diariamente en todos los demás actos del oficio divino por mañana y tarde, sin faltar á su obligación un solo dia, aun cuando por concesion de la Santa Sede, rezaba ya la *misa de la virgen* á diario. Es decir que habia cumplido el maestro Valle ochenta y cuatro años, y todavia se le veia subír con esquisita puntualidad las estrechas y mal dispuestas escaleras que conducen al organo catedralicio, instrumento de sus triunfos y desde el que Dios sabe cuantas conversiones habrá hecho, por el efecto mágico, subyugador, apasionadísimo de aquel torrente de misteriosas melodías arrancadas al teclado por sus dedos, por su corazon y por su mente, tan exhuberante y rica en su ancianidad, como si la accion del tiempo no marcase en aquel organismo su huella devastadora: contradiccion visible entre lo físico y lo moral, entre la dificultad de su andar y su nivea cabeza, y la espontaneidad y frescura de sus pensamientos, traducidos por aquellos motivos dulcísimos y llenos de misteriosas emociones que nunca podrán olvidarse, tocados durante la elevacion en el augusto sacrificio, cuyo efecto era acercar la criatura á su criador, último y supremo fin del hombre.

Comprendiendo Valle, que sus fuerzas no le permitian prolongar la fatigosa asistencia á coro por mañana y tarde, cinco años há, solicitó de su prelado el Excmo. Sr. D. Vicente Calvo y Valero, le relevase de la residencia cuotidiana, puesto que no contando allí

cuarenta de servicios, no procedia la jubilacion reglamentaria: y el Prelado habiendo oido á su cabildo, se lo concedió así, á condicion de poner sustituto para el órgano, y de recomendarle la asistencia siempre que su celo y su piedad se lo dictaran.

Fué varias veces profesor de las jóvenes asiladas en el hospicio provincial de Cádiz, cargo para el que fué repetidamente solicitado por la Excma. Diputacion provincial, hasta que por sus achaques se vió obligado á renunciarlo. Tambíen se consagró á la enseñanza particular, alcanzando un notable aprovechamiento sus discípulos, merced al sistema de instruccion á que los sometía.

Como compositor no ha brillado menos. Su estro para el contrapunto y la fuga fué siempre tan expontáneo, fácil é inspirado como pulsando las teclas del instrumento rey, en opinión de Mozart, y de su pluma ha brotado un buen número de composiciones inéditas las más, y que quizás por su sobresaliente mérito y carencia de elementos vocales hoy para dominar sus dificultades, no puedan salir á luz. Nos referimos á las obras de canto, pues para el órgano no sabemos que deje escrito mucho: pero Valle creaba cada vez que ponia las manos sobre el teclado: ni sus concepciones se parecian en nada á lo que se oye vulgarmente, ni nadie ha podido reproducirlas. Su nota saliente era repentizar, *tocar suelto* como vulgarmente se dice en este género de música. Claro es que acompañando lo hacia tan á conciencia, que mejor no lo hubiera hecho profesor alguno: más su encanto era la improvisacion y si se

viera escrito cuanto bueno hizo en el instrumento, inmenso repertorio legaria á sus supervivientes profesores y aficionados, porque todos habrian de aprender de él.

Entre todas las fiestas del año, varias le hacian gozar extraordinariamente, porque le permitian tocar á su antojo, emancipado de papeles, cantores y orquesta: el juéves y sábado santo durante el oficio, la fiesta del Córpus y otras y sobre todo la *hora de nona* el dia de la Ascension, que parece establecida para lucimiento de organistas. En estas solemnidades se escedia á si mismo si cabe decirlo. Personas que vivian alejadas del templo, solian concurrir en crecido número á escucharle. Tan grande amor sentia por estas sus fiestas predilectas, que en los dos últimos años sólo se le vió ocupar su sitio el juéves y sábado santo y dia de la Ascension, y es que sobreponiéndose á la debilitacion de su edad y al decaimiento de sus fuerzas, recobraba nuevos brios y alientos como si quisiera prolongar el adios eterno que su alma dirigia al arte y al instrumento amado.

Merece citarse entre sus composiciones, una coleccion de misas de canto figurado escritas en varios tonos sobre temas de la liturgia, dedicadas al Cabildo Catedral de Cádiz y ejecutadas varias veces.

Los periódicos mas ilustrados de la culta capital dedicáronle escritos encomiásticos, y en muchas ocasiones han hecho á su autor objeto de sus elogios, rindiendo tributo á la justicia.

El señor Valle se ha distinguido tambien por su

amor á las obras pictóricas. Más de doscientos cuadros, algunos de relevante mérito y de autores notables, cubrian las paredes de su modesta habitacion, mostrándolos con entusiasmo á cuantas personas, ansiosas de escucharle al piano solian visitarle.

El caracter del ilustre hijo de Arcos era enérgico é impetuoso en el fondo, pero siempre comedido, prudente y discreto. No gustaba de farsas. Amante decidido de la verdad y de la justicia á cuyos principios rendia fervoroso culto, estremaba á veces las cuestiones que á su juicio no iban encaminados á un fin recto y honrado.

Corría el año de 1835 y aun Valle no se habia ordenado de presbitero si bien vestia ya el hábito talar, cuando cierto dia transitaba en direccion al Buen Suceso en Sevilla á llenar deberes profesionales: y al pasar por las inmediaciones de San Pedro, un miliciano de uniforme y armado de sable, dirijió al joven levita un reproche indigno é insolente para la dignidad del sacerdocio y del traje que llevaba: aquel fué un insulto para la institucion, no personal, puesto que el exaltado miliciano no le conocia: mas el ofendido sin pensar lo que iba á hacer, dejándose llevar de sus impetus acometió al miliciano, se apoderó de su arma con la que le golpeó de firme aunque sin lesionarlo, é inmediatamente devolvióle el sable, colocó el képis ó morrion caido en tierra por la violencia de los golpes, sobre la cabeza del apaleado, y continuó impávido su marcha interumpida. En seguida fué á dar cuenta de lo ocurrido al arzobispo, más sereno de áni-

mo para que se impusiera el correctivo que creyese habia merecido por aquella demasía impremeditada. Limitóse el prelado á amonestarle atribuyendo el hecho á los ardores juveniles, y le ordenó se abstuviera de nuevas aventuras. El suceso no tuvo otras consecuencias; comentóse mucho por Sevilla, y es fama que los milicianos no volvieron á extralimitarse con los ministros de la religion.

Nada nos queda por decir de él. Cuando trazamos estas lineas há muerto, pobre y olvidado de todo el mundo como tantos otros seres privilegiados, ciego, anciano, enfermo, desvalido, con su dotacion mezquina é insuficiente para las necesidades de su estado, disminuida por el descuento que satisfacia al erario como partícipe del presupuesto y por la desmembracion asignada al sustituto. De nadie recibia consuelos en sus últimos tiempos. El vacío más angustioso se habia hecho en torno suyo, y si no desesperó jamás, debiólo á la profunda fé que alentaba en su alma.

Olvidado de superiores, amigos y compañeros, nadie le visitaba, nadie le dirijia una frase de consuelo, ni acudía á enjugar una lágrima de las que con frecuencia surcaban su mejilla.

Pero él sufría resignado, porque era de los que creen que hay una vida superior á la presente llena de miserias, y aspiraba á volar á regiones sobrenaturales donde seguramente hay premios que el mundo no puede otorgar.



ANTONIO MORENO DEL VILLAR.
1827.

Hijo de D. José Pastor Moreno y de su esposa doña Antonia del Villar, nació D. Antonio Moreno del Villar en el Castillo de Arcos el dia nueve de Noviembre de mil ochocientos veinte y siete, recibiendo en esta ciudad su primera educacion que fué esmerada é inteligentemente dirigida. Desde la mas temprana niñez demostró tener á la milicia particular inclinacion que no procuráron violentar sus padres, quienes cediendo á sus deseos le enviáron al colegio general militar donde ingresó en clase de cadete el 25 de Octubre de 1844, prévia dispensa de edad mediante Real gracia, y terminados sus estudios con singular aprovechamiento, fué promovido á alferez de caballeria y destinado al Regimiento de Bailén número 17 al que

se incorporó en 1.º de Enero de 1849. De guarnicion en Alcalá de Henares permaneció prestando servicios hasta fin de Abril del mismo año en que pasó al Establecimiento central de instruccion. Mas no era la monótona vida de un acantonamiento la que podia convenir á aquel ardiente jóven, que en 12 de Agosto de 1850 logró á su instancia pasar al ejército de la Isla de Cuba con el empleo de Teniente, con destino al escuadron de Castilla de reciente creacion y embarcando en Santander arribó á la Habana el 20 de Diciembre del mismo año, incorporándose á su cuerpo en Santi Spirítus el 29.

Hallábase por entonces la feracísima y codiciada isla hondamente perturbada. De una parte considerable número de aquellos habitantes mal avenidos con las autoridades y funcionarios no siempre probos y honrados que la Metrópoli enviaba, soñaban con la autonomia y emancipacion de la Colonia; de otra la republica de los Estados Unidos ansiaba despojarnos de aquella hermosa isla favoreciendo ocultamente las aspiraciones de los primeros, y dejando salir de sus puertos espediciones piráticas contra nuestra Antilla. Una de ellas mandada por el aventurero D. Narciso Lopez, natural de Caracas, que aunque habia visto premiados sus servicios durante la primera guerra carlista con la faja de General, no se abochornó de hacer traicion á las banderas que antes jurára, desembarcó en el puerto de Cárdenas á mediados de 1850, siendo rechazado por los escasos soldados que la guarnecian mandados por el valiente D. Florencio Ceruti,

y perseguida y dispersa, lográron escapar los filibusteros despues de incendiar la ciudad, embarcándose en una velera nave.

La nueva de tan atrevida empresa demostró al Gobierno español la necesidad de reforzar el ejército de la isla, á la que envió tropas, con las que vino Moreno del Villar, quien desde su llegada á Santi Spiritus comenzó á prestar un servicio activo é incesante en los destacamentos de Moron y Tallabacoa, exigiendo el estado del pais vigilancia y actividad incansables.

Merced á tan acertadas precauciones, deshiciéron segunda vez los planes de los separatistas que al siguiente año de 51, enviaron nueva espedicion mandada por el mismo Narciso Lopez. Desembarcado este en Bahia Honda, fué batido en el pueblo de Pozas por las fuerzas del ejército que salieron en su persecucion, siendo fusilados al punto los cincuenta piratas que quedaron prisioneros en aquel combate, cuyo ejemplar castigo promovió serios disgustos con la poblacion de los Estados Unidos que queria ahorcar en represalias al consul de España en Nueva Orleans. Perseguido mientras tanto Lopez, con los quinientos hombres que le quedaban recorria los campos de Cuba, abrigando la esperanza de que se acojerían á sus filas todos los descontentos. No lo consintieron las acertadas disposiciones del segundo cabo General Enna que le iba á los alcances y le derrotó en varios encuentros, siendo en uno de ellos muerto de un balazo en el vientre, víctima de su desmedido arrojo. Tantos reveses acabáron de desmoralizar á la gente de Lopez que

poco á poco quedó solo, y encontrado en una hacienda, cuando ya solo trataba de salvar la vida escapándose á los Estados Unidos, fué llevado á la Habana y sometido á un Consejo de guerra que le condenó á garrote vil ejecutándose al punto la sentencia.

Operando con su escuadron estuvo Moreno del Villar durante toda aquella campaña, cuyo premio fué un voto de gracias acordado por el Congreso de los Diputados, y un año de abono para optar á las condecoraciones de San Hermenegildo, concedido por Real Decreto de 5 de Enero de 1852 á los jefes y oficiales que tomaron parte en la represion de aquellos sucesos.

Mientras tanto continuaba la agitacion en la Antilla. Relevado el General Concha Capitan general de Cuba, despues de desbaratar una partida que se presentó en las Tunas, mandada por Agüero que fué fusilado, y otra en Trinidad, cuyo cabecilla Armenteros, sufrió igual suerte, el nuevo Capitan General D. Valentin Cañedo dedicó todo su empeño á rechazar é impedir la repeticion de espediciones filibusteras preparadas en el estranjero, consiguiéndolo solo á fuerza de la actividad, celo y vigilancia de nuestras tropas que en continuo movimiento no se daban un punto de reposo, señalándose entre todas el escuadron de Castilla que durante los tres años de 51, 52 y 53 hizo el servicio de destacamentos entre Santi Spiritus, Moron, Tallabacoa y Trinidad.

A Cañedo sucedió el General Pezuela, quien no solo continuó la marcha iniciada por su antecesor, sino que formó empeño en moralizar aquella administracion, vergonzosa llaga causa primera de todos los males de la isla, mostrándose al mismo tiempo inexorable con la trata de esclavos, borron eterno de la época. Esta severidad proporcionó al joven teniente de Castilla ocasion de prestar un servicio especialísimo, que acreditó su valor y su acrisolada honradéz.

De guarnicion en Trinidad y Campamento oriental á principios de 1854, y encargado de la vigilancia de la costa, llamóle la atencion por sus maniobras sospechosas, una goleta que á no muy larga distancia se veía, y que sin entrar en el puerto ni andar, manteníase al pairo, como esperando una ocasion propicia para arribar sin ser notada. A pesar de que solo tenia allí tres soldados, embarcóse con ellos en un bote nuestro bizarro teniente con rumbo á la goleta cuya tripulacion le dejó llegar, no inspirándole temor alguno tan escasa fuerza. Salta á bordo Moreno con sus tres valientes, y conociendo en el acto que aquel era un barco negrero, declara con brío que toma posesion de él en nombre de la Reina de España, y su actitud serena y resuelta, logra intimidar é imponerse á los doce hombres de tripulacion, cuyo capitan, desechada con noble desprecio la oferta de dos mil onzas de oro que á Moreno hizo porque le dejase libre el barco con carga y marineros, vióse precisado á conducirlo al puerto

donde el bizarro teniente lo entregó á las autoridades con la tripulacion y el riquísimo cargamento de seiscientos negros bozales que desde Africa conducia. Tan brillante hecho que tuvo lugar el 4 de Marzo de 1854, fué premiado con el empléo de capitán que en verdad fué recompensa harto mezquina. Continuó por algun tiempo en el mismo escuadron, siendo en Octubre de 1855 incorporado al Regimiento de la Habana, con el que permaneció de guarnicion en la capital y Matanzas, hasta que en atencion á haber cumplido con esceso el tiempo reglamentario en Ultramar, regresó á España á bordo de la fragata *Marieta*, desembarcando en Cádiz el 20 de Marzo de 1859.

Su comportamiento en las difíciles y azarosas circunstancias, porque atravesó la Isla de Cuba en la primavera de 1855, le hiciéron con otros jefes y oficiales ser declarado benemérito de la Pátria por las cortes constituyentes, y poco despues á principios del 56, contrajo, mediante Real licencia, matrimonio con doña Natalia Cañizares y Ramirez, de una distinguida familia cubana.

Destinado á su llegada á la Península á la plana mayor del regimiento de Borbon, cuarto de coraceros, permaneció de guarnicion en Alcalá de Henares has- el 19 de Marzo de 1860, que fué destinado al ejército de Africa, llegando á Tetuan el 24 del mismo més, ó sea al dia siguiente de la batalla de Vad-Rás, último hecho de armas importante de aquella guerra. En las inmediaciones de Tetuan estuvo acampado hasta el 25 de Abril que volvió á la Península, quedando en

Ocaña acantonado su regimiento. Entre esta poblacion, Madrid, Aranjuez y Alcalá de Henares hizo la monótona vida de guarnicion hasta 1864, en que volvió á aprovechar la primera oportunidad que se le ofreció para abandonar la ociosidad incompatible con su temperamento enérgico y ánimo esforzado: que el militar valiente y pundonoroso no puede permanecer en la holganza cuando peligra la seguridad de la pátria, ó está comprometido el honor de su bandera.

Hacia mucho tiempo que reinaba en la Isla de Santo Domingo la más completa anarquía. Dividida la antigua Isla Española, primer descubrimiento importante de Colon, en dos repúblicas, la de Santo Domingo y la de Haiti, minaba la primera la discordia mientras que amenazaban su independencia sus vecinos de Haiti: más bien que someterse á estos prefiriéron los Dominicanos anexionarse á España su antigua madre, y despues de grandes luchas, en Marzo de 1861 enarbolóse la bandera española en la torre del Homenaje de la fortaleza en que estuvo Colon aherrojado.

No podia conformarse Haiti con estos hechos que burlaban sus esperanzas, y proporcionando auxilios á los enemigos de la anexion, vióse precisado el gobierno de España á enviar tropas, y al cabo de cinco años de cruda y despiadada guerra en que los rigores del insalubre clima y la mala direccion más aún que las balas enemigas nos hicieron perder treinta mil bravos soldados, las Córtes derogaron el Decreto de reincorporacion, y evacuámos la isla que nos costó mucha sangre y cuatrocientos millones de reales.

En el periodo más terrible de la lucha, en Enero de 1864, solicitó y obtuvo Moreno del Villar su pase al ejército de Ultramar con destino á Santo Domingo; y llegado á esta Isla con el empleo de Comandante, el 15 de Mayo fué nombrado Gobernador del Cuartel General de la Division que mandaba el Mariscal de Campo D. Rafael Primo de Rivera, desembarcando entre Punta de Hierro é Icao: al siguiente dia 16 fué herido al atacar mandando la escolta del General las posiciones enemigas inmediatas á Monte Cristi, siendo su bizarría recompensada con el grado de Teniente coronel.

Curado de sus heridas, tomó gloriosa parte el 28 de Diciembre en la accion sostenida á las inmediaciones del campamento, y en todas las que se sucedieron hasta el 16de Julio de 1865, que evacuada la isla, embarcó con la Division llegando el 19 á Cuba, donde permaneció de reemplazo hasta Junio de 1866 que fué nombrado comandante militar de San Juan de los Remedios, cuyo cargo desempeñó hasta Octubre de 1868, siendo agraciado durante ese periodo con la cruz sencilla de San Hermenegildo.

Acababa de estallar la insurreccion de Cuba, y con ella empezaron los grandes trabajos, los relevantes servicios de Moreno del Villar.

Es la Isla de Cuba, la mayor y mas rica de las Antillas, situada entre los paralelos 19 y 23 de latitud N. y los meridianos 81 y 70 de longitud O. de Madrid, con una superficie total de 10.800 kilómetros cuadrados; contiene millon y medio de habitantes, de ellos

dos terceras partes blancos y los restantes de color.

Ningun otro pais en América comprende en su periferia tan gran número de puertos y bahias, cómodos, seguros y estensos, cuya circunstancia facilita considerablemente el comercio y la navegacion. Dividida en seis provincias civiles y otras seis comandancias militares, contiene poblaciones importantes como la Habana, Matanzas, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, siendo el jefe supremo así en lo militar como en lo civil, el Gobernador General que ejerce las funciones de Capitan General, y las de director é inspector general de todas las armas é institutos del ejército.

El clima cálido y húmedo de la Isla se resiente de la proximidad del golfo de Méjico, uno de los mayores focos de calor del globo, y pátria de la fiebre amarilla; y la escesiva humedad unida á los ardores propios de la zona tórrida, al par que engendran graves enfermedades, sobre todo para los naturales de climas mas fríos, son causa de un extraordinario desarrollo del reino vegetal. Calcúlase que la accion productiva del suelo es dieciocho veces más enérgica en Cuba que en los paises de Europa medianamente fértiles. Cultívase la caña de azúcar, café, maiz, cacao, añil y sobre todo tabaco, teniendo el de los terrenos llamados Vuelta de Abajo fama de ser el mejor del mundo. Aparte de estas riquezas abunda en raras y delicadas producciones; el plátano, la piña, el aguacate, el tamarindo, el coco, brindan con largueza sus regalados frutos, mientras que sus bosques de caoba, robles, guayacanes y palmeras

ofrecen abundantísima madera de construccion y de ebanistería. Pero donde resalta más poderosa la vegetacion de Cuba y su exuberante fuerza productora, es en sus inmensas selvas vírgenes (manígua).

La calma más profunda, dice un escritor, un reposo sublime y cierta magestad selvática á la par que melancólica dominan el paisaje. Porcion de bejucos, lianas y otras plantas trepadoras forman inextricable red, enlazando árboles de todas dimensiones y especies. Confúndense con ellas entremezcladas multitud de plantas parásitas, cuyos brazos gruesos como cables se enroscan en fantásticos giros en torno de los troncos de los gigantes del bosque, estrechándolos y enlazándolos en sus mil nudos, hasta que perdida la circulacion de la sávia, quedan los troncos muertos y carcomidos, sostenidos solamente por el parásito que á sus espensas se criára: la frondosidad y espesura de la selva no deja paso á la luz del sol, y confundidos en laberíntico desórden arboles, lianas y parásitos, constituye el bosque un todo compacto y unido donde no se puede penetrar más que, ó siguiendo los raros y tortuosos senderos trazados por el ganado, ó abriéndose paso con el machete. Solo interrumpe el silencio de aquellos lugares el canto del sinsonte, el zumbido de algun insecto, y ese rumor vago é indefinido que se oye en los bosques y es como el aliento de la actividad creadora en su incesante trabajo.

Descubierta la Isla por Cristobal Colon en su primer viaje el 27 de Octubre de 1492, tocó nuevamente en ella en 1494 en su segunda espedicion, y aunque na-

vegó á lo largo de gran parte de sus costas no llegó á circundarla, motivo que le tuvo siempre en la creencia de que no era una isla, sino que formaba parte del continente. Hasta 1508 no terminó su bojéo el piloto Sebastian de Ocampo, de orden de los Reyes católicos. Poco despues acojióse á sus playas Alonso de Ojeda trás de un naufragio á su vuelta de Tierrafirme, y por último en 1511 Diego Velazquez de Cuéllar recibió de D. Diego Colon, Gobernador de las Islas, el encargo de conquistarla. Partiendo de Salvatierra de la Sabana en Santo Domingo con trescientos voluntarios entre los que se contaban dos de los hombres que mas influencia habian de tener en los destinos del Nuevo Mundo, Hernan Cortés y Fray Bartolomé de las Casas, desembarcó en Baracóa, y sometiendo á los indígenas que le opusiéron escasa resistencia, siendo por caracter afables y amigos de la paz, fundó los pueblos de Baracóa, Báyamo, Puerto Príncipe, la Habana y Santiago de Cuba.

La fama de las riquezas y fertilidad de la nueva conquista, atrajeron gran número de pobladores sedientos de oro y aventuras, y con ellos se formaron muy luego las espediciones sucesivas de Fernando de Córdoba, Juan de Grijalba, y por último la del Gran Hernan Cortés. Posesionada ya España de aquella colonia, estuvo administrada desastrosamente durante muchos años, habiendo sido el primer siglo de su ocupacion depuestos y residenciados casi todos sus gobernadores. Que achaque constante ha sido en España enviar á las colonias hombres venales y codiciosos.

en vez de magistrados íntegros y probos.

Envidiosas las demás naciones marítimas, muchas veces han intentado apoderarse de Cuba, organizando poderosas escuadras para conseguirlo, y los franceses Robert de Val, Legrand y Grammont y los ingleses Drake y Morgan, fueron muchas veces rechazados en distintas épocas por los colonos, que jamás han desmentido el valor de la generosa sangre que corre por sus venas.

Sumisa siempre á la madre pátria habia permanecido la colonia, hasta que la invasion de las nuevas ideas proclamadas por la revolucion de 1789, hizo nacer corrientes de opiniones contrarias y odios y antagonismos, de suerte que al comenzar el siglo XIX estaba planteada la lucha entre el elemento español y el criollo, entre los españoles peninsulares y los cubanos. Acentuó más esta division el levantamiento general de España contra los franceses, pues al llegar á la Isla la noticia de los sucesos del 2 de Mayo de 1808, organizáronse allí como en España juntas de resistencia, influidas muchas de ellas por agentes de Bonaparte, que preparaban de ese modo el germen de las insurrecciones que estallaron despues en toda la América española. Complicaba estas cuestiones la de la esclavitud, más séria y trascendental que ninguna, y abolida la trata, clamaban contra esta medida los cubanos y españoles que poseian esclavos, asegurando que sin los negros era imposible la industria agrícola.

Tuvo eco en la Habana el movimiento de Riego en

1820, sublevándose las tropas que pedian el establecimiento de la constitucion de 1812, y creada la Milicia nacional, vigente la libertad de imprenta y formadas multitud de sociedades secretas, aspiraban ya estas á la independencia de la isla, cuando la reaccion de 1824 vino á contener los progresos de los trabajos separatistas, bien que las ideas continuaron propagándose y adquiriendo prosélitos, que aumentaron mucho con la constante predicacion en las repúblicas americanas en lucha á la sazon con España, cuyo yugo habian sacudido.

Ya en 1844 al hacerse cargo del mando de la isla el general Odonnell, halló fraguada una conspiracion cuyo objeto era emancipar la poblacion esclava, y reprimida por aquel general con enérgicas medidas entre las cuales fué una la muerte de Plácido, insigne poeta mulato, cantor de la independencia de Cuba, trasladóse el centro separatista que constituia ya un numeroso partido, á la vecina República Norte Americana, cuyos gobiernos miraban con benevolencia y hasta protegian abiertamente á los conspiradores, favoreciendo sus espediciones piráticas contra la isla. Verificáronse entonces las dos de Lopez, las de Agüero y Armenteros de que antes se ha hablado, y otras muchas que fueron siempre desbaratadas con escarmiento de sus fautores, por la vigilancia y valor de nuestras tropas. Mas la desacertada administracion, el desórden económico, la desigualdad de los impuestos, el régimen colonial que privando de derechos á los cubanos les hacia de peor condicion que los penín-

sulares, la mala eleccion de los empleados y funcionarios enviados á la isla como á pais conquistado para devastarla y empobrecerla á fuerza de rapiñas, exacciones é injusticias, y sobre todo la cuestion de la esclavitud cuya abolicion se imponia como incompatible con las leyes de la moral universal y los progresos de la civilizacion, concurriendo juntas á un mismo fin, fueron causas bastantes para que, organizada una conspiracion en que entráron todos los numerosos descontentos, el diez de Octubre de 1868, D. Cárlos Manuel de Cépedes rico propietario de la isla, lanzáse el grito revolucionario en el ingenio Demajagua cerca de Yara. Acudieron á unírsele muchos cubanos, con que el número de los insurrectos llegó desde los primeros momentos á alcanzar una cifra respetable hasta el punto de intentar apoderarse de Manzanillo, cuyo propósito desbaratáron atrincherándose los pocos españoles que habia en aquella poblacion. Tropas enviadas de Báyamo batiéron á los sublevados junto á Yara, y dispersos se diseminaron por las jurisdicciones de Manzanillo, Jiguani, Holguin, las Tunas y Báyamo: y en vez de desmayarse por la derrota sufrida, contando con las simpatías del país, reuniéronse de nuevo en número de cinco mil hombres, osando atacar á Báyamo de que se apoderaron haciendo prisionera á su guarnicion, cuyo jefe Udaeta no supo ó no pudo evitarlo. Comprendiendo entonces el Capitan General Lersundi la gravedad de los sucesos declaró en estado de sitio el departamento *central*, confiando en toda la isla á comisiones militares el conocimiento

de los delitos de sedicion y rebelion. Mas ya era tarde: de pueblo en pueblo corría veloz el fuego de la revuelta, y divididas en pequeñas partidas las fuerzas de Céspedes que titulándose presidente de la república cubana habia dictado severísimas penas contra los españoles y sus auxiliares, hacian frente en los departamentos Central y Oriental á nuestros bizarros soldados, cuyo escaso número no bastaba muchas veces á rechazarlos. Movilizó Lersundi los voluntarios de algunos pueblos, y sustituido despues por Dulce, las tendencias liberales de este produjeron la desconfianza del partido español, mientras que envalentonado Céspedes no consentía escuchar proposiciones de concordia que no partiesen de la base de la independencia de la isla, exigencia á que solo podia responderse con las armas.

No consentía tampoco á Dulce su valetudinaria salud ponerse al frente del ejército de cuyo mando se encargó el general Balmaseda, quien batió varias veces á los insurrectos en las Tunas y en Báyamo que los últimos redujeron á cenizas antes de abandonarla. Pero siendo insuficientes las escasas fuerzas de que disponia, no pudo impedir que estallase el movimiento en las cinco villas, agregándose otros tres mil más á los rebeldes. Alarmado Dulce pidió refuerzos á Madrid; pero como al mismo tiempo se negára á adoptar medidas sanguinarias que respondiesen á los asesinatos, incendios y violencias que en todas partes cometian los insurrectos que á su paso solo dejaban sangre, horrores y esterminio, llenos de desconfianza y recelo

los españoles insubordináronse en la misma capital obligando á dimitir al general Dulce que tuvo que embarcarse para España, forzado por los voluntarios de la Habana.

Sucedióle en el mando el General Caballero de Rodas, quien envanecido con sus recientes triunfos en Andalucia, lisonjeábase de terminar en breve la insurreccion. Más potente cada día esta, reunió todas las fuerzas que tenia en el Camagüey cayendo sobre las Tunas, donde solo habia entonces algunos soldados enfermos que se defendieron heróicamente, dando con su resistencia lugar á la llegada de nuestras tropas, que derrotaron por completo al enemigo.

Habia tomado ya entonces la guerra un caracter de ferocidad inconcebible. De una parte los voluntarios fusilaban en el acto á toda persona que les parecia sospechosa, sin dar lugar siquiera á un simulacro de juicio. De la otra los insurgentes fusilaban, macheteaban y hasta quemaban vivos á todo soldado ó partidario de la causa de España que caia en sus manos. sin que ninguno de los dos bandos diese cabida en su pecho á la piedad. Dirigidas las operaciones militares en el Camagüey por Caballero de Rodas, batió y dispersó casi todas las partidas, y creyendo vencida la insurreccion tornóse á la Habana.

Mas recrudecida de nuevo, depuso aquel el mando, declarándose impotente para conseguir el fin de la guerra y su sucesor el conde de Balmaseda varió el plan de campaña. fraccionando nuestras tropas en pequeñas columnas que en constante movilidad no da-

ban punto de reposo al enemigo, consiguiendo ventajas positivas.

Ascendian ya en 1871 á 65.000 hombres los enviados desde la Península á Cuba desde 1868, diezmados no tanto por él fuego enemigo como por los rigores del clima y las fatigas de la guerra: y acaso habria entonces concluido esta, si el Comandante general de los Departamentos oriental y del centro, variando el plan, no hubiese reconcentrado en Puerto Príncipe todas sus fuerzas. Destinó gran parte de ellas á la construccion de un camino militar desde Bagá á la Zanja de Cabanignán, y cesando entonces de perseguir á los rebeldes, dió lugar á que se repusieran de sus fatigas.

Formáron dos campamentos uno en Yara desde donde amenazaban á Holguin, Santiago de Cuba y Báyamo, y otro en la Mariposa amenazando á Manzanillo. En cada uno de ellos había dos mil insurrectos y multitud de mugeres y niños, con calles, paseos y mercados; y organizados y rehechos tomaron á su vez la ofensiva, derrotando á algunos destacamentos españoles, atacando puestos fortificados y consiguiendo en fin tantas ventajas, que á fines de 1873 hubo que abandonarles todo el territorio que antes habian perdido, haciendo mas crítica la situacion las derrotas que sufrimos en Palo Seco, La Sacra y Naranjo, mientras corrió gran riesgo de perderse en las Guásimas el general Armiñan con una division entera.

Hizose cargo entonces el general Concha del gobierno y mando del ejército, y dedicando toda su atencion al departamento central, aplicóse á reforzar las

tropas del Camagüey organizando gruesas columnas para hacer frente y perseguir al enemigo, y logró batir varias veces al principal cabecilla Máximo Gomez á principios de 1875.

Las acertadas disposiciones de Concha hicieron variar el aspecto de la guerra, de suerte que cuando el general Balmaseda se encargó otra vez del mando en el mismo año halló la situacion muy mejorada, y terminada por aquel tiempo la guerra carlista en la Península, pudo el gobierno disponer de los recursos necesarios y enviar al general Martinez Campos con un refuerzo de 20.000 hombres para poner término á la guerra.

Comenzó Martinez Campos sus operaciones con un ejército de 60.000 soldados aguerridos todos en las campañas de Cuba y Carlista, y una brillante oficialidad, y aunque dispuso el avance con alguna precipitacion sin haber preparado suficientes medios de trasportes y comunicaciones, ante sus formidables columnas empezaron á retroceder los rebeldes, perdiendo paso á paso el pais que contaban ya por suyo, y como al mismo tiempo el general en jefe adoptó temperamentos de benignidad abandonando el de represion y encono antes seguido, cansado el pais de tantos estragos, adormecidas algun tanto las pasiones y apagados los odios, en Enero de 1878 depusiéron las armas los últimos rebeldes, firmándose el convenio del Zamjon, por el que se concedian á Cuba las libertades de que ya gozaba Puerto Rico é indulto á los sublevados. Algunos de estos tornáron á empuñar las armas en Agos-

to, pero derrotados en las Villas, Santi Spíritus y Camaguani, merced á las acertadas disposiciones del Capitan General Blanco, quedó desde entonces completamente pacificada la isla, bien que tardará aun luengos años en reponerse de las crueles pérdidas que tan larga y cruda guerra le ha ocasionado.

Hecha á grandes rasgos esta breve relacion de aquellas campañas, veámos la parte que en ellas tomó Moreno del Villar.

Comandante militar de San Juan de los Remedios desde Junio de 1856, apenas estalló en Yara el grito de insurreccion en Octubre de 1868, fué destinado á las órdenes del coronel Loño á la jurisdiccion de las Tunas, que era la comarca más amenazada: al desembarcar en la noche del 21 de Octubre en la playa de Manatí, fué recibido el bote que le conducia por una descarga de los rebeldes que ocupaban el poblado, hiriéndole un soldado y tres marineros; apoderóse no obstante de la poblacion espulsando de ella á los sublevados, y al siguiente dia 22 emprendió la marcha con direccion á las Tunas, en donde llegó en la noche del 24 permaneciendo allí hasta el 28 de Noviembre, en cuyo tiempo se halló en las acciones de el Gramal, Cuevas, el Corinto, el Hormiguero, la Ceiba y Miguel Ramos. Vuelto á Manatí, tomó parte importantísima en las funciones de guerra de las Lagunas, el Almendron, la Cuaba, el Gramal, La Guira y paso del Salado, donde fué gravemente herido, por lo cual fué recompensado con el empleo de teniente coronel, y conducido á la Habana en 1.º de Diciembre á

la Habana en 1.° de Diciembre á bordo del vapor Venadito, permaneció en el Hospital curándose sus heridas hasta fin de Enero de 1869, en que despues de obtener la cruz de 2.ª clase del mérito militar en premio de servicios especiales, fué nombrado otra vez comandante militar de Remedios. Al frente allí de una columna compuesta de cuatro compañías del batallon de Andalucia, y otras cuatro del titulado Guias de Rodas, y cercado completamente de enemigos que dominaban toda la estension del distrito sometido á su mando, desplegó durante largo tiempo actividad y celo incansables, al mismo tiempo que daba pruebas de sereno valor y consumada pericia. Haciendo continuas salidas con parte de sus fuerzas, derrotó á los rebeldes en los Guinéos, arroyo de Guajabana, la Sierra de los Monos, y montes de Salamanca desde el 7 al 19 de Diciembre; pasando despues á las Lomas de Trinidad á hacerse cargo de la Zona de Guimia de Miranda, batióse con el enemigo el 24 de Diciembre en los montes de Limones y Veguitas, incendiando 18 bohios, recogiendo 31 personas y 14 caballos, dispersándole despues de apoderarse de sus trincheras; volviendo á encontrarle el 29 en las inmediaciones de Picos Blancos y Naranjos desbaratóle segunda vez, incendiando muchos bohios y cojiéndole cinco caballos cargados de cápsulas Spencer.

Uniendo á su columna la de Baza, desalojó á los rebeldes el 3 de Enero de las fuertes posiciones que ocu-

paba en el cerco de las Sábanas, atacó despues los poderosos atrincheramientos que defendian los depósitos de víveres de los Montes de Naranjo, Arroyo grande y Veguitas, desalojó de ellos al enemigo incendiando 450 bohíos, y apoderándose de grandes cantidades de maiz, café, arroz y tabaco torcido y en manojos, causándole 24 muertos vistos y multitud de heridos, y cojiéndole tres prisioneros, muchas armas y 264 caballos, con gran cantidad de pólvora, balas y cartuchería. Incansable en la persecucion de los rebeldes, sorprendió en 19 de Febrero en las Cuevas de Arroyo Bermejo á la partida del cabecilla Martinez haciéndole 25 prisioneros, entre ellos el segundo jefe Vera.

Sorprendido el 3 de Marzo entre Cañas Bravas y Loma del Saltadero por el enemigo que le acechaba emboscado trás de ventajosas posiciones, atacólas vigorosamente á la bayoneta desalojándole de sus trincheras de piedra de que se apoderó, encontrando en ellas provisiones y armas. Continuando su persecucion el 9 del mismo mes batió las partidas de Cabada y el Polaco á las que causó ocho muertos y muchos heridos, cojiéndoles dos prisioneros y quince caballos.

Alcanzados nuevamente el 12, hízoles setenta y cinco prisioneros, y otros 47 el 13 despues de sostener nutrido tirotéo en ambos dias.

El 20 encontró la partida de Rodriguez, constructor de los cañones de madera que usaban los insurrectos, y la derrotó junto á Naranjo con muerte de 5 hombres y pérdida de muchos heridos, entre ellos el mismo Rodriguez. En las mismas inmediaciones el 22

sorprendió á los rebeldes en una tenería, haciéndoles dos muertos, uno de ellos el secretario del cabecillla Peña.

Batióse de nuevo en los dias 9, 10 y 11 de Abril haciéndo al enemigo seis muertos y muchos heridos, además de haber incendiado gran número de bohios, y cojido 128 prisioneros: y el 19, 20 y 21 les hizo igualmente ocho muertos y 51 prisioneros. Dirijiéndose despues á la Boca de los Isleños con solos ochenta soldados, batió y dispersó las partidas reunidas de Lico Peña, Nito Bravo, Villamil, Martinez y Lino Perez en número de 250 hombres, tomándoles á la bayoneta tres ventajosas posiciones, recuperando el azucar que habian robado el dia anterior al incendiar el ingenio de Bagá. El 21 de Mayo á las inmediaciones de Saibado batió al enemigo causándole tres muertos, y lo mismo se repitió en las Calabazas el 26 y 27 en que le hizo 8 muertos y 30 prisioneros quemando sus campamentos y siembras.

Llegado Junio principió sin descanso en combinacion con la columna del Teniente Coronel Molins, la persecucion de las partidas insurrectas de Lico-Peña, Nito Bravo, Martinez y Ochoa, sosteniendo con ellas fuego incesante en los dias 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9, en que les produjo 9 muertos y muchos heridos, cojiéndoles multitud de armas, 20 caballos con monturas y 20 prisioneros, al mismo tiempo que les destruia cuatro campamentos incendiando gran número de bohios.

Volviendo á alcanzarlos el 12 entre Arroyo Bermejo y la California, hizoles otros tres muertos, y uno

más el 16 cojiendo en los dias 17, 18 y 19, veinte y seis prisioneros además de quemar y destruir varios bohios y sembrados. Continuando su activa persecucion el 24, 25 y 26, sorprendió en la madrugada del segundo dia en las Lomas de Seibado al cabecilla Juan Bruno que se titulaba comisario de guerra de Cinco Villas, y á un hermano suyo Prefecto de aquel territorio, á quienes puso en fuga despues de ocuparles muchas armas y mas de nueve mil billetes de la llamada República Cubana, y al siguiente dia 27 hizo un muerto y se apoderó de 58 personas de la partida de Martinez.

Continuando las operaciones en su zona y en las jurisdicciones de Remedios y Santi Spíritus, el 19 de Julio halló al enemigo á las inmediaciones del Nicho Trinidad, haciendo un muerto y muchos prisioneros á la partida de Chicho Valladares.

De acuerdo con la columna del Comandante Media Villa, batiéron en el Sabanal á 200 rebeldes, matando 12 y cojiendo muchos caballos y prisioneros.

La activa persecucion que habia emprendido contra el cabecilla Martinez, dió por resultado que le sorprendiese el 25 de Setiembre á media noche, haciéndole prisionero y fusilándole á la mañana siguiente en Girinéa de Miranda, y en los siguientes dias 26 y 27 libró nuevos combates haciendo tres muertos y varios heridos.

Alcanzando el 12 de Octubre la partida del Prefecto Clemente Cañizares, dió muerte á este y otros tres más en los montes llamados dei Bejuco.

A pesar de las continuadas lluvias torrenciales propias de la estacion y del país siguió operando, y al hallar en 30 de Noviembre las partidas rebeldes del coronel Torres y negro Dorotéo atrincheradas en la loma de los Guapos, tomó á la bayoneta aquellas fuertes posiciones, causando á los rebeldes nueve muertos sin contar los que se despeñaron en la fuga al arrojarse por un precipicio, é incendíando 20 bohios que tenian. Y siguíendo la persecucion del negro Dorotéo en combinacion con la columna del Teniente coronel Morales, le alcanzó en los montes de Cordobonal, matándole seis hombres y cojiendo muchos caballos. Entrado el año de 71, el 1.º de Enero dió muerte al cabecilla Enriqne Jiménez y cuatro más de su partida, el tres mató á otros cuatro rebeldes en los montes de las Lomas del Queirro y la talda del Naranjo causándo al enemigo cuatro muertos y muchos prisioneros, entre ellos Tomás Diaz Secretario del titulado General Cabada con correspondencia de importancia. Y durante el resto del mes en combinacion con la columna del coronel Laquidam persiguió á los rebeldes por varios puntos de las zonas de ambos causándoles seis muertos.

El 6 de Febrero derrotó á la partida de Jesús Diaz y el 7 á la de Dorado con pérdida de algunos muertos y muchos prisioneros.

El 19 y 20 de Marzo en Quemado Grande batió la partida del negro Brigido, á quien hizo tres muertos, y en el arroyo de la Rosa el 26 derrotó completamente á una partida de 200 rebeldes que mandaba el titula-

do General Tamayo, hiriendo á este y dando muerte á muchos, entre ellos un capitan llamado Briñas, persiguiéndola sin descanso hasta hacerla entrar en la jurisdiccion de Santi Spiritus, de donde cuando salió segunda vez, volvióla á derrotar en el arroyo de Guanacana. Nuevos combates el 15 y 16 de Abril, diéron por resultado la muerte de un hermano del cabecilla Brigido y algunos otros, y el 23 y 24 batió la partida da Salinas causándole cinco muertos en el arroyo de las Piñas. El 15 de Junio batió en el Manacal al coronel Torres á quien hizo tres muertos. El 12 de Julio en el arroyo del Toro puso en fuga otra partida matándole algunos hombres y haciéndole muchos prisioneros, y lo mismo se repitió en Poco Pelo el 28 de Octubre y el 8 de Diciembre en las Lomas de Gibacóa.

Sin descansar nunca, el 9 de Enero de 1872 batió á los rebeldes en la Loma de Ropa Vieja, dispersándolos otra vez el 9 de Febrero. Empezando de nuevo la persecucion del General insurrecto D. Manuel Peña, conocido por Lico Peña, alcanzóle al fin junto á Trinidad el 1º de Marzo derrotando su partida y haciéndole prisionero, por lo que fué pasado por las armas el mismo dia.

Pasó en 1.º de Mayo con su columna á hacerse cargo de la zona del Mamey, jurisdiccion de Remedios, permaneciendo en ella hasta que en fin de Mayo, algun tanto dominada la insurreccion, se dió por pacificado el territorio de Cinco Villas, y entonces Moreno del Villar cuyos largos trabajos no habian permitido

la completa curacion de la herida que antes recibiera, trasladóse á la Habana prévio reconocimiento, dedicándose allí á su curacion hasta que en Julio le concedió el Capitán General licencia por seis meses para la Peninsula, á fin de restablecerse arribando á Santander en 1.° de Agosto, de donde pasó á Andujar á disfrutar en paz su licencia.

Ya tenia entonces el grado de Coronel que en 19 de Enero de 1870 recibió como premio á sus insignes servicios, y durante su licencia ascendió á Coronel efectivo, igualmente por méritos de guerra. Harto habia ganado esas gracias. Destruida su salud y abiertas sus heridas, hubiera muerto sin aquel breve período de descanso. Mas terminado este, en 30 de Enero de 1873 se embarcó en Cádiz á bordo del vapor correo Mendez Nuñez, que á su llegada á la Habana fué destinado á las inmediatas órdenes del Comandante General de Santa Clara, permaneciendo en ese puesto hasta Abríl en que por disposicion del Capitan General vino á España encargado de una comision reservada y urgente para el Ministro de la Guerra. Forzoso le fué ya en España atender nuevamente al restablecimiento de su perdida salud, hasta que mejorado, el 26 de Abril de 1874 á pesar de que continuaba perteneciendo al ejércíto de Cuba, fué destinado á las inmediatas órdenes del General Martinez Campos, que mandaba el tercer cuerpo del Ejército del Norte.

Ardía por entonces más que nunca encarnizada en la Peninsula la guerra civil. Los graves desórdenes promovidos en 1873 por los federales; la indisciplina del

ejército, la sublevacion de Cuba, la dimision en masa de todos los oficiales facultativos del arma de artilleria, la necesidad de distraer en una nueva campaña gran parte de las tropas ocupadas en sitiar á Cartagena centro de la insurreccion cantonal, en vez de oponerlas á los carlistas, habian alentado á estos de manera, que hasta los mas optimistas liberales desconfiaban de la salvacion de la Pátria, viendo próximo el dia en que vencedoras en el Norte las huestes carlistas, llegarian sin obstáculo á las puertas de Madrid. Sitiada la invicta Bilbao apoderábanse los enemigos de El Desierto y Portugalete, importantes defensas de aquella plaza, que falta de recursos y mantenimientos, llevaba su resistencia al heroismo. Para salvarla, Moriones general en gefe del ejército del Norte atacaba en los dias 23, 24 y 25 de Febrero las formidables posiciones de Somorrostro y San Pedro Abanto atrincheradas y artilladas perfectamente por los carlistas, y aunque se apoderó de las primeras, no pudo todo el esfuerzo de sus soldados vencer la tenáz resistencia de las segundas, por lo que desanimado Moriones, presentó la dimision.

Tan graves susesos movieron al Jefe del Poder ejecutivo General Serrano, de acuerdo con el Gobierno, á tomar en persona el mando de las tropas, esperando que el prestigio de su nombre y elevada categoria, asi como los socorros que con prodigiosa celeridad organizaba el general Zabala ministro de la guerra, infundirían en el ejército esa confianza en sus propias fuerzas y en sus gefes, que son elementos seguros de victoria. Y hecho cargo Serrano del mando supremo,

en 25 de Marzo dió comienzo al nuevo ataque de las lineas de Somorrostro de que se apoderó: continuó la batalla todo el dia 26, y no terminó hasta la noche del 27, sin que ni los carlistas perdiesen su terreno, ni los liberales retrocediesen, rivalizando en valor y constancia ambos bandos, que al fin todos eran españoles.

Las considerables pérdidas sufridas, que ascendian á muchos miles de valientes y el conocimiento que el Duque habia adquirido por triste esperiencia de lo inexpugnable de las posiciones del enemigo, y del tenáz heroismo de este, le hicieron comprender que sin un postrero y supremo esfuerzo, no podía vencerse nunca tan empeñada resistencia, empresa que muchos generales consideraban totalmente imposible. De acuerdo pues con el gobierno, decretóse la formacion de un tercer ejército cuyo mando se confió al Capitan general D. Manuel de la Concha marqués del Duero, en quien la nieve de los años no habia apagado ni la clara inteligencia ni el valor sereno y temerario que tantas veces desplegara en su juventud, durante la primer guerra Carlista.

A las veinte y cuatro horas de recibido su nombramiento salió Concha de Madrid, y llegado á Santoña ocupóse á toda prisa en organizar las fuerzas que habian de estar bajo su mando. Necesitaba de jefes entendidos y valerosos. Entonces, sin embargo de pertenecer al ejército de Ultramar, fué el coronel Moreno del Villar destinado el 26 de Abril á las órdenes del general Martinez Campos, gefe de una de las divisio-

nes del ejército de Concha, confiándosele el mando de media brigada.

Faltaba á su brillante historia militar haber hecho campaña en un ejército numeroso y ordenado; hasta entonces, al frente siempre de pequeñus columnas en Cuba, sus servicios habian sido mas bien los de un guerrillero. Bien pronto demostró que era tambien capáz de mandar fuerzas considerables.

Tomada posesion de su nuevo mando el 27 de Abril, al amanecer del 28 hallábase al frente de su media brigada con la division de Martinez Campos que debia mandar la izquierda de la linea de batalla, en una altura sobre la izquierda de Otañez, donde estaba el cuartel general de Concha, y á su frente se extendian las formidables posiciones de las Muñecas que ocupaban los carlistas Dada la señal por el Marqués del Duero, emprendió la 1.ª division con el General Echagüe á su cabeza el ataque de las posiciones de la izquierda carlista, donde estaban Lizárraga y Velasco con ocho batallones, mientras la 2.ª division con Martinez Campos, emprendió rosueltamente la acometida de la derecha enemiga: la tercera division con el General Reyes quedó en Otañez de reserva. Hora y media de fatigosa subida bajo el certero fuego de la artilleria carlista, costó á nuestros soldados llegar á las trincheras enemigas, sufriendo antes las no interrumpidas descargas de la infanteria. Rechazados en las dos alas, hízose necesario que con el General Echagüe cargase Concha y su estado mayor espada en mano, mientras que los soldados de Martinez Campos,

conquistaban y perdian sucesivamente hasta tres veces los atrincheramientos atacados. de que se apoderó por último definitivamente Moreno del Villar, arrastrando de nuevo á sus enardecidos soldados. Conseguida de esta suerte la victoria, emprendieron los carlistas su retirada en toda la línea, y preparado el ejército liberal, en el dia siguiente 30 de Abril continuó su movimiento atravesando en medio del fuego enemigo los angostos desfiladeros de San Pedro de Galdames, venciendo tras siete horas de lucha todos los obstáculos que ayudando la obra de la naturaleza habian amontonado los carlistas: de esta manera interpuesto el ejército de Concha entre el enemigo y Bilbáo, quedó libre esta heróica ciudad, en la que entró victorioso el marqués del Duero con su ejército el 2 de Mayo, fecha que parece destinada á conmemorar glorias españolas.

Conseguido el principal objeto, que era la salvacion de Bilbáo, tornóse á Madrid el jefe del Estado general Serrano, quedando Concha de general en jefe, quien dando nueva organizacion á sus tropas, llegó á verse al frente de un lucido ejército de 50.000 infantes, 25.000 caballos y 80 cañones de diversos calibres. Cometió á Moreno del Villar el mando de la segunda media brigada de vanguardia, y terminados sus preparativos de ataque comenzó á ejecutar su plan de batalla que consistia no solo en apoderarse de Estella, la ciudad santa del carlismo, sino en cortar y hacer prisioneros gran número de batallones enemigos, derrotando los demás. Empezado el movimiento el 25

de Junio, cubrióse de gloria Moreno del Villar apoderándose de Villarreal, despues de expulsar despavoridos á los carlistas que la ocupaban: seguidas las operaciones de avance, el 26 al frente del Batallon de Alcoléa lanzóse á la bayoneta sobre la formidable trinchera en que el enemigo apoyaba su derecha en las inmediaciones de Abarzuza, apoderándose de ella y de toda la parte alta de la poblacion, donde permaneció despues de tomar fuertes posiciones.

Amaneció el siguiente dia 27 de Febrero, de infausta memoria para el ejército. Desde las primeras horas de la madrugada rompióse el fuego en la izquierda y el centro, sosteniendo nuestras tropas las conquistas del dia anterior, é iniciado el combate en toda la linea, salió Concha de Abarzuza donde dejó al brigadier Beaumont con seis batallones, en prevision de algun movimiento envolvente del enemigo. Ordenóse á la brigada de vanguardia mandada por Blanco tomar las alturas de la ermita de San Pedro Muru, y así lo efectuaron aquellos valientes á cuyo frente marchaba Moreno del Villar, arrollando en un ataque de frente á la bayoneta á los carlistas; mas lo largo y rápido de la pendiente de la montaña de Estella, la configuracion del terreno cortado por mil arroyos y precipicios, formando escalones ó bancales á modo de estrechas mesetas, que no permitian la subida uniforme, obligaban para rebasarlas á desordenar la formacion, debilitándose el ataque. Reducidos pues á grupos aislados, cubiertos de lodo, caladas las ropas por la lluvia, exhaustos de hambre y de cansancio

nuestros soldados cuando contaban ya por suya la victoria, viéronse acometidos por numerosos batallones carlistas que á la bayoneta y en lucha cuerpo á cuerpo, les obligaron á retroceder, no sin dejar en las trincheras enemigas multitud de cadáveres, gloriosa prueba de su heróico arrojo. Hasta la última de las trincheras carlistas llegó Moreno del Villar con sus valientes, cuando dada la órden de retroceder, y rehechos al pié de Montemuru, comenzó su nuevo ataque la brigada de vanguardia que despues de prodigios de valor, vióse otra vez precisada á retirarse, mientras que en las dos alas del ejército la division Reyes era rechazada en Murugarren, y Martinez Campos esperaba preparado para caer sobre Zurcuain.

Comprendiendo entonces el general Concha que se hacia necesario un supremo y último esfuerzo, aumentó en lo posible las tropas de vanguardia, y emprendió con ella la formidable empresa de apoderarse de Montemuru, sintiendo que su autoridad y su prestigio comunicarian á las tropas el entusiasmo que hace vencer imposibles. Había querido el valeroso Echagüe recabar para sí la peligrosa honra de conducir al ataque á los soldados, más no se lo consintió su salud, tendido á la sazon en una manta acometido de ardorosa fiebre.

A la señal de ataque, comenzó por tercera vez la subida la vanguardía, mientras que á caballo con su cuartel general ascendía tambien el General Concha la agria pendiente de Montemuru, hasta que llegado á la mitad de la cuesta desmontó del caballo, no siendo

ya posible la subida á los ginetes; y dejando allí su escolta, deseoso siempre de economizar la sangre del soldado, continuó subiendo apoyado en algunos oficiales hasta llegar á cincuenta pasos de las líneas enemigas: detúvose allí el noble anciano impávido como en los honrosos dias de su juventud, dando lugar á la llegada de la columna de ataque, que recibida por los carlistas con certeras descargas, y atacada inmediatamente á la bayoneta por superiores y descansadas fuerzas, vióse obligada de nuevo á retroceder, sin que mientras tanto hubiesen llegado las tropas que el marqués del Duero habia ordenado subieran á apoyar el ataque. Convencido entonces de la imposibilidad de apoderarse de tan fuertes posiciones aquel día próximo yá á su fin, volvióse Concha, y cuando montaba en el caballo que le tenia su asistente, cayó sin vida atravesado el pecho de un balazo disparado desde las trincheras de Murugarren. ¡Gloriosa muerte y pérdida sensible para el ejército español!

Avisado Echagüe de la inmensa desgracia, montó á caballo á pesar del estado de su salud, y llegando á Abarzuza tomó el mando de las tropas, acordando la retirada luego que hubo oido á los generales allí presentes, y antes que la noticia de la muerte del general en jefe desmoralizase á los soldados.

Pocas veces se habrá efectuado una retirada en peores condiciones y pocas veces habrá habido otra tan brillante y honrosa.

Despues de doce horas de lucha por ganar las posiciones de Zurcuain, Montemuru y Murugarren, llave

de Estella, caia muerto el General en Jefe marqués del Duero: amenazados nuestros soldados por las bayonetas carlistas, retirábanse rechazados, y para colmo de males vino la noche y con ella una horrorosa tempestad que descargó sobre Abarzuza y sus inmediaciones teatro de tan empeñada peléa, mientras que consumidas las municiones y sin racionarse el soldado desde la noche anterior, ni tenia armas para resistir, ni alientos para la defensa. No obstante, dadas las órdenes de retirada, comenzó el ejército á retroceder por escalones, paso á paso, manteniendo siempre en respeto á los carlistas, rechazando sus acometidas y aun atacándoles á la bayoneta hasta ahuyentarles, sin que en tan larga y peligrosa retirada, teniendo que combatìr al enemigo en medio del furor de los elementos, se perdiese un herido, ni municiones, ni armamentos, ni nada en fin de lo que constituye la grave impedimenta de un ejército en campaña.

Glarioso timbre de Moreno del Villar fué aquella retirada, pues siendo su media brigada la que mas se internó en las líneas enemigas, hallábase mas distante de Abarzuza que todas las demás fuerzas, teniendo por esta causa que formar el último escalon. Sobre él cayó, pues, todo el peso del ejército carlista que supo contener con sereno valor, llegando á Abarzuza á las 9 y media de aquella triste noehe.

Poco despues cesó la situacion anómala en que se hallaba por su pase al ejército de la Península, siendo

destinado á mandar el Regimiento de Cazadores de Talavera n.º 15, de que no llegó á encargarse por haber ascendido á Brigadier en 9 de Noviembre en consideración á sus servicios, y muy especialmente á los que contrajo á las órdenes del general Concha, y en la famosa retirada de Abarzuza.

Suspendió algun tanto la muerte de Concha las operaciones de la guerra, y de cuartel en Madrid Moreno del Villar despues de su ascenso, vino un trascendental acontecimiento á variar la faz de las cosas y la situacion de España.

Proclamado Rey D. Alfonso XII por el general Martinez Campos en Sagunto el 29 de Diciembre y aceptado unánimemente por el pais el movimiento, el 17 de Enero de 1875 fué Moreno del Villar nombrado Ayudante de Campo de S. M. que marchaba á unirse al ejército del Norte. Allí tomó parte en las acciones de Monte Esquinza, el Carrascal, Muniain y todas las demás que dieron por resultado el levantamiento del bloquéo de Pamplona, y ejerciendo su cargo continuó hasta que en 7 de Junio fué nombrado jefe de la Brigada de Caballeria del Ebro, en operaciones en los distritos de Aragon y Cataluña. Mandaba Jovellar el ejército del Centro, que comenzó su campaña apoderándose de los castillos de Flix y Miravet, y derrotando despues á Dorregaray en Monlleo, obligóle á pasar el Ebro retirándose á Cataluña, mientras Jovellar y Martinez Campos sitiaban á Cantavieja que se

rindió trás empeñada resistencia. Considerables fueron los servicios de Moreno del Villar en aquella campaña, pues á la activa persecucion que con su caballería emprendió contra Dorregaray, debióse en gran parte que el centro de España quedase completamente libre de facciosos.

Trasladada la guerra á Cataluña, determinó Martínez Campos sitiar la Seo de Urgel, única plaza importante que poseian en el Principado los carlistas. Defendíala Lizárraga, general valiente y pundonoroso que despues de heróica resistencia, falto de agua, medicinas y mantenimientos, desmanteladas las fortificaciones por el incesante cañoneo del sitiador, tuvo que rendirse con la guarnicion que con el obispo de aquella diócesis, decidido partidario de D. Carlos, quedó prisionera de guerra. No contribuyó poco el jefe de la Brigada de Caballería al buen éxito de la empresa, evitando con su constante vigilancia los socorros que los cabecillas Castells, Savalls y aun el mismo Dorregaray intentaron hacer entrar en la plaza, manteniendo siempre en respeto á las fuerzas del pretendiente, que multitud de veces procuráron romper el cerco de la ciudad, y ganada esta, ocupóse Moreno del Villar en recorrer con su brigada desde Cataluña al alto Aragon por Huesca, Barbastro y Ayerbe, persiguiendo los últimos restos de las facciones de aquel territorio, hasta que llegado Noviembre y terminada la guerra en el centro, tornó á Madrid á continuar

sus servicios como ayudante del rey D. Alfonso.

Poco tiempo disfrutó no obstante del descanso de la corte. Apenas habian transcurrido tres meses, cuando sin ser relevado de su cargo, fué destinado á mandar una brigada del ejército de la derecha de las provincias del Norte, únicas que sostenian aun la guerra. Acercábase el término de la larga y fratricida lucha, con lo que el Gobierno deseoso de proporcionar al Rey el envidiable lauro de pacificador de España, le propuso marchase al teatro de la guerra, encargo que aceptó el monarca con esforzado aliento. Habíanse formado dos ejércitos numerosos compuestos en su mayor parte de veteranos aguerridos, tomando Quesada el mando del de la izquierda, y Primo de Rivera del de la derecha, ambos bajo la direccion seprema aunque nominal del Jefe del Estado, asáz niño todavia para desempeñar tan difícil y grave responsabilidad.

Encargado Moreno del Villar de su brigada el 12 de Febrero, comenzó inmediatamente el ejército de la derecha sus operaciones en Navarra.

Rodeada de ásperas é inaccesibles montañas que por todas partes la circundan y defienden, haciendo aun más inexpugnable su posicion las perfectas obras estratégicas y formidable artillería emplazada, juntamente con los catorce batallones enemigos que ocupaban las trincheras, Estella, la ciudad santa del carlismo, presentábase como el último baluarte de las

facciones, y conquistarla era el más vivo deseo de las fuerzas liberales. Señalado el 17 de Febrero para comenzar tan difícil empresa, presentábanse al ánimo de Primo de Rivera general del ejército de la derecha varios caminos para realizarla. Uno era emplazar toda su artillería en Santa Bárbara de Oteiza y las alturas inmediatas, emprendiendo el ataque regular de un campo atrincherado: mas la lentitud de este procedimiento aconsejaba desecharlo. Intentar la toma de Guirguiliano habria sido de dudosos resultados por la dificultad de vadear el Arga en presencia de un enemigo numeroso, valiente y bien atrincherado. Aunque mas arriesgado que ninguno, por de más seguro éxito, dado el incontrastable arranque de nuestras tropas, escojióse atacar de frente toda la línea, cayendo despues sobre la espalda del enemigo con una division por los valles de la Berrueza y Ega. Decidido este plan y distribuidas oportunamente las fuerzas en los puntos convenientes para que en el momento preciso efectuasen los movimientos ordenados, de cuya combinacion, y exacta observancia dependía el éxito de la operacion ordenóse á la brigada Cortijo que con cazadores de Figueras, Segorbe, reserva de Baeza y n.º 30, regimiento de Farnesio, 10 piezas Plasencia y una compañia de ingenieros, tomase á Dicastillo, entrando por Arellano; la brigada Moreno del Villar, con el regimiento de Córdoba, 4 piezas Plasencia, dos escuadrones de Húsares de la Princesa y la contraguerrilla de Lerin, tomaria á Arroniz, pasando luego á Arellano para proteger el movimiento de Cortijo;

y la brigada Albornoz con el regimiento de Estremadura, reserva de Plasencia, dos escuadrones de Húsares de la Princesa, dos de España, con 8 piezas y dos compañias de ingenieros, no solo apoyarian el movimiento de Moreno del Villar, sino que una vez este en Arellano, caerian por la izquierda sobre Barbasin. Todos debian atrincherarse y fortificarse en los pueblos conquistados.

Realizáron los tres brigadieres con indomable arrojo sus respectivos cometidos, arrollando y expulsando de sus posiciones á los carlistas, siendo el entusiasmo de los jefes y soldados tan ardiente, que hubo de mandarles contenerse el General: de nada les sirvió la artilleria á la que no dieron tiempo á emplazar sus piezas.

Pasada la noche sobre las posiciones conquistadas, al amanecer del 18 el enemigo reforzado con cuatro batallones más, ocultos en un bosque junto á Arellano, emprendió el fuego contra las descubiertas de Moreno del Villar, formadas por el primer batallon de Córdoba. Sin contar su número, cayó sobre los facciosos con su coronel y el bizarro Brigadier á su cabeza, y arrollados los carlistas por tan desesperado avance, huyeron á refugiarse en sus líneas: hasta ellas llegaron los nuestros seguidos del resto de la brigada, y apoyados entonces por el batallon de Figueras de la Brigada Cortijo, que con el resto de sus fuerzas ocupó la derecha, mientras por la izquierda se estendían el 2.° Batallon de Córdoba y la Reserva n.° 10, hízose el combate estensivo á toda la línea, hasta que asalta-

das todas las trincheras, despues de tenáz resistencia que nos costaron quinientas bajas, huyeron desordenados los carlistas despeñándose muchos, porque las Brigadas Cortijo y Moreno del Villar rebasando al enemigo, les cortaron la única salida que les quedaba. Quedó entonces en nuestro poder el fuerte de San Sebastian colocado en la inaccesible cúspide de Monte Jurra donde no se concibe puedan llegar pies humanos, y donde en su incontrastable carrera entró Moreno del Villar con sus soldados.

Renovada la lucha al amanecer del 19, ya no podía oponer Estella resistencia alguna á nuestras tropas, y perdida toda esperanza de socorro, capituló aquella plaza entregándose su guarnicion con considerable número de municiones, artilleria y material de ingenieros, quedando de hecho y para siempre muertas las aspiraciones de D. Cárlos á la corona de España.

Llevóse desde entonces rápidamente la guerra. Entrados en Estella el mismo dia 19, ocupó el general Chacon el 20 á Mañeru y Artazu, mientras que Moreno del Villar practicaba un reconocimiento hasta Abarzuza, apoderándose de treinta cañones gruesos y muchas municiones depositadas por los carlistas en el convento del Barranco, consiguiendo capturar el 23 otras doce piezas y el material de dos puentes en Iranzu.

No se peleaba ya: disueltas y diseminadas las facciones, presentábanse á indulto batallones enteros, quedando reducida la mision de nuestras tropas á conducir los presentados y á recoger armamentos, municio-

nes y toda clase de material de guerra, recorriendo al efecto numerosos destacamentos las provincias Vascongadas y Navarra, último teatro de la guerra.

Victorioso pues, D. Alfonso XII, tornó á Madrid y con él su ayudante Moreno del Villar, quien en premio á su brillante comportamiento en las últimas acciones al que se debió principalmente la rendicion de Estella, fué á los pocos dias agraciado con el empleo de Mariscal de Campo. recompensa proporcionada á sus leales servicios.

En sus tranquilas funciones de Ayudante del Rey permaneció, hasta que habiendo cesado por transcurso del tiempo reglamentario, fué nombrado en 20 de Diciembre de 1877 Consejero del Supremo de Guerra.

Poco tiempo desempeñó aquel elevado cargo, habiendo pasado en Febrero de 1878 á ocupar el de comandante general de la primera division del ejército de Castilla la Nueva. en cuyas funciones distinguióse por su celo y actividad.

Desempeñólas por espacio de dos años, hasta que en Marzo de 1880 fué nombrado segundo cabo de la capitania General de las Islas Filipinas, en cuyo delicado y honorífico puesto, al que acumulaba las múltiples funciones de subinspector de las armas de infantería y caballería é institutos de la Guardia civil y Carabineros de aquellas Islas, demostró una vez más sus especiales dotes de mando, mereciendo se le diesen de Real Orden las gracias, por los singulares méritos que contrajo con ocasion de los terribles terremotos que afligieron á Manila en aquella época.

Vuelto á España en Abril de 1883 permaneció de cuartel en Madrid, hasta que en Octubre del mismo año fué nombrado Comandante General de la Division de Caballería del ejército de Castilla la Nueva, y mientras desempeñaba esas funciones, el 19 de Setiembre de 1886, mal aconsejada una parte de la guarnicion de Madrid, sublevóse en sentido republicano acaudillada por el brigadier D. Manuel Villacampa, que no habiendo podido arrastrar á todos los que se decian comprometidos, y abandonado por el pueblo cansado de pronunciamientos militares que vió con indiferencia aquella algarada, escapó en union de los demás jefes del movimiento. Importantísimos fueron los servicios que para reprimir aquella intentona prestó el General Moreno del Villar. Multiplicándose en las calles de Madrid, retuvo en sus cuarteles á algunas de las fuerzas comprometidas haciendo volver á sus banderas á otras ya sublevadas, y montando enseguida á caballo, emprendió sin descanso la persecucion de Villacampa y sus compañeros. Poco á poco fueron abandonando estos al desgraciado Brigadier, quien en su fuga llegó á la provincia de Toledo esperando ganar la frontera de Portugal; pero no dándole tiempo la activa persecucion de Moreno del Villar que á sus alcances seguia, ni aun para mudar de cabalgadura, la yá harto cansada que montaba cayó con él cojiéndole debajo, de cuyo terrible golpe y grave peso quedó Villacampa estropeado y sin sentido; trasladado á un molino que allí próximo estaba, hízole prisionero momentos despues su perseguidor, que le condujo á

Madrid, donde juzgado por un tribunal militar fué condenado á muerte en 4 de Octubre, sin que por fortuna llegara á ser ejecutada la sentencia, por haberle sido conmutada la pena por la Reina Regente.

Poco despues en 7 de Noviembre, fué Moreno promovido á Teniente General, y muchos creyeron ver en este ascenso el premio de la prision de Villacampa, sin recordar los grandes méritos que con anterioridad tenia contraidos el agraciado. Que la pasion de partido lleva frecuentemente á los hombres á olvidar toda nocion de justicia.

De cuartel permaneció algun tiempo, hasta que en Enero de 1887 fué nombrado Inspector General de revistas, pasando en Enero del 88 á desempeñar el importante puesto de Capitan General de Aragon en que continúa cuando escribimos estas lineas.

En una de sus revistas de inspeccion en 1887, estuvo Moreno del Villar en Arcos aunque pocas horas, solo para ver otra vez su pueblo natal al que no habia vuelto desde que de él saliera niño. Las pocas personas que con el General hablaron quedaron encantadas de su afabilidad y ameno trato. El autor de estas líneas que no le conoce personalmente, solo puede decir que en su correspondencia muéstrase sencillo y modesto, creyendo que la Patria ha recompensado con esceso sus servicios, humildad no comun en los hombres de su elevada posicion, á quienes suele desvanecer la soberbia de su encumbramiento.

Hombre de gobierno y de administracion al par que militar valiente y esperimentado, en las diversas

comisiones que ha servido, demostró siempre capacidad é inteligencia superiores, habiendo muchas veces asumido mandos civiles al mismo tiempo que los propios de su profesion.

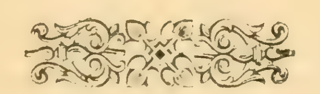
De su integridad son brillantes pruebas su modesta fortuna, y el desprecio con que pobre teniente rechazó la oferta de dos mil onzas de oro que en Cuba le ofrecian por dejar libre una goleta negrera de que se habia apoderado, servicio importantísimo que no nos parece recibió el premio que merecia.

Honra su pecho con las medallas de África, Cuba, Bilbao, Alfonso XII y Guerra Civil, las cruces sencilla de San Hermenegildo, una blanca y tres rojas del Mérito militar de segunda clase, otra de tercera, las grandes cruces de San Hermenegildo, blanca y roja del Mérito militar, y es además oficial de la Órden de San Mauricio y San Lázaro desde 1880, sin haber estado jamás sugeto á ninguna clase de procedimiento: muy pocos generales contarán una hoja de servicios en que escepto dos grados por sus distintos pases á Ultramar, todos sus ascensos han sido por méritos de guerra, ninguno por gracia ni antigüedad. Esta es su mejor apología.

Hánle censurado algunos con sobra de pasion é injusticia, la activa diligencia que puso en la persecucion de Villacampa en 1886, afeándole no haber dejado escapar al mal aconsejado brigadier. Aunque el cargo no debe ser refutado en sério, mereciendo compasion solamente los que imputan como falta el cumplimiento de un deber, hemos de decir á los que le

acusan, que si el perseguidor de Villacampa hubiese sido uno de tantos generales como han figurado en todos los pronunciamientos, sublevaciones, cuarteladas y motines como ha habido en España desde 1854, pareceríanos el cargo algo fundado: pero dirigido á Moreno del Villar, carece de base. El ilustre hijo de Arcos cuyos apuntes biográficos terminámos, no es ni ha sido nunca hombre político: la ordenanza es para él una religion: partidario de la estricta y severa disciplina, crée que el deber ineludible detodo militar es respeto y obediencia al gobierno constituido. El general Moreno del Villar, jamás se ha pronunciado, y esto constituye el mayor timbre de su gloria. ¡Cómo habia de favorecer la fuga de Villacampa!

Valera.—Pirala.—Bermejo.—Coleccion de Gacetas.—Hoja de servicios.





BERNARDO GARCIA DE VEAS SILVA.
1831

Hijo de D. Juan Garcia de Veas y de D.ª Maria Silva, nació en Arcos en 1831, y habiendo desde su niñez mostrado inclinacion á la carrera militar en que tanto se distinguiera su tio el valiente guerrillero D. Antonio Garcia de Veas, comenzó á servir como cadete de caballeria en 1854, obteniendo reglamentariamente el empleo de alferez en Julio de 1848, y destinado al regimiento de la Constitucion, en él prestó servicio en Alcalá de Henares, pasando despues al Establecimiento Central de Instruccion de su arma.

Trasladado al ejército de Cuba en 1850 con el empleo de Teniente, fué destinado al escuadron de cazadores de Borbon, tomando en el año siguiente activa parte en la campaña contra Narciso López y de-

más piratas filibusteros, en la que se distinguió por su bizarría, siendo recompensado con el grado de capitan en Octubre de 1851.

En Cuba permaneció en el Regimiento de Lanceros de la Reyna y como ayudante del Capitan General Concha, hasta su regreso á la Península en Marzo de 1859.

Ascendido por antigüedad en Octubre de 1833, pasó con el empleo de capitan al regimiento de Húsares de la Princesa hasta Junio de 1865, que fué destinado al depósito de caballos sementales de Leon. Trasladado luego al regimiento de coraceros del Rey, y despues al de Húsares de Pavía, con este formó parte del ejército que á las órdenes del General marqués de Novaliches, se batió el 28 de Setiembre de 1868 en Alcoléa defendiendo la espirante monarquía de Isabel II, contra las tropas revolucionarias acaudilladas por el General Serrano, mereciendo por su comportamiento en aquella sangrienta batalla, los mayores elogios de su General en Jefe.

Por la gracia general que la revolucion hizo extensiva á todo el ejército obtuvo el grado de comandante, y el empleo por antigüedad en Diciembre del mismo año, pudiendo entonces conseguir la permuta del grado por el de Teniente Coronel.

Sirvió despues varios destinos, hasta que empeñada la guerra civil, pasó á mandar la escolta del General en jefe del ejército del Norte, á cuyas órdenes se

batió los dias 27, 28 y 30 de Abril de 1874 en las Muñecas y en Galdames, obteniendo por los méritos que en ellas contrajo, el grado de Coronel.

Tomó igualmente parte muy señalada en los combates de Monte Muru los dias 25, 26, 27 y 28 de Junio recibiendo como premio de su bizarro comportamiento la cruz de segunda clase del Mérito militar.

En campaña permaneció hasta Setiembre del mismo año en que fué nombrado gefe del Depósito de bandera y embarque para Ultramar de Barcelona, y en el ejercicio de ese cargo obtuvo el empléo de Teniente coronel en Noviembre de 1875.

Destinado en Febrero de 1878 á la Comision de reserva de Palencia, al ascender á coronel efectivo en Julio de 1882, pasó á mandar el regimiento reserva número 18 que desempeñó hasta Agosto de 1885, en que pasó á mandar el de Cazadores de Mallorca y luego el de Galicia, con el que contribuyó poderosamente á restablecer el órden alterado en la Coruña, en Setiembre de 1886.

Allí continuó de guarnicion hasta Febrero de 1887 en que pasó á desempeñar el importante cargo de Director de la Academia de aplicacion de Caballeria, y ejerciéndolo ha sido promovido á general de brigada en 9 de Febrero de 1892.

Cuenta más de cuarenta y seis años de efectivos servicios, y se halla en posesion de las condecoraciones siguientes.

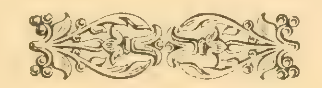
Cruces de primera y segunda clase del Mérito militar, con distintivo blanco.

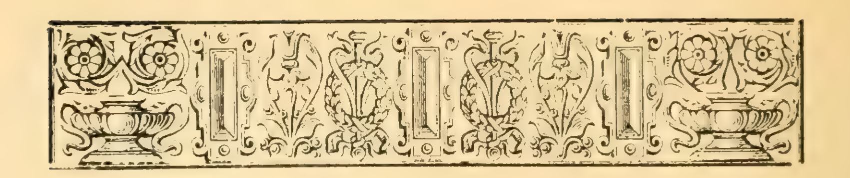
Cruz roja de segunda clase de la misma órden.

Medalla de Bilbáo.

Cruz y placa de San Hermenegildo.

Es el brigadier Veas valiente, entendido y pundonoroso. Esclavo de sus deberes militares, jamas ha tomado parte en sublevaciones ni pronunciamientos, ni afiliádose tampoco á ninguna bandería política. Perfecto tipo de caballeros, es uno de los hijos de Arcos que mas honran á su pátria.





HERMENGÁUDIO CUENCA ARIAS.
1837.

Nacido en Arcos en el año de 1837, fué enviado por sus padres á la Escuela Normal de Madrid, donde terminó con brillantez sus estudios y recibió el título de profesor de enseñanza superior, entrando inmediatamente á desempeñar el cargo de Regente de estudios de la Normal de Cádiz que ocupa desde 1858.

Liberal ardiente, militó en las filas de la más avanzada democracia desde la niñez, habiendo prestado á la causa revolucionaria grandes y desinteresados servicios. Mas desengaños sufridos le mantienen alejado de la política activa hace muchos años, siendo de sentir viva tan retirado hombre de su valer y buena fé. Hijo cariñoso y modelo de hermanos, supo sacrificar su juventud al bienestar de su familia.

Fué escritor político de reconocido mérito, colaborador en diferentes periódicos; hoy continúa escribiendo pero solo en publicaciones literarias y científicas, siendo en la actualidad director de "La Revista de primera enseñanza„ estimable periódico profesional que vé la luz pública en Cádiz. Es además autor de varias obras didácticas, señaladamente de un "Método racional para la enseñanza de la lectura„ y de una "Descripcion geográfica é históríca de la provincia de Cádiz„ que además de elegantemente escrita, es recomendable por la belleza y verdad de las descripciones, y la multitud de datos y noticias históricos y estadísticas que encierra, incompatibles al parecer con la concision y brevedad del libro.





PEDRO JOSÉ MORENO RODRIGUEZ
1839.

En 9 de Agosto de 1839 nació en Arcos en la casa n.º 39 de la calle Corredera un niño que recibió en las pilas bautismales el nombre que encabeza este artículo.

Su padre D. Francisco que á sus dotes de médico reputado reunía ilustracion poco comun y saneada fortuna, le proporcionó excelente educacion, cursando la segunda enseñanza en clase de interno en el Instituto de San Juan Bautista de Jerez de la Frontera, á la sazon dotado de excelentes profesores, pasando despues á cursar leyes en la Universidad de Sevilla, donde tomó los títulos de Licenciado en derecho civil y canónico y en Administracion en el mes de Julio de 1860. En uno y otro centro de enseñanza

dió notables muestras de su fácil comprension y despejado talento, obteniendo en todos los cursos las mejores notas, sin embargo de no haber sido durante su vida de estudiante, lo que se llama un modelo de aplicacion y constancía en el trabajo.

Es una observacion que hace tiempo tenemos hecha, que los jóvenes que asisten diariamente á una cátedra, se dividen siempre en tres grupos distintos: el primero lo forma una pléyade de atildados imberbes, hijos casi siempre de las primeras familias de las capitales, amigos del catedrático á quien rodean con solícito afán, disputándose á porfia sus palabras, celebrando sus chistes, sus frases, algunas de dudosa oportunidad. Estos son los *buenos estudiantes*, los niños mimados de los profesores, que suelen prodigarles con largueza las superiores notas. Jamás de ninguno de ellos, ya hombres y terminadas sus carreras, ha podido esperarse cosa de provecho. Su ratonil viveza se convierte primero en petulancia, y despues en vana ostentacion y falso brillo. El caudal de su erudicion es pura alquimia, no oro de buena ley: y si alguna véz con el trascurso de los años, ocupa alguno de ellos puestos elevados, la importancia de estos será la que la dé á sus personas, que sin favor ni relaciones, jamás podrían brillar por sus méritos propios.

Forman el segundo grupo, el mas numeroso, los que se sientan en los bancos del centro: á él pertenecen todas las medianías, lo mismo la del talento que la de la fortuna, muchachos insignificantes, más ó menos desaplicados, ninguno capaz de inventar la pólvora.

que acaban su carrera con mas ó menos dificultades, yendo despues á engrosar las numerosas filas de los abogados y médicos de pueblo, y de los empleados desde jefe de negociado abajo: nunca salió de ese grupo ninguna notabilidad.

Componen el tercero, los que sentados en los últimos bancos, aprovechan la distancia que del catedrático les separa para hablar entre sí refiriéndose sus aventuras, leer novelas, dormir, y asisten en fin á la conferencia como á una obligacion incómoda y pesada. Estos son los que suelen llamar malos estudiantes. Pero hay que distinguir: hay malos estudiantes con vergüenza y sin ella. De los últimos no hay que hablar. Son los incurables, los desahuciados, los que suspensos en Junio y reprobados en Setiembre, vuelven al siguiente año á repetir el curso á la Universidad, frecuentando siempre los mismos garitos, y haciendo la misma vida, para recibir á fin de curso igual galardon que en los años anteriores, hasta que ó cansados los padres les cortan los víveres retirándoles la asignacion y marchan á sus pueblos, ó se quedan en la capital abonados perpétuos á las timbas y lupanares.

Otra cosa muy diferente sucede á los que tienen vergüenza. Durante el curso, con poner de vez en cuando alguna atencion á las esplicaciones del profesor, su clara inteligencia y la facultad de asimilarse lo que oyen, hace que puedan salir del paso, si alguna vez son preguntados. Mas al fin de él, hacen prodigios, y estudiante hemos conocido que en quince dias ha

aprendido su asignatura tan magistralmente, que ha podido responder con brillantez y lucimiento á cuantas preguntas le tocáron en suerte en los exámenes.

De entre el grupo de los desaplicados de vergüenza, es de donde mas tarde, cuando se ha apagado algun tanto el fuego de las pasiones juveniles, salen las notabilidades, las eminencias del foro y la tribuna. Y es evidente: todo el mundo sabe que los estudios universitarios no son ni con mucho suficientes para que basten al brillante ejercicio de una carrera. El verdadero estudio viene despues, cuando se principian á aplicar las reglas y principios aprendidos, á los casos prácticos que se presentan. El reflexivo estudio, la séria meditación, desarrollan el sentido analítico y hacen nacer el criterio sintético, y el pundonoroso joven que comienza á ejercer su profesion, desde que tiene á su cargo la vida ó la hacienda de un cliente, comprende toda la responsabilidod moral que sobre él pesa, y estudia á conciencia no solo todos los aspectos y puntos de vista del asunto, sino tambien todos los que con él puedan tener relacion alguna. Comienza á adquirir entonces gusto por el estudio, más decidido mientras mayores conocimientos adquiere, llegando poco á poco á tener verdadera competencía en los asuntos de su profesion, sin perjuicio de aumentar sus conocimientos en todos los demás ramos del saber. Con la ciencia asi laboriosamente adquirida, viene la reputacion ya entonces bien cimentada, y el joven que poco há medio embozado en su capa dormía recostado en su banco, sin escuchar la voz del catedrático, se ha con-

vertido en un hombre de vasta y sólida instrucción.

No calumniarémos á Moreno Rodriguez diciendo que mientras fué estudiante perteneció más bien al grupo de los desaplicados, que al de los estudiosos; pero no obstante, al terminar los cursos, sabia salir airosamente obteniendo siempre sobresalientes notas. Pertenecia, pues, á la subdivisión de los que tenian honra y decoro.

Yá al terminar su carrera habia muerto su padre D. Francisco, quedando el joven Pedro y sus hermanos al cuidado de un hermano de su padre, llamado Don Pedro tambien. Jurisconsulto eminente este, ocultaba bajo una ruda corteza profundos conocimientos en derecho, y mayor todavia del corazon humano, circunstancias que durante muchos años le hicieron el consultor exclusivo de todo el vecindario de Arcos y de los pueblos inmediatos.

Bajo los auspicios de tan competente consejero abrió el joven letrado su bufete, distinguiéndose bien pronto entre sus compañeros, y llamado antes de cumplidos los veinte y cinco años á desempeñar la Alcaldía, demostró poderosa iniciativa para todo lo que fuese mejora y engrandecimiento de su pueblo natal. Si á esto solo se hubiese concretado Moreno Rodriguez, no habría pasado de ser un buen abogado de pueblo y nada más. Empero la alteza de sus miras aspiraba á otra esfera. Partidario desde niño de las ideas democráticas, que ó desconocidas, ó profesadas entonces por muy pocos, solo aguardaban para nacer, desarrollarse é invadirlo todo, que una mano inteli-

gente fuese preparando el terreno y sembrándolas, dedicóse á una activa propaganda en Arcos, consiguiendo infiltrarlas en un núcleo de jóvenes amigos suyos, que á su vez comunicaron el fuego de su entusiasmo al resto de la poblacion. No contribuyó poco la campaña que en las columnas del *Demócrata Andaluz*, periódico que á la sazon publicaba en Cádiz Roque Bárcia, hizo Moreno. Fueron aquellos sus primeros trabajos periodísticos, que le valiéron algunas contrariedades y persecuciones de que libró trasladándose á Málaga por algunos meses.

Ya entonces habia logrado organizar en Arcos el partido demócrata de cuyo comité era presidente, y cuando cansado el pueblo de los desatentados gobernantes que en nombre de D.ª Isabel II regian el país, secundó en toda España el alzamiento que creyéndolo ménos trascendental iniciaron en Cádiz Topete y los generales desterrados en Canarias, los vecinos de Arcos le aclamaron unánimes Presidente de la Junta local revolucionaria primero, y despues vocal de la provincial, cuyo puesto conservó hasta que fué elegido Diputado á Córtes por la circunscripción de Jerez para las primeras cortes de la revolucion, obteniendo en el primero y quizá único sufragio universal libremente emitido, una nutrida votacion de más de 29.000 electores.

Dióse á conocer por primera vez como orador, defendiendo al pueblo de Jerez de la acusacion de socialista que por el gobierno se le imputaba, demostrando con fácil y correcta palabra y poderosa argumenta-

cion la falsedad del aserto, siendo su discurso generalmente aplaudido por la sencillez de su estilo y la modestia del orador.

Desde aquel dia comenzó á ser escuchado y atendido, dándole su franca y leal amistad los hombres más importantes de la democracia, como Castelar, Salmeron, Sanchez Ruano y otros; y en aquellas Córtes, quizá las más augustas y respetables que ha habido en España, no solo por la escepcional importancia de los asuntos que se discutieron, sino por la científica competencia de la mayoría de los Diputados que las formaban, oyóse más de una vez, siempre con agrado y benevolencia, la fácil palabra del representante de Arcos, cuya nota característica es la modestia, y cuando por muerte de Sanchez Ruano quedó vacante un puesto de Diputado Secretario, apresuráronse sus correligionarios á llevarle á la mesa de la Presidencia, no hallando á ningun otro más capaz ni digno de sustituir á aquel famoso orador y hombre político.

Firme en sus convicciones, al discutirse la forma de gobierno porque habia de regirse la Nacion Española votó por la República, así como por la separacion de la Iglesia del Estado, el sufragio universal, el juicio por Jurados, la abolicion de la pena de muerte, y todas las demás bases fundamentales del credo democrático. Y cuando elegido Rey D. Amadeo de Saboya, se convocáron nuevas Córtes, volvió á ellas con la misma representacion de Arcos y Jerez. Entonces fué cuando dió á conocer lo que valia, adquiriendo verdadera y sólida importancia política.

Los que peinámos canas, conservamos indeleble en la memoria el vivo recuerdo de las graves circunstancias que por aquel tiempo atravesaba el pais: mas para que los jóvenes formen una ligera idea de ellas, conviene exponer con brevedad la situacion de España en aquella época, incesantemente agitada por la turbulenta ambicion de los partidos.

La ingratitud de D.ª Isabel II para con los liberales á quienes debia el trono, cercenándoles una á una todas las libertades que habian conquistado, y dando el poder á los partidos mas reaccionarios, incompatibles con el progreso y la verdadera ilustracion, trajo como consecuencia el general descontento, que se tradujo en larga série de conspiraciones abortadas, mientras no se trató más que de un simple cambio de ministerio; en el destronamiento y expulsion de D.ª Isabel y su dinastía, cuando convencidos los jefes de los partidos de la impotencia de los pronunciamientos militares, apelaron al pueblo en Setiembre de 1868. Como un solo hombre alzóse entonces la Nacion entera, y vencida en Alcoléa la última resistencia de los partidarios de D.ª Isabel, formóse un gobierno provisional con los más caracterizados jefes del movimiento.

Lógico y sobre todo legal hubiera sido, que inspirándose aquel gobierno en los mas elementales principios de justicia, al convocar Córtes constituyentes, ni hubiese manifestado sus opiniones declarándose monárquico ante todo, ni tratára de influir en los comicios. Que los hombres que gobiernan deberían renunciar á sus opiniones propias al llegar al poder, ciñéndose á

ser meros ejecutores de la voluntad de la Nacion única legítima soberana. Reunidas las Córtes bajo la presion ministerial, transcurrieron dos años de interinidad inquietos y turbulentos, durante los cuales las diversas ambiciones produjeron larga série de levantamientos que fueron ahogados en sangre, hasta que al fin de 1870, ciento noventa y un Diputados dieron la corona de España á D. Amadeo de Saboya, príncipe ilustrado, bondadoso y caballero, que en circunstancias más bonancibles, acaso habría arraigado su dinastía, siendo modelo de reyes constitucionales. No lo quiso la suerte, ó mejor dicho no lo consintió la ambicion de los partidos, y entre los republicanos que minaban los débiles cimientos del trono, los progresistas, unionistas y radicales que se disputaban el mando, los carlistas que se lanzaban resueltamente á la pelea, y los moderados y alfonsinos que atizaban el fuego de la discordia, como los únicos que en definitiva podian salir gananciosos, suscitáron tal cúmulo de obstáculos invencibles, que desanimado Amadeo de Saboya renunció la corona, y abandonó la España á principios de 1873, proclamándose la República en 11 de Febrero del mismo año. Pocos meses antes habia Moreno Rodriguez consolidado su reputacion.

Era presidente del Consejo de Ministros D. Práxedes Mateo Sagasta, y acababan de elegirse unas Córtes, en que el gobierno obtuvo mayoría solo á costa de coacciones, atropelles é imposturas. Y como esas cosas solo á fuerza de dinero se realizan, habíanse invertido en gastos y manejos electorales dos millones

de reales que se sacaron por el gobierno de unos fondos sagrados, á que nunca debió tocarse, encubriendo lo ilegal del acto, con un expediente de transferencia. Denunció Moreno Rodriguez á las Córtes este hecho produciendo la caida del Ministerio Sagasta, y encargándose despues de la acusacion, pronunció un discurso famoso que quedará siempre en la memoria de todos como obra maestra de elocuencia forense y parlamentaria, y que reunia galas de estilo, correccion y pureza de lenguaje, robustez y profundidad de argumentación, dignidad y mesura en los conceptos, discurso en fin que le colocó á la altura de los primeros oradores.

Proclamada como hemos dicho á poco la República, formáron el poder ejecutivo los mismos hombres que componian el último ministerio de D. Amadeo de Saboya, que pocos dias despues caían derribados por su propia impopularidad, sustituyéndoles los más caracterizados y antiguos republicanos, ocupando la presidencia D. Estanislao Figueras. Negóse Moreno Rodriguez con su habitual modestia á aceptar la cartera de Fomento que le ofrecian, pudiendo solo conseguir sus amigos que entrase en la Subsecretaria de Gobernacion. Todos saben cómo acabó aquel ministerio. La sublevacion carlista en Valencia, Cataluña, Navarra, Aragon y Provincias Vascongadas, los trabajos en sentido Alfonsino que comisionados venidos de Paris hacian en las provincias, la guerra de Cuba, la insurreccion cantonal provocada por el ciego frenesí de los republicanos intransigentes, instrumentos dóciles

de los separatistas de Cuba, de la Internacional, de los carlistas y de los alfonsinos, la retirada y dimision en masa del cuerpo facultativo de artillería, y la indisciplina y desorganizacion completa del ejército, bien que algunos de estos males fuesen producto de la anterior situacion, trajeron á aquel gobierno á tal estremidad, que desatentado y ciego el jefe del poder ejecutivo, perdida toda nocion de dignidad y cívico valor, abandonó el elevadísimo puesto que desempeñaba, marchando fugitivo á Francia, sin dar aviso siquiera á sus compañeros de gobierno. ¡Vergonzosa determinacion de que no hay ejemplo en la historia!

Sucedió en la presidencia á D. Estanislao Figueras, cuyo suicidio político quedó consumado con su fuga, D. Francisco Pí y Margall, á quien no consintieron sus antiguas tendencias socialistas poner remedio alguno á los males que afligian á la pátria, y entró á sucederle el señor Salmeron, aceptando entonces Moreno Rodriguez la cartera de Gracia y Justicia.

Nunca se habia hallado un gobierno en circunstancias tan aflictivas, esceptuando acaso cuando en 1810 tuvo el de España que retirarse á Cadiz, único pueblo que no dominaban los franceses. Ni aun tampoco pueden compararse ambas épocas. Entonces solo habia que pelear contra Napoleon, y al esfuerzo reunido de todos se debió el triunfo. Mas ahora ¿qué podía el sacrificio heróico de unos pocos, contra las desmedidas, é innumerables ambiciones de tantos? La insurreccion carlista cadavéz mas potente, no contenta con dominar las provincias del Norte, Cataluña y

Valencia, paseaba sus banderas victoriosas por Galicia, Asturias, la Mancha y las dos Castillas, interceptando las vias férreas, saqueando é imponiendo contribuciones á los pueblos indefensos del interior; la República de los Estados Unidos, protegia abiertamente á los insurrectos de Cuba, y hasta se ventilaba en sus Cámaras la cuestion de si se les reconocia como beligerantes.

Asesinaban los soldados á los gefes que intentaban sostener la disciplina, mientras que al mismo tiempo se negaban á marchar sobre el enemigo. Erijiéndose en cantones independientes casi todas las poblaciones de alguna importancia, negaban la obediencia al gobierno Central de Madrid; y en Barcelona, Valencia, Cartajena, Málaga, Granada, Jerez, Cádiz, San Fernando, Sevilla, Alcoy, Utrera, imperaba triunfante la demagogia socialista, con su séquito inseparable de incendios, robos, asesinatos y atropellos.

En Cartagena, apoderábanse los insurrectos del arsenal y de nuestra única escuadra allí fondeada, y para evitar sus piráticas depredaciones, eran ¡oh vergüenza! apresados nuestros barcos por las naves de guerra alemanas. Recorrian los cantonales la costa bombardeando poblaciones indefensas como Águilas, Alicante y Almeria. Apoderados de Málaga los voluntarios y provistos de artilleria, estendian sus operaciones á Sevilla y Cordoba. Dueño absoluto Salvochéa de vidas y haciendas en Cádiz, sitiaba á los heróicos defensores del arsenal de San Fernando, resuelto á arrasar á cañonazos la monumental obra del insigne

marqués de la Ensenada, mientras en Sevilla Mingorance y Carreró arrastrando las turbas dejaban atrás los escesos de la Commune de Paris que se habian propuesto como modelo. Parecia como que un vértigo de locura habia atacado simultáneamente á todos los hombres; traduciase la libertad, no en licencia, sino en desenfreno: los derechos individuales en atropello: la libertad de conciencia, en constante y encarnizada persecucion á los católicos: el respeto á la propiedad en comunismo. Abiertas las puertas de las cárceles y presidios, llenábanse sus edificios en los pueblos sublevados por las personas de mas viso caudal y nombre, retenidos como rehenes mientras sus familias no hacian efectivas las gruesas sumas que arbitrariamente se les exijian como contribucion de guerra, para ayuda del sostenimiento de los antiguos moradores de las cárceles, ahora encargados de custodiarlas. Trastornados los principios fundamentales de la sociedad, parecía que España entera se desquiciaba y sumia en el abismo del cáos.

Tal era el estado de la nacion al advenimiento de aquel gabinete, que podia decir que solo tenia jurisdiccion sobre la tierra que pisaba; por que en el mismo Madrid, dueños de las armas los batallones intransijentes de la Milicia, eran perpétua amenaza de la tranquilidad y del sosiego públicos, mientras en las Cortes una mayoria indecisa é irresoluta y una minoria ciega é irreflexiva, eran rémora constante de las salvadoras medidas del Ministerio. Este, sin embargo, supo colocarse á la altura de las aflictivas circunstan-

cias. Poniendo en vigor, las Ordenanzas de Marina, declaró piratas y fuera de la ley á los sublevados de Cartagena: reuniendo las escasísimas tropas que aun se conservaban fieles, envió al general Pavia á Andalucia, á Ceballos á Cartagena, á Turon á Cataluña, con facultades para restablecer la ordenanza militar é imponer la disciplina: enviáronse refuerzos á Cuba, casi emancipada á la sazon; llevaron á Moriones al Norte, y á Martinez Campos á Valencia; plantearon el arreglo de la cuestion de la artilleria, preparando la vuelta á sus puestos de los oficiales facultatívos, y cuando á los pocos meses abandonaron el poder por no verse obligados á contradecir en la práctica el credo politico que antes habian predicado, dejáron á sus sucesores, vencido y dominado el socialismo en Andalucia, Cataluña y Valencía, á los carlistas fugitivos en el centro, y rechazados en el Norte, humillados los separatistas de Cuba, y recuperada la confianza de las clases honradas, y la de las naciones estranjeras que llegáron á tratar sériamente de una intervencion. Tal fué la conducta de aquel ministerio. ¡Loor eterno á sus hombres que en medio del mayor desconcierto que registra la historia, no desesperaron de la salvacion de la pátria!

Al salir del Gabinete Moreno Rodriguez, continuó prestando todo su apoyo al del Señor Castelar en lucha todavia con los cantonales de Cartagena, y al que sobrevino como nueva complicacion la cuestion de los Estados Unidos por el apresamiento del vapor Virgi-

nius, que conducia socorro de armas y gente pera los insurrectos de Cuba. Convocáronse las Córtes para el 2 de Enero de 1874, una de cuyas vice-presidencias fué dada á Moreno Rodriguez, que con tal motivo tuvo que presenciar y asistir á la titánica lucha sostenida por el Sr. Castelar contra los intransigentes que acabaron por derrotarle, preparándose á sumir de nuevo el pais en el hirviente torbellino de donde antes le sacara el patriotismo; entonces fué cuando en evitacion de males mayores, en la madrugada del 3 de Enero, Pavía, Capitan General de Madrid al frente de la guarnicion, por un acto de fuerza generalmente aplaudido, lanzó á los Diputados del palacio de la representacion nacíonal que habian convertido en manicomio, y formó un gobierno provisional presidido por Serrano, en el que entraron Sagasta, Topete, y los hombres mas caracterizados de todos los partidos de orden, escepto Castelar y los suyos, que por propio decoro nó quisieron entrar en él.

Fundáron estos por entonces nn periódico destinado á defender y propagar las ideas republicanas conservadoras, que tomó el nombre de *El Orden*, de cuya direccion se encargó Moreno Rodriguez, señalándose entre todos los demás periódicos políticos por su sensatez y cordura, así como por su estilo correcto y castizo lenguaje. Mas hubo de suspenderse y cesar en su publicacion, cuando sublevándose en Sagunto el General Martinez Campos, se hizo la restauracion de don

Alfonso XII. Al advenimiento de este en Enero de 1875, emigró Moreno Rodriguez á Lisboa, donde permaneció cerca de un año, volviendo en el 76 para presentarse candidato á la Diputacion á Cortes por su pueblo natal. Todos recordarán lo que entonces sucedió. Decidido el Gobierno á derrotarle, suspendiéronse las elecciones por el alcalde, só pretesto de un fingido motin que le sirvió para prender, vejar y atropellar, verificándose despues las elecciones bajo la presion de la fuerza armada del ejército que para imponerse vino de Cádiz, y si bien Moreno Rodriguez se retiró en vista de las coacciones practicadas para favorecer al candidato ministerial, el triunfo moral fué suyo. Otra véz, más adelante, le ocurrió lo mismo, no ya mandando el ministerio conservador de Cánovas, sino el fusionista de Sagasta, que no puede perdonarle la famosa acusacion de los dos millones invertidos en manejos electorales. Vuelto á Madrid y encargado de la direccion del Globo, acabó de cimentar su reputacion de hábil periodista y concienzudo escritor. Retirado en la actualidad de esos trabajos, vive en Madrid dedicado al que su acreditado bufete le proporciona, siendo aunque alejado de la política palpitante, el jefe reconocido en Andalucia del partido posibilista que vé en él una de sus mejores esperanzas.

Es Moreno Rodriguez hombre de ameno trato, vasta y sólida instruccion, delicado y pundonoroso en sus procederes. Perjudícale su modestia escesiva, que

oculta sus profundos conocimientos de derecho, y quita brillantez á su oratoria. Solo en la intimidad ó leyendo sus escritos, se comprende cuánto sabe, y que domina igualmente el derecho, la historia, política, economía, hacienda, filosofía, literatura, y en general todos los ramos del saber. Sus trabajos y proyectos sobre el juicio por jurados, organizacion de tribunales, separacion de la Iglesia y el Estado, tienen inmenso valor, y acaso llegarán á ser obra de consulta algun dia.

Quéjanse algunos de él, lamentando que no aprovechase el período de su mando para hacer algo en beneficio de Arcos que le vió nacer. Mas no reflexionan que las azarosas circunstancias en que se hallaba, no permitian atender á otra cosa que á la salvacion de la pátria entonces tan gravemente comprometida. Si las circunstancias volviesen á llevar á Moreno Rodriguez á la política activa, ¿quién sabe lo que en tiempos bonancibles haria para sacar á su desdichado pueblo de la situacion aflictiva y miserable en que hoy se encuentra?





JOSÉ MÁRQUEZ TORRES.
1840.

Hijo único de D. José Marquez Zapata y de Doña Dolores Torres Meneses, nació en Arcos el 22 de Enero de 1840 y fué bautizado en la parroquia de San Pedro: en esta ciudad residió hasta que de edad de once años trasladóse á Madrid con su madre, virtuosa señora dotada de ilustracion y talentos poco comunes. Allí estudió filosofía, hasta que en Junio de 1856 ingresó en el colegio de infantería de Toledo, llevado á la carrera militar no sólo por su natural inclinacion, si no por ser más asequible á sus medios de fortuna, considerables en tiempo de sus antepasados, pero harto mermados y modestos á la sazón. Aprovechado y estudioso, fué promovido á subteniente al terminar sus cursos, siendo destinado en Enero de 1860 al ba-

tallón de Cazadores de Chiclana, que formaba parte del ejército de operaciones de África.

Hallábase España entonces en plena epopeya. Los repetidos insultos y atropellos de que eran víctima constante nuestros soldados en Ceuta y las demás posesiones africanas, despertando el patriotismo nacional, habian hecho indispensable la guerra, y de uno á otro estremo de la Península sintióse una oleada de frenético entusiasmo al grito de guerra al enemigo tradicional. Jóvenes, viejos, mujeres, niños, potentados y mendigos, cada cual en la esfera y en la medida de sus fuerzas ofrecía á la madre pátria hacienda y vida, sintiendo no tener otra que sacrificar. Desaparecieron como por encanto todas las diferencias y ambiciones de partido, fundiéndose en una sola, la de ver ondear triunfante sobre los muros de Tánger y Tetuán la gloriosa bandera amarilla y escarlata. Para vergüenza eterna, hubo una nota discordante en aquel concierto de patriótico entusiasmo, la descabellada intentona de San Cárlos de la Rápita.

El generoso ánimo de Marquez, haciale desear ansioso el momento de verse frente á frente con los moros; así apenas recibió su real despacho, apresuróse á reunirse á su batallon que formaba parte del segundo cuerpo de ejército que había mandado antes el general Zabala, y acaudillaba entonces el valiente Prim, incorporándose á él el 1.° de Febrero de 1860, dia siguiente al del heróico combate de Guad-el-Gelú.

Acampado el ejército en una extensa llanura limi-

tada al frente por las Sierras Bermejas, apoyaba su izquierda en el rio Martin, teniendo al frente y á su derecha el pequeño rio Alcántara, é innumerables lagunas que lo separaban de los campamentos marroquíes estendidos en las estribaciones de la Sierra, dos al frente, otros dos algo más lejos sobre la derecha, los cuatro perfectamente atrincherados, y teniendo emplazada convenientemente multitud de piezas de gruesa artillería.

Dedicado el 1.° de Febrero al descanso y á la cura de los heridos del dia anterior, el 2 practicó un reconocimiento el General en jefe D. Leopoldo Odonnell, y reuniendo después á todos los generales, subió con ellos á la plataforma de la Aduana desde donde se dominaba todo el pais, y les explicó el plan de batalla que había concebido, para cuya ejecucion señaló el dia 4. Invertido el 3 en los preparativos y en la recepción del tercio de voluntarios catalanes que llegaron aquel mismo dia, á las ocho de la mañana del 4, dióse orden de levantar el campo, y poco después, abatidas las tiendas, cargados con sus mochilas, mantas y raciones, y seguidos de toda la impedimenta, nuestros soldados emprendian rio arriba el camino de Tetuan, tan alegres y resueltos como si de un simple paseo se tratara, y no de empresa tan árdua y peligrosa como atacar á un mismo tiempo de frente y de flanco todas las posiciones del enemigo, y tomar á la bayoneta, parapetos, trincheras y cañones.

Rompía la marcha sobre la derecha el 2.° cuerpo con el general Prim á su cabeza, llevando cuatro bri-

gadas de infantería y cuatro baterías, dos de montaña y dos montadas, mientras que por la izquierda adelantaba en igual forma el tercer cuerpo mandado por el General Ros de Olano, ocupando su centro tres escuadrones de artillería de á caballo. Entre ambas divisiones caminaban los ingenieros y la artillería de reserva, y detrás formando dos estensas líneas toda nuestra caballería.

La division de reserva á las órdenes del General Rios, quedaba á retaguardia con su correspondiente dotacion de artilleria, debiendo avanzar por la derecha hasta el reducto de la Estrella, y desde allí estar dispuesta á caer sobre el enemigo cuando se hiciese necesaria su intervencion.

En perfecto orden y profundo silencio marchaban nuestros soldados, cuando á las diez de la mañana rompió nutrido fuego la artillería marroquí; mas aunque sus disparos, alguna vez certeros, causaban bastantes bajas en las filas, cerrábanse estas inmediatamente, continuando impávidos su camino los soldados, hasta que al llegar á mil metros de las trincheras enemigas sonó la voz de alto, avanzando solo la artillería de reserva. Situó esta al punto diez y seis piezas en la vanguardia, que servidas con inteligencia y rapidéz, y secundadas muy luego por un regimiento montado de el tercer cuerpo que comenzó á batir el flanco derecho de los contrarios, hizo amenguar mucho su fuego.

Mientras tanto unos seis mil ginetes moros saliendo de la estrema izquierda de sus posiciones, corríase por

nuestro flanco derecho intentando al parecer acometer nuestra retaguardia, cuyo previsto movimiento fué desbaratado por el cuerpo de reserva. Y puestos de nuevo en marcha los treinta y dos batallones que formaban las columnas de ataque, precedidos de la artillería que continuaba lloviendo proyectiles de todas clases sobre los parapetos de los moros, avanzáron hasta llegar á cuatrocientos metros de los mismos, volviendo á detenerse para dar lugar á que nuestra artillería abriese portillo en sus trincheras. Mas formadas estas de tierra donde se hundían los proyectiles, el incesante fuego de cuarenta cañones no lograba derrumbarlas, y nuestros heróicos artilleros adelantan otra vez hasta cortísima distancia seguidos inmediatamente por los infantes, que impávidos, con el arma sobre el hombro, sufren sin contestarlo el mortífero fuego que se les hace desde las trincheras, desde la torre de Gileli, y hasta desde las murallas de la no distante ciudad de Tetuan. Incendia una granada nuestra uno de los repuestos de pólvora de los moros, y al tremendo estampido que hace retemblar y estremecerse todo el anchuroso valle, vénse saltar por el aire rotos en mil pedazos, tiendas, armas, caballos y miembros de cadáveres destrozados, y mientras tanto, nuestra artillería avanza siempre, y tras ella paso á paso sereno aunque impaciente, ansioso de luchar, nuestro heróico ejército. De pronto, cuando calcula que la infantería puede de un solo arranque llegar á las trincheras y asaltarlas, con voz que domina el rugido del cañon, óyese al general Odonnell gritar: *Ahora!*—*Yá*

A la bayoneta Y veinte mil hombres, infantes, caballos, artillería, ingenieros, enardecidos, locos de entusiasmo y de coraje, lánzanse á la carrera y asaltan á un mismo tiempo los parapetos marroquíes despreciando el fuego y el acero de los moros, mientras resuena el enloquecedor toque de ataque que entonan á la vez las cornetas y bandas militares.

Siguiendo á Prim, que tinta en sangre la vencedora espada, penetra en el campamento á caballo por una tronera, entran los voluntarios catalanes y todos los batallones del segundo cuerpo, mientras que el tercero con Odonnell, Ros de Olano y el cuartel general, asaltan el flanco derecho de los marroquíes, y suben triunfantes sobre el parapeto. Resisten los mahometanos con furia rabiosa, como el que defiende vida, pátria y hogar. Mas nada detiene el indomable empuje de nuestros soldados, que al arma blanca, manejando como mazas los fusiles se baten con heróico frenesí, y de tienda en tienda, de árbol en árbol, paso á paso, ván arrollando por todas partes á los moros en aquella encarnizada lucha cuerpo á cuerpo. Por último, trás media hora de her ica peléa en que quedaron fuera de combate más de tres mil hombres, arrojando las armas, desesperados, pusiéronse en fuga los moros, dispersos, diseminados por todas partes hasta trasponer más allá de las vecinas cumbres, dejando en poder de nuestros soldados, armas, tiendas, caballos, banderas, cañones y cuanto poseian. Tal fué la batalla de Tetuan que nos abrió las puertas de aquella ciudad, victoria la más completa y sangrienta de la campaña, y tal fué

la iniciacion de la vida militar de Márquez, y su bautismo de sangre, pues herido de bala gravemente en el brazo derecho con fractura del hueso, al atravesar las lagunas, siguió adelante hasta las trincheras, siendo el primero de su batallon que las asaltó, por cuyo valeroso comportamiento fué recompensado con el grado de teniente que le confirió el general Odonnell sobre el campo de batalla, honorífica distincion que solo merecieron con Márquez otros cuatro oficiales en toda aquella gloriosa campaña.

Sabidas de todos son las consecuencias de tan insigne victoria. El 6 de Febrero tomaba nuestro ejército posesion de Tetuan rendida, y transcurrido todo el mes en infructuosas negociaciones de paz, comenzaron de nuevo las operaciones en Marzo siguiente, en cuyos primeros dias, convalecido de sus heridas Márquez, incorporóse al punto á su cuerpo.

El dia once acercóse el ejército marroquí á la ciudad ocupada por nuestras tropas, de las que el segundo cuerpo de ejército y parte del primero tomaron posiciones en las cercanías del pueblo de Samsa. Empeñada la accion con feroz denuedo por los moros, terminó con su más completa dispersion, despues que una columna de ataque formada por el batallon de Chiclana y otro de Navarra, sostenidos por la brigada Paredes, se apoderó del pueblo á la bayoneta, lanzando de todos sus puestos al enemigo. Portóse Márquez con su acostumbrada bizarría que fué premiada con el empleo de teniente, y á los pocos dias, el 23 del mismo mes tomó parte igualmente en la batalla de Vad-

Rás, última de aquella guerra, siendo tan relevantes los méritos que en tan empeñada accion contrajo el joven oficial, que fué agraciado con el grado de capitan. Así pues, niño aun, en menos de dos meses de campaña, habia sabido ganar con la punta de la espada, dos grados y un empleo.

Siguiéronse algunos años de paz durante los que Márquez vejetó la monótona vida de guarnicion en Algeciras, Sevilla y otras muchas plazas, hasta que en Agosto de 1867 con motivo del pronunciamiento de Moriones y Pierrad en el alto Aragon, que costó la vida en Llinas de Marcó al general del gobierno Manso de Zúñiga, fué destinado con su cuerpo que era á la sazon el regimiento de Isabel II, á operaciones en el distrito de Cataluña, tomando parte en el combate del Bruch el 23 de Agosto.

Precipitábase ya entonces la revolucion que estalló al fin en Setiembre de 1868, pero Márquez que jamás se ha pronunciado, estricto observador de la ordenanza mantúvose fiel á sus banderas, y solo recibió el empleo de capitan por la gracia general concedida entonces al ejército.

Llegado el verano de 1869, la impaciencia de los republicanos, esplotada por los que tenian interés en desacreditar la revolucion, les hizo lanzarse á la peléa, y en Julio y Agosto llenóse toda Cataluña de partidas carlistas, mientras los republicanos capitaneados por los diputados Santa Maria, Serraclara y algunos otros, proclamaban la República en Barcelona que llenaban de barricadas, negando toda obediencia al gobierno

constituido.

Con su regimiento operaba Márquez en el Principado, y al ocurrir la sublevacion de la capital dirijiose á ella aquel cuerpo, y entablada la lucha mereció Marquez por su heróico comportamiento en la noche del 25 al 26 de Agosto tomando á la bayoneta varias barricadas, ser recompensado con el empleo de comandante.

La agitacion incansable de los partidos, no consintió ya una hora de paz hasta 1870: y en perseguir facciosos carlistas ó republicanos ocupóse Marquez sin descanso alguno desde su ascenso á comandante hasta 1872, en que fué destinado al ejército del Norte, donde era mas séria y empeñada la guerra. Mandaba el ejército liberal el general Moriones, que con escasas fuerzas se sostenia á duras penas en las provincias Vascongadas, cuando en Mayo determinó el gobierno de D. Amadeo enviar al duque de la Torre con mayores fuerzas, para sofocar de una vez el alzamiento carlista. Las acertadas disposiciones de Moriones, mientras Serrano cerraba el paso de Navarra á los facciosos, y el arrojado valor de nuestras tropas en Oroquieta, Lumbier, Segura y Mañaria, hicieron que por aquel entonces fueran escarmentados los carlistas, y si no quedó del todo deshecha y dominada la insurreccion, culpa fué de la desatentada ambicion de los partidos, que ni dejaban al gobierno fijar su atencion sobre los sucesos de la guerra, ni le concedian los medios indispensables para dominarla.

Grandes fueron los servicios prestados por el novel

comandante en aquella campaña, recibiendo como premio en Octubre el grado y en Noviembre el empleo de teniente coronel.

Mucho tiempo hacia que sus singulares dotes habian atraido sobre Márquez la atencion de los generales, y considerándole apto para el mando, en Enero de 1873 fué destinado al frente de una columna á Castilla la Vieja, donde devastaban el pais porcion de gavillas facciosas, siendo las más importantes las que capitaneaban los cabecillas Hierro y Mochon, consiguiendo batir al último el 15 de Febrero causándole considerables bajas, tomando parte despues en la reñida accion de Oquendo con la bizarría que le es propia.

Ya por aquel tiempo habia renunciado la corona D. Amadeo de Saboya, y proclamada la república que hicieron odiosa é imposible los desórdenes incalificables é inauditos atentados á que se entregaron los intransigentes y furibundos federales, hallábase el ejército totalmente desorganizado y sin disciplina, á cuyo deplorable estado le habian traido multitud de causas. Impedia el ejército á los que más partidarios se decian de la libertad imponer á la fuerza sus ideas. Era el mayor obstáculo para el triunfo de D. Carlos. Importaba á los partidarios de los borbones la disolucion de la fuerza armada, en la segura esperanza de que por huir de las demagogias blanca y roja, abriría España los brazos á la restauracion. Hasta los laborantes de Cuba influian en la Península á fin de que no pudieran enviarse refuerzos á aquella isla.

donde ardía más que nunca espantosa la insurreccion separatista. En tal estado no era posible la existencia del ejército. Como á otros muchos jefes y oficiales, gran parte de ellos de mérito y valor distinguidos, declararon á Marquez en situacion de reemplazo y tuvo que abandonar el teatro de la guerra, viniendo á establecerse en Utrera: más ¿quién puede penetrar los arcanos del porvenir? Aquella medida inesperada é injusta que le arrancó del ejército, y que pudo mirar como la muerte de todas las esperanzas de su carrera, fué la que por el desconocido fatalismo que rije los destinos del hombre, tuvo más influencia en su porvenir y adelantos, poniendo de relieve su serenidad, valor y singulares dotes.

El 11 de Febrero de 1873, fué proclamada en España la República, nombre que muchos créen sinónimo de desorden y anarquía, é inmediatamente diéron suelta á sus malos instintos todos aquellos para quienes la propiedad es un robo, la ley un obstáculo, la justicia una vana palabra. Declaradas cantones independientes las mas ricas y populosas ciudades, en Sevilla pusiéronse al frente de aquel absurdo é imposible movimiento ciertos individuos, héz de la Sociedad, que atropellando todos los respetos y consideraciones, procuráron emular y aun oscurecer los desórdenes de la Commune de Paris. No secundados por los otros pueblos de la provincia, resolvieron imponerles por la fuerza la anarquía que no ambicionaban, y en Julio de aquel año de funesta recordacion, salió de Sevilla una columna de mas de mil hombres bien armados

provistos de cuatro cañones, dirijiéndose sobre Utrera con objeto de saquearla y anexionarla al canton federal Sevillano. No contaba la amenazada poblacion con un solo soldado, y nada habrian podido hacer su valeroso alcalde Señor Hazaña ni los vecinos, al tener noticia del inmenso peligro que les amenazaba: más á los primeros rumores de la próxima llegada de los sevillanos, preséntase Márquez como era de su deber al alcalde, quien le faculta para tomar las providencias que juzgase adecuadas y organizar la resistencia. Convoca en el acto á todos los vecinos honrados para que con las armas de que cada uno pudiera disponer, se presente en la plaza del Ayuntamiento. Animan la serenidad y patrióticas alocuciones de Márquez á los vecinos, y pónense á sus órdenes en número de cuatrocientos armados de escopetas; distribuye una parte de ellos en los balcones y ventanas de la plaza, quedándose con los mas resueltos, y dá orden de que no se haga resistencia alguna á los sublevados, dejándoles entrar en la poblacion. Y en efecto poco despues llegan los federales, y atravesando las desiertas calles, llegan á la plaza, y ponen en bateria sus cañones contra la casa municipal. Dá entonces Márquez la voz de fuego, y al escucharlas, asoman por ventanas y balcones y barricadas todos los allí apostados, y disparan sobre la columna enemiga. Sorprendida esta se desordena contestando á los disparos, en cuyo momento carga Márquez á la cabeza del reten.

Trábase horrible lucha, y media hora despues huian dispersos los escasos restos de la numerosa columna

de federales, de la que quedáron 64 muertos y 78 heridos, dejando ademas en poder del vencedor 497 prisioneros, 800 fusiles y los 4 cañones de que tan prósperos resultados se prometian.

Premiado Marquez con el grado de coronel, recompensa harto mezquina para servicio tan eminente, fué destinado á organizar el batallon Reserva número 9, con el que pasó al Norte en Julio de 1874, operando algun tiempo al frente de una columna, con la que tomó parte en varios gloriosos hechos de armas. Incorporado luego al ejército, hallóse en Enero de 1875 en todos los combates que se sostuvieron en las inmediaciones de Balmaseda, obteniendo por su brillante comportamiento la cruz roja del merito militar. Nombrado á la sazon gobernador militar de Ramales, fué atacado en 18 del mismo més por una faccion compuesta de 5.000 hombres con cuatro piezas de artilleria, á cuya fuerzas solo podia Márquez oponer tres compañias de carabineros, y tres del provincial de Valladolid, que animados con las calurosas exhortaciones de su jefe, rechazaron por tres veces los furiosos asaltos del enemigo que al llegar la noche se pronunció en vergonzosa retirada, despues de haber esperimentado 250 bajas de todas clases. Hé aqui los términos en que describe aquel combate un testigo ocular, funcionario de la administracion de justicia. "A las nueve de la mañana se divisaron á larga distancia en la cúspide de una sierra las avanzadas "carlistas: á las nueve y media se sabia que mas de "cinco batallones carlistas con cuatro cañones, subian

"por Gibaja en direccion á esta villa. Inmediatamen-
"te el intrépido, inteligente y valiente sin igual Már-
"quez, dstribuyó la fuerza de la guarnicion con mu-
"chísimo acierto, y esperó sereno y animado el comba-
"te. A las once y media ó doce los batallones carlistas
"con arrojo y bizarría indecibles, acometen por Guar-
"damino y barrio de la Enciruela la compañia de cara-
"bineros situada en el primer punto que tuvo que reple-
"garse al pueblo, pues se veía envuelta por numerosas
"fuerzas. La que defendia las casas de la Enciruela
"tambien tuvo que retirarse al ser atacada á la bayo-
"neta por un batallon enemigo. Posesionados los car-
"listas de ambos puestos, acometen con furia las casas
"de la plaza y cuartel de carabineros, pero son recibi-
"dos con descargas cerradas por los valientes soldados
"de la guarnicion. Los carlistas redoblan el ataque una
"vez y otra y otra; acumulan allí todas sus fuerzas,
"hacen esfuerzos desesperados, pero inútilmente; todos
"sus ataques son rechazados por los intrépidos defen-
"sores de Ramales, que hacen un estrago espantoso en
"los batallones enemigos, que tuvieron mas de doscien-
"tas bajas, bastantes muchas más. Todos les jefes y
"oficiales y soldados se portáron admirablemente.
"Márquez ha sido un héroe; estaba en todas partes,
"corria de un punto á otro por mitad del fuego como
"si no fuese nada, y animaba á todos con su ejemplo
"escitando á todos á morir antes que entregarse. No
"puedo menos de decirte que los carlistas son tambien

"muy valientes y arrojados y que saben batirse y aco-
"meter de lo lindo. No son ya aquellas partidas de ha-
"ce dos años que corrian de monte en monte: son tan
"soldados como el primero" & &.ª

Los encarecidos términos en que se espresa el autor de la anterior carta, que no estaba destinada á ver la luz pública, prueban la magnitud de los méritos contraidos por Márquez en aquella heróica defensa, por la que fué agraciado por el gobierno con una Encomienda de Cárlos III.

Distinguióse con posterioridad por su bravura en las acciones de Celadilla, Villaverde de Trucias y Sierra escrita, siendo recompensado por la última con el empleo de coronel, y volviendo despues al ejército, tomó parte en la série de combates y operaciones que terminaron con la ocupacion de Estella, postrer baluarte del carlismo, cuyo resultado fué la salida de España del Pretendiente, acompañado de los más fanáticos de sus partidarios, y la sumision de los demás.

Pacificada ya la nacion, quedó el coronel Márquez mandando media brigada de reserva, hasta Febrero de 1879, que fué nombrado Jefe del Canton militar de la Latina en Madrid, cargo que desempeñó hasta Abril de 1881, en que necesitando el gobierno enviar algunos jefes militares de reconocida confianza á Filipinas, cuyas colonias hallábanse á la sazon algun tanto agitadas, pasó á aquel ejército donde permaneció hasta Marzo de 1886 en que regresó á la Península.

habiendo durante ese tiempo mandado cuerpo y media brigada, y desempeñado comisiones importantes.

Destinado á su vuelta á mandar distintas zonas, fué puesto en Junio de 1889 al frente del regimiento de Castilla, prestando el servicio de guarnicion hasta que por Real Decreto de 6 de Agosto de 1890 fué nombrado general de brigada con la antigüedad del 3 del mismo mes, pasando despues á mandar la segunda brigada de la segunda division del ejército de Valencia, de donde ha sido trasladado al Gobierno Militar de la provincia de Alicante que hoy desempeña.

Cuenta Márquez más de treinta y seis años de servicios efectivos, y habiendo tomado parte en 54 hechos de armas, se halla condecorado con la medalla de Africa, cruz roja de segunda clase del Mérito Militar, encomienda de Cárlos III y Cruz y Placa de San Hermenegildo, habiendo ganado uno á uno sus grados y empleos desde alferez á coronel, como premio de brillantes acciones.

Su caracter afable y servicial, su ameno trato y esquisita finura, le proporcionan y atraen la amistad de todos, así como su reconocido valor, resuelta decision y prudente serenidad, inspiran el aprecio de sus jefes, y la confianza del soldado. Es uno de los generales más entendidos de nuestro ejército, y el pueblo de Arcos se honra al contarle en el número de sus hijos.





MANUEL GOMEZ ZARZUELA.
1841—1887.

VERDADERAMENTE merecedor de encomio y alabanza fué el malogrado hijo de Arcos cuyo nombre encabeza estas líneas. Nacido en 1841, perdió siendo muy niño á su padre D. José, entendido abogado, notario y secretario del ayuntamiento de nuestra ciudad, quien no dejó á sus hijos otra herencia que un nombre honrado y una reputacion intachable. La precocidad del niño hacia concebir las mas lisongeras esperanzas, y comprendiendo su buena madre que no podrian sostenerse en Arcos, ni en esta ciudad tendria su hijo otro porvenir que algun corto empleo en la secretaría del municipio, marchó con él y sus dos hijos á Sevilla, consiguiendo aquella digna señora á fuerza de trabajos y desvelos mantener su familia, más no

dar á su hijo una carrera literaria á que le llamaban sus especiales aptitudes. Vióse pues, precisado á entrar en una imprenta, en la que se tiraba por aquel entonces la Andalucía, periódico de gran circulacion propiedad del erudito escritor D. Francisco Maria Tubino, quien notando las felices disposiciones de aquel niño, empezó á distinguirle, merced á lo cual consiguió pasar de la imprenta á la redaccion, empleado al principio en la mecánica confeccion de fajas. Vióse despues que era capaz de corregir las pruebas: atrevióse á escribir algun suelto que se publicó en la gacetilla: siguió á este otro trabajo y luego otro, todos estimables, y sin saberse cómo, poco á poco y en breve tiempo, vióse Manuel Zarzuela convertido en redactor primero, y despues director de la Andalucía. A su vez entonces, devolvió á su familia todos los beneficios que de ella habia recibido, y cuando mas tarde por muerte de su madre y hermana quedó solo en el mundo, tuvo el inefable consuelo de haberles proporcionado el bienestar durante sú breve permanencia sobre la tierra.

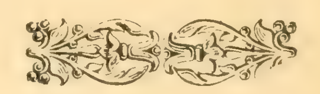
Ya por aquel tiempo, hacia 1864, acometió una empresa que aunque no de gran mérito literario ni científico, representaba un trabajo sobrehumano para los esfuerzos de un solo hombre. Sin embargo la constancia y la labor incesante de Zarzuela, consiguiéron llevarla por si sólo á feliz término, y en Enero de 1865 apareció por primera vez una Guia de Sevilla y su provincia con profusion de datos históricos, geográficos, políticos, religiosos, estadisticos, en fin cuanto de

interesante y curioso encierra Sevilla y cuyo conocimiento es necesario para los forasteros y aun para los mismos vecinos, con inclusion de los nombres de los habitantes, calles y casas en que moraban, &.ª &.ª Durante veinte y tres años consecutivos, vino publicando esta obra, reformada y adicionada anualmente con todas las variaciones verificadas en el período trasncurrido desde la anterior, representando estos sucesivos libros una suma de trabajo, y atencion extraordinarios, siendo además de notar la ordenacion clara, sencilla, metódica y racional con que tan considerable número de noticias se hallan expuestas.

La publicacion de libro tan provechoso y necesario, acabó de consolidar la reputacion de Zarzuela, establecida ya por sus trabajos periodísticos en que hizo gala constantemente de su instruccion vastísima que adquirió mediante escojidas lecturas, así como de su brillante y correcto estilo. Y sobreviniendo á poco la revolucion de Setiembre de 1868, fué elegido Diputado provincial de Sevilla, cargo que desempeñó algunos años, siendo reelegido distintas veces. Abandonó por entonces la direccion de la Andalucia, no estando conforme sus ideales políticos que eran la República conservadora de Castelar, con la marcha que su propietario quería imprimir al periódico; en seguida fué solicitado con gran interés para el cargo de secretario general de la compañia de ferro-carriles de Sevilla á Huelva, que desempeñó hasta su muerte ocurrida en 1887, cuando todavia podian esperarse de su claro talento, frutos regalados y sanos. Secretario de

la Sociedad económica de amigos del pais de Sevilla, escritor fácil y correcto, con igual soltura y competencia desarrollaba pensamientos sérios, sobre temas trascendentales de economía ó política, que con gracejo inimitable se ocupaba de asuntos festivos.

Dotado de arrebatadora elocuencia, muchas veces en el trascurso de su vida política, durante la cual tuvieron lugar en Sevilla trascendentalísimos sucesos, vióse precisado á dirigir su voz á las masas que electrizaba su palabra. Jamás preparó sus discursos; hablaba *ex abundantia cordis*, explanando sus idéas en periódos brillantísimos, correctos y limados como si fueran obra del mas reflexivo estudio y no del calor de la improvisacion. Habia en Manuel Zarzuela el alma de un tribuno, y era además de orador elocuente, correcto escritor y fácil poeta. Lástima grande que le sorprendiera la muerte cuando despues de tantos trabajos habia logrado consolidarse una posicion, y á salvo de la cuotidiana lucha por la existencia, podía dedicarse á las taréas literarias para que tenía incomparable aptitud.





JUAN HUERTAS GALAN.
1844.—1883.

Originario de una familia anteriormente bien acomodada, é hijo de honradísimos industriales, vió Juan Huertas la luz en Arcos en 1844. Apenas salido de la niñez, pasó á Cádiz donde estudió con aprovechamiento la carrera de profesor de enseñanza. Vuelto á Arcos, abrió una escuela particular que desempeñó hasta su muerte ocurrida en 1883.

Aficionado á los estudios históricos y amante cual ninguno de las glorias de su pueblo natal, consultó autores, revolvió archivos, preguntó, inquirió y rebuscó por todas partes, llegando á adquirir considerable caudal de conocimientos acerca de la historia de Arcos, consignándolos despues en una obra en tres volúmenes que desgraciadamente no le permitió acabar

su temprana muerte.

El estenso y bien meditado plan de ese libro, comprendía la parte histórica, artística, estadística y judicial de Arcos, con una descripcion minuciosa y detallada, y hasta un estudio biográfico de los hombres notables que esta ciudad ha producido. Mas como llevaba de frente al mismo tiempo tan variados trabajos no llegó á terminar ninguno.

No se recomienda la obra ciertamente por su estilo, siendo sensible que su autor careciese de muchos conocimientos indispensables para tratar con competencia algunos asuntos, por que su buen sentido y crítica razonable en la mayor parte de los casos, demuestran lo que habría hecho si hubiese alcanzado mayor instruccion.

Aparte de esos lunares disculpables, es la obra de Huertas una preciosa recopilacion de datos y noticias, á que habrá de recurrir siempre con provecho todo el que de la historia de Arcos quiera ocuparse.





LUIS PEREZ DE GRANDALLANA Y ZAPATA
1854.

Hijo del ilustre general de marina D. Francisco Símon Perez de Grandallana, natural de Jerez y de D.ª Dolores Zapata que lo es de Arcos, nació en esta última ciudad el 10 de Octubre de 1854 siendo bautizado en la parroquia de Santa Maria. Residente en Jerez, despertáronse sus aficiones arqueológicas con el exámen de las antigüedades árabes y romanas de aquella ciudad, para cuyo estudio demostró desde muy temprano las mas felices disposiciones.

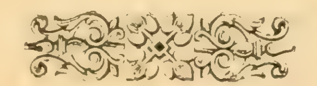
Dióse á conocer por primera vez publicando muy joven aun una vida de Santa Teresa, que le dió fama de escritor castizo y elegante al par que de autor más sério y reflexivo de lo que sus tempranos años prometían, dando á la prensa despues algunos trabajos his-

tóricos, y filósoficos, que aparecieron en revistas y periódicos y llamaron la atencion del público por su sana crítica y recto juicio, y cuando en 1879 la Asociacion de escritores y artistas de la provincia de Cádiz abrió un certámen sobre diferentes asuntos, presentó una obra titulada "Noticia histórico-artística sobre algunos de los principales monumentos de Jerez de la Frontera„ que era uno de los temas propuestos, la cual mereció la insigne honra de ser premiada con el que al efecto habia sido ofrecido por el Ayuntamiento de Jerez, consistente en una preciosa pluma de oro y perlas.

Mas tarde en 1886, publicó otra obra de menor estension que tituló modestamente "Apuntes sobre la historia de Arcos de la Frontera y Bornos," dedicándola á D. Mariano Cabrera y Leyva marqués de Torresoto y apreciabilísimo hijo de Arcos: mas no puso el autor su obra á la venta, circulando solo los ejemplares que su galantería distribuyó entre sus amigos.

Es D. Luis Grandallana un escritor concienzudo que no vierte una frase, no aventura una opinion sin pasarla antes por el crisol de una sana y razonada crítica; de ahí que la multitud de datos históricos que encierran sus obras puedan aceptarse desde luego como hechos seguros y comprobados, dada la escrupulosidad con que en sus investigaciones procede, analizando las fuentes orígen de sus noticias para discernir con buen acierto las fabulosas, las que pueden ofrecer duda, y las que son dignas de entera fé y crédito. Cualidad la mas recomendable en el que á dis-

quisiciones históricas se dedica. Arqueólogo infatigable, y competentísimo en arquitectura, nadie ha estudiado mejor que él los monumentos antiguos de Jerez y Arcos, averiguando solo por el exámen exterior y sin auxilio de datos escritos, que casi no existen, la fecha de la construccion de cada uno de ellos, las diversas vicisitudes por que han pasado, su historia en fin completa y detallada, notándose, y es una observacion importante, que si alguna vez se equivoca, es cuando por desconfiar de su propia apreciacion, ha aceptado como bueno el dato, la noticia, el errado juicio de la persona á quien preguntó. Esto se nota mas en la obra sobre Arcos que en las demás publicadas, sin duda á causa de que no residiendo el autor en esta ciudad, no ha podido hacer por sí mismo el estudio completo de ella, debiendo en muchos casos fiarse de los datos erróneos que le han suministrado, y cuya exactitud no ha podido comprobar contra su costumbre. Si es esto un lunar, no es imputable por cierto á Grandallana, que además de su profunda erudicion y vastos conocimientos, es escritor castizo y brillante que reune á un estilo correcto y puro, poderosa y poética imaginacion. Arcos se honra con contarle entre el número de sus hijos, aguardando nuevos frutos de su claro ingenio.





EMILIO PRIETO SANCHEZ.
1870.

¿QUÉ habrémos de decir de un joven que aún no tiene historia? Dotado de eminentes cualidades, estudioso, aprovechado y reflexivo, reune clara inteligencia, fina observacion é imaginacion brillante y fecunda. Discípulo de la moderna escuela literaria, ha heredado mucho del ingénio y buen gusto de su pariente el malogrado Revilla, y nos sonríe la idéa de que llegará á ser una gloria de Arcos, su pueblo natal. Su exuberante riqueza de sávia juvenil, se desborda en copiosos opúsculos de todos géneros, que se leen con singular deleite: más ¿no perjudicará tamaña abundancia al desarrollo de la planta y á la madurez del fruto?



CONCLUSION.

El comenzar es propio de muchos: el perseverar y concluir es dado á muy pocos.

Gracian-(Criticón.)

He terminado la taréa que imaginándola mas leve, me impuse.

Desalentado muchas veces, aun mas que por mi insuficiencia, con ser tan notoria, por las insuperables dificultades que ofrecen obras de esta índole para el que vive alejado de bibliotecas públicas, archivos del saber de las pasadas generaciones, y ha de reducirse mal de su grado, á los datos de sus propios libros, y á las noticias que á puro derrochar paciencia, consigue averiguar, me ha comunicado tesón y perseverancia el apotegma de Lorenzo Gracian que encabeza estas lineas, y la consideracion de que este libro, ageno á toda clase de pretensiones literarias, prestaba un servicio á mis paisanos.

En mis relatos me he ceñido extrictamente á la verdad histórica, y si alguna véz celebro hechos dignos de alabanza, no por eso he dejado de referir los reprensibles, con entera y completa independencia, huyendo de todo lo que pudiera suponerse adulacion mezquina. Por esta última razon no me ocupo de algunos otros hijos de Arcos, que con noble y levantado propósito, trabajan en la actualidad á porfia por hacer entrar á su pueblo natal en las vias del progreso y de la civilizacion, sacrificando para ello tiempo, dinero, y sobre todo los esfuerzos de su inteligencia.

Pero la intíma amistad que á ellos me une pudiera hacer aparecer interesados mis elogios. En este parti-

cular solo debo decir imitando al poeta.

Certo, altri cantarà con miglior plettro.

Réstame decir, que si al traer á la memoria de los hijos de Arcos el recuerdo de los hechos de sus ascendientes, consiguiera que aquellos les imitasen, habria logrado el mayor premio á que pudieran aspirar mis humildes trabajos.



INDÍCE.



*Acabóse este libro, primero
que se ha impreso en
Arcos de la Frontera,
el dia 28 del
més de Marzo
de 1892
años.*